RIMAS

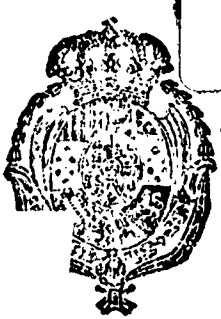
DE LUPERCIO LEONARDO

DE ARGENSOLA.

101837

TOMO I.

00101837



PP 62
101837

LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1804.

101837

Digitized with financial assistance from the
Government of Maharashtra
on 02 July, 2018

PRÓLOGO DEL EDITOR.

Una de las principales causas del mal gusto que se advierte en la mayor parte de las poesías de nuestros dias es la escasez de los buenos originales, que puedan servir de modelo á la juventud estudiosa: al mismo tiempo que las multiplicadas ediciones de los corruptores de nuestro Parnaso, andando en manos de todos, mantienen y perpetúan el mal gusto. Porque sabida cosa es que la suerte de la mayor parte de los ingenios depende por lo comun de los autores, que por casualidad llegan primero á sus manos: raros son los que para dedicarse al estudio de la poesía toman por guia á un inteligente, que los sepa conducir por la verdadera senda; y rarísimos los que, habiendo ya hecho algunos progresos en el error, lo reconozcan, retrocedan de sus extravíos, y empiecen de nuevo por el camino derecho. Los mas, segun es la condicion de los

hombres, se preocupan á favor de lo que presumen saber; se les hace duro emprender de nuevo una carrera en que ya se creian muy adelantados, y desistir en la edad madura de lo que aprendiéron en su juventud.

Para remediar este daño no hay medio mas á propósito que hacer comunes, con repetidas ediciones, los excelentes modelos de buena poesía, en que abundó nuestra nacion en el siglo XVI y principios del siguiente. De estas fuentes se debe sacar la pureza, abundancia y magnificencia de nuestro lenguage poético, desconocido sin duda por los que andan mendigando las galas poéticas de los extrangeros, ignorando las bellezas propias de nuestra poesía, que en esta parte compite con la antigüedad, y excede á las demas de la Europa. Sobre estos modelos se han formado los pocos que al presente ilustran nuestro Parnaso, y mantienen el honor de nuestra poesía; cuyo estilo puro, elegante y magestuoso muestra bien quanto estudio han hecho de los autores clásicos del siglo de

oro de nuestra lengua y poesía, por la misma razon que tienen los que escribiendo en verso ó prosa latina, procuran imitar el estilo y lenguage del siglo de Augusto.

Así que; no se debe dudar que haciéndose comun la lectura de los buenos modelos, volverá á florecer nuestra poesía, y se desterrarán insensiblemente todos los vicios con que el mal gusto del siglo pasado y principios del presente la ha corrompido; y sobre todo la frialdad, sequedad y desaliño con que al presente la envilecen los que aprenden el habla castellana en las obras francesas. Se logra tambien con esto hacer una completa é irrefragable apología de nuestro Parnaso, tan injustamente calumniado por los extrangeros, ya por malignidad, ya porque de nuestros Poetas no conocen otros que los corruptores de nuestra poesía. Muy poco adelantarémos, para hacerles mudar de concepto, con decir que hemos tenido dos Horacios en los dos Leonardos, un Píndaro en Herrera &c., miéntras no les pre-

00101837

sentemos sus obras; las quales por sí mismas, sin recomendacion de apologistas, los obligarán á darnos los elogios, que por lo comun nos niegan, por no conocerlas.

Con este objeto se debió de emprender la coleccion del Parnaso español; obra, que á haberse dispuesto con otro método y gusto, hubiera sido de las mas útiles, y nos hubiera excusado el trabajo de emprender de nuevo esta; en la qual nos proponemos seguir muy distinta idea. Se irán reimprimiendo sucesivamente todos nuestros buenos Poetas líricos: tendrán el primer lugar los que por voto comun de los eruditos tienen un mérito sobresaliente, y nada hay en ellos que cercenar, corregir ni reprehender. A estos seguirá lo mas escogido de otros, que tienen muchas composiciones apreciables entre algunas defectuosas; las quales no tendrán lugar en nuestra coleccion, porque no es nuestro ánimo aumentar volúmenes con desdoro y oprobrio de nuestros Poetas; sino publicar únicamente lo que pueda servir de modelo á los nues-

tros, y dar una alta idea de nuestra poesía á los extrangeros. Hemos recogido varios manuscritos en que se contienen muchas poesías inéditas de nuestros buenos Poetas, para que las ediciones salgan lo mas correctas y aumentadas que sea posible; pero no tenemos tan ciega pasion á lo inédito, que por sola esta razon hayamos de insertar sin exámen todo lo que hallemos en los manuscritos atribuido á los autores, aunque nos conste ser obras legítimas. El afan (por no darle su verdadero nombre) que algunos han tenido y tienen en esta parte, nos parece harto irrisible: está bien que se consulten los manuscritos, y se añada ó enmiende por ellos lo que pueda contribuir á perfeccionar los originales, y dar mas cabal idea del mérito de los Poetas; pero ¿á qué fin atribuir sin ningun discernimiento composiciones ridículas, insulsas y desatinadas á los mayores ingenios, sin mas fundamento que porque así lo dice el manuscrito? ¿Quién es tan poco versado en registrar tales monumentos, que no tenga repetidas ex-

periencias de la licencia que en estos títulos se han tomado los copiantes? Seria cosa muy molesta y superflua alegar exemplos en confirmacion de esta verdad. Pero aun quando se tenga evidencia de que es obra legítima del autor; ¿qué razon hay para abultar el volúmen con obras, no solo inútiles, sino tambien ignominiosas al honor del Poeta y de la nacion? Mayormente siendo cierto que no las muchas obras, sino solas las excelentes, constituyen el mérito verdadero y sólido de un escritor. Si hubieran tenido presentes estas reflexiones muchos editores de nuestros Poetas; y el trabajo que pusiéron en recoger y dar á luz todo lo que corria en su nombre, lo hubiesen empleado en exâminar maduramente lo que les podia dar honor por su belleza y utilidad, es cierto no serian tantos ni tan abultados los volúmenes de poesías; pero tampoco hubieran dado motivo á los extrangeros, y aun á los nacionales malignos, para calumniar á nuestros Poetas: los quales, ocultando lo bello de estos, y objetándonos sus des-

aciertos, tienen sobradas autoridades para desacreditar á los ingenios mas sobresalientes entre los incautos que tienen poca noticia de nuestra literatura.

Tambien se dará un resúmen de la vida de los autores; pero sin detenernos mucho en ciertas circunstancias menudas y averiguaciones prolixas, que son muy agenas de nuestro intento: Porque siendo este el manifestar con individualidad el mérito de sus poesías para instruccion de los lectores, nos parece mas acertado dilatarnos en exâminar su carácter, circunstancias individuales, bellezas ó defectos; dexando á otros talentos mas aptos para estas investigaciones el cuidado de recoger citas, fechas y otras circunstancias pertenecientes á nuestra historia literaria.

Esto supuesto, vamos á exâminar el carácter poético de los dos Argensolas: y como los elogios vagos en órden á nuestros Poetas se han vulgarizado tan pródigamente en algunas ediciones modernas, aplicándose á todos indistintamente los epítetos de pureza, elegancia

entusiasmo, belleza y otras expresiones indeterminadas; se nos permitirá aquí particularizar todas las qualidades que constituyen el alto mérito de los dos hermanos, y los distinguen de todos los demas Poetas; previniendo desde luego que en las prendas poéticas fuéron tan iguales como en la sangre; por lo qual los comprehendemos baxo de un mismo juicio y elogio.

Y empezando por su lenguage, nadie dudará de su singular pureza y propiedad en vista de lo que dice Lope de Vega en la censura que dió de sus rimas: *Parece*, dice, *que estos dos hermanos viniéron de Aragon á reformar en nuestros Poetas la lengua castellana, que padece por novedad frases horribles, con que mas se confunde que se ilustra*: al qual elogio es enteramente semejante el que les dió Cervantes. Pero es necesario distinguir la pureza poética de la prosayca: distincion que con vergüenza nos vemos precisados á advertir; pues es la mayor mengua que los que son tenidos por eruditos muestren en sus obras igno-

rar una doctrina tan pueril. La Grecia, maestra universal del buen gusto, admitió en la poesía un lenguage enteramente distinto de la prosa: Roma, imitadora de la Grecia, siguió en esto su loable exemplo, aunque quedó muy inferior en esta parte: en suma, todas quantas naciones han tenido algun gusto en la poesía han admirado y alabado en sus Poetas locuciones y palabras muy agenas de la prosa. Esta es una doctrina tan comun y vulgar, que es muy de extrañar haya quien ponga duda en ella, ó pretenda impugnarla. Solo pudiera dudarse si realmente se halla este lenguage poético en nuestros Poetas, y como se podrá distinguir del prosayco; en los quales dos puntos gustosamente me extenderia, por ser esta doctrina poco conocida, y sumamente necesaria; pero será mas propio ventilarlos quando se trate de Herrera, que ha sido el que mas ha enriquecido nuestro lenguage poético. Aquí solo me reduciré á insinuar de paso la regla que nos da Horacio para distinguir la poesía de la prosa atada al número y ritmo,

para que por ella se pueda hacer juicio del lenguage de estas rimas *. Dice pues este gran maestro del buen gusto, que no se debe contar por Poeta el que solamente cuida de que sus versos esten ajustados á las leyes métricas, siendo todas sus palabras y locuciones enteramente prosaycas; lo qual para que se pueda distinguir, dice que se disuelva el verso; y si aun despues de desenlazado conservare espíritu poético, esto es, aquella grandeza, magestad y gracia en los epítetos, en los tropos, en las figuras y demas adornos que no dependen de la colocacion material de las palabras, entónces se dirá con razon que en tales versos hay poesía. Esta es la regla mas importante y necesaria para distinguir las prosas rimadas de muchos de los que al presente versifican de la verdadera poesía y lenguage poético, que se advierte en los buenos Poetas de nuestro siglo de oro, y en algunos (bien que pocos) de

Non satis est puris versum perscribere verbis,
Quem si dissolvas, quivis stomachetur &c.
Horat. Sat. 4, lib. 1. Véase toda ella.

nuestros dias, que han acertado á imitarlos. Y á la verdad siendo tan esencial en la poesía el deleyte y maravilla, claro está que esto no se puede producir con las expresiones comunes y lenguage vulgar: y por tanto el Poeta quando no puede deleytar con la novedad de la materia, debe hacer resaltar las cosas mas comunes con el artificio; parte del qual consiste en las palabras y expresiones extraordinarias; vivas, sonoras, hipérboles, traslaciones y modos de decir apartados del uso comun. Esto se ve prácticamente en nuestros Argensolas, cuyo gusto y tino en la eleccion de las palabras, y frases mas puras y expresivas, en la abundancia de epítetos grandes y sonoros, y en el juicioso uso de los tropos y figuras, da un realce extraordinario al pensamiento mas comun. ¿Qué cosa mas vulgar que este concepto: *Deseo que este lino crezca pronto, no para hacer lienzos ni velas de navíos, sino para hacer un cordel para ahorcar á este abogado vecino*? Pues véase quanta gracia, novedad y belleza recibe del len-

guage con que le adornó Bartolomé en un soneto, que quiero poner aquí desatado en prosa, para comprobacion de lo dicho: *Yerba poderosa*, dice, *que piedras en la injuria, crece de presto, si no dispones manto á Pitágoras, ni los dones de Aragne, que irritáron á Minerva; ni senos para hacer sierva á la Arabia, quando compones navales fábricas, y opuesta al viento vuelas á descubrir regiones, que conserva el orbe idólatra; sino para apretar (sacro lazo) la garganta pérfida de este causídico vecino &c.* Seria necesario copiar aquí la mayor parte de las rimas, si hubiese de poner todos los exemplos de pensamientos comunes, que en virtud del lenguage poético son maravillosos y extraordinarios; pero merecen leerse con particular atencion las descripciones de la casa de campo, de la vida rústica, el concilio y cortes de las aves, y otras fábulas muy graciosas con que adorna Bartolomé sus sátiras y epístolas, donde las cosas mas viles estan tratadas con una dignidad admirable.

Tiene tambien el lenguage de los dos hermanos una circunstancia muy singular, que quizá no se hallará en ningun otro Poeta; y es que muchos pedazos de sus poesías no se pueden absolutamente desatar en prosa, sin que quede siempre verso, aunque variada la rima. Puede ser exemplo de esto casi toda la cancion de Lupercio, que empieza:

En estas sacras ceremonias pias.

Y en particular estos dos lugares de ella:

„O si quando la trompa horrible diere
„Señal en los exércitos, y tienda
„La roxa cruz el viento en las banderas,
„Y de la muerte la vision horrenda
„Envuelta en humo y polvo discurriere
„Por medio las esquadras y armas fieras;
„¿Tu nombre ha de sonar en las primeras
„Voces que diere la española gente,
„Pidiendo por tu medio la victoria?"

Y poco mas abaxo:

„Primero vivirás felices años,
„Introduciendo por el ancho mundo
„La santa paz y la justicia unidas,
„Y gemirá Pluton en el profundo."

Lo qual prueba no solo la abundancia y riqueza de su lenguage, sino tambien su admirable facilidad en la versificacion. Esta no consiste precisamente en cierta soltura y prontitud que suelen tener algunos en rimar prosa, que no son otra cosa sus versos lánguidos, frios y desaliñados; sino en que no se advierta en el verso la dificultad que le cuesta al Poéta la colocacion de las palábras, el buscar la rima, y completar el verso. Esta dificultad es manifiesta en algunos, aun de los que son tenidos por buenos, por las palabras vanas y superfluas que añaden, por el trastorno de las cláusulas, por lo arrastrado del concepto; de lo qual dimana muchas veces una obscuridad incomprehensible. De todos estos defectos estan muy agenos los mas de nuestros buenos Poetas, y sobre todos los Argensolas: muchas veces parece que no se pudiera decir el concepto de otra manera, y que la rima les obliga á añadir belleza y gracia á los pensamientos; de lo qual ocioso será poner exemplos, pues qualquiera de sus composicio-

nes está demostrando su facilidad incomparable.

Esta ha sido en todos tiempos una prenda muy peculiar de los Poetas españoles; pues si bien se considera, estos dieron á los metros latinos una armonía y fluidez, que se echa ménos en los Poetas anteriores á Lucano y Séneca. Los coros de las tres tragedias legítimas de este gran trágico (que lo es á pesar de la maligna ignorancia) exceden incomparablemente á los metros de Horacio en fluidez, armonía y número; y los excelentes exámetros de Lucano llevan gran ventaja en esta parte á los de Virgilio. Y aun lo mismo que dice Ciceron de los Poetas cordobeses, aunque algunos por mala inteligencia lo interpretan en oprobrio nuestro, confirma lo dicho *, porque en este lugar solamente habla Tulio de la pronunciacion y sonido, que para los oidos romanos, acostumbrados á la suavidad, parecia extraño, tosco y áspero; lo qual de ningun

* Cordubae natis Poetis pingue quiddam sonantibus, atque peregrinum. *Cicer. pro Archia.*

modo prueba que los versos fuesen malos, duros, ó faltos de armonía. Antes bien yo presumo que el ser los versos de los españoles demasiado llenos y numerosos, aquel *loqui ore rotundo, y os magna sonaturum*, que tanto recomienda Horacio, y que despues de los griegos, ningunos han sabido executar mejor que los españoles; pudo ser causa de que aquel sonido pareciese desapacible á los oidos de Ciceron, que estaban acostumbrados á versos no mucho mas armoniosos que los de Enio.

La conexîon de la materia me hace acordar de una de las muchas calumnias que los extrangeros levantan á nuestra poesía. En la nueva Enciclopedia, *art. Asonante*, despues de afirmarse que *obrero* y *nao* son asonantes, insinuando que ó no tenemos otra rima, ó es la mas usada, concluye el Articulista con una de aquellas decisiones, que tan comunes son en los escritores franceses. *Es preciso confesar*, dice con mucho magisterio, *que nuestros Poetas, que han manejado felizmente lá rima, tienen un mé-*

rito muy superior á los españoles: despropósitos mas dignos de risa y desprecio, que de refutacion seria. Pero nosotros (y tambien los italianos) podemos decir con toda verdad, y sin temor de que nos prueben lo contrario, que nuestros buenos Poetas, todos los quales, por lo comun, han manejado con la mayor felicidad nuestras varias, difíciles y bellísimas rimas, tienen en esto y en todo lo que rigurosamente se llama poesía, un mérito incomparablemente superior á los Poetas franceses, cuya versificacion monótona, siempre uniforme y pesada, junto con carecer de lenguage poético, solo puede parecer bella á los oidos mas que bátavos. Y por lo que hace á la dificultad, si en ella hubiera algun mérito sólido, la mas fácil de nuestras consonancias, y aun algunas asonancias en composiciones largas, es infinitamente mas difícil que los pareados, como sabe qualquiera que tenga alguna práctica en la versificacion. Y para que se vea prácticamente con quanta libertad vuelan nuestros buenos inge-

nios, á pesar de los lazos de la mas difícil rima, en que á veces se empeñan por bizarría de ingenio, pondré aquí por exemplo la cancion que Bartolomé compuso con ocasion de las exêquias de Felipe II; en la qual, ademas de la consonancia final de los versos, conciertan tambien en el medio, sin que por tanto se dexe de advertir la misma facilidad, armonía y belleza que si escribiese libre de toda sujecion. Empieza así:

No quiero ya cantar como solia,
Quando el cielo *ofrecia* la materia
Alegre á *Celtiberia* para el canto:
Pero pues en lugar de la alegría
Comun, lástima *envia* á toda Hesperia,
Y la humana *miseria* puede tanto,
Llorémosla, y el *llanto*, alumnos pios,
Acreciente estos *rios*; suspendamos
En estos *ramos* tristes y sombríos
Los instrumentos mios,
Con que un tiempo victorias celebramos
Del que agora *lloramos*. ¡O inmutable
Ley y fuerza del hado, que lo fuerte
Es debido á la muerte,
Como lo mas caduco y miserable!

Este mismo artificio sigue en toda la cancion; pero estamos tan léjos de constituir el verdadero y sólido mérito en estas dificultades, que si por otra parte no fuese esta cancion tan excelente por aquel patético sublime que brilla en toda ella, adornado con todas las galas de la buena poesía, por lo demas la notaríamos de defectuosa, y aconsejaríámos no se imitase esta prodigalidad de artificio.

Pero si las poesías de los Argensolas no tuviesen mas mérito que la belleza del estilo y armonía del verso, no serian mas que unos juguetes sonoros, incapaces de satisfacer al gusto de un filósofo, principalmente las composiciones amatorias, que por comunes han llegado ya á fastidiar. Sin embargo, los buenos Poetas saben dar tal espíritu aun á los versos dirigidos á sus Licoris, Nises, Fleridas, que no se pueden leer con indiferencia, y es preciso que interesen á todos los corazones sensibles. Pero esto no lo podrán lograr sino los que hayan recibido de la benigna naturaleza un conjunto admirable de imaginacion, in-

genio y juicio, perfeccionado con el estudio de las humanidades.

Estas prendas se hallan variamente combinadas en los Poetas: en unos sobresale la imaginacion, en otros el ingenio; casi ninguno se hallará que haya sobresalido en todas: reflexion muy necesaria para saber conocer el carácter de los Poetas, y distinguir sus composiciones. Esta es la regla que seguimos para hacer juicio de los Argensolas, y para no atribuirles composiciones muy agenas de su carácter y estilo; bien que esto de distinguir de estilos, aunque todos presumen saberlo, creo que es mas difícil de lo que se piensa, en vista de la inconsideracion con que se atribuyen poesías de unos á otros cuyo estilo es absolutamente distinto.

Veamos pues quales son las circunstancias y prendas que mas brillan en los Argensolas, y qual es la que en ellos mas sobresale y los distingue. No es ciertamente una imaginacion vasta, viva y ardiente, que suministra abundancia de imágenes fantásticas, pinturas amenas

muy particularizadas, que arrebata al Poeta en vuelos fogosos, y forma los grandes quadros y pinturas animadas. Nada de esto se advierte en los dos hermanos; pero sí una imaginacion fuerte y fecunda, y semejante á la de Virgilio, que pinta por mayor, y sabe representar noblemente lo mas escogido de la naturaleza.

El ingenio, si es vasto, discurre en rápidos vuelos por todos los entes creados é increados, y halla entre ellos y su materia unas íntimas relaciones desconocidas, con que da sumo realce á la cosa mas comun: no es este el ingenio de los Argensolas; es el de Píndaro y de Herrera. Pero si es profundo, penetra en las entrañas de las cosas, y saca de ellas conceptos nuevos, extraordinarios, admirables, con que anima y levanta sus asuntos hasta el mas alto grado. Esta es la prenda que mas sobresale en los Argensolas; y á esto se debe atribuir el deleyte que causa la novedad con que presentan las cosas mas vulgares. Mas este ingenio profundo y agudo procede de

dos modos diversos en proponer sus reflexiones ó conceptos, porque ó solamente usa del aparato natural de las palabras necesarias, graves, y proporcionadas á mostrar la belleza pura de la materia, ó la adorna con nuevas galas de palabras vivas, agudas, metafóricas, y todo el aparato de figuras que ostente la fuerza del artificio. De aquí proceden los dos estilos maduro y florido: el primero es muy propio de los Argensolas: del segundo solo usáron en los versos cortos, aunque con mucha moderacion.

Pero la imaginacion y el ingenio fácilmente suelen ser causa de grandes errores, si un juicio maduro no los modera. A esta facultad pertenece exâminar maduramente en su tribunal las riquezas que le presentan las otras dos, distinguiendo y desechando el falso oropel, los diamantes falsos y los vanos adornos: en suma, el juicio en la poesía es aquella luz que descubre lo conveniente y bello entre los extremos. Esta qualidad ninguno de los nuestros la ha

poseido en mas alto grado que los dos hermanos, como es manifiesto en todas sus composiciones. En vano buscará en ellas la malignidad ó la crítica los conceptos falsos, equívocos ridículos, metáforas atrevidas y viciosas, ni el *phebus* y *galimathias*, que los extrangeros por malignidad ó ignorancia suponen falsamente es el carácter de nuestra poesía. Despues de un maduro y prolixo exámen no hemos hallado en todas estas rimas otro reparo que un vislumbre de falsedad en la primera estancia de la cancion de Lupercio á San Lorenzo, donde á unas fuentes metafóricas parece se quiere atribuir la propiedad de las fuentes reales y verdaderas. Esto sea dicho en obsequio de la verdad, porque estamos muy léjos de querer disimular ni defender los defectos en que hayan incurrido nuestros Poetas; antes bien tendremos particular cuidado en advertirlos á la juventud estudiosa, para que se acostumbre á leer las obras de ingenio con la luz de la buena lógica, y no se dexe deslumbrar de vanos resplandores.

Para los extrangeros basta advertir que conocemos muy bien los mencionados defectos, de los quales no carece su Parnaso, que son muy raros en nuestros buenos Poetas; y que los que los cometen con freqüencia, nos merecen muy poca estimacion; y solamente son alabados en esto por la ignorancia y preocupacion.

Y resumiendo todo lo dicho, afirmamos que la diccion de los dos hermanos es pura, elegante y muy poética; sus epítetos muy propios y expresivos; su versificacion llena, armoniosa y corriente, con una facilidad extraordinaria; sus sentencias freqüentes sin afectacion, y como nacidas en el discurso; su erudicion vasta y escogida. Son ambos mas sólidos y juiciosos que floridos y amenos: aman mas la filosofía que los juguetes sonoros; mas hablan al entendimiento y corazon que á la imaginacion. A cada paso se hallan en sus poesías imitaciones de lo mas escogido de los antiguos; pero con tal arte que hacen propios los pensamientos agenos, y les dan

mayor realce: y en fin la materia mas comun y vulgar recibe de sus ingenios un ayre de novedad que arrebata y deleyta sobremanera.

Y descendiendo en particular á cada especie de sus composiciones, decimos que el carácter de sus canciones es enteramente horaciano. Son sublimes sin hinchazon; dulces sin baxeza ni frialdad; elegantes sin superfluidad ni afectacion; artificiosas y profundas sin obscuridad ni exceso. No empiezan tronando y prometiendo cosas grandes, porque regularmente de tales principios se viene á caer en grandes baxezas; sino que empezando con magestuosa sencillez, se van elevando insensiblemente hasta tocar el mas alto punto de la sublimidad.

Sus sonetos son incomparables. Aunque en esta parte puede competir nuestro Parnaso (sin temor de ceder) con el mas abundante de la Europa; nos atrevemos á afirmar que ninguno de nuestros Poetas puede entrar en competencia con los Argensolas en esta parte. Por-

que ciertamente en ninguno se hallará igual número de sonetos excelentes de todas materias, conducidos con tal arte, juicio y belleza. Aun los amorosos, que parece debian fastidiar por lo comun y vulgar de la materia, estan adornados con tanta novedad de imágenes, estilo y conceptos, que siempre serán leidos con nuevo placer por los hombres de gusto; pero los morales y satíricos son el último término adonde puede tocar el ingenio humano: singularmente aquel que empieza:

Dime, padre comun, pues eres justo;

es la cosa mas grande que en esta línea se ha escrito; pues recopilados en los quartetos y primer terceto todos los sofismas de los impíos contra la Providencia, con la magestad y grandeza propia del argumento, el último verso los deshace todos con una belleza incomparable.

En lo que traducen pueden competir con nuestros mejores traductores, aunque los tenemos tan excelentes, que en esta parte á ninguna nacion tenemos que

envidiar. No diré yo, como es muy usado en semejantes prólogos, que sus traducciones compiten con los originales, y aun los aventajan: expresiones ya muy comunes; aplicadas á toda traduccion buena ó mala, que suenan mucho, y nada significan. Diré sí, que traducen con tal arte, inteligencia y gracia, que sus traducciones tienen todo el ayre de originales, sin que toquen en ninguno de los dos extremos que en otros notamos. Algunos queriendo dar mayor gracia y vigor á sus traducciones las cargan de adornos vanos y superfluos, con que deslucen la belleza del original: otros (y son los mas), pobres de estilo, y muy mas pobres del talento necesario para traducir, juzgan que es exceso irremisible de infidelidad el omitir, añadir ó alterar la menor palabra del original. Pero los Argensolas y algunos otros (que tendrán un lugar muy distinguido en esta coleccion), como eran grandes Poetas, requisito indispensable para traducir poesías, supiéron muy bien evitar los dos extremos de superfluidad y fria langui-

dez, conservando en sus traducciones el carácter del original.

Pero donde mas brilla el talento, gusto y erudicion de los dos hermanos es en la sátira, de la qual nos han dexado admirables dechados, que deberá imitar qualquiera que con el talento necesario aspire á hacerse odioso á los malos y ridículos, por ser útil á la humanidad. En esta clase de poesía, tan necesaria en qualquier sociedad, tenemos bastantes piezas buenas, aunque no son sátiras todas las que así se intitulan. Por sátira entienden muchos una declamacion en verso, en que se reprehenden los vicios en comun; lo qual si así fuera, no habria especie de poesía mas fácil, y que necesitase ménos ingenio; pues todo el trabajo de su composicion se reducia á recopilar en verso lo mucho que en todos tiempos se ha declamado contra los vicios; y seria falsa la opinion de todos los eruditos, que afirman que en todas las naciones los mayores ingenios han sido los satíricos. Otros, aun mas erradamente, piensan que el satirizar no es

mas que acumular los mayores improperios en los términos mas agrios y denigrativos contra todo género de estados y personas: empresa fácil y accesible aun á los mas idiotas é incapaces; pues para esto no se necesita mas que mucho descaro y malignidad. Semejantes composiciones con razon deben estar desterradas de toda república bien ordenada. Pero el verdadero satírico, huyendo de estos dos escollos, solamente busca el ridículo de las acciones humanas; lo pinta con los mas vivos colores; lo adorna con todas las galas de la poesía; y sin ensangrentarse contra personas particulares, forma unos retratos tan perfectos y abominables, que muchos los juzgan por copias de sus vicios y ridiculeces. Para esto se necesita un ingenio sumamente agudo y perspicaz, un estudio profundo de la filosofía del corazon humano, y un pincel muy diestro, sin otras circunstancias que sirven para adorno de la sátira. Si esta fuese arreglada á las ideas que acabamos de proponer, como sin duda

debe serlo para ser buena, es evidente que seria la especie de poesía más útil y necesaria en la sociedad; pues ella sola basta para limpiarla de los muchos insectos que la inficionan y hacen molesta. Los hombres por lo comun oyen con indiferencia las invectivas contra los vicios en comun, porque el amor propio nos hace creer que no estamos en ellos comprehendidos: las injurias, dicterios y calumnias las sabe despreciar un ánimo filosófico; pero á vista del ridículo, el amor propio mas mortificado se estremece, y no hay reflexîones que basten para sufrir con indiferencia el mirarse ridículamente retratado: es preciso corregirse, ó huir de la compañía de los hombres.

Exâminemos ahora si nuestros dos satíricos han seguido este loable medio, ó han tropezado en alguno de los dos extremos, ó de declamacion, ó de libelo infamatorio. Y para que se vea claramente quan distantes estan de estos dos vicios, bastará por exemplo la sátira de Lupercio, que empieza:

Muy bien se muestra, Flora, que no tienes; en la que satiriza á las cortesanas. Todos los vicios, y en especial la lascivia, tienen varios aspectos; y segun el lado por donde se miren, aparecen ó torpes, ó agradables, ó ridículos. Si el asunto de esta sátira lo tomase á su cargo alguno de los que no la distinguen de la declamacion, formaria una larga invectiva contra el vicio y las viciosas, recogiendo quanto se ha escrito para probar su deformidad, sus daños, su oposicion á las leyes divinas y humanas. Un maldiciente obsceno, por el contrario, nombrando las personas, sus excesos, obras y palabras sin ninguna traslacion ni rebozo, compondria un libelo infamatorio, intolerable á los oidos castos, que en tono de reprehender el vicio, lo haria amable, y enseñaria á pecar: defecto muy enorme que se nota freqüentemente en Juvenal y en algunos de los nuestros. Pero nuestro Lupercio en una materia tan deleznable aparta de la vista todo lo que puede seducir ó escandalizar; y presentándonos en Flora una pin-

tura animada de las mugeres de este trato, nos muestra todo el ridículo que hay en él, con tal maestría, que no habrá quien no abomine del retrato.

En la sátira tienen mucha gracia los dialogismos introducidos oportunamente, las descripciones, las pinturas vivas, la concision ó rodeos artificiosos, segun convenga, ó solamente insinuar el concepto, ó cubrir con un velo misterioso algunas cosas, que dichas abiertamente ofenderian. Esta bella obscuridad y la que resulta de las alusiones á hechos ó doctrinas poco comunes, solamente en la sátira se permite: y es muy loable; porque esta no procede del órden trastornado en proponer los pensamientos, ni de confusion de ideas; sino que el Poeta tuvo por conveniente apuntar la especie, suponiendo al lector igualmente instruido, para dexarle el deleyte de adivinar el concepto; lo qual añade mucha gracia á la sátira. Tal es el carácter de las excelentes sátiras de Persio, desacreditadas por algunos, que ó no quieren ó no pueden penetrar el velo artificioso con que cu-

bre sus pensamientos; y esto mismo se advierte freqüentemente en las de los dos hermanos, en las quales se ven á cada paso imitaciones de los satíricos antiguos; bien que suelen imitar á Juvenal mas bien que á Horacio.

No faltará quien censure en nuestros satíricos lo mismo que nos parece muy loable en su estilo; porque algunos juzgan que es propio de la sátira el estilo duro y desaliñado. Esto lo reprehendió Horacio en Lucilio; y aunque en las suyas se advierte muy poco cuidado en el adorno, no por eso debemos tomar sus faltas por preceptos. Juvenal nos mostró con su exemplo que puede recibir todos los adornos que son propios para dar mayor realce, gracia y deleyte á la severa censura y hacer que resalten mas los retratos ridículos. A su imitacion casi todos nuestros buenos satíricos, y en especial los Argensolas, han adoptado un estilo elegante, sentencioso, y adornado con todas las galas poéticas de que es capaz este género de poesía. En nuestros dias hemos visto con

el mayor placer autorizadas todas estas ideas sobre la sátira por la Real Academia Española en el premio de las dos sátiras dirigidas contra los vicios introducidos en nuestra poesía. Estas dos excelentes piezas, al mismo tiempo que prueban el exquisito gusto, erudicion y talento de sus autores, muestran quanto estudio han hecho del lenguage y estilo de nuestros buenos satíricos, pues ni aun en esto ceden á lo mejor que hay escrito en nuestra lengua; siendo así que en esto ninguna nacion nos puede disputar con razon la preferencia. Igual gusto y adorno nos podemos prometer en las composiciones líricas de los que tomen por modelo de ellas á nuestros Argensolas, y á algunos otros, cuyo estudio pretendemos promover con estas breves observaciones y justos elogios. De estos se han dado tantos y tan honoríficos al mérito de los dos hermanos, que seria cosa muy prolixa el referirlos: baste decir que quantos hombres de gusto han leido sus poesías, todos convienen en que ningun otro Poeta los ha excedi-

do, y muy pocos los han igualado.

Pero me parece no debo omitir aquí el juicio que de ellos se hace en las Efemérides de Roma, porque no puede ser notado de afecto nacional, y es al mismo tiempo muy honorífico á nuestra lengua y poesía. Hablando de unas poesías castellanas modernas, dicen así *: »Se advierte en ellas que su autor se »ha propuesto por modelo á Horacio, cu»yo estilo conciso, sencillo y juntamen»te magestuoso en ninguna otra de las »lenguas vivas se puede imitar con tan»ta felicidad como en la española. En »efecto, nuestro Parnaso, que es el mas »abundante de la Europa, y el mas rico »de bellas producciones, no puede pre»sentar tres autores comparables en este »género de poesía á Fr. Luis de Leon »y los dos hermanos Argensolas, que »floreciéron en España en el siglo XVI." Ya vemos aquí como estos juiciosos é imparciales críticos nos conceden la preferencia en la lírica horaciana: es de es-

* Núm. XXI á 22 de Mayo de 1779.

perar de su exquisito gusto é imparcialidad, que nos la concederán tambien sin violencia en la pindárica, quando vean las poesías del divino Herrera, que seguirán á estas prontamente.

VIDA

DE LUPERCIO LEONARDO

Y ARGENSOLA.

Las noticias pertenecientes á las vidas de los dos hermanos Argensolas se hallan recogidas con tanta diligencia en la obra intitulada *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles*, que no parece se puede añadir á lo que su erudito autor ha investigado. Con gusto las copiaria puntualmente, si no temiese ser molesto, y abultar el volúmen inútilmente. Creo que ningun erudito, amante de nuestra historia literaria, carecerá de esta obra, en la qual, ademas de otras muchas noticias importantes, se pueden ver á la larga las especies que en este compendio de sus vidas vamos á insinuar, siguiendo el mismo órden que en dicha obra tienen.

Lupercio Leonardo y Argensola nació de ilustre linage en Barbastro por los

años de 1563. Estudió filosofía y leyes en la Universidad de Huesca, donde empezó ya á descubrir su gran talento para la poesía. Viniendo de Alemania á España la Emperatriz Doña María de Austria, viuda del Emperador Maximiliano II, de quien fue Secretario Juan Leonardo, padre de nuestro Lupercio, salió este á recibirle; y desde Lérida escribió á Don Juan de Albion, caballero de Zaragoza, aquella epístola que empieza:

Aquí donde en Afranio y en Petreyo;

en la qual, á pesar de algun desarreglo, efecto de la precipitacion con que la escribió, y desasosiego del camino, causa maravilla la solidez de pensamientos, gravedad de estilo, y severidad en la censura moral: propiedades muy poco comunes en la juventud. Despues pasó á Zaragoza, donde se aplicó al estudio de la eloquencia, historia romana y lengua griega baxo la direccion del erudito Andres Scoto. Habiéndole tomado por su Secretario el Duque de Villahermosa, pasó con este motivo á Ma-

drid, donde fue individuo de una Academia de Poetas con el nombre de *Bárbaro*; y preguntándole por dos veces la Academia la causa de haber tomado este nombre, respondió en aquellos satíricos y elegantes tercetos que empiezan:

Obediente respondo á la pregunta;

donde insinúa le había impuesto este nombre Doña Mariana Bárbara de Albion, con quien casó por los años de 1587. Por este mismo tiempo compuso tres tragedias: la *Filis*, la *Isabela* y la *Alexandra*, de las quales solo hemos visto las dos últimas; y aunque es justa la censura que hace de ellas el Colector del Parnaso, sin embargo, por lo que hace al estilo pueden servir de modelo. Porque aunque sea reprehensible el usar de una rima difícil, que arguye sumo estudio, inverisímil en el drama, y tambien el variar de metros; pero á lo sublime y patético de la sentencia debe acompañar la grandeza de la diccion poética, como se ve en Sófocles, Eurípides y nuestro Séneca; á los quales imitó en el estilo Lupercio, ya que no en el plan, caracte-

res, interes, y otras muchas circunstancias que se echan ménos en sus tragedias.

En el mes de Abril de 1589 se celebráron en Alcalá de Henares las fiestas de la canonizacion de San Diego; y habiendo propuesto asuntos y premios la Universidad para el certámen poético, compuso Lupercio aquella gran cancion que empieza:

En estas sacras ceremonias pias;

en la que elevándose por grados, llega hasta el mas alto punto de sublimidad de que es capaz la lira.

En los disturbios causados por la prision y huida del Secretario Antonio Perez, trabajó mucho Lupercio en Zaragoza y en Madrid para defender á los principales del Reyno de Aragon. Cerca de estos tiempos parece que escribió una carta, cuyo fragmento se halla en el Ensayo arriba citado, en la qual insinúa algunas circunstancias menudas pertenecientes á sus dos hermanos. La Emperatriz Doña María de Austria, que vivia retirada en las Descalzas Reales de

Madrid, le hizo poco despues su Secretario; y el Archiduque Alberto le honró tambien haciéndole Gentilhombre de su cámara. Residia nuestro Lupercio en la corte; y estando ocupado en sus tareas propias de tan gran literato, fue nombrado por el Rey para la plaza de Cronista mayor de la Corona de Aragon, que se habia creado nuevamente; y despues los Diputados le nombráron por Cronista del mismo Reyno de Aragon. Tuvo una contienda literaria con el Padre Mariana sobre la patria del Poeta Prudencio: y las cartas de este y de los dos hermanos, llenas de erudicion y crítica, pueden servir de exemplo de semejantes disputas, en que se lleva por objeto el averiguar alguna verdad. Tuviéron tambien los dos hermanos correspondencia con Justo Lipsio: en sus cartas se conoce su buen gusto en la latinidad, pues no ceden á las de este célebre literato en pureza y elegancia.

El año de 1610 fue nombrado por Virey de Nápoles el Conde de Lemos D. Pedro Fernandez de Castro, muy afi-

cionado á la poesía, y gran protector de los buenos ingenios; por lo qual, queriendo llevar en su compañía á los dos hermanos, dió á Lupercio la Secretaría de Estado y Guerra de aquel Vireynato; y en compañía de su hermano, muger, hijo y algunos buenos Poetas, que iban por oficiales de la Secretaría, pasáron á Nápoles. En este empleo, á pesar de sus muchas ocupaciones, no se entibió en el amor de las musas; y para promoverlo, movió al Conde de Lemos á que estableciese una Academia poética en Nápoles, llamada de los *Ociosos*, de la qual fue individuo. Encargósele por la Academia que probase qual de los Poetas antiguos habia reunido en sí mas perfectamente el mérito y gracias de todos los demas; y probó que era Virgilio, de quien fue muy apasionado. Por estos tiempos debió de quemar sus versos; pérdida dolorosa, que con razon lamenta Bartolomé en la carta á D. Fernando de Avila y Sotomayor. De donde se infiere que las poesías que se nos conservan son una pequeña parte, y quizá no las mejores

que compuso, recogidas casualmente de algunas copias que tendrian sus amigos. En medio de sus muchas ocupaciones proseguia sus tareas literarias en cumplimiento de su empleo de Cronista; pero una temprana muerte nos privó de este gran Poeta el año de 1613, con sentimiento general de la nacion y de todos los literatos. La Academia de los Ociosos le hizo magníficas exêquias, celebrando su mérito con una oracion latina, y varias poesías italianas y latinas: sobre la puerta principal del salon, que fue el teatro de esta funcion, se puso la inscripcion siguiente:

LUPERCIO LEONARDO ARGENSOLAE:
JOANNIS MAXIMILIANO CAESARI A SECRETIS
FILIO:
APUD MARIAM AUGUSTAM, ALBERTUM,
ERNESTUMQUE FILIOS
IN EODEM MUNERE
PATERNAE FIDEI AEMULATORI:
PETRI FERDINANDI DE CASTRO
IN NEAPOLITANO REGNO PROREGIS
SCRINIORUM PRAEFECTO:
MIRA IN ARDUIS MAXIMISQUE NEGOTIIS
OBEUNDIS DEXTERITATE:
ANIMI CANDORE, INGENII FELICITATE,
UNIVERSO SCIENTIARUM GENERE
PRAECLARISSIMO,
ACADEMIA OTIOSORUM, TANTO ORBATA FILIO,
MONUMENTUM DOLORIS.
P.

RIMAS
DE LUPERCIO ARGENSOLA.

CANCION.

En tanto que gozaban mis sentidos
Los bienes que da amor de mas contento,
Con los quales me aflige la memoria,
No daban dellos parte al pensamiento,
Con vana confianza persuadidos
De que era perdurable aquella gloria:
Como de cosa ociosa y accesoria
Trataban de su vuelo y excelencia,
Aunque él los hizo ricos por sus manos,
(Ingratitud muy propia de villanos,
Que se castiga ya con triste ausencia:)
Ellos agora de su bien privados
De léjos ven los campos deleytosos,
Por donde sin embargo se pasea,
Y aunque él allí revive y se recrea
Con los que eran ingratos, ya invidiosos,
Reparte solamente los cuidados;
Los pasos á los átamos negados
Con gran facilidad allana y pasa,
Trayendo siempre duelos á su casa.
Y así los tristes ojos, que solian
Solamente á contentos aplicarse,
Llamándose la causa del bien mio;
Y todo lo que puede desearse
En los ojos, que ya no ven, veían,
Y les daban la ley á su albedrío:

Agora cada qual un turbio rio,
Que del corazon triste se deriva,
Despide casi en sangre convertido;
Y ver paredes ó árboles, que han sido,
Testigos de su bien, y mirar viva
La memoria, difunta la esperanza,
Heredando sus alas al deseo,
Y la dificultad en competencia
Crecer con él en esta triste ausencia;
Y aun de las desventuras que poseo,
Producir mil sospechas de mudanza,
Hacen de la pasada buena andanza
Un infierno de males infinito,
Do el uno es Flegetonte, otro Cocito.
Y en vez de aquellos fuertes juramentos,
Con lágrimas ardientes y gemidos,
Y con dulces renombres reiterados,
Que oyéron tantas veces mis oidos,
Que á los dioses subiéron por los vientos,
Y fuéron quizá dellos invidiados,
Nuevas tristes, sucesos no pensados,
Consuelos que acrecientan mas mi pena,
Me dan continuo asalto peligroso:
Y no le es al cobarde tan odioso,
Ni el sueño le interrompe de tal suerte
El son, si la trompeta ó caxa suena,
Que á la forzosa guerra le convida,
El corazon altera, el rostro muda
En triste amarillez, helado suda,
Viendo el cierto peligro de su vida,

A que lo condenó su adversa suerte:
Ni el nuncio triste de precisa muerte
A nadie en la prision alteró tanto,
Ni á tierna madre funerario canto.
No huelo ni oleré las bellas flores
Que á Venus le pudieran ser adorno,
Y de Sabá quitaban la memoria,
Con que ceñida vi mi frente en torno,
Mezclando mi Amarilis sus colores
Con el árbol que es premio de victoria:
Esto me daba á mí mas alta gloria
Que á Venus en su Pafo los altares,
Que olores costosísimos humean:
Ya ni las bellas flores me recrean,
Ni las acierto á ver en los lugares,
Donde tú, mi Amarilis, las cogias;
Antes hallo mil yerbas venenosas,
Que nacen en los tristes cimenterios,
Y que para infernales sahumerios
Son de las infernales religiosas
Buscadas en las noches mas sombrías:
(Que á mí me fuéron otro tiempo dias)
Prodigio triste de mi fin violento,
Ver tan rara mudanza en un momento.
En tiempo me vi yo, que no trocara
Las cosas, con que al gusto mantenia,
Por las que ven los dioses en sus mesas;
Antes su inmortal néctar y ambrosía
(Si se me prometiera) despreciara,
Sin admitir sus dones y promesas:

Con cosas de mas gusto que son esas,
No por manos de un rubio Ganimedes,
Para servir por fuerza allá subido,
Sino por tí, Amarilis, fui servido:
(Tú dabas este nombre á las mercedes,
Sin preceder por mi merecimientos:)
Ya como con el mismo sobresalto
Que aquel que vió en la espléndida comida
Encima su cabeza la homicida
Espada, que suspensa estaba en alto,
Con muerte amenazando por momentos;
Y si los labios secos y sedientos
Para decir endechas humedezco,
Mis lágrimas amargas les ofrezco.
Con otras vi yo asidas estas manos,
Que pudieran mejor ser invidiadas,
Segun amor les daba su tesoro,
Que quantas son y fuéron aplicadas
De tantos Reyes justos y tiranos
A cetros y pesados pomos de oro;
Pero despues que su memoria lloró,
Tienen por mas dichosas justamente
A las que al duro remo van asidas,
O á las que en fuertes hierros oprimidas
Su oficio exercitar no se consiente,
Y ver servir en su lugar la agena,
O á las que sin temer el lazo y ñudo,
Sirviéron de cordel al propio dueño,
Y lo entregáron al perpetuo sueño:
Bien se aplicaran al oficio crudo,

Segun estan rabiosas con mi pena;
Pero Amarilis lo contrario ordena
Con expreso cuidado y mandamiento,
Dándome con la vida mas tormento.
En la cumbre de un monte soberano
Tan alto, que aun apénas se concede
Llegar allá las aves con su vuelo,
Un palacio hallarás vecino al cielo,
(Tanto su altura á las demas excede)
Que no bien se discierne desde el llano;
Pero si amor, Cancion, te da la mano
Para que puedas ver la que contemplo,
Y estas dificultades todas vences,
No te diviertas tanto con tu gloria,
Que de mis males pierdas la memoria:
Ni de contar miserias te avergüences,
Pues por ella soy dellas vivo exemplo:
Dile tambien, pues sabes qual me dexas,
Que no me dé ocasion de formar quejas.

II.

Alivia sus fatigas
El labrador cansado,
Quando su yerta barba escarcha cubre,
Pensando en las espigas
Del Agosto abrasado,
Y en los lagares ricos del Octubre:
La hoz se le descubre
Quando el arado apaña,
Y con dulces memorias le acompaña.
Carga de hierro duro

Sus miembros, y se obliga
El jóven al trabajo de la guerra:
Huye el ocio seguro;
Trueca por la enemiga
Su dulce, natural y amiga tierra;
Mas quando se destierra,
O al asalto acomete,
Mil triunfos y mil glorias se promete.
La vida al mar confia,
Y á dos tablas delgadas
El otro, que del oro está sediento;
Escóndesele el dia,
Y las olas hinchadas
Suben á combatir el firmamento:
El quita el pensamiento
De la muerte vecina,
Y en el oro le pone y en la mina.
Dexa el lecho caliente
Con la esposa dormida
El cazador solícito y robusto:
Sufre el cierzo inclemente,
La nieve endurecida;
Y tiene de su afan por premio justo
Interrumpir el gusto
Y la paz de las fieras,
En vano cautas, fuertes y ligeras.
Premio y cierto fin tiene
Qualquier trabajo humano,
Y el uno llama al otro sin mudanza:
El invierno entretiene

La opinion del verano,
Y un tiempo sirve al otro de templanza.
El bien de la esperanza
Solo quedó en el suelo,
Quando todos huyéron para el cielo.
Si la esperanza quitas,
¿Qué le dexas al mundo?
Su máquina disuelves y destruyes:
Todo lo precipitas
En olvido profundo,
Y del fin natural, Flerida, huyes:
Si la cerviz rehuyes
De los brazos amados,
¿Qué premio piensas dar á los cuidados?
Amor en diferentes
Géneros dividido
El publica su fin, y quien le admite,
Todos los accidentes
De un amante atrevido
(Niéguelo ó disimúlelo) permite:
Limite, pues, limite
La avara resistencia,
Que dada la ocasion, todo es licencia.

III.

Bramando el mar hinchado
Con las nubes procura
Mezclar sus olas, y apagar la lumbre
Del cóncavo estrellado,
Y de la horrible hondura
Trasladar sus arenas á la cumbre;

Pero con la costumbre
De estos trabajos graves,
El hijo de Laertes
Rompe con brazos fuertes
Lo que apénas pudieran altas naves
Con las proas ferradas,
Por otro Palinuro gobernadas.
Mas Ino, inmortal diosa,
Viendo al prudente griego
En tan grande peligro de la vida,
Benigna y amorosa
Buscó remedio luego
Para facilitalle la salida;
Y de piedad movida
Le dió el divino velo,
Con que cubrir solia
El cabello, que hacia
Escurecer al dios nacido en Delo;
Y en virtud de esta toca
El mar se allana, y él la tierra toca.
Con tormenta mas fiera,
Con olas mas hinchadas,
Luchaba mi amoroso pensamiento
Léjos de la ribera,
Do tiene amor plantadas
Las verdes arboledas del contento:
Faltábame el aliento,
Las fuerzas fallecian,
Y á vueltas la esperanza;
Señales de bonanza

Ni aun solo imaginadas) acudian,
Y asi quanto miraba
A muerte inevitable me llamaba.
Pero Dorida luego,
Dorida mas hermosa
Que Ino ninfa, y mucho mas que aquella
Madre del niño ciego,
En mis males piadosa
Quiso de mi tormenta ser estrella:
Yo regíme por ella,
Regíme, y aun mas hice,
Que tomé su tocado,
En que andaba encerrado
El oro, que es aquel de Berenice:
Sin luz delante deste,
Aunque la suya el mismo sol le preste.
Navegue quien quisiere
En las naves pintadas
Hechas de los maderos del sacro Ida,
Rompiendo (si pudiere)
Con las proas ferradas
El agua de mil remos sacudida:
Y cuelgue á la salida
En el templo sagrado
La tabla ó el madero,
Que en el naufragio fiero
(Junto con su oracion) le han ayudado
A resistir la guerra
Del mar, y aun á besar la amada tierra.
Pero yo los despojos

Desta preciosa toca
En el templo pondré de mi memoria:
Pondré en ella los ojos,
Pondré en ella la boca,
Y allí repetiré su dulce historia.
Busquen otros la gloria
Entre la polvorosa
Nube del fiero Marte:
Otros en otra parte,
Si no de tanto honor, mas provechosa,
Que yo (elevado en esto)
Jamas en otra cosa estaré puesto.
La tela artificiosa
De Aracne temeraria,
Ni la que declaró la competencia
Della y la casta diosa,
Por quien dió á su contraria
Por castigo tan áspera sentencia,
No tienen la excelencia
Estas ni otra ninguna,
Que mi preciosa tela:
Esta será la vela,
Que lleve por insignia la fortuna:
A ella yo á lo ménos
Atribuiré de hoy mas mis casos buenos.
Felicemente vayas,
Cancion, de boca en boca,
Dando de mi contento á todos parte:
Si acaso te desmayas,
Asiráste á la toca,

Que bastante será para animarte,
Pues ella me dió aliento
Para tu venturoso nacimiento.

DECIMAS.

Bien pensará quien me oyere,
Viendo que he llorado tanto,
Que me alegro agora y canto
Como el cisne quando muere.
Créalo quien mal me quiere:
Mas sepa quien se lastima
De que el duro amor me oprima,
Que con este mismo son
Puede romper la prision,
Y disimular la lima.

Que como las esperanzas
Me dexáron la salida,
Aunque hermosura lo impida,
Rompí por sus asechanzas:
Las plantas hacen mudanzas,
Segun las influye el cielo:
No dan flor en medio el hielo,
Y la que la da, se pierde;
Y á la region que está verde,
Hacen las aves su vuelo.

En dulce correspondencia
Crece el amor cada dia;
Mas en la descortesía
Mengua toda su potencia.
Ya se acabó mi paciencia:

Ya el tiempo me desengaña,
Y la razon me acompaña:
Que no siempre un hombre debe
Contemplar un corcho leve,
Como pescador de caña.
Negarme lo que no es mio,
Señora, no es caso injusto,
Que no tiene ley el gusto,
Ni es cautivo el albedrío;
Mas teniendo el pecho frio,
Dar á entender que se arde,
Para que llegando tarde,
Trayga el desengaño furia;
Venganza pide esta injuria
En el pecho mas cobarde.
Mas yo no sigo este intento,
Por no turbar mi sosiego,
Que aun las cenizas del fuego
Se las ha llevado el viento.
Alguno dirá que miento,
Porque de los grandes males
Siempre quedan las señales:
Pues sepa el tal, que un despecho
Pudo convertir un pecho
Que fue cera en pedernales.
Ya de la memoria borro
Todas las obligaciones;
Porque vuestras sinrazones
Me han dado carta de horro:
Y tal estoy, que me corro

No que tengais prendas mias:
Mas (por no mover porfias)
En vuestras manos las dexo,
Qual la culebra el pellejo
Para renovar sus dias.

REDONDILLAS.

Señora, despues que os vi,
Paso la vida en quereros,
Y lloro en ver quan ligeros
Pasan los años por mí:
Que aunque aborrecer se debe
Vida tan triste y amarga,
Si para sufrir es larga,
Para merecer es breve.
Ya no sabe amor con que
Apurar mi sufrimiento,
Que es leve qualquier tormento,
Si carga sobre mi fe.
Y aunque de penar así
El alma saca ganancia,
Nunca es menor la distancia,
Que hay desde vos hasta mí.
Desde el principio resisto
A mi mal sin esperanza,
Que ni aun en esto mudanza
De vos ni de mí se ha visto.
Todo va por un nivel,
Mi firmeza y vuestro gusto;

Y es en mi daño tan justo,
Que mata sin ser cruel.
Que no causais vos mis males,
Señora, pues el quereros,
Y el no poder mereceros,
Son efectos naturales.
Puede tanto la constancia,
Que sin accidentes peno,
Como de usarse el veneno
Suele volverse en substancia.
¿De quién me debo quejar?
¿O qué remedio se sigue,
Pues no hay quejas con que obligue
A poderme remediar?
Una sola recompensa
Merezco, Señora, y pido,
Que pues no he de ser querido,
El quereros no os sea ofensa.
Porque si de pretender
Favores vuestros me abstengo,
Decidme, ¿qué culpa tengo
En saberos conocer?

OTRAS.

Pasan mil casos por mí
Sin divertir mi deseo,
Que no atiendo á lo que veo,
Sino solo á lo que vi.
Ménos que el remo en el mar,

Menos que en el ayre el ala,
En mí se imprime ó señala
Nuevo placer ó pesar.
Haga el miedo ó la esperanza
En mi qualquiera experiencia,
Que en tan clara diferencia
Imposible es la mudanza:
Que como mi gloria fundo
En lo mas vecino al cielo,
Quanto me promete el suelo
Es inferior y segundo.
Vivo en inmortal sugeto,
Y no en humanos despojos,
Aunque tampoco á los ojos
La envidia enmendó el objeto.
Mas en la parte suprema
Todo es tranquilo en extremo,
Donde ni accidentes temo,
Ni los hay, aunque los tema.
Es igualdad sin igual
Todo quanto el alma ve,
Y halla solo con la fe
No estar en su original.
Y no fuera fácil duda,
Pues en el bien que poseo
Está colmado el deseo,
Y nuevas formas no muda.
Otras fuentes y otros rios
A nuestros ojos se ofrecen,
Que ni en los inviernos crecen,

Ni menguan en los estíos
Y otros árboles amenos,
Que siempre en tiempo oportuno
Dan fruta para el ayuno,
Y flores para los senos.
Estos campos eliseos,
De tan pocos freqüentados,
Producen anticipados
Los gustos á los deseos.
¡O codicia! ¡quanta risa
Causa aquí ver lo que mandas!
Aunque como léjos andas,
Poco dello se divisa.
Lo que aquí se determina,
Con hombres no se consulta,
Ni lo que dello resulta
En sus lenguas se exâmina.
Ni cosa alguna defiende
La vana opinion al gusto;
Porque en sabiendo que es justo,
A lo demas no se atiende.
Anda la verdad desnuda
Discurriendo á su albedrío,
Que ni tiembla en el que es frio,
Ni en el que es caliente suda;
Porque con igual firmeza
No gobiernan sino dos,
O con su propia voz Dios,
O (por él) naturaleza.

SONETOS.

Tiempo fue, quando yo, como en Egito,
Un cabron adoraba, ó un becerro,
Un lobo, un cocodrilo, un medio perro,
O algun parto mas fiero y exquisito.
Por huir el lugar, despues maldito,
Escogí voluntario mi destierro,
Consumiendo con llamas ó con hierro
Qualquier memoria del infame rito.
Y de la luz divina que contemplo,
(De quien un vil temor privàrme pudo,
Haciéndome cobarde siervo oculto);
De tal manera ya visito el templo,
Que ofreceré mi pecho al hierro agudo
Por defender sus aras y su culto.

II.

No temo los peligros del mar fiero,
Ni de un Scita la odiosa servidumbre,
Pues alivia los hierros la costumbre,
Y al remo grave puede hacer ligero:
Ni oponer este pecho por terrero
De flechas á la inmensa muchedumbre:
Ni envuelta en humo la dudosa lumbre
Ver, y esperar el plomo venidero.
Mal que tiene la muerte por extremo,
No le debe temer un desdichado,
Mas ántes escogerle por partido.
La sombra sola del olvido temo,
Porque es como no ser un olvidado;
Y no hay mal que se iguale al no haber sido.

III.

Dentro quiero vivir de mi fortuna,
Y huir los grandes nombres que derrama
Con estatuas y títulos la fama
Por el cóncavo cerco de la luna.
Si con ellos no tengo cosa alguna
Comun de las que el vulgo sigue y ama,
Bástame ver comun la postrer cama,
Como lo fué tambien la primer cuna.
Y entre estos dos umbrales de la vida,
Distantes un espacio tan estrecho,
Que en la entrada comienza la salida:
¿Qué más aplauso quiero ó más provecho,
Que ver mi fe de mi Filis admitida,
Y estar yo de la suya satisfecho?

IV.

En vano se me oponen las montañas
Con nuevos riscos de cuajada nieve,
Y en vano el aquilon sus alas mueve
Derribando cortijos y cabañas.
Que el fuego que yo traygo en mis entrañas,
Bastará á derretirla en tiempo breve;
Y si á luchar con él mi fe se atreve,
No será la mayor de sus hazañas.
Y si un hombre triunfó de su violencia,
Pasando por los Alpes las banderas,
Que llevaron á Italia muerte y luto:
No hallarán las que sigo resistencia,
Que son de un Dios que abarca las esferas,
Terrible, vengativo y absoluto.

V.

Imágen espantosa de la muerte,
Sueño cruel, no turbes mas mi pecho,
Mostrándome cortado el nudo estrecho,
Consuelo solo de mi adversa suerte.
Busca de algun tirano el muro fuerte,
De jaspe las paredes, de oro el techo:
O el rico avaro en el angosto lecho
Haz que temblando con sudor despierte.
El uno vea el popular tumulto
Romper con furia las herradas puertas;
O al sobornado siervo el hierro oculto.
El otro sus riquezas descubiertas
Con llave falsa, ó con violento insulto
Y déxale al amor sus glorias ciertas.

VI.

Aquel rayo de Marte acelerado,
Que domó tantas gentes extrangeras;
Y volvió contra Roma las banderas;
Que Roma contra Francia le habia dado;
En el corriente Rubicon parado,
Revolviendo las cosas venideras,
Detuvo el curso de sus huestes fieras,
Del mismo caso que emprendió forzado.
Determinado al fin de ir adelante,
Vamos, dixo, que echada está la suerte:
Quantas dudas se ofrezcan atropello.
Y resuelto una vez como constante,
No quiso ménos que victoria ó muerte:
Así dudé, y así pienso yo hacello.

VII.

Muros, ya muros no, sino trasunto
De nuestras breves glorias y blasones;
Pues tiene puesto el mundo en opiniones
Si sois ó no reliquias de Sagunto.
Donde estuvo la fe tan en su punto,
Que exemplo sois á todas las naciones,
Resistiendo á los ruegos, á los dones,
Y al poder de Cartago todo junto.
De hoy mas juntos los vuestros y mis males
Se cuenten, pues la fe perpetua y pura,
Y el tiempo los han hecho tan iguales..
Y pues os ha dexado la ventura
Memoria y sepultura de leales,
Dadme tambien memoria y sepultura..

VIII.

Quien voluntariamente se destierra,
Y dexa por el oro el patrio techo;
Y aquel que apénas queda satisfecho
Con quanto trigo en Africa se encierra:
El que para ocupar la mar y tierra
Le parece que tiene capaz pecho,
Y enmudece las leyes y el derecho
Con el estruendo y máquinas de guerra,
No tiene cierto fin su voto vano:
Que como en ambicion su gusto funda,
Siempre está cosas nuevas deseando.
Dichoso quien camina por lo llano,
Sin pedir á la suerte otra segunda,
Ni bien mayor que obedecer amando.

IX.

Temeraria esperanza, ¿por qué engañas
Mi alma con tu loco devaneo?
¿Temió dentro en mi pecho mi deseo,
Y no temes tú empresas tan extrañas?
Estásle relatando tus hazañas,
Sin olvidar un mínimo trofeo,
Y quieres sepultar en el Leteo
Las cosas infinitas con que dañas.
Detente, pensamiento temerario,
Porque aunque puede ser lo que imaginas,
Tambien (y es lo mas cierto) lo contrario:
Mira que las mudanzas repentinas
En el cielo y la tierra, de ordinario
Paráron en miserias y ruinas.

X.

Temí, Señora, con razon mi daño,
Quando amor con razon me persuadia;
Porque bien sospechaba que encubria
Con falso rostro algun efecto extraño.
A tiempo el alma descubrió su engaño,
Mas no se resistió de parte mia:
Ni el áspero desden con mano fria
Despertó, como suele, al desengaño.
Entónces bien pudiera por ventura,
Agora no, que ocupa el otro extremo
Rendida la razon que estaba en medio,
Ya perdí la esperanza de la cura:
Ya los consejos son los que mas temo:
Ya ni el mal es sufrible ni el remedio.

XI.

Conoce apénas al amor por fama
Cloris, y ya en su pecho le parece.
Que se abrasa, que sirve y obedece,
No mas de porque á Tirsi no desama.
No sabe que de amor la viva llama
Jamas en un estado permanece:
Que ella misma se apaga, si no crece;
Los medios huye, los extremos ama.
Si Cloris sujetarse al amor quiere,
Sujétese al amor sin condiciones,
Déxese gobernar á su albedrío:
Ó llámese tirana, y persevere
En hacer de tormentos invenciones;
No injustamente usurpe el nombre pio.

XII.

Antes que Ceres conmutase el fruto
De las encinas sacras en espigas,
Y á costa de sudores y fatigas
La tierra diese al labrador tributo:
Que á las madres causase espanto y luto
La furia de las armas enemigas,
Que la selva cargase al mar de vigas,
Para habitarse mas que el suelo enxuto:
No los cuerpos entónces dividia
(Si las almas amor dexaba unidas).
Severa ley, costumbre ó temor vano.
Esta edad imitemos, Cloris mia,
Si á su manjar sabroso me convidas,
Y está el hacer que vuelva en nuesrra mano.

XIII.

Las tristes de Faeton bellas hermanas,
Sentadas á la orilla del gran rio,
Lloraban de su hermano el desvarío,
Al convertirse en árboles cercanas.
Decia cada qual con fuerzas vanas:
Regir quisiste, ó loco hermano mio,
El carro, que el invierno y el estío
Reparte con sus ruedas soberanas.
Fue digna de tal pena tu osadía;
Y porque sea comun el escarmiento,
Sin culpa te imitamos en la suerte.
Con este exemplo en vano pretendia
Yo, triste, refrenar mi atrevimiento,
Que busca en vida gloria, ó fama en muerte.

XIV.

Yo soy el que me tuve por tan fuerte,
Que siempre del amor traté con risa:
¡Ay triste! ¡cómo el tiempo nos avisa,
Que no hay seguridad hasta la muerte!
Agora con mudanza de mi suerte
En mis mexillas traygo su divisa;
Pero si tú le das tus armas, Nisa,
¿A quién ha de tirar que no le acierte?
De ver estas mudanzas, admirado
Yo mismo me pregunto, ¿de qué modo
Tan presto la cerviz al yugo puse?
Mas luego me respondo consolado:
Amor en ocasion lo puede todo:
Agenas culpas hay con que me excuse.

XV.

Yo quise contra el tiempo formar guerra,
Haciendo (mal su grado) larga historia
De aquellos cuya célebre memoria
En sordo olvido sin honor encierra:
Y como el pensamiento humano yerra,
Esto me asegurabá la victoria;
Y yo con presuncion y vanagloria
Volaba ya muy léjos de la tierra.
Pero envidiando amor la gloria agena,
Prendióme, y con eterna servidumbre
Mi pluma ha dedicado á su alabanza.
Limar pudiera el tiempo mi cadena;
Pero no quiere usar de su costumbre
Conmigo, por tomar tambien venganza.

XVI.

¡O tú, que á los peligros é inconstancia
Del mar te obligas, y en el viento esperas
Ver del Indio tostado las riberas,
Y envuelta en sus arenas tu ganancia!
Sin huir de tu patria tal distancia,
Coger perlas finísimas pudieras,
Si á Filis los divinos ojos vieras
Tristes, vertiendo dellas abundancia.
Pero no quiso amor que avara mano
Las viese, ni dexó llegar alguna
A parte donde ser robada pueda:
Que en su tesoro los encierra ufano
De ver, que aunque hoy mas triunfe la fortuna,
Esto, que es mucho, por ganar le queda.

XVII.

Sin duda que esta red de hierro dura
Es la que á Marte y Venus fue molesta,
Quando en su lecho con engaño puesta
Sirvió de ignominiosa ligadura.
Allí en su gloria derramó amargura,
Haciéndola á los dioses manifiesta;
Y aquí en la mia con crueldad opuesta
En vano hace pasar la noche obscura:
Allá en obscuras cárceles contiende,
¡O máquina cruel! con hombres fieros,
Cuyos pechos te son tan semejantes.
O enciéndete en el fuego que me enciende,
Y mudarán tu forma los deseos,
Que amor inspira en estos dos amantes.

XVIII.

Si de correr opuesto al claro oriente,
Ebro, te precias con tus ondas frias,
Hazlas seguir á las querellas mias,
Que atrás queda mi sol resplandeciente.
Con lágrimas aumento tu corriente,
Y de quien es la causa, las desvias:
Cruel, ¿por qué tributo al mar envias,
De lo que doy á Filis inclemente?
Pero con esto enseñas ser lo mismo
Llegar al sordo mar que á su presencia,
Y que no produxeran otro fruto;
Pues no se echa de ver en el abismo
De su crueldad mi llanto y mi paciencia,
Como en ese tampoco tu tributo.

XIX.

Jamas salidos en el mar de oriente
De blancas conchas los preciosos granos,
(Por mas que adornen sienes de tiranos,
O de alguna cruel la hermosa frente),
Tuvieron el lugar que amor consiente,
Que hoy mis lágrimas tengan por sus manos:
Es tal, qué de los dioses soberanos
Fue visto, y envidiado dignamente.
La misma Venus las recoge, é hizo
Entre ardientes rubis divino adorno,
El qual texió con sus cabellos largos.
Viése, y tanto de sí se satisfizo,
Que á vencer se atreviera sin soborno,
Aunque juzgaran Menelao y Argos.

XX.

No fuéron tus divinos ojos, Ana,
Los que al yugo amoroso me han rendido,
Ni los rosados labios, dulce nido
Del ciego niño, donde néctar mana.
Ni las mexillas de color de grana,
Ni el cabello, que al oro es preferido,
Ni las manos, que á tantos han vencido,
Ni la voz, que está en duda si es humana.
Tu alma, que en tus obras se trasluce,
Es la que sujetar pudo la mia,
Porque fuese inmortal su cautiverio.
Así todo lo dicho se reduce
A solo su poder, porque tenia
Por ella cada qual su ministerio.

XXI.

Amor, tú que las almas ves desnudas,
Cuéntanos el desden y la osadía,
Con que la hermosa Filis resistia
A tus doradas flechas mas agudas:
Y dinos las razones y las dudas,
Con que despues de herida se encubria,
Si soberbia ó vergüenza detenia
Lo que mostraban apariencias mudas.
Lo que nosotros vimos acá fuera
Fue colorearse el rostro como rosa,
Y huir de nuestros ojos sus dos soles.
Qual suele Febo al fin de su carrera,
Robando su color á cada cosa
Las nubes adornar con arreboles.

XXII.

En el claro cristal, que agora tienes
Para fiel consejero de las manos
Crueles, pues (guardando ritos vanos)
Cubren con nube tus doradas sienes:
Prueba á mirar, ó Filis, los desdenes,
Que salen de tus ojos soberanos,
Y tendrás compasion de los humanos,
Si á contemplar tu saña te detienes.
Mas no será posible que te veas
Con ojos desdeñosos, ni que pueda
De compasion tu rostro causa darte.
Estése la piedad en sus ideas,
Que no es posible que de tí proceda,
Ni que el desden habite en otra parte.

XXIII.

Ausente está de mí la mayor parte,
Y la mas principal del alma mia,
Y ausente mas virtud al cuerpo envia,
Que le da la que de él jamas se parte.
En dos objetos vivo de tal arte,
(Terrible division) que noche y dia,
Allá los sentimientos de alegría,
Y acá los de tristéza amor reparte.
Amor, aunque tus lauros y tus palmas
En la parte inmortal mas nobles sean,
Tambien tendrán en la mortal nobleza.
Haz union de los cuerpos y las almas,
Y no siempre por fe los hombres vean
El poder de tu diestra y mi firmeza.

XXIV.

Esta cueva que veis toda vestida
De yedra, que una vid cubre su puerta,
De levantados álamos cubierta,
Con que la entrada al sol es defendida;
Sepultura fue un tiempo aborrecida,
Adonde estuvo mi esperanza muerta,
Y agora es templo de mi gloria cierta,
Y firme amparo de mi dulce vida.
Esté soberbia Paro con su mármol,
Que mientras yo vea tal aquesta piedra,
No estimaré la del Hidaspes tanto.
Esto entallaba Dafnis en un árbol,
Y Amarilis de flores y de yedra
Una guirnalda le texia entre tanto.

XXV.

Viento cruel, cruel y avaro velo,
Entrambos en mi daño diligentes,
Que cubristes mi sol, por quien las gentes
Ya casi olvidan al nacido en Delo;
En mi justa venganza ruego al cielo,
Que tú del mar las voces mas doliente
Lleves, y tú de infames delinqüentes
Abras siempre las bocas sin consuelo.
Pero si á la region del ayre sube
El vapor de la tierra, donde nace
El rayo que desciende en su castigo,
Bien puedo yo temer, que desta nube
Mi baxeza sea causa, y que se trace
Allá dentro de haberse así comigo.

XXVI.

Si acaso de la frente Galatea
El velo avaro sin pensar levanta,
Vuelve á cubrirse con presteza tanta,
Que mas atemoriza que recrea.
Así en obscura noche á quien desea
Ver donde asiente la dudosa planta,
Del rayo la violenta luz espanta,
Y tiempo no le da para que vea.
Severa honestidad, que ha señalado
Hasta á la vista límites y pena,
Si los excede por seguir su objeto;
Pues ha los libres ojos sujetado,
No es mucho, si las lenguas nos enfrena,
Y tantos padecemos en secreto.

XXVII.

Severamente al pensamiento pido
De todos sus discursos cuenta estrecha,
Para ver si dió causa á la sospecha,
Porque con tal rigor tratado he sido.
Ninguna culpa hallársele ha podido:
¿Mas de qué su inocencia me aprovecha?
Que no quedando Filis satisfecha,
El castigado soy y el ofendido.
Aprueba, y dobla el daño mi paciencia;
Pues no puedo quejarme de su furia,
Por no culpar ni resistir su gusto.
Y así vengo á saber por experiencia,
Que no hay dolor que iguale al de una injuria
Hecha con nombre de castigo justo.

XXVIII.

¡O piadoso cristal, que me colocas
(Estando en su querer tan apartado)
De aquella dulce mi enemiga al lado,
Miéntras se cubre con injustas tocas!
Veo juntos los ojos, veo las bocas,
Y su divino rostro no alterado:
¿Hase por dicha el corazon mudado,
Y sus desdenes ásperos revocas?
En parte creo que sí, porque no puede
Causarle alteracion alguna cosa,
Miéntras en tí mirare su figura.
Y estar tan cerca agora me concede,
Por no turbar su vista deleytosa:
Que hasta en esto es amable su hermosura.

XXIX.

Yo vivo de un engaño y otro engaño
En las horas prolixas desta ausencia,
Y quiere que le deba mi paciencia
Lo que si resistiera á un desengaño.
Agora ¿qué haré, triste, que de un daño
Jamas temido temo la experiencia?
Y no le son engaños resistencia,
Con que yo me defiendo y acompaño.
Yo moriré, yo moriré sin duda,
Si el mal me acometiere que sospecho,
Mal que no hay pecho humano que no asombre:
Mal que al nombrarlo está mi lengua muda:
¡Ved cómo sufrirá su esencia el pecho,
Si ella sufrir no puede solo el nombre!

XXX.

Tanto mi grave sentimiento pudo,
Que en la mano de bárbara violencia
Hizo, dando lugar á la clemencia,
Volver el filo del cuchillo agudo.
¿Hay por ventura de diamante escudo,
Que pueda hacer tan firme resistencia,
Como de un alma pura la inocencia,
Que ofrece el pecho al vencedor desnudo?
Yo vi, yo vi los ojos (no es mentira)
Que muerte amenazaban, detenerse
Con blando afecto en la miseria mia.
Y deshacerse los nublados de ira,
Y la santa piedad aparecerse:
Que todo es fácil, si en la fe se fia.

XXXI.

Bien sé que mi silencio y mi paciencia
Me pueden grandes daños haber hecho,
Moviendo á que se juzgue de mi pecho
Solo aquello que muestra la presencia.
Mas no por eso mudo de sentencia,
Incierto de si es daño ó si provecho:
Que amor no sabe dar paso derecho,
Miéntras no tiene igual correspondencia.
Callando solamente mi mal hago:
Hablando por ventura ofenderia
A quien estoy temiendo no ofendida.
Si yo me ofendo, con morir me pago;
Si ofendiese á quien digo, no podria
Pagarle, que es la ofensa sin medida.

XXXII.

A muerte inevitable amor me lleva,
Por mas que justifico mi deseo,
Y hace la empresa fácil: qué bien veo,
Que es solo por hacerle que se atreva.
Porque ¿quién me asegura que no mueva
(Si este fácil y justo bien poseo)
Otro injusto difícil devaneo,
Y, al fin, de su poder la última prueba?
¿Solo en mí torcerá de su costumbre?
O no pudiendo agora defenderme,
¿Podré quando de mí triunfe el tirano?
Ya temo su terrible servidumbre,
Si algun desden no acude á socorrerme,
Fácil remedio si se da temprano.

XXXIII.

Hermosura perfecta no consiste
En dar diversas formas al cabello,
Perlas á las orejas, y oro al cuello,
Ni en la ropa costosa que se viste.
Con trage rico ó pobre, alegre ó triste,
Es uno mismo siempre un rostro bello:
Que en oro ó plomo siempre dexa el sello
La forma que grabada en él asiste.
Mas esto pocas veces lo concede
Naturaleza avara con el mundo,
En el qual siempre es raro lo perfecto.
Yo, por mi mal, lo he visto; y sé que puede
Con el trage primero y el segundo
Vuestra hermosura hacer igual efecto.

XXXIV.

Conjuradas estan en daño mio
Quantas cosas aplico á mi provecho:
Procúranme acoger las que desecho:
Las que busco me tratan con desvío.
Hallo en su misma esfera al fuego frio,
Pues ningunos efectos ha en vos hecho:
Y donde tiene amor mayor derecho,
Allí le vi quitar el poderío;
Allí donde los míseros mortales
Alivian, por lo ménos, sus cuidados,
Sagrado tribunal de la clemencia,
A deseos y penas inmortales
Fuéron mis pensamientos condenados:
Que no todo se vence con paciencia.

XXXV.

Cuitada navecilla, ¿quién creyera
Que osaran estas olas ofenderte,
Viéndolas otro tiempo obedecerte,
Como si tuyo el mar soberbio fuera?
Tus bienes les he dado, y persevera
Su saña; no sé ya cómo valerte:
El arte dexo en manos de la suerte,
Para que ella te arroje adonde quiera.
Bien sé que se aplacaran al momento,
Si como les he dado la esperanza,
Entregara tambien el pensamiento.
Pero avénganse allá con su bonanza,
Que mas quiero morir en mi tormento,
Que vivir con infamia en su mudanza.

XXXVI.

Si quiere amor que siga sus antojos,
Y á sus hierros de nuevo rinda el cuello,
Que por ídolo adore un rostro bello,
Y que vistan su templo mis despojos;
La flaca luz renueve de mis ojos,
Restituya á mi frente su cabello,
A mis labios la rosa y primer vello,
Que ya pendiente y yerto es dos manojos.
Y entónces, como sierpe renovada,
A la puerta de Filis inclemente
Resistiré á la lluvia y á los vientos.
Mas si no ha de volver la edad pasada,
Y todo con la edad es diferente,
¿Por qué no lo han de ser mis pensamientos?

XXXVII.

Este prolixo y tenebroso dia
(El qual con piedra negra notar quiero)
Memoria es dignamente del primero
De mi vida, si es vida aquesta mia.
Entónces lo lloraba en profecia,
Y de su soledad tomando agüero:
En tanto que viviere, ya no espero
Tener en él sucesos de alegría.
Odioso me será, y odioso sea
Al cielo y á la tierra eternamente,
Pues en él se me esconde Galatea.
Entre las noches lóbregas se cuente,
Y en él ninguna accion jamas se vea
Digna de que la fama la sustente.

TERCETOS.

Aquí donde en Afranio y en Petreyo
A César se rindió la vez primera
La no vencida suerte de Pompeyo:
Adonde, si la fama es verdadera,
Entre las verdes ovas granos de oro
Un tiempo daba Segre á su ribera:
En vano pido aliento al sacro coro;
Pues para hacer un verso, y ese manco,
Primero he de sudar por cada poro.
Como quien muelas saca los arranco,
Que cada qual me cuesta mas de un grito,
Y el rostro, siendo negro, vuelvo blanco.
Borro, y vuelvo á escribir lo que habia escrito,
Y, mas que algun gran Príncipe, inconstante
Lo mismo que aprobaba, luego quito.
¡Que yo vaya á cazar un consonante
Diez leguas, como el otro una lechuza!
(Negocio á la república importante.)
¡Y que si he de nombrar escaramuza,
Por solo el consonante les prefiera
A todos los demas el moro Muza!
Como niño que corta con tixera
En un papel doblado, sin aviso
De lo que ha de sacar, ni lo que espera;
Que quando lo desdobla, de improviso
Halla con proporcion una figura,
Que ni así la esperaba ni la quiso.

¿Como á los que les sale de ventura
En ese reyno y otros algun cargo,
Con que se manifieste su locura.
Pero dexemos esto, que me alargo
A mas dello que pide edad tan verde,
Demas que la verdad es fruto amargo.
¿Dirélo? La conciencia me remuerde;
¿Mas qué tengo de hacer con voces vanas?
¿Puedo yo remediar lo que se pierde?
¿Tengo yo autoridad, ó tengo canas?
¿Soy entre nuestros cátrapas magnate,
O son nuestras costumbres las romanas?
Parecerá locura y disparate:
Tú disimulas hoy, aquel mañana,
Sirviendo al uno el otro de rescate.
¿Quién mostrará verdad tan clara y llana?
¿Un mozo como yo? Ni aunque viniese
El niño que la vida dió á Susana,
Apénas se hallaria quien lo creyese:
Nadie quiere cobrar un enemigo:
Cede al privado el público interese.
Volviendo á lo primero, Don Juan, digo,
Que por onzas me da su licor santo
Apolo, que fue un tiempo tan mi amigo.
Y así para escribirte tardo tanto,
Como para sacar una sentencia
Suelen tardar, ya sabes donde y quanto.
Pero no puedo hacer mas diligencia,
Pues la nave sin remos tengo en calma,
Sino esperar el viento con paciencia.

Haz cuenta que plantaste alguna palma:
Que comenzaste pleytos, ó que esperas
Que un enfadoso viejo rinda el alma:
Que por el mismo caso que lo quieras,
Vive mas que una suegra rigurosa
Contra las maldiciones de mil nueras.
Paréceme que dices: otra cosa
Mucho peor que las adversas musas
Tiene tu pluma tanto tiempo ociosa.
Y porque considero que me acusas
(Como sueles hacerlo) de remiso,
Quiero darte las últimas excusas.
Yo nunca supe en término preciso
Escribir quatro versos concertados,
Ni hacer, como otros, libros de improviso.
Lugares de quietud y despoblados,
Y no tumulto y gritos, dice Horacio,
Que son para las musas dedicados:
No voces ni ladridos de palacio,
Que al fin con solas ellas fue vencido
(Sin valerle su canto) el viudo Tracio.
Pues yo que llevo siempre en el oido
Las yunques y martillos mas confusos,
Que en Lipari ni en Etna se han oido,
¿Cómo veré á las musas ni á los musos?
Mal haya el que primero de Alemaña
Nos traxo el brindis sucio y sus abusos.
Pues no pudo con armas en campaña,
Con este vicio y otros imagino
Que pretendio triunfar de nuestra España.

¿De donde (segun cuenta César) vino,
Que los fieros suevos en su tierra
No dexaban entrar á vender vino?
De que viéron al ojo lo que yerra,
Y se ablanda con él un pecho fuerte,
Dedicado al trabajo de la guerra.
Seleuco, quando ménos, con la muerte
Castiga, si no fuere medicina,
Al que bebiere vino de otra suerte.
De que el vino corrompe y afemina
Los hombres, con exemplos y escritura
Puedo cargar mil naves de doctrina.
Ni es prueba muy dificil, que si jura
Un frances ó tudesco por testigo,
Al momento dirán la verdad pura.
Pues quando testifique así un amigo,
No hay por qué de los otros se sospeche,
Si dixeren lo mismo que yo digo.
Aristófanes llama al vino leche
De Vénus, con la qual sustenta y cria
Al hijo, porque el arco mejor fleche.
Callo aquella sentencia que solia
Repetir de Terencio mi pedante,
En que á Baco y á Ceres revolvia.
No niego yo que el vino es importante,
Ni quiero desmentir al gran Galeno,
Ni á Hipócrates tratarlo de ignorante.
El vino es bueno (y mas si es vino bueno);
Pero es malo beberlo de manera,
Que vamos á la cueva con Sileno.

Bien se puede romper la ley severa,
Que da tres veces vino en la comida;
Pero no para dar en borrachera.
Tres veces beba el sabio, dice Suida;
Y aunque bebió con esta ley Augusto,
(Segun Suetonio, que escribió su vida),
Si uno tiene mas sed, no será justo
Que se quede con ella, mayormente
Si fuere muy colérico y adusto.
Pero buscar manjar que la acreciente;
Es vicio detestable, que el demonio
Se admira de que en él cayga la gente.
Las mesas dan del vicio testimonio
De aromáticos llenas y de amomo,
Mas que las cenas pródigas de Antonio.
Pues si manjares semejantes cómo,
¿No hé de beber mas vino que Tiberio,
Y quedar mas pesado que de plomo?
¿Pues hay mas miserable cautivério,
Que sujetarse un hombre á la vil panza,
Y dexar que la gula tenga imperio?
¡O bien haya mil veces la templanza,
Con que deste defecto me he guardado
Desde mis tiernos años y crianza!
¿Qué cosa es ver al uno colorado,
Que á cada paso los acentos yerra,
Estar en las disputas porfiado:
Y hacer varios discursos para guerra,
Y gobernar mil flotas, quien no ha visto
Agua jamas, ni entónces ve la tierra:

Y tratar de Bootes y Calisto
Al que está soñoliento, convertido
En el primer milagro que hizo Cristo:
Y al otro, que le llevan sin sentido
Al lecho sus amigos, y despierta
Jurando que es quien ménos ha bebido:
Y al otro, que al salir no halla la puerta,
Y jura que no hay lince que le exceda,
Y que el aljófar á enhilar acierta?
Anacarsis, que el uso de la rueda
Halló para labrar vasos de lodo,
(Si es justo que esto á Plinio se conceda),
Preguntándole algunos de qué modo
Puede ser uno aguado y abstinente,
Dixo: con ver los gestos de un beodo:
Dixo, á mi parecer, agudamente,
Yo á lo menos por esto me abstendria,
Quando no hubiese causa mas urgente.
Mira, pues, si con esta compañia
De meson en meson querrán seguirme
Las señoras Urania y Polimnia;
Y si no tengo apénas mesa firme,
Ni aposento un momento que sea mudo,
Adonde retirarme y divertirme;
¿Cómo podré escribir lo que no pudo
El otro sin morder el lauro verde,
Que lo volvió de torpe tan agudo?
No hay hora en que yo mismo no me acuerde,
Que no debo faltar á mi promesa,
Y lo que en no cumplirla un hombre pierde:

Y sabe Dios muy bien lo que me pesa;
Pero si escribo mal, no será buena
Excusa la que digo ni la priesa.
Ni los versos compuestos sobre cena
Pueden enviarse á tí, porque divides
Un cabello en diez partes sin gran pena.
Yo sé que los revuelves y los mides,
Y que no fue Aristarco tan severo,
Ni pidió tantas leyes como pides.
Y cierto que un amigo verdadero
Ha de ser de esta suerte, y enojarse
(Como suelen decir) si duerme Homero.
No fio yo, ni es lícito fiarse,
De quien viendo la falta disimula,
Siendo el aviso causa de enmendarse.
Y pueden tanto la avaricia y gula,
Que hallará Judas gente que lo alabe,
Viendo que es mendigante quien no adula.
Y es lo bueno, que el otro, con que sabe
Que miento si lo alabo, por deleyte
Tiene que diga lo que en él no cabe.
Paréceme el engaño del afeyte,
Con que muchas madamas se contentan,
Sudándoles el rostro miel y aceyte:
Que el albayalde y el color que asientan,
Habemos de jurar que no es postizo,
Aunque el olor y vista nos desmientan:
Y aunque se aparte de la frente el rizo
Con mas espacio que hay de España á Gades,
Que es suyo, y el mejor que aquí Dios hizo.

Tenemos la peor de las edades
Agora, que en los hijos de los hombres
Se van disminuyendo las verdades:
Y adulterando títulos y nombres,
El uso hade forzarte á que mil cosas
Injusta como lícitas las nombres.
Destruya Dios las lenguas mentirosas,
Que afirman por un quarto que los ajos
Huelen mejor que las pestanas rosas:
Que son blancas las plumas de los grajos,
Y que los cisnes que el Caistro cria
Las tienen de color de escarabajos:
Que nunca cosa erró su Señoría,
Y (puesto que merezca comer paja)
Salomon lo que él sabe, no sabia:
Que jamas está ocioso, que trabaja
Como aquel que mató los Gerionos,
Y aun (si él lo quiere oir) le hace ventaja.
Pues en las corporales perfecciones,
¿No son trasgos Narciso y Ganimedes,
Si en parangon sus hermosuras pones?
¿Hizo acaso Alexandro mas mercedes?
Triste de tí, Lupercio, si replicas,
Y todo no lo juras y concedes.
Animo es acabar cosas iniquas,
Y liberalidad tener cuidado
De que Tais, Flora y Lamia queden ricas.
Constancia por un mínimo pecado
Olvidar los trabajos y servicios
Del mas antiguo y familiar criado.

Así se canonizan hoy los vicios,
Y se compran y venden los favores,
Y son los grandes Príncipes propicios.
¿Qué me aprovecha, Gnato, que me adores
Como á Dios inmortal, si como hombre
Siento los accidentes y dolores?
Pues no me das la esencia con el nombre,
Vete con tus lisonjas á la dula,
Y busca quien de títulos se asombre:
Porque á quien nombres vanos acumula,
Y la toga sin ciencia, lo contemplo
Muy poco diferente de una mula.
Como los que procuran en el templo
Dexar resplandeciente sepultura,
Y no con sus virtudes buen exemplo:
Que les fuera mejor la fama escura,
Como á muchos, que son muy conocidos
Por tener sus mugeres hermosura.
Así que ni los títulos mentidos,
Ni los Judas que dan con ellos beso,
Deben ser entre buenos admitidos.
Di la verdad, Solon, aunque el Rey Creso
Por ella te deseche, que su daño
Mostrará sus locuras y tu seso:
Porque quien tiene el corazon extraño
De la lengua, (segun Servio Sulpicio
Dice) no puede hacer mayor engaño.
¡Qué bien huyó de este afrentoso vicio
Diógenes, que siempre reprehendia
Diciendo la verdad sin artificio!

Al qual, estando recogiendo un dia
Yerbas para guisar su pobre cena,
(Porque obraba lo mismo que decia,
Y no era como alguno que condena
Las espléndidas mesas; y tras esto
Tiene mas ancho el vientre que ballena;
Y si le convidais, viene mas presto
Que un gavilan que ceban á la mano,
Y no es en el convite el mas compuesto)
Le dixo un lisonjero cortesano:
(Dicen que fue Platon, mas no lo creo,
Sino algun gran poltron parabolano)
Si á Dionisio, conforme á su deseo,
Con decille lisonjas contentases,
¿Cenarias mejor de lo que veo?
—El sabio respondió: *si tú cenases*
Así, yo te prometo que á Dionisio,
Ni á ningunos tiranos adulases.
Por ventura con esto á muchos lisio,
Que son aficionados á la lluvia
Con que dió nieto Júpiter á Acrisio.
Y aunque pareces tú nacido en Nubia,
Dirán que no salió jamas de Francia
Mas hermosa cabeza ni mas rubia:
Y á trueque de una infame y vil ganancia,
Que en Suburra no fue tan mal ganada,
Mentirán en mil cosas de importancia.
Quiere el otro probar que su casada
Era ya antigua en tiempo de Rodrigo,
Sabiendo que antiyer fue destetada:

Y luego el interes le da un amigo,
Que lo afirma y lo jura sin el miedo
Que debiera tener de su castigo.
Y por mas arcaduces, que á Toledo
Sube el agua Juanelo, su linage
Le cuenta desde Tubal en un credo.
Y hay alguno que siempre tiene un page,
Que concurre en sus voces como eco,
Y lleva por testigo dellas gaje.
Y porque en este vicio yo no peco,
Dicen que soy un asno en buen romance,
Con decirme que soy muy triste y seco.
Pues aunque yo jamas un pan alcance,
Quiero vivir con ánimo seguro
De que no me hallarán en este trance.
Sin duda que me han hecho algun conjuro,
Que no puedo salir desta materia,
Por mas que á tratar de otras me apresuro.
Cada qual dicen que habla de la feria
Como en ella le ha ido: por ventura
Esta la causa fue de mi miseria.
Dicenme que es ganancia muy segura
La del mentir: respondo que lo creo,
Como la del prestar dinero á usura.
Pero yo quando alguno destos veo,
Imagino al momento que es harpía
De aquellas de la mesa de Fineo.
Y esta imaginacion no solo es mia,
Que este nombre Diógenes les daba,
Quando al monstruo mas fiero difinia.

Volviendo pues agora donde estaba,
Y al punto que (segun me he detenido)
Alguno pensará que me olvidaba;
Digo que muchas veces he querido
Heroycos escribir, y lo he dexado
Por verme paralítico y tullido.
El pensamiento á veces ocupado
En que vaya segura mi maleta,
Y yo con buena mula acomodado:
Que hay mula, que es mejor ir con muleta
Que en ella, coxa, manca y endiablada,
Medio de brida y medio de gineta.
Y por Dios que el que quiere hacer jornada,
Si se descuida desto, vale poco,
Y llega siempre tarde á la posada.
Jura, reniega y grita como un loco:
Y es risa de la gente que lo mira,
Darse priesa, y venir muy poco á poco.
No puede bien saber qué cosa es ira,
Quien no se ha visto en esta desventura:
Yo sé lo que es, y tanto que me admira:
Y mas si en esta furia de locura,
Quando palo ni espuela no es bastante
Para mover la mula, por ventura
Algunos frayles pasan por delante
Gerónimos, Bernardos ó Benitos
En mulas, que es menor un elefante:
Dan os con un Deo gracias los benditos,
Burlándose de vos; y los villanos
Desde sus heredades os dan gritos.

Dios guarde á los católicos cristianos,
Por su misericordia, deste trance,
O les temple la cólera y las manos.
Yo, porque tal miseria no me alcance,
Procuro que mi mula sea tan buena,
Que pueda huir con ella y dar alcance.
Y esto no puede ser sin mucha pena,
Por no tener docientos linpeos,
Con que al uno y al otro dar estrena.
Dichoso aquel que cumple sus deseos
Pagando, sin rogar, porque este solo
Allanará los altos Pirineos.
Con el oro de Tajo y de Pactólo.
Yó le hiciera seguirme (por las ventas
Si fuera menester) al mismo Apolo:
Y con tener las huéspedas contentas,
Formara allí un Parnaso y un Libetro,
Y mil selvas nacidas de mis rentas.
Pero si alguna vez de Dios impetro
La quietud que yo precio y más deseo,
Que de ti, España, la corona y cetro;
Si entre quatro paredes yo me veo,
Si puedo hacer con mis dineros humo,
Y alguna cosa lícita poseo:
Yo juro de poner cuidado sumo
En hacer á las musas larga enmienda,
Por este tiempo ocioso que consumo.
Desde léjos mirando al que pretenda
Por este mar, que tanta gente ahoga,
La vanidad de títulos y hacienda:

Y al que busca morada ó roxa toga,
Y no advierte que hay debaxo espinas
Mas que suele tener una saboga:
Y sin mirar si son o no son dinas,
En todo caso quiere ver sus manos
Llenas de anillos y con piedras finas.
Y á los que hacen sus presas como alanos
Con multiplicacion de beneficios,
A quien Simon confiesa por hermanos:
Y al que está relatando sus servicios
Por todos los consejos que el Rey tiene,
Bebiendo viento y esperando oficios:
Y quando va de casa, y quando viene
Al Presidente sirve y acompaña,
Que un hora desgorrado le detiene:
Y anda texiendo telas como araña,
Que un páxaro con pico de oro llega
Y da al traves con toda su maraña.
Tambien me burlaré del que navega
Por tener oro desde España á Chile,
Y en el camino el fiero mar le anega.
Del que las margaritas que hay en Tile
Anda buscando, y tiene gran cuidado
De que en España su algodon se hile.
Del que procura mejorar su estado
Vendiendo las honrosas libertades,
Que sus antepasados le han ganado.
Y á Ulises, destruidor de las ciudades,
Estimaré en dos rábanos, y aun ménos,
Sin alabar como otros sus maldades.

Ni á los que muchos necios llaman buenos
Porque llevan las cuentas en las manos,
Y de ambicion los corazones llenos.
Ni á los que piensan ser buenos cristianos,
Solo porque adulterios no les prueben,
Aunque hagan otras obras de tiranos.
Aunque jamas no paguen lo que deben,
Y espanten con sus fieros, si lo piden,
A aquellos que á emplazarlos no se atreven.
Y á los que con su nombre no se miden,
Y tanto su riqueza los entopa,
Que con los que son mas se descomiden.
No dexará la mona de ser mona,
(Como dice el refran) aunque le ciña
La frente como á Reyna una corona.
Ni al que por festejar las canas tiña;
Y viendo que se acerca la vendimia,
Quiera mostrar que tiene flor la viña:
Como lo suele hacer aquella ximia,
Que tiene para hacer el pelo rubio
Mas instrumentos que quien hace alquimia,
Y á no saber por fe que hubo diluvio,
Y que solos quedáron los del arca,
Creyera que ántes dél le nació el rubio:
Y pide (con vergüenza de la parca
Que la dexa vivir) mas epigramas
Que, no sé yo á qué fin, hizo el Pétrarca.
Ni destos algalieros semidamas,
Que llevan mil picaños por testigos,
Pródigos en perder agenas famas,

Se me dará con gran razon dos higos:
Ni para que me presten un caballo,
Procuraré tenellos por amigos.
Su gusto es cada qual parecer gallo,
Alzando grande cresta de copete,
Y lo que son con ella algunos callo.
Comunicar con muchos el billete,
Tomar de noche acá y acullá esquinas,
Armados como un bravo matasiete:
Mostrando que á seiscientas culebrinas
No temerán, Dios sabe lo que hay dentro,
Y aun tú, si sus bravezas exâminas.
Muchos Morgantes que de noche encuentro,
Sé que toman liciones de Atalanta,
Y buscan escondrijos en el centro.
Ni al que en jaspes y mármoles levanta
Sus techos con mas oro que vió Lidia,
Quando tuvo su Rey riqueza tanta,
Tendré (ni tengo) lástima ni envidia,
Mas que si fuese algun tugurio ó choza
Portátil de Moscovia ó de Numidia.
Alguna casa he visto en Zaragoza,
Que tocan sus tejados en el cielo,
Y sabe Dios si dél su dueño goza,
O pide como el otro sin consuelo
Que le humedezca Lázaro la boca,
Dondé está siempre ardiendo Mongibelo.
Mas quiero aquí dexar hacienda poca,
Que con ella cobrar la ardiente llama,
Pues jamas su sentencia se revoca.

Y que pueda volar libre mi fama,
Sin acudir á ferias de Medina,
Adonde el cambio tantas lleva y llama.
Aunque el pintado pavo y la gallina
De l'Africa jamas, como á los grandes,
Ni un mase Jaques honre mi cocina:
Ni lo trayga pagado desde Flandes,
Porque sabe á la hambre hacer cosquillas,
Y entretenerla todo lo que mandes.
Ni me alegren los ojos las vaxillas,
Que lo ménos que tengan sea el ser oro,
Tanto el arte extremó sus maravillas.
Que si en mi casa, como digo, moro,
No trocaré mi vida con sosiego
Por el romano ni el imperio moro.
Ni Mercurio jamas oirá mi ruego
Un cielo mas arriba de la luna,
Ni en su altar por mis manos verá fuego.
Ni yo diré mas mal de la fortuna,
Que de una viuda santa y recogida,
(Si santa y recogida se halla alguna).
No quiero que del vulgo me divida
Solamente la casa suntuosa,
Ni la superfluidad de la comida.
Mas ántes por alguna causa honrosa,
Debaxo techo humilde y pobres lares
Procuraré ganar fama gloriosa:
Pintando por ventura los lugares,
Adonde las reliquias de los godos
Conservaron á Dios sacros altares:

De muchos, si no puede ser de todos,
Cobrando del olvido las memorias,
Y haciéndolas eternas de mil modos.
Diré como les daba Dios victorias
Con poca gente, viendo sus deseos
Fundados, no en riquezas transitorias.
Y otra vez en los altos Pirineos
Mostraré las banderas tremolando,
Y allí pintadas cruces y trofeos:
Y á Jorge baxo dellas peleando
Con las bárbaras huestes enemigas,
Y á las suyas amadas favor dando.
Haré volver al uso las antigas
Armas, dardos, carcaxes y ballestas,
Paveses, cotas, mallas y lorigas,
De la suerte que en uso estaban puestas
En la sazon de mas agudos yelos,
Y en la que mas calor nos dan las siestas.
Haré ver con vergüenza á mil mozuelos,
Que viven de sí mismos satisfechos,
Quan diferentes eran sus abuelos.
Quizá daré calor así á sus pechos,
Y aspirarán á la heredada gloria,
Emulos dignamente de sus hechos.
Yo mezclaré en las armas mi memoria,
Y aun ellas (á pesar de la fortuna)
Del tiempo me darán tambien vitoria.
Y para que no esté mi musa ayuna
En este medio le daremos brodio,
Solo porque no adule como alguna.

No le consentiré que muestre el odio
Sino contra los vicios, porque huya
En todo de Pasquin y de Marfodio.
Y quando hubiere hallado la aleluya,
Haré lo que me mandas como debo;
Haz que nunca me falte letra tuya,
Y en ella quantas cosas hay de nuevo.

SATIRA.

Muy bien se muestra Flora, que no tienes
Desta mi condicion noticia cierta,
Pues piensas enmedalla con desdenes.
Tú pensarás que guardaré tu puerta
Desde que se recogen la gallinas,
Hasta que el ronco gallo las despierta:
Y que quando á las horas matutinas
Se levantan los frayles, y durmiendo
Tus émulos estan y tus vecinas,
Me estaré yo en la calle consumiendo,
Y por el agujero de la llave
Lo que en tu casa tienes inquiriendo:
Y que te sufriré despues muy grave
Pidiéndote perdon, porque me seas
Afable como sueles y suave.
Pues porque si lo crees, no lo creas,
Y sepas que no ignoro con quién trato,
Es bien que mis odiosos versos leas.
Aquí verás un natural retrato
De nuestras diferentes condiciones,
Por mas qué tú lo encubras con recato.

Agora me parece que te pones
Mucho mas colorada que tu saya,
Y me das un millon de maldiciones,
Diciendo que primero que me vaya,
Quedarás satisfecha de la injuria,
Aunque dificultades cien mil haya.
Y yo por todo el oro que Liguria
A España con usuras arrebata,
No quiero hacerme digno de tu furia:
Ni quiero dar mi vida tan barata,
Ni ver del africano la frontera,
Cosa que por tu causa alguno trata.
Escríbate pues sátiras quien quiera,
Que yo alabanzas solas quiero darte,
Hasta que tú te canses ó yo muera.
Ya, ya me tienes, Flora, de tu parte,
Que, como tus costumbres, amo tanto:
Mudable soy tambien por imitarte.
Quiero dexar la pluma, que me espanto
De ver ese furor tras ordinario,
Y dar de contricion señal con llanto.
Pero tengo conmigo un tu contrario,
Que tiene prometido defenderme
Contra el poder de Xerxes y de Dario:
Y no me da lugar de recogerme,
Antes con amenazas me provoca:
Dios sabe si ofenderte es ofenderme.
Pero no puedo mas, mi fuerza es poca;
Tú no me defendieras del que digo
Siquiera con el ayre de la boca.

Y pues he de cobrar un enemigo,
Escojamos de dos el menor daño:
Demas, que la razon y verdad sigo.
En el mas fértil mes de todo el año,
O Flora, yo te vi, que no debiera,
Aunque no ha resultado dello engaño.
Y luego como frágil y ligera,
Antes de conocerme ni yo hablarte,
Me descubriste ser tu pecho cera:
Mas como sé de Ovidio mal el arte,
No procuré poner en Troya el fuego,
Aunque te vi contenta descuidarte.
Hubo manjares y tras ellos juego;
Y como vi colgar allí la yedra,
El vino reputé por malo luego.
A todo estuve qual si fuera piedra,
Tan fuera de pensar en tus amores,
Como Hipólito estuvo en los de Fedra.
Mil veces repetiste mis loores,
Que en tí los engendró mi negra fama,
(Diceslo así, y es bien que así lo dores):
Y para declararme que eres dama
Tan grave, que la corte señorea,
O, por mejor decir, quema tu llama:
Como quien confesar algo desea,
Y lo quiere decir por negativa,
Para que lo contrario se le crea:
Así me declaraste quan esquiva
Con grandes cortesanos habias sido,
A quien de libertad tu valor priva,

Tras esto me juraste haber venido
Al lugar donde estabas por hablarme,
Y la visita falsa haber fingido.
Pensaste, no lo dudo, colocarme
Encima de los cuernos de la luna,
(Y aun por ventura dellos adornarme).
Jamas infante tierno de la cuna
Oyó tan dulces nombres repetidos
De su madre con besos importuna,
Como yo los oi, pero fingidos,
Solo para cubrir las cautas redes
Con que á tantos enredas los sentidos.
Sin preceder servicio, hacer mercedes
Dará que sospechar á quien no sea
De los con quien hacer tu labor puedes.
Créame quien lo oyere, ó no me crea,
Digo que sospeché, sospeché, digo,
Viéndote tan afable, sin ser fea:
Mas soy de ingratitud tan enemigo,
Que por corresponder al beneficio,
Agradecido me mostré contigo.
Hubo tambien en ello su artificio;
Porque sé que resbala fácilmente
En tales ocasiones el juicio.
Y tú te imaginabas suficiente
A poderme llevar como de rienda,
A todos tus antojos obediente.
Así lo creo yo, porque mi hacienda
Es ménos que el tesoro veneciano,
Y otro tanto ha de dar quien te pretenda.

Al fin, como si fuera yo aldeano,
Que se admira de ver con perlas y oro
La gorra del soberbio cortesano:
Así me descubriste tu tesoro,
(Esto disimulando como acaso,
Y sin perder allí de tu decoro).
¿Hubo vaxilla por ventura ó vaso,
Que delante de mí no te sirviese,
Buscando tú ocasion á cada paso?
Y porque tus esclavas todas viese,
Y que son siervas libres ó prestadas,
Como soy malicioso, no creyese,
Todas delante mí fuéron llamadas,
Y por cierto descuido no muy grande
Con ásperas palabras afrentadas.
No hay mayordomo necio que así mande
En casa de un señor á los sirvientes,
Y en guerra con aquellos y estos ande,
Como tú con tus siervas diligentes,
Solo para mostrar tu preeminencia,
Haciendo ostentacion con los presentes.
Mandábaste traer en mi presencia
(Sin haber menesterlas) tus arquillas,
De ménos oro llenas que apariencia.
Estaba la esclavilla de rodillas,
En tu imaginacion de mí notada
Por una de las siete maravillas.
¡O Flora, cómo estabas engañada!
Que entónces el Eunuco revolvia,
(Comedia de Terencio celebrada);

El qual en sus exemplos me decia,
Que desean las damás de tu trato
Las esclavas tener que Taís tenia.
Y que soleis comprarlas muy barato;
Que un ignorante Fedra las presenta
En competencia de un Trason brabato.
¡Mira quan al reves salió tu cuenta!
Que lo que tú por honra descubrias,
En mí se convirtió para tu afrenta.
Y quando mas compuesta te ponias,
Como quien va mirándose la sombra,
Conmigo de tu crédito perdias.
No pienses, si lo piensas, que me asombra
Un lecho de damasco granadino,
Y á un lado y á otro la morisca alfombra:
Que soy, si no lo sabes, adivino,
Y no tienes un clavo ni una hebilla,
Que no sepa de donde y cómo vino.
Véote santiguar con maravilla
De esto que voy diciendo; pues no dudes,
Que fábula serás en esta villa.
Sabrá quien no las sabe tus virtudes,
Las quales te sustentan todo el año,
Aunque ya vendrá tiempo en que las sudes.
Quiero vender al mundo desengaño,
Que aunque es poca la gente que lo entienda,
Sé que te puedo hacer no poco daño:
Y que si por tu mal abro mi tienda,
La tuya quedará tan abatida,
Que un ochavo en un año no se venda.

Mas tengo condicion tan comedida,
Que no quiero quitarte la ganancia,
Contando los enredos de tu vida.
En tí tienda sus redes la ignorancia,
Para los que pidieren á sus padres
De su porcion debida la sustancia.
A estos muerdas y á los otros ladres:
Y por ver á sus hijos lastimados,
Te den su maldicion docientas madres.
Tengas mil hombres viejos engañados,
En sus canudas barbas te regales,
Haciendo rica presa en sus ducados.
Y á otros que se precian de leales,
Con vanos favorcillos entretengas,
Y pesques más de espacio sus reales.
Con los que veas ardientes te detengas,
Y con los que veas tibios te apresures,
Y á todos en comun enredo tengas.
Delante de tu madre te mesures,
Fingiendo que la temes, y que ignora
Los favores que das, y así lo jures.
Y si te vieres sola, bella Flora,
Y el necio sin pagarte se desmanda,
Di luego, ¡ay Dios, que sale mi señora!
Y quando veas al triste que se ablanda,
Lleguen el portugues con el joyero,
Este con oro, el otro con holanda.
Diráś como los médicos no quiero,
Alargando la mano á la presea
Con que te esté rogando el majadero.

Y dirás, como sueles, si desea
Ser tu favorecido, que dé muestra,
En donde su aficion mejor se vea.
Ayúdete tu madre ó tu maestra,
Dándote mil recaudos al oido,
(Leccion de todo punto propia vuestra).
Estése el otro necio sin sentido,
Miéntras hablais vosotras, muy compuesto,
O, como acá decimos, muy corrido:
Que no me quiero yo poner en esto,
Ni descubrir tus faltas en la calle,
Pues se descubrirán por sí tan presto.
Pero no será bien que sufra y calle
Cierto tributo, censo ó alcabala,
Pues tú no te avergüenzas de cobralle.
Quando sale quien digo de la sala,
Le vuelves á llamar con gran caricia,
O sales tú con él hasta la escala:
Y allí disimulando tu codicia,
Le pides un catálogo de cosas,
Como si las debiera por justicia.
El, ambas las mexillas hechas rosas,
Arrepentido ya de verse en ello,
Y de emprender empresas tan costosas,
No sabe qué decir, que tiene el cuello
Ceñido con tus brazos, y los ojos
Clavados por su mal en tu cabello.
Quiere satisfacer á tus antojos;
Y quisiera tambien á ménos costa
Comprar, pues que se venden, los despojos.

Imagínasle tú la bolsa angosta,
O por ser muy avaro ó por ser pobre,
Personas de quien huyes por la posta;
Y para hacer sudar por fuerza al robre,
O como buen artífice en la piedra
Tocando, conocer si es oro ó cobre,
Enmaráñaste dél qual verde yedra,
(No te comparo mal, pues que se dice,
Que nunca el árbol que la tiene medra),
Diciendo: buena prueba, señor, hice
De vuestra fe, si no fingida, tibia,
Con que para mi mal me satisfice.
Si yo os mandara humedecer la Libia,
Si oponer vuestros hombros á la carga,
Que en los de Atlante nunca el tiempo alivia;
Si peregrinacion pidiera larga,
Donde estuviera en duda el volver vivo,
O cierta en el progreso vida amarga:
¿Pudiérades estar mas pensativo?
¿Pudiérades dudar de tal manera,
Y mostraros conmigo mas esquivo?
Pues yo sé bien alguño que quisiera,
Y como que quisiera que pagara,
Porque lo que á vos pido, le pidiera:
Que ni tan pobre soy ni tan avara,
Que por necesidad ó por codicia
En cosa tan pequeña reparara.
Mal de mi condicion teneis noticia:
Que aunque no lo truxérades tan presto,
No os sacara yo prendas por justicia.

Pero no reparemos mas en ésto:
Solo vivid seguro de que os amo,
Y que no me sereis jamas molesto.
El triste ya qual pece asido al hamo,
O como ciego páxaro que viene
Llamado con el son de su reclamo,
Ni en dudas ni en peligros se detiene;
Quiere tomar prestado ó con usura,
Sin ver si de pagarlo modo tiene.
Promete allí sin tasa ni cordura,
Y niega que jamas dudase en algo,
Y aun para ganar crédito lo jura.
Así lo creo yo de un noble hidalgo,
Respondes tú, soltando la cadena,
Que quisiera yo mas la de mi galgo.
Atraviésase luego Magdalena,
Pide para chapines ó una toca,
Y tu page de lanza pide estrena.
A aquella tú le dices: calla loca;
Y á este otro: ¿tú, rapaz, tambien te atreves?
Y por detras les señas con la boca.
Ni á la carne se da tal priesa el jueves,
Como le dais vosotras, entre dientes
Diciendo: pagarás lo que no debes.
¡O tú, que con pagarlo no lo sientes,
Y cansarás, pidiéndoles prestado,
Despues á tus amigos y parientes!
Si alguna vez ó veces has pasado
De Aragon á Castilla, y en los puertos
Del uno y otro Reyno registrado:

Adonde los derechos hacen tuertos,
Y con decreto y órden de justicia
Roban en los poblados y desiertos:
Adonde puede tanto la codicia,
Que no son tan mudables venecianos,
Quando á alguno prometen su amicicia:
Como aquellos ladrones y villanos,
En olvidar al Rey, si el caminante
Les pone de sus armas en las manos:
Conocerás agora ó adelante,
Que es mayor el trabajo que se pasa
Con Flora, de quien andas ciego amante.
Y tú, Flora, tambien modera y tasa
Los derechos tiránicos que llevas
De entradas y salidas de tu casa;
Pues solamente deben ropas nuevas
Al entrar por los puertos el derecho,
Y no será razon que á mas te atrevas.
No quieras descubrir tu avaro pecho,
Ni como mercader tener oreja
Abierta solamente á tu provecho.
Y no digo con esto que eres vieja;
Mas téngote por ropa tan traida,
Que descubres la hilaza por la ceja.
Pues quien te ve fingir la recogida,
Ha de soltar á su pesar la risa,
Si sabe, como yo, tu buena vida.
Verte salir con tu señora á misa,
Como frayle novicio, que no mira.
Acá ni allá mas suelo del que pisa;

¿A quién tu gravedad allí no admira?
¿Quién no dirá que puedes llevar palma,
Y que á las once mil tu intento aspira?
Quien sepa como yo que en esa calma
Suceden por momentos torbellinos,
Que anegan las agenas y tu alma.
Ni lo dirán tampoco tus vecinos,
Que ven salir y entrar en tu posada
Los recien emplumados palominos.
Ni lo dirá tu hermana, que se enfada
De estar labrando soliman y mudas,
Ellà desnuda, y tú muy enjoyada.
Ni el que suele soltarme cien mil dudas
(Si se lo preguntase), cuyo nombre
Es del que sucedió en lugar de Judas.
Ni lo dirá, bien sabes, aquel hombre,
Que en darte y abstenerse tal anduvo,
Que le doy Alexandro por renombre.
Ni lo dirá tampoco quien estuvo
De Mantua por tu causa foragido,
Y el perdon por dineros despues hubo.
Ni ménos lo dirá quien ha leido
Lo que con apariencia va cubierto,
Si con la vista pasa del vestido.
Yo digo de vosotras (y es lo cierto),
Que sois de las fantasmas y visiones,
Que vido San Antonio en el desierto.
Debaxo de esas ropas y jubones
Imagino serpientes enroscadas,
Uñas de grifos, garras de leones.

Si sois fuera de casa convidadas,
Desechais mil viandas, que son buenas
Solo para fingiros delicadas.
Tomaislas con dos dedos, y aun apénas,
Y dellas excibis mas que á un doliente
Niegan nuestros modernos Avicenas.
Fingis os muy honestas juntamente,
Y á la palabra equívoca no clara
Le dais luego el sentido maldiciente;
Y puestas ambas manos en la cara,
Llamais al que la dixo torpe y necio,
Quizá porque mejor no se declara.
Y con desden y grande menosprecio
Burlais de algun galan, que por ventura
Os tuvo en su poder á poco precio.
Pues quien del mal de amor sanar procura,
En vuestras casas, si pudiere, os vea
Sin tanta gravedad y compostura:
Y verá convertir la que desea
En un fiero demonio: poco digo,
Si cosa se pudiese hallar mas fea.
Y mas si no teneis allí testigo,
Y salis de lá cama descompuestas,
Mostrando de los pies hasta el ombligo.
¡Qué fieras pareceis! ¡qué deshonestas!
Con los ojos hinchados, y sobre ellos
Dos negras y tendidas nubes puestas;
Revueltos en vedijas los cabellos,
Como los de las furias infernales,
O largos como colas por los cuellos.

Torciendo cuerpo y brazos dais señales,
Mezclados con bostezos del deseo,
Que mueve vuestros ánimos bestiales,
Pues para transformar el rostro feo,
No vais á fuente clara ó rio santo,
Adonde fue Naaman por Eliseo.
Tampoco lo mudais con mago canto,
Ni buscando las yerbas fabulosas,
Quando la noche tiende el negro manto:
Antes lo transformais con otras cosas,
Poniendo las cabezas en arquillas,
Yo no digo que bien, pero olorosas.
¿Quién podrá numerar las garrafillas
Dedicadas al sucio ministerio,
Ungüentos, botecillos y pastillas?
Aquí para enrubiar el sahumerio
De aqueste mismo aceyte, que blanquea
Los huesos de la boca ó cimenterio.
Allí la miel mezclada, que se emplea
Con mostaza y almendras en ser muda,
Para mudar color á la que es fea.
En otra parte ya la vereis ruda,
En otra ya en aceyte convertida,
Que dicen que al cabello el color muda.
La leche con xabon vereis cocida,
Y de varios aceytes composturas,
Que no sabré nombrarlos en mi vida.
Aceyte de lagartos y rasuras
De ajónjoli, jazmin y adormideras,
De almendras, mata y huevos, mil mixturas.

Aguas de mil colores y maneras,
De rábanos y azúcar, de simiente
De melon, calabazas y de peras.
El aceyte de enebro, propiamente
Para curar el mal á las ovejas,
Aquí sirve de oficio diferente.
Agua de lumbre, buena para viejas,
Que quita las arrugas, que los años
Les cargan como fuelles en las cejas:
Y ellas (¡ó ceguedad!) con darse baños,
Qual parche de atambor tiran el cuero,
Como si no venciese el tiempo á engaños.
Pero debiera yo nombrar primero
Al magno Soliman, tan vuestro amigo,
Como lo fue de Francia el otro fiero;
El qual os da justísimo castigo,
Pues solo por salir con vuestro intento,
Os valeis del veneno y enemigo:
Y mudándole nombres ciento á ciento,
Quereis arrebozallo como usura,
Con nombre de mohatra ó quitamiento.
Agora lo vendeis por agua pura,
En pasas con azúcar, piedra luego,
Mudándole de especies y figura.
Y que pondreis las manos en un fuego,
Decis, si no os lavais con agua sola,
Pudiendo lo contrario ver un ciego.
¡Quan mal se cubre el gato con la cola!
¡Quan mal se cubre el fuego sin dar humo!
Así la que se afeyta y arrebola.

Otros afeytes hay que no los sumo,
Porque en imaginallos tanto hieden,
Que de congoja y rabia me consumo.
Ni ser nombrados todos aquí pueden,
Porque como se inventan cada dia,
En infinito número proceden.
Y porque me parece que seria
Afrenta de sus nombres acordarme,
Y que á los que me hablasen oleria:
Así he determinado prepararme,
Y por haber tratado de estas cosas,
En una fuente líquida purgarme.
Ni son en sus manjares mas curiosas,
Puesto que allá en lo público pregonan,
Que sin ellos se pasan como diosas.
Encima de los platos se amontonan,
Y hoy comen lo que ayer quedó fiambre,
Que ni por ser helado lo perdonan.
Direis que son las hijas de la hambre,
O quales avestruces suficientes
A digerir el hierro y el arambre.
Aquí no se comprehenden las prudentes,
Que siguen las virtudes; que las tales
No llevan composturas aparentes.
No son todas las leyes generales:
Que muchas excepciones hay en ellas;
Ni las cosas del mundo son iguales.
En las tinieblas lucen las estrellas,
A vueltas de los cardos nacen flores,
Y entre agudas espinas rosas bellas.

Destas despues yo cantaré loores:
Que no se han de mezclar con las profanas
Las cosas excelentes y mayores.
Tú, Flora, y otras damas cortesanas
Sois estas enemigas de quien trato,
Perdidas por comer y andar galanas.
Con esto le doy fin á tu retrato,
Y parécete tanto, que me afrento
De haberlo concertado tan barato.
Pero tengo por premio tu contento,
Del qual por ser yo causa participo,
Y el nombre de mis obras acreciento.
Así creció de Apeles y Lisipo
La fama, solos ellos retratando
Al hijo venturoso de Filipo.
Agora con razon estoy dudando,
Pues he de retratarme, donde y cómo
Me puedo yo estar viendo é imitando.
La mano mas pesada que de plomo,
Inobediente al arte desatina,
Si el cansado pincel en ella tomo.
Parece (y es posible) que adivina,
Que (como siempre el conocerse ha sido
Cosa dificultosa y peregrina),
Yo de mi propio gusto persuadido,
Como pienso que soy, querré pintarme,
Por falta de no haberme conocido.
Yo mismo no sabré vituperarme,
Y aunque verdad dixese, ménos puedo
(Si ya no es defendiéndome) alabarme.

Si como quando vine de Toledo
Me supiese pintar, en testimonio
De tocar las verdades con el dedo:
O como me pintaba Don Antonio,
(Puesto que es al reves) yo juraria
Que te espantases ménos de un demonio.
Alguno con razon me culparia,
Si me pintase mal, y tu figura
Por obra de otra mano juzgaria.
Y quien tener buen crédito procura,
(Segun dice Caton) jamas lo cobra,
Si le pierde una vez por desventura.
A mí no me hace falta ni me sobra,
Quiero, pues, conservarle como cuerdo,
Alzando, como dicen, mano de obra.
Ya fue un pintor (del nombre no me acuerdo,
Y de que no me acuerde no te espantes,
Que ya de la memoria mucho pierdo):
Ni sé bien si fue Zeusis ó Timantes,
(Yo me fatigo poco de estas cosas,
Por ser disputas propias de pedantes):
Este pintor pintando las tres diosas,
Delante del pastor Troyano puestas,
Desnudas y del oro codiciosas,
(Que suelen muchas veces las honestas
Al rústico por él así mostrarse,
Y á los que no lo tienen muy compuestas):
En Juno y en Minerva señalarse
Tan de veras mostró, que no podia
Para pintar á Vénus mejorarse:

Y viendo que pintarla convenia,
Para no ser culpado, mas hermosa,
Lo qual, aunque quisiese, no sabia:
Al arte socorrió con ingeniosa
Astucia sus defectos encubriendo,
Y pintando de espaldas á la diosa.
Yo, pues, la misma falta conociendo,
De poder retratarme desconfio,
Si al discreto pintor no voy siguiendo.
Y pues has de llevar retrato mio,
Verás por las espaldas mi retrato:
Que con volverlas, Flora, me desvío
De tu conversacion, favor y trato.

SONETOS.

Si entras como ladron por los tejados,
Corrompiendo con oro las doncellas,
Y quieres que tengamos por estrellas
Tus hijos de adulterios engendrados:
Si vemos que te envuelves en pecados,
Que hacer suelen al cielo echar centellas:
Si estan de tí los buenos con querellas,
Y los malos contentos y premiados:
¿Por qué te enojas, Júpiter, si el humo
De Sabá no te da por las narices,
Ni víctimas se matan en tu templo?
¿Eso preguntas? Porque soy Rey sumo,
Y les doy justas leyes: muy bien dices,
Si las das con las leyes buen exemplo.

II.

Por fuerza quieres, Lice, ser hermosa;
O no tienes espejo, ó estás loca:
¿No consideras esa negra boca
A todo el mundo por su olor odiosa?
Esa frente pintada y espaciosa
Por falta de cabellos (que no es poca,
Ni tu cuidado en componer la toca
Sobre la calva estéril y engañosa).
Fortuna es ciega en quanto distribuye:
Ni mira á quien desnuda ó á quien viste;
Aunque contigo en dar tuvo descuento.
Edad larga te dió, que á muchos huye;
Mas negó lo demas; y así saliste
Con mala cara y corto entendimiento.

III.

Oxalá suyo así llamar pudiera,
Gala quanto hay desde la frente al cuello,
Como puede con causa á su cabello,
Que suyo es, pues compró la cabellera:
Que para nuestros ojos mejor fuera
Ver un rostro comprado blanco y bello;
Y oxalá (para echar á todo el sello)
Que pudiera comprarse toda entera:
Que entónces fuera buena y fuera suya,
Como quando se ahorra algun esclavo
Con el propio trabajo de sus manos.
Y así contra el cabello nadie arguya,
Porque es en ella lo que solo alabo:
Lo demas mate el hambre á los alanos.

IV.

Esos cabellos en tu frente enxertos,
(Por mas que disimules y los rices),
En otros cuerpos dexan las raices,
Y por ventura en otros cuerpos muertos.
¿Por qué pueblas ¡ó Gala! los desiertos
De la Libia? ¿Por qué con tus barnices
Ofendes nuestros ojos y narices,
Qual si fuesen sepulcros descubiertos?
Que aunque vuelvas á ser la que solias,
No puedes competir con Galatea:
Oye, verás si la ventaja es poca.
En tí son años los que en ella dias:
Está en duda si el tiempo la hará fea;
Y esta en verdad que nunca la hará loca.

V.

Mirando Cloris una fuente clara,
Donde otras veces afilar solia
Las armas desdeñosas con que heria,
Y en vano agora contra mí prepara:
Vió como el tiempo sus mexillas ara,
En señal de castigo y rebeldía,
Sembrando sal donde el amor tenia,
Para sacrificar las almas, ara.
Viéndose tal, con lágrimas y tierra
Enturbiaba la fuente por vengarse,
Como si ella la causa hubiera sido:
Al fin sacó este fruto de su guerra,
Que vió poder las aguas aclararse,
Mas no cobrarse el tiempo ya perdido.

VI.

Quien dar mas vueltas viere á tu rosario,
Que en la noria á la sarta de arcaduces,
Que mas bebe del Tajo, y con mas cruces
Adornada tu casa que un calvario:
Dirá que desde luego un santuario
Te preparen con lámparas y luces,
Que entre ellas y entre huevos de avestruces
Tus reliquias aguarde un relicario:
Esto dirálo el sol, mas no la luna,
Testigo de las obras ¡ó devota!
Con que á Lidia conservas el devoto:
Pues ¿qué dirá? Que no hay justicia alguna,
Si no pueblan tus tocas la picota:
Y yo seré con ella de este voto.

VII.

¿Quién casamiento ha visto sin engaños?
Y mas si en dote cuentan la hermosura,
Cosa que hasta gozalla solo dura,
Y dexa al despertar con desengaños.
O ménos es la hacienda, ó mas los años;
Y al fin, la que parece mas segura,
No está sin una punta de locura,
Y á veces con remiendos de otros daños.
Mucho debes á Julia, Fabio amigo,
Que de tantos peligros te ha librado,
Negándote la fe que te debia.
¿Tú de que engaña al otro eres testigo,
Y lloras no haber sido el engañado?
Ríete, si no quieres que me ria.

VIII.

Llevó tras sí los pámpanos Octubre,
Y con las grandes lluvias insolente
No sufre Ibero márgenes ni puente,
Mas ántes los vecinos campos cubre.
Moncayo, cómo suele, ya descubre
Coronada de nieve la alta frente:
Y el sol apénas vemos en oriente,
Quando la opaca tierra nos lo encubre.
Sienten el mar y selvas ya la saña
Del aquilon, y encierra su bramido
Gente en el puerto y gente en la cabaña,
Y Fabio en el umbral de Tais tendido,
Con vergonzosas lágrimas lo baña;
Debiéndolas al tiempo que ha perdido.

TERCETOS.

Obediente respondo á la pregunta,
Que ya dos veces de mi nombre ha hecho,
Para saber su orígen, esta junta.
Podré solo decir lo que sospecho:
Que la verdad quien fue su autor la tiene
Sellada en lo profundo de su pecho.
Nombre es una palabra que contiene
(Siendo propia) las veces del ausente,
Y muestra de su ser lo que conviene.
Digo que es un sonido suficiente
A mostrarnos la esencia por vislumbre,
Con que despues juzgamos fácilmente.
De aquí tomó su orígen la costumbre
De atar en una voz, como en un lazo,
De un linage la inmensa muchedumbre:
Como se ve en España, que un pedazo
Que del sayo del Rey cortó un guerrero,
Confirmando los golpes de su brazo,
Ufano se lo viste su heredero,
Por mostrar que redunda en él la gloria,
Y vive siempre aquel valor primero.
En una voz se cifra así una historia;
Y suélese este tal llamar renombre,
Porque al nombre se añade una memoria.
Por esto en su principio el primer hombre,
Que supo de las cosas las esencias,
A todas propiamente les dió nombre.

Así quien siempre ocupa mis potencias,
Y sabe de mi ser, mas que yo mismo,
Juzgando no por solas apariencias,
Me cargó sobre el nombre del baptismo
El Bárbaro; y así de allí adelante
En Bárbara formé mi silogismo.
Afirmativo soy, y tan constante,
Que ántes que en mí se imprima forma nueva,
Se imprimirá la cera en el diamante.
Con mi nombre mi ser claro se prueba,
Que bárbaro ignorante se interpreta,
Y no sé yo á quien mas que á mí se deba.
A Egipto llamó bárbaro el Profeta,
Porque ignoraba á Dios omnipotente,
Aunque tuvo de Magos docta seta.
Grecia llamaba bárbara á la gente
Que sus ciencias y ritos no bebia,
De que fingió en Parnaso tener fuente.
Roma quando usurpó la monarquía,
Y junto con las ciencias á su erario
El tesoro del mundo concurria;
Al inculto español su tributario,
Tambien le llamó bárbaro; y agora
Es nombre de ignorantes ordinario,
No solo á quien vecino al polo mora,
Mas al que está en la corte se le llama,
Si acaso de la corte el trato ignora.
Si á Dios no esconde el rostro, y á la fama
No cierra los oidos, y el dinero.
Aquí no roba, y acullá derrama:

Si piensa que el ser noble y caballero
Consiste en mas que dones y caballos,
Y en no tener escudos escudero:
O que el ser mas adúlteros que gallos,
Es vicio ni tributo ser de Lamia
El sudor de los míseros vasallos:
O que el mentir un grande es grande infamia,
Y su alma mudar en cuerpos varios,
Como ya lo enseñó la escuela Samia:
Ya siguiendo los Silas, ya los Marios,
Y segun los tratare la fortuna,
Tenellos por amigos ó contrarios:
Si cubre del amigo falta alguna,
Si ausente de sus cosas no murmura,
Si con demandas varias no importuna:
Si el cargo como puede no procura,
Si su muger, su hermana ó su sobrina
En vano recibiéron la hermosura:
Si cosas nuevas siempre no imagina,
Para subir su casa á las estrellas,
Y baxar al infierno la vecina:
Si de nuestras sofísticas doncellas
Huye los rizos y apariencias vanas,
Y no se precia de morir por ellas:
Si aborrece las damas cortesanas,
Las salidas del prado y los paseos,
Y no procura desmentir las canas:
Si pone justa ley á sus deseos,
Si por la vida rústica suspira,
Y la tiene por campos eliseos:

Si entre quatro paredes se retira,
Y los hechos famosos y sentencias
En libros doctos con cuidado mira:
Si piensa que albergar pueden las ciencias
Sino con faldas largas y barbazas,
Que son en muchos falsas apariencias:
Si de las lenguas dignas de mordazas
Con risa no celebra la malicia,
Ni es rayo de las ruedas de las plazas:
Si no le ha perseguido la justicia,
Si no probó el favor de un escribano,
O ha pagado tributo á su codicia:
Si nunca ha visto naypes en su mano,
Ni alegrádose mas con sus pinturas,
Que con las de Durero ó de Ticiano:
Si estan las buenas famas dél seguras,
Si no sabe mejor las confesiones
(No le encarezco mucho) que los curas:
Si á todas las comunes opiniones
Del vulgo no se rinde; ó si rehusa
De los usos seguir las invenciones.
Pues que si está tocado de la musa,
Y no quiere llegar á las tabernas
Su fama, desdichada, como se usa:
No solo á los desiertos y cavernas
Lo condenan por bárbaro, mas creo
Que penas le quisieran dar eternas.
Y si del ocio huyendo por recreo
Busca la discrecion de la academia,
Que ser humilde tiene por trofeo:

Le sigue y le persigue la blasfemia,
Como si fuera público enemigo:
Tal es el precio con que el vulgo premia.
Por alguna razon de las que digo,
Darme nombre de bárbaro le plugo
De veras, ó burlando á quien conmigo
De amor quiso llevar el dulce yugo.

CANCION.

Aquellos dos cristales transparentes,
Que puso amor delante nuestros pechos,
Para comunicar los corazones,
Por donde tantas veces satisfechos
Sin temor de palabras aparentes
Consultáron sus gustos y pasiones,
Por leves ocasiones,
Con leve fundamento,
Un pestífero aliento
Enturbiado los ha con nube obscura:
Y así no puede verse la figura
Propia que á nuestros ojos se ofrecia:
En mí la tuya dura,
Y durará, no sé si en tí la mia.
Pero si algun cuidado tiene el cielo
De los que son sin causa perseguidos,
Y la santa amistad le es apacible,
Del claro sol los rayos encendidos,
Presto veré que rompen este velo.
Que agora se nos muestra tan horrible;

Y al amor invencible,
Que en los trabajos crece,
Qual iris que aparece
Tras las lluviosas nubes, y las pinta
Atravesando el cielo con su cinta,
Tal le veremos con el arco ufano,
Y en la verdad distinta
Volver á darse paz la amiga mano.
No se funda en el ayre mi esperanza,
Que mi pecho le ha dado fundamento,
Y al mundo raro exemplo de firmeza;
Pues no ha osado jamas ni al pensamiento
Acometer la infamia de mudanza,
Aunque la armán desdenes y aspereza:
Que mi fe en su limpieza
No sufre mancha alguna:
Ni la ciega fortuna
La ha visto asida nunca con su rueda,
Agora bien, agora mal suceda:
Que el vulgo alimentado con favores
Huye la mesa aceda,
Y quiere sin espinas coger flores.
Dios tenga siempre léjos de mi pecho
Tan contagioso mal, y no permita
Que borren ley de amor ritos profanos.
En un diamante firme quedó escrita,
El mismo dia, que con lazo estrecho
Amor nos cargó el yugo por sus manos;
Y como los hermanos,
Que en la region eterna

La muerte, y vida alterna
Los hacen ser dos lumbres favorables
Para los navegantes miserables;
Así formando de dos almas una,
A los casos variables
La opusimos del tiempo y de fortuna.
Con tal conformidad como la nuestra
Recibió por ventura el padre Jano
En su reyno á Saturno desterrado,
Quando vino surcando el mar insano,
Huyendo la terrible y fiera diestra
Del vengativo Júpiter airado:
Quando en el Lacio amado
Enseñó nueva guerra
Contra la madre Tierra,
Que daba libre y voluntario fruto,
Y entónces la obligó á mayor tributo:
Cesáron las bellotas y castañas;
Y el labrador astuto
Rompió con duro hierro sus entrañas.
Y con la corva hoz (duro instrumento
Por él usado en ministerio crudo)
A segar enseñó las rubias mieses:
Y quando está de pámpanos desnudo,
Y la luna menguante, que el sarmiento
A las llamas viniese descorteses;
Y que en propicios meses
Las plantas se casasen,
Y las vides trepasen
Por los olmos estériles, y fuesen

Adoptivos los frutos que tuviesen
Léjos del suelo, y del ladron seguros,
Y que despues viniesen
A dar al dueño su licor maduros.
El reyno, que no sufre compañía,
Se vió regido entónces por dos Reyes,
Y no con division y cetro alterno.
De parecer conforme daban leyes:
Jamas el uno al otro se oponia,
Mas que si fuera una alma su gobierno;
Y deste amor eterno
Exemplo al mundo queda:
Pues vemos su moneda,
Cuyo autor fue Saturno, que estampada
Una cabeza tiene coronada,
Y dos rostros en ella semejantes:
Tambien la nave amada,
Que juntó dos amigos tan constantes.
En tal conformidad vió nuestra Hesperia
Regir y defender el cetro injusto
Aquellos tres fortísimos hermanos,
Y hacer sudar á Hércules robusto,
Dando á la fama con su amor materia
De fingirles un cuerpo y muchas manos;
Y aunque fuéron tiranos,
Y justo su enemigo,
El debido castigo
Dilató su concordia milagrosa:
Que aun en la causa injusta es poderosa;
Pero en la justa muro inexpugnable,

Detras del qual reposa
La santa paz en trono perdurable;
Pues no será posible que permita
El cielo que perezca amor tan fuerte:
¡Ay de quien tenga culpa si esto fuere!
De un golpe ha de quitarme á mí la muerte
Lo que á los otros poco á poco quita,
Y haréle las injurias que pudiere.
Infame es el que muere
Mil veces cada dia,
Dando su fantasía
A la revolucion del tiempo airado.
Aquel eterno fuego consagrado,
Que vió siempre en su altar la antigua Vesta,
No fue mejor guardado,
Que el que amor en mi pecho manifiesta.
Palabras verdaderas, si no claras,
Para que quando pase Julio os lea,
Por mi quedad en esta piedra dura.
Si os vuelve Tirsi á ver como desea,
Celebradas sereis con ricas aras;
Y si no con su pobre sepultura:
Y de su fe segura
Al mundo hareis testigo.
Tú, caminante amigo,
Que paraste á leer, no las ofendas,
Aunque su oculta propiedad no entiendas:
Que si bien son pobrísimas de estilo,
Tienen mayores prendas,
Que las mudas pirámides del Nilo.

SONETOS.

¿Quándo podré besar la seca arena,
Que agora desde el fiero mar contemplo?
(¡O dulce libertad!) ¿y al sacro templo
Daré, cumpliendo el voto, mi cadena?
¿Y mi pasada vida, como agena,
Tendré para otros casos por exemplo?
¡Qué gozo sentiré si agora templo
Con la esperanza sola tanta pena!
Entónces daré ley á mi deseo,
Y atado á la razon con fuertes lazos,
Le haré dexar las formas de Proteo.
De las rompidas naves los pedazos
Veré llevar las olas del Egeo,
Sin oponer á su furor mis brazos.

II.

Si á la primera causa vuelves, Mario,
Los ojos de tu claro entendimiento,
En las injurias hallarás contento,
O el consuelo á lo ménos necesario:
Y deponiendo el hierro temerario,
Que ahora quiere tu furia hacer sangriento,
Verás que es solamente un instrumento
Del celestial castigo tú contrario.
Y si acaso te alivia tu conciencia
De consideracion tan importante,
Y sin razon te ofende tu enemigo:
¿Quieres tú reprehender la providencia
Divina, que, sin tí, sola es bastante
Para darte á tí premio y á él castigo?

III.

Pareceráte, Julio, que te agravia,
Y que jamas fortuna cosa acierta,
Porque no entra cargada por tu puerta
Con todos los tesoros de la Arabia.
¿No consideras que la gente sabia
Jamas prosperidad tuvo por cierta?
Porque quando una fe se desconcierta,
En vez de la esperanza queda rabia.
Imagínala siempre tu enemiga:
Y quando te levante mas su rueda,
Entónces teme mas de su inconstancia:
Y quando ménos fiera te persiga,
Quanto sin esperallo te suceda,
Podrás decir (y es cierto) que es ganancia.

IV.

El lamentable son del campo griego,
Los golpes fieros del troyano fuerte,
Mil espantosos géneros de muerte,
Y, en suma, quanto pueden hierro y fuego:
Aquiles oye y mira con sosiego,
Sin que se duela de su adversa suerte:
Antes tañe su lira y se divierte,
Y al son confunde la piedad y el ruego.
En él vive la injuria solamente
De que Briseida bella su querida,
De Agamenon por fuerza ocupa el lecho:
Y así consigo mismo es inclemente,
Pues de su gloria, que es lo mas, se olvida:
Tanto puede la fuerza de un despecho.

V.

Tras importunas lluvias amanece
Coronando los montes el sol claro:
Salta del lecho el labrador avaro,
Que las horas ociosas aborrece.
La torba frente al duro yugo ofrece
El animal, que á Europa fue tan caro:
Sale de su familia firme amparo,
Y los surcos solícito enriquece.
Vuelve de noche á su muger honesta,
Que lumbre, mesa y lecho le apercibe,
Y el enxambre de hijuelos le rodea.
Fáciles cosas cena con gran fiesta:
El sueño sin envidia le recibe:
¡O corte! ¡ó confusion! ¿quién te desea?

VI.

Vuelve del campo el labrador cansado;
Y miéntras se restaura en fácil cena,
Para nuevo trabajo se condena,
Que al venidero sol quedó obligado.
Quando descansa en el rincon su arado,
Con hoz la vid sin pámpanos cercena:
Siega la mies, y la vendimia ordena,
Y luego al yugo vuelve ya olvidado.
Es el trabajo propio á los mortales,
En el qual los alivia la esperanza
Con premio, que á trabajo nuevo llama.
Así pasan los bienes por los males;
Así sustenta al mundo la mudanza;
Y así es tirano en él quien la desama.

VII.

Los que ignoran las causas de las cosas,
Y el bien juzgan ó el mal por los efetos,
A veces por virtudes los defetos
Reciben de apariencias mentirosas.
A muchos por sus obras temerosas
Pacíficos los llaman, y quietos
A los locos; osados y secretos
A los pechos de trazas cautelosas.
Y sabe Dios, si se corriese el velo,
Que cubre lo interior, ¡quánta materia
De lástima y de risa nos daria!
¡Dichoso aquel que solo aspira al cielo,
Y lo demas juzgando por miseria,
Siempre amanece en el postrero dia!

VIII.

Quien osa defender, Ricardo mio,
Que le ha negado el cielo resistencia,
Y que es amar en él fatal sentencia,
Concede culpa en Dios y desvarío.
En la Scitia beber el Tanais frio,
Y el claro Turia en tu gentil Valencia,
Causa en cuerpos (no en almas) diferencia:
Aquí y allí gobierna el albedrío.
Tú que aprendiste, tú que nos enseñas
Una voluntad firme y sin mudanza,
De dar á cada cosa justo dueño:
Dirás que esto se entiende en las pequeñas,
Donde solo el humano cetro alcanza.
¡A tan gran Reyna reyno tan pequeño!

IX.

Si dentro de los límites humanos
Un hombre con razon se considera,
Para sí tanto pan verá en su era,
Como en todos los campos africanos.
Pues todo lo que sobra va á las manos
Del sucesor ingrato, que lo espera:
Dexa, Julio, á la fama tu heredera;
Pero déxale mas que bultos vanos:
Que no son á tu cuenta las costosas
Piedras de tu sepulcro, donde llama
La materia ó el arte á nuestros ojos:
¿Por qué á tí que te tocan estas cosas,
Si á su autor solo sirve allí la fama,
Miéntras no ve esculpidos tus despojos?

X.

No es lo mismo el amor que el apetito,
Que en diferente parte se aposenta:
La virtud al primero lo alimenta,
Al segundo aliméntalo el delito.
El cielo eligé amor por su distrito,
Donde toma del alma larga cuenta:
El otro con el cuerpo se contenta,
Viviendo en Flegetonte y en Cocito.
El uno siempre aumenta, el otro apoca
Su casa principal y patrimonio:
De aquel es la sed cuerda, de este loca:
Y, al fin, quando de sí da testimonio,
Sale amor por los ojos y la boca:
El otro sale á guisa de demonio.

TERCETOS.

Quando la sed del implacable estío
(Aunque jamas el cielo á Egipto riega)
Suple sus faltas solamente un rio,
No dividido en bocas al mar llega,
Antes mayor que el mismo mar se extiende,
Y un reyno entero fieramente anega:
Apénas prevenida se defiende
Con la experiencia larga de su ira,
La codiciosa gente que le atiende:
Antes de nuevo atónita se admira,
Quando á sus propias márgenes y seno,
Depuesta su bravezà, se retira.
Queda confuso el húmedo terreno,
Sus límites y términos borrados,
Todo cubierto de fecundo cieno.
No hay fosos, valladares ni cercados,
Que á cada qual avisen de su herencia,
Y dividan sus campos cultivados.
En esta confusion la egipcia ciencia
Discurre por las líneas, que en el cielo
Fingidas le conserva la experiencia;
Y por aquellas reglas y modelo
Restituye á sus dueños justamente
La posesion del anegado suelo.
Africa no con furia diferente,
Quando á España vió en ocio y torpe lecho,
La acometió con su tostada gente,

Vengadora ministra de un despecho;
Salir y entrar la viéron las colunas,
Que Alcides puso en el famoso estrecho.
Rindióse España á las soberbias lúnas:
Pobláron sus ciudades tributarias
Los que ántes no se viéron con algunas:
Los que ántes por arenas solitarias
Con movedizas tiendas discurrian,
Fugitivas esquadras mercenarias.
A sus bárbaras voces respondian
Los téchos altos con no usados ecos,
Que de sus nuevos dueños aprendian.
Al fin España, sierva de Marruecos,
De sus templos, sus trages y costumbres
Hizo con Libia miserables truecos.
Cayéron las soberbias pesadumbres,
Fábricas de romanos y de godos,
Que al cielo amenazaban con sus cumbres.
Por varias suertes y por varios modos
Los nombres de ciudades pereciéron,
Parte de algunas, y de algunas todos.
Los bárbaros á algunas se los diéron,
Por dexar de sus hechos larga historia,
Y algunas con sus nombres confundiéron.
Tú, famosa Iliturgi (cuya gloria
Destas varias mudanzas ofendida,
Con dudas anduviste en la memoria),
En Andujar quedaste convertida,
De tus antiguos títulos privada,
En que agora te ves restituida

No fuéron estos, no, negar la entrada
Al romano feroz con mano fuerte,
Por guardar á Cartago la fe dada:
Ni de Publio Cornelio defenderte
Tan obstinadamente, que primero
Pudo vencer á España que vencerte:
Que el blason mas ilustre y verdadero
Fue por pastor á Eufrasio haber tenido,
Del gran Patron de España compañero:
Que, habiendo al mundo con su fe vencido,
Su cuerpo te dexó por prenda cara,
Y tú le diste el túmulo debido.
Sobre él alzaste al cielo la gran ara,
Adonde con razon estuvo en duda
Si la materia ó arte fue mas rara.
De ofrendas no se vió jamas desnuda,
Que colgaba el devoto peregrino,
Cumpliendo el voto, ó demandando ayuda:
Hasta que á España el africano vino,
Y del infierno en su favor las furias,
Pervirtiendo lo humano y lo divino,
El áspera Galicia y las Asturias
Depositarias fuéron de las prendas,
Que entónces no probáron sus injurias.
Las reliquias sagradas, las ofrendas
De los templos los fieles escondian,
Dexando al moro en cambio sus haciendas:
A los ásperos montes se subian,
Y pudieran moverlos, segun era
La fe con que su ampáro les pedian.

Galicia te ganó desta manera,
Andujar, de tu Eufrasio el cuerpo santo,
Y hoy devota le guarda y le venera.
¡Que no podrá la edad, si pudo tanto,
Que sepultados tuvo en el olvido
Los hechos dignos de perpetuo canto!
Hasta que un hijo tuyo agradecido,
Insigne por virtudes y por ciencia,
Descubrió lo que el tiempo habia escondido.
Restituyóte al fin sin competencia,
Con el antiguo nombre la memoria,
Tu derecho, legítima y herencia:
Cano, Doctor de la sagrada historia
En la ciudad, que, como un tiempo Atenas
A Grecia daba, da á su España gloria.
¡O Cano! si de flores dexas llenas
Las orillas del Tormes, no podias
Dexar las de tu Betis como agenas.
Las antiguas historias revolvias:
Líneas tambien echabas por el cielo
Con devota oracion noches y dias:
Hasta que hallando de tu patrio suelo
El antiguo blason, se comunica
A tu noble ciudad tu santo zelo.
Luego un famoso templo te dedica,
Y en la sagrada fuente á los Infantes
Tu nombre, Eufrasio, el Sacerdote aplica:
Y Andujar viera tus reliquias ántes,
Si Dios no le llevara á ser vecino
De los muros eternos y triunfantes.

Pero dexóte Andujar un sobrino,
Qual para ser consuelo de su ausencia,
Y dar al hecho perfeccion convino.
Milagro de apostólica eloqüencia,
Con que de los oráculos divinos
Declara la profunda inteligencia:
Y á los que por anchísimos caminos
Perdidos van, reduce al mas estrecho,
El pellejo dexando en los espinos.
Doctísimo Terrones, cuyo pecho
Ardiendo en el amor que tuvo el tío,
Alegre se dispuso á tan gran hecho.
Implorando el favor de su Rey pio,
(Al qual es grato dignamente) alcanza
Que Eufrasio vuelva al túmulo vacío;
Y para que tuviese esta mudanza
(En el sacro ministro, no en la pena)
Con la primera en todo semejanza,
Que vaya el docto Mauro Dios ordena
A cobrar el depósito prescrito,
Tantos siglos guardado en tumba agena.
Tus hijos le lleváron, gran Benito;
Tu hijo es tambien Mauro, cuya mano
A Eufrasio vuelve al pastoral distrito.
Mauro (del gran Terrones digno hermano)
Que de un mal, que seis lustros padecia,
Quedó con ver los santos huesos sano.
Recibe, pues, Andujar, este dia
Al gran Terrones, y á sus seis hermanos
Con insignias solemnes de alegría:

Que como los trescientos ciudadanos
De una familia vió su patria Roma
Juntos en su defensa armar las manos:
Esta familia mas insigne asoma,
No con armas infaustas como aquellas,
Sino con las que al mismo infierno doma
El mas humilde quando se arma dellas.

OTROS.

De David en el trono el gran tirano,
Que profanó la ley entónces santa,
Por adular á un Príncipe romano,
Cortar quiso furioso la garganta
Del verdadero justo Dios y Hombre:
(Tanto fue el miedo, y la ambicion fue tanta):
Y el que en parte del reyno y en el nombre
Le sucedió, cortó la del Profeta,
A quien el gran bautismo dió renombre;
Cuya virtud y santidad perfeta
Confiesa el duro hebreo, y que en castigo
Desta muerte despues le venció Areta.
Este, que de Pinto se hizo amigo,
Burlándose de Dios quando delante
Le tuvo, como en don de su enemigo,
En nombre y en costumbres semejante,
Tuvo por sucesor á su sobrino,
Hechura de Calígula arrogante;
Del qual por imitar el desatino,
Admitió de su pueblo lisonjero
El nombre que le daba de divino.

Este de dos Herodes heredero,
Ya que no pudo en Cristo, en su Vicario
Usar quiso la furia del primero:
Y el furor del segundo hereditario
Executó en el cuello del hermano
Del que lo fue de Cristo en el Calvario.
Huyó Josef de Herodes la cruel mano
Por un Angel en sueños avisado
Con el recien nacido Soberano:
Y del tercer Herodes condenado
El gran Pedro, que á Cristo representa,
Huye tambien, de un Angel ayudado.
Por tener el tirano Rey contenta
La sinagoga infiel y gente hebrea,
Sangrientos espectáculos inventa.
Prende al gran pescador de Galilea,
Para que alegre al pueblo con su muerte,
Quando la pascua celebrada sea.
Yace en lo escuro de una torre fuerte
Cargado de cadenas y prisiones,
Con guarda que la vista no divierte.
Pedro, que los terribles eslabones
Forjados en las yunques infernales
Quebranta con sus voces y oraciones,
Sujetá á las cadenas materiales
Las manos, que de Cristo recibiéron
Las llaves de las puertas celestiales:
Y los pies que en las ondas no se hundiéron,
Quando del barco por su Dios saltáron;
Pies, que en las manos de su Dios se viéron,

Duros cepos y hierros maltratáron
Aquellos pies, que con el baño santo
De Dios las mismas manos consagrâron.
Lá Iglesia de los fieles entre tanto
Oracion sin cesar á Dios hacia
Por su cabeza y su pastor con llanto.
La noche precedente, pues, al dia,
En que el tirano al pueblo preparaba
Con la muerte de Pedro su alegría,
Con dos cadenas Pedro preso estaba
En medio de dos guardas adormido,
Y gente afuera la prision guardaba.
Mas el que nunca duérme ni ha dormido,
Y es guarda de Israel, en tanto ordena
Como quede el tirano escarnecido:
Manda báxar de la region serena
Un alado ministro diligente,
Para que quite á Pedro la cadena.
Baxa el divino espíritu obediente,
Baña de luz el calabozo escuro,
Y á Pedro hiere, y dice juntamente:
Levántate veloz (el hierro duro
Le quita de las manos entre tanto),
Vístete, y ven siguiéndome seguro.
Al Angel obedece el Pastor santo,
Incierto de lo mismo que está viendo:
Las sandalias se calza, y cubre el manto.
Y el celestial ministro precediendo,
Pasan por las dos puertas, y á la puerta
De hierro pasan sin hacer estruendo.

Ella se ofrece de su grado abierta:
Salen, desaparece el Angel luego,
Y á Pedro le parece que despierta.
Agora, dice Pedro, no estoy ciego:
Conozco que un ministro Dios ha enviado,
De los que abrasa su glorioso fuego,
Que de mano de Herodes me ha librado,
De los deseos desta gente ciega,
Y suplicio á que estaba dedicado.
Esto considerando Pedro, llega
De la madre de Marco á la posada,
En la qual gente santa se congrega.
Estaba mucha entónces congregada;
Dió golpes á la puerta, y luego vino
A responderle Rode, fiel criada.
Conocióle en la voz, y perdió el tino
Con el gran alborozo y alegría,
Y en vez de abrirle, tuerce su camino.
Entra á dar á la santa compañía
Nueva de lo que ha visto, y que á la puerta
Pedro estaba; mas nadie lo creía:
Ella afirmaba que era cosa cierta:
Si es Angel suyo, dicen, y entre tanto
Pedro llamaba, y fuéle al fin abierta.
Viendo al Apóstol el colegio santo
Libre de las prisiones del tirano,
Atónito le mira y con espanto.
Hízoles Pedro señas con la mano
Que callasen, contándoles de presto
Como Dios le libró sin medio humano.

A Diego, qual lo ois, contaréis esto,
Y á los hermanos, dixo; y luego fuese
A lugar mas seguro y bien dispuesto.
Pues como á las tinieblas sucediese
La luz, que ántes tardaba temerosa
Del acto á que esperaban que asistiese:
Salió por el oriente mas hermosa,
Alegre en verse ya desobligada,
Y volvió su color á cada cosa.
La cárcel les descubre quebrantada,
Acusando á sus guardas la cadena,
Que estaba á su cuidado encomendada.
Brama con rabia el fiero Rey, y ordena
Que al fugitivo atajen el camino
Diligentes ministros, premio y pena.
Herodes, ¿tú te opones al divino
Poder, y solicitas la venganza,
Debida á tu primero desatino?
Acuérdate, cruel, que la tardanza
Del suceso dudoso de Tiberio
Aseguró en la cárcel tu esperanza:
Y que quando llegó al justo imperio
Te dió cadena de oro de igual peso
A la que te afligió en tu cautiverio.
Si pudo un hombre irracional sin seso
Tu esperanza cumplir, y en esa silla
El cepo conmutar do estabas preso:
Aquel solo Señor á quien se humilla
El angélico exército triunfante,
Profundo mar de investigable orilla,

¿Es mucho que tus cárceles quebrante?
¿Es mucho que execute en tí la pena,
Y que en tu exemplo á los demas espante?
¿Es mucho que convierta la cadena,
Con la qual su Vicario á la prisionas,
En materia inmortal de gloria llena?
¿Es mucho que le rindan las coronas,
Quando fuere por voto visitada,
Los Monarcas, y postren sus personas?
Así fue, pues, que á la ciudad sagrada
De Sion vino Eudosia augusta en voto,
Y fuéle esta cadena presentada.
Ella la lleva á Roma, y al piloto
Que en la nave de Pedro presidia,
La ofrece en don con ánimo devoto.
El en cambio le muestra la que habia
Tambien al mismo Apóstol oprimido,
Quando Nero en la cárcel le tenia.
Y estando juntas (¡caso nunca oido!)
El un hierro con otro se eslabona,
Qual si una sola hubiera siempre sido.
Como quando se abraza y proporciona
Una llama con otra, si se aplican,
Que cada qual se aumenta y perfecciona.
En esta union entrambas significan,
Que (aunque en tiempos y partes diferentes)
Por una causa á Pedro sacrifican.
A varios incurables accidentes
Fue despues, aplicada, medicina,
Y espanto á los espiritus ardientes:

101837

Espíritus que intentan la ruina
Siempre al género humano su enemigo,
Que al reyno que perdiéron se encamina.
Tú puedes ser, Oton, dello testigo,
Oton del sacro Imperio viera
En quien executaban su odio antiguo:
Pues que tu misma sangre fieramente
Humedeció tu boca y tu garganta,
Siendo ministro tu rabioso diente:
Pues quando la ciñéron con la santa
Cadena, luego huyéron las harpías,
Que primero tuviéron fuerza tanta.
Y tú, primero Augusto, que tenias
En tu honor las kalendas del mes sexto,
Cediste al gran Apóstol estos dias,
De Herodes en oprobrio y Nero Sexto.

CANCION.

Tan ofendido al Padre omnipotente
Tenian [illegible] costumbres,
Que, á no tener de su palabra prenda,
Temer pudieran las soberbias cumbres
Segunda vez la fuerza del tridente,
Que al mar soltó sin límite la rienda:
O á no tener cerrados á la enmienda
Los ojos entregado á sus maldades;
Mas debiera temer el mundo ciego
La lluvia de aquel fuego,
Que reduce á cenizas las ciudades.
Armábase ya al son de las trompetas
El exército fiel de las venganzas
En daño de los hombres miserables:
¡O guerreros hermosos y espantables!
De fuego vibran todos gruesas lanzas:
De fuego tienden arcos y saetas:
Son sus espadas pálidos cometas:
Y el mismo Dios contra el linage humano
Armó con rayo la terrible mano.
Pisada por guerreros inmortales
La máquina del cielo con estruendo,
Temblaba desde el uno al otro polo.
Los niños, el horrible son oyendo,
Abrazáron los pechos maternales,
Y obediente á su Rey se escondió Apolo.
Pero á todo se opuso un hombre solo,

Desechado del mundo como loco,
Del largo ayuno pálido y desnudo,
(Y á Dios resistir pudo,
Ante quien todo el mundo fuera poco)
Que á singular batalla
Algun guerrero del ardiente coro,
Fundado en humildad y en obediencia:
Y Dios de los que estan en su presencia
Todos cubiertos con las alas de oro,
Uno al momento por el ayre envia.
Este quizá, que con Jacob habia
Luchado ya otra vez, que del suceso
Dexó tambien el testimonio impreso.
En un desierto y solitario monte
Solo nuestro campeon desnudo aguarda,
Y cuerpo y alma á la gran lucha ofrece.
Direis de léjos que la cumbre se arda,
Segun á todas partes su horizonte
Con armas celestiales resplandece.
¿Véisle qual sale? ¿véisle qual parece
El guerrero inmortal por otra parte
En una cruz resplandeciente puesto?
¡Inmenso Dios! ¿qué es esto?
Ninguno dellos con enojo parte:
Todo es amor recíproco y unido:
¡O nuevo modo de romper la guerra!
Al fin, Señor, son vuestras luchas estas,
Que acaban siempre en bendicion y fiestas.
¿Mas no sois vos el hijo de la tierra,
Francisco, que en el ayre suspendido

La fuerza y el aliento os ha crecido;
Y tal estais, que apénas ya discierno
Qual es de entrambos el guerrero eterno?
La flaca amarillez que su abstinencia
Imprimió [redacted] ta miro
En rosicler no visto en los humanos;
Y en púrpura, que excede á la de Tiro,
El sayal que os texió la penitencia,
Echando de sí rayos soberanos.
Mas ¡ó nuevo suceso! pies y *manos*,
Manos y pies abiertos, y el costado
(Hecho de Cristo natural trasunto)
Mostrais en este punto.
Transformarse el amante en el amado
Es lo que puede amor: á mas no pasa
Su poder, que si á mas pasar pudiera,
En vos, Francisco, hubiera dado muestra:
Pues fue transformacion aquella vuestra
Qual de hierro, que forma nueva esfera
De todo punto convertido en brasa:
Aquí su tasa tuvo fin sin tasa.
¡O venturoso monte, que tal viste,
Y Tabor y Calvario á un tiempo fuiste!
Ya el celestial exército que habia
Al extraño espectáculo asistido,
Dexa las armas, y instrumentos toma,
Cantando. O como si esto hubiera sido
Quando al diluvio Dios se apercebia,
O quando á las venganzas de Sodoma,
No truxera á tan pocos la paloma

El verde olivo, ni hoy un triste lago,
Y una estatua de sal fueran testigos
De sus duros castigos:
Que en trato anduvo aquel segundo estrago;
Y no se exec[illegible]
Diez justos que lo hubieran amparado.
¿Qué tal es pues quien tanto solo alcanza?
Y bien que la pasion y la mudanza
Nunca el eterno alcázar han pisado,
Por ser Dios causa, que jamas se altera:
Sus efectos probamos acá fuera,
Y así decimos que por vos nos mira,
¡O gran Francisco! Dios sin ojos de ira.
Mas no sucede el ocio á la victoria
En el gran defensor de los humanos:
Antes contra el infierno mueve guerra:
Huyen de su presencia los tiranos,
A quien Dios confiscó la antigua gloria,
Y la aplicó á los hijos de la tierra.
¿Veis cómo en el infierno los encierra?
¿Veis con su ausencia ya sereno el mundo?
¿Veis los hombres con ásperos vestidos,
Y con sogas ceñidos
Seguir á prisa al Redentor segundo?
Mas no es mucho que acabe tal empresa
Si trae las fuertes armas por despojos,
Que en las manos y pies del mismo Cristo
El ángel negro con su daño ha visto
Romper de sus prisiones los cerrojos,
Y quitarle por fuerza la gran presa:

Así la gente que en sus lazos presa
Tuvo por suya, ve ofrecerse al templo:
Tanto puede, Francisco, vuestro exemplo.
Cancion, pues la humildad, que aquí impedia
Escuhar á Francisco su ruego,
(Coronado en la gloria) lo concede,
Rompe las nubes: que si tanto puede
Con un hombre mortal su semejanza,
Quien de Cristo inmortal lo parecia,
Sin duda podrá mas: sube, y confia
En tu materia peregrina y altá,
Donde no puede hacer el arte falta.

OTRA.

En estas santas ceremonias pias,
Adonde tu piedad, Filipo augusto,
Con admirables rayos resplandece,
Verás como dexando el cetro justo
(Despues de largos y felices dias)
Al nuevo tronco que á tu sombra crece,
Nuestra Madre santísima te ofrece
Los mismos cantos y la misma palma;
Y ya nos muestra cómo en cierta idea,
Que tal quiere que sea
La gloria entónces de tu cuerpo y alma:
Y que al inmenso templo que dedicas
Al gran Levita, que en la ardiente llama
Exâminó la de su amor divino,
Ha de venir devoto el peregrino,

No solo convidado de su fama
Por contemplar las [illegible]ras de oro ricas,
Sino á probar si á [illegible]: congoja aplica
Saludable remedio [illegible]esde el cielo,
Como lo das [illegible]dos en el suelo.
Tú, ensenado á escuchar humanos ruegos,
Y á ser comun defensa de los hombres,
Serás de todos ellos invocado;
Y justamente uniéndose los nombres,
Tendremos dos Filipos y dos Diegos,
Y un altar solo á entrambos dedicado:
Que pues has con tu mano levantado
El primero que á Diego se dedica,
Aquí y allá serás su compañero:
Y exemplo verdadero
De como Dios tambien se comunica
Debaxo de la púrpura preciosa,
Como debaxo el áspero vestido:
(Que no son abreviadas, no, sus manos).
¿Mas de quál de tus hechos sobrehumanos
Te daremos entónces apellido?
¿Si lucirá la espada rigurosa?
¿O retorcido en tu corona hermosa
Sus hojas tenderá el olivo sacro
Por propia insignia de tu simulacro?
¿O si quando la trompa horrible diere
Señal en los exércitos, y tienda
La roxa cruz el viento en las banderas;
Y de la muerte la vision horrenda
Envuelta en humo y polvo discurriere

Por medio los esquadras y armas fieras;
Tu nombre ha de sonar en las primeras
Voces que diere la española gente,
Pidiendo por tu medio la victoria?
¿O si querrás la gloria
De ser en los concilios Presidente,
Donde se trate del gobierno humano,
Del qual nos dexas admirable exemplo?
¿O si será mas propio que el piloto,
Quando luchare con el Euro y Noto,
Prometa ronco visitar tu templo,
Y alli colgar las velas por su mano?
¿O que en tu proteccion el rubio grano
El labrador envuelva, y te suplique,
Que por tu medio Dios lo multiplique?
Primero vivirá felices años,
Introduciendo por el ancho mundo
La santa paz y la justicia unidas;
Y gemirá Pluton en el profundo
De ver por tí deshechos sus engaños,
Y á Dios tantas naciones convertidas:
Y que las escrituras no entendidas,
Como el otro Filipo les declaras.
Teme tambien (y no sin causa) viendo
Lo que hoy estás haciendo,
Que á mayores empresas te preparas:
Y que si por honrar la sepultura
De Diego das de tu piedad tal muestra,
Por quitar al tirano la de Cristo
Ha de dar un exemplo nunca visto.

Y derribar sus ídolos tu diestra,
Venciendo en medio de la noche obscura,
Como el gran Gedeon, pues en tí dura
La insignia del vellon, con que Dios quiso
Darle de la victoria cierto aviso.
Cancion, el ser humilde no te espante,
Que es hoy fiesta de humildes, y se precia
De ser su amparo el Rey mayor del suelo:
Bien puedes atreverte, pues el zelo
Hace precioso el don, y se desprecia
(Aunque raro y costoso) el arrogante.
Mas pues se me permite que yo cante
Entre los cisnes del famoso Henares,
Mucho harás si de humilde te preciares.

OTRA.

¿Eres tú á quien el mundo
Llamara Peña fuerte,
Si el cielo no te diera tal renombre,
Por ver en tí, Raymundo,
La constancia de suerte,
Que nunca descubrio mudanza de hombre?
¿Posible es que te asombre
Tanto el nuevo cuidado?
¿Careces de experiencia?
¿O temes la obediencia,
Con que el Pastor supremo te ha obligado
A regir la cabaña,
Que dió su nombre á la mitad de España?

Yace en humilde lecho
Raymundo, y con su llanto
En sus miembros despierta fiebre ardiente.
No teme el fuerte pecho
El trabajo, aunque tanto
Puede y debe temello el mas valiente.
Lo que Raymundo siente,
Por lo que gime y llora,
Es de la gloria humana
Aquella sombra vana,
Que á tantos pierde, á quantos enamora:
Enemigo que dura
Hasta la misma horrible sepultura.
¿No osara por ventura
Dar al súbdito pena,
Quien de su Rey, con libertad severa,
La amorosa locura
Con tal castigo enfrena,
Que le reduce á la salud primera?
¿O acaso no supiera
Con afecto paterno
Perdonar al rendido,
El que padre habia sido
Manso y benigno, y al palacio eterno
Facilitó la entrada
Con la llave por Pedro encomendada?
¿O el trabajo de tantos,
Que revolver conviene,
Sacros libros, las noches y los dias,
O los decretos santos,

Que la gran Madre tiene
Con sentidos dificiles temias?
No, porque ya tenias,
Raymundo, con tu pluma
En órden reducidos
Los no bien entendidos,
Y de trabajo inmenso á breve suma:
Leyes que agora rigen
El mundo, y nuestros ánimos corrigen.
Al monstruo, pues, terrible,
Que fue quien dió primero
Causa á Dios de vibrar el rayo ardiente,
Y en el infierno horrible
Derribar al lucero,
Que el cielo vió mas bello y reluciente:
Al que tan fácilmente
(Envidioso, obstinado)
Se convierte y transforma
En amigable forma,
Teme Raymundo de prudencia armado:
Que á veces así ofende,
A quien de otros peligros se defiende.
En la ciudad famosa,
Adonde Rubricato
Da el tributo debido al mar profundo,
Verás con religiosa
Pompa y costoso ornato,
Cancion, la sacra tumba de Raymundo:
Allí en la turba pia
Serás estruendo en vez de melodía.

OTRA.

Divino Patriarca,
Que desde el claro cielo
Miras hoy tantas gentes en la tierra
Postradas ante el arca,
Que de tu mortal velo,
Rico tesoro, tanta parte encierra,
De mi ingenio destierra,
Pues con Dios puedes tanto,
La tiniebla confusa,
Porque tenga mi musa
Parte tambien en el gozoso canto,
Que renueva la historia
Con nuevos accidentes de tu gloria.
Yo con liberal mano
A tus hijos entrego
De tus santas reliquias el tesoro:
No como el cauto griego
Las del fiero troyano
Por peso materia de plata y oro.
Así, gran Padre, imploro
Tu proteccion, y creo
Que como huésped mio
Sobre mi pecho frio
Harás el mismo efecto que Eliseo,
Que la vida así daba,
Vivo ó muerto, á los muertos que tocaba.
Del mauritano Atlante

La antigüedad creia
Que sustentando el cielo con su cumbre,
Demas de aquel constante
Trabajo, despedia
De rios á la tierra muchedumbre:
Asi la pesadumbre
Del cielo, que ruina
Al mundo amenazaba,
Tu oracion sustentaba,
Y regaba la tierra tu doctrina,
De cuyo humor naciéron
Selvas, que el fiero mar despues rompiéron.
Destas el Padre eterno
Fortificó su nave,
Timon, entena, mástil, popa y frente:
Dexándola en gobierno
Firme, justo y suave
(Gran tiempo!) de tus hijos solamente.
Despues le diste gente
Con armas temporales,
Para que castigase
La que le contrastase;
La qual hizo en España cosas tales,
Que no podrá la furia
Del envidioso tiempo hacerle injuria.
Razon es, pues, que llegue
Tu reliquia á las manos,
Donde estará del bárbaro segura,
Y que en triunfos sosiegue,
Donde á tantos paganos

Diéron tus hijos fuertes muerte dura.
Si de tu sepultura
En el monte Casino
El longobardo crudo
Hacerte salir pudo,
Y anduviste por Francia peregrino,
Fue permision del cielo,
Para que enriquecieras nuestro suelo.
Aquí gloriosamente
Entre sagradas luces
Unos hijos verás en los altares,
Otros con reluciente
Acero y roxas cruces
Cubrir los fuertes pechos militares.
Aquellos con cantares,
Con silencio y ayuno
Al infierno hacen guerra;
Estos acá en la tierra
(Sin causarles temor peligro alguno)
Las cabezas quebrantan,
Que contra Dios rebeldes se levantan.
Mi padre (cuya fama
El orbe tiene lleno,
Y eterno asiento el alma ya contigo)
Aquí fue ardiente llama:
Aquí fue horrible trueno,
Con que al rebelde daba Dios castigo:
Destos hijos que digo
Que diste á España, él era
Maravilla y exemplo:

El fábricara templo
A tu santa reliquia, si viviera,
Que cifró la ganancia
De altos servicios en quitalla á Francia.
No mas, Cancion, que olvidas
El principal sugeto,
Del paternal amor arrebatada:
Ni con la causa midas
De tu voz el efecto,
Que serás dignamente despreciada.
Di que vas para el cielo,
Donde todas las faltas suple el zelo.

OTRA.

¿A quién no espantará la ardiente pira,
Que en el romano foro se levanta,
O el hierro que en el fuego se convierte?
A su autor (bien que no le amansa) admira:
Solo al que ha de sufrirle no le espanta:
Solo el paciente allí se muestra fuerte:
Los ministros de muerte,
Bárbaros, inhumanos,
Aunque aplican las manos
Al ministerio, en algo al fin clementes,
Huyen los ojos derramando fuentes:
O que temen del Juez la furia ciega,
Si á las brasas ardientes
Socorro inútil viere que les llega.
La turba infiel en general silencio

Viendo inventar tormentos tan enormes,
De piedad y temor da claro indicio.
Duro el tirano, y duro está Laurencio:
De un ánimo los dos, los dos conformes
En dar y en padecer aquel suplicio.
Hace el fuego su oficio:
Mas el constante pecho
Casi cenizas hecho,
No solo no da muestras de mudanza;
Pero increpando al fuego su tardanza,
(Qual si pidiera refrigerio al Tibre),
Dice, que pues no alcanza,
Le vuelvan de aquel lado que está libre.
Dinos, Laurencio, ¿qué corona y palma,
Por angélicas manos sustentadas,
O qué esquadrones te descubrió el cielo?
¿Con qué triunfo esperabas que tu alma
Dexase tus cenizas consagradas,
Y diese para Dios el alto vuelo?
¿Rompióse acaso el velo
Del trono soberano,
Y viste al que en su mano
Tiene todos los fines de la tierra?
¿Quién te dió tal valor en esta guerra?
Debístele de ver; no tengo duda:
Y viste como yerra
Quien solo en lo de acá pide su ayuda.
Bien viste tú que tiene el gran tridente,
Con que las aguas embravece y doma,
Y en un arca cifró al linage humano:

Tambien viste que vibra el rayo ardiente,
Con que abrasó á la mísera Sodoma,
Y ha de juzgar despues al siglo vano:
Al fin solo en tu mano
Todas las cosas viste;
Pero no le pediste,
Que con la fácil lluvia te ayudase,
O al fuego de su efecto le privase,
Como quando libró á los tres hebreos;
Sino que le aumentase,
Para hacer mas gloriosos tus trofeos.
Si quieres, dixo, ver aquel tesoro,
Que con ansia rabiosa hallar deseas,
Aplícame, tirano, mas al fuego,
Que en él se apura y aquilata el oro:
Y si se te permite que le veas,
(Que agora estás con la codicia ciego)
Quedarás libre luego
De ese infernal afecto,
Y el tesoro perfecto
Hallarás donde vive mi deseo,
Que quanto mas me abraso, mas le veo;
El que dexo en el mundo es vil escoria;
Y aunque este otro poseo,
No lo puedo gozar sino en la gloria.

SONETOS.

Quando Cristo á la turba sobre el heno
Dió con milagro espléndida comida,
Quiere hacerle su Rey, mas fementida
Dice en la cruz, que el nombre le es ageno.
Pedro, quando le ve de gloria lleno,
Quiere en Tabor con él pasar la vida:
Y quando le ve preso (tras la huida)
Jura que no conoce al Nazareno.
Pero Josef y Nicodemus solos
En medio del peligro se arrojáron
A darle honor con verle en la cruz muerto.
Y de entrambos las manos fuéron polos,
Que el cielo por entónces sustentáron.
¿Quál destos es discípulo encubierto?

II.

Si Cristo alaba tanto aquel ungüento,
Con que sus sacros pies ungió María,
(Siendo una libra sola) porque habia
Figurado con él su monumento:
En mas debió estimar las libras ciento,
Que Nicodemus derramó aquel dia,
Quando con él varon de Arimatía
Diéron á la figura cumplimiento:
Que si con el retrato se recrea
Tanto que le eterniza la memoria,
Porque se pareció á su sepultura,
Ocasion nos ha dado á que se crea,
Que exceden los quilates desta gloria
Lo que excede lo vivo á la pintura.

III.

Sin que contraste la humildad profunda
Con que huyó de la gloria humana Diego,
Hoy ve altar en su nombre, y arder fuego,
De donde grato olor á Dios redunda.
El que dió humilde el cuello á la coyunda,
Y fue del siglo vano oprobrio y juego,
Vedlo gozando celestial sosiego,
Y cómo de riqueza eterna abunda.
Póstranse las coronas y tiaras
Adonde puso la desnuda planta,
Y cumplen peregrinos votos sacros.
Vivo no osó tratar las santas aras,
Y muerto, Dios sobre ellas le levanta
En eterna memoria simulacros.

IV.

¿Qué hijos, dura Esparta, ó docta Atenas,
Celebras? Roma insigne, ¿á quién levantas
Estatuas y arcos con que tienes tantas
Historias doctas y ficciones llenas?
Ríndanse ¡ó gran Barcino! á tus arenas,
Que Raymundo pisó con secas plantas,
Habiendo el mar hollado, y á las santas
Fábricas ricas, que en su nombre ordenas.
¡O dichosa ciudad, devota y pia,
Justa en la paz, justísima en la guerra,
Exemplo raro de justicia y zelo!
¿Cómo te ha de faltar eterno dia,
Si los hijos que nacen en tu tierra,
Despues suben á ser luces del cielo?

V.

El justo Simeon, sagrado Atlante,
Ha en sus manos los cielos sostenido,
Antes al autor de ellos reducido
A forma humana de pequeño infante.
Al Calvario tambien fue semejante
(Altar para el cordero prevenido);
Pues al Padre en sus brazos ofrecido,
Cifrado vió lo que se obró adelante.
Así anunciando al mundo su alegría,
Y el cuchillo y dolores á la Madre,
Pide la muerte (en tal sazon clemente),
Porque entónces sus labios Dios movia,
Con ellos pronunciando lo que al Padre
Eterno protestaba interiormente.

TERCETOS.

Hay un lugar en la mitad de España,
Donde Tajo á Xarama el nombre quita,
Y con sus ondas de cristal lo baña:
Que nunca en él la yerba vió marchita
El sol, por mas que al etiope encienda,
O con su ausencia hiele al duro scita.
O que naturaleza condescienda,
O que vencida dexe obrar al arte,
Y serle en vano superior pretenda:
Al fin jamas se ha visto en esta parte
Objeto triste, ni desnudo el suelo,
O cosa que de límite se aparte.
Contrarias aves en conforme vuelo
Los ayres cortan, y en iguales puntas
Las plantas suben alabando al cielo.
Las fieras enemigas aquí juntas
Forman una república quieta,
Mezclándose en sus pastos y en sus juntas;
Sin temer que el lebrel las acometa,
O hiera el plomo con terrible estruendo,
O con mortal silencio la saeta.
Las fuentes cristalinas, que subiendo
Contra su curso y natural costumbre,
Estan los claros ayres dividiendo,
Rocian de los árboles la cumbre,
Y baxan á las nubes imitando,
Forzadas de su misma pesadumbre,

Sobre las bellas flores, que adornando
El suelo como alfombras africanas,
Las estan con mil lazos esperando.
Las calles largas de álamos y llanas
Envidia pueden dar á las ciudades,
Que estan hoy de las suyas mas ufanas.
¿Pues quién podrá contar las amistades,
Con que las plantas fértiles se prestan,
Y templan sus contrarias calidades?
Y como no se impiden ni molestan
Por ver su fruta en extrangeras hojas,
Ni del agravio apelan y protestan;
Como tú, frágil hombre, que te enojas
Si tener ves al otro lo que es tuyo,
Y con rabia lo usurpas y despojas.
Comunica el gran Tajo el humor suyo
A qualquier de los árboles do llega,
Sin atender si es hijo propio, ó cuyo:
Al huésped no sus alimentos niega,
Ni al natural desecha; y así hace
Corona rica de su hermosa vega.
Si la region remota ve que aplace
Alguna planta suya en esta, luego
La envia, y á su dueño satisface:
Y así la que se jacta de que al fuego
De los templos da olores, no es mas rica,
Ni la fingió ningun latino ó griego.
Qualquiera aquí su condicion aplica,
Aunque su orígen trayga de otra parte,
Do el sol ménos ó mas se comunica.

Suple la falta de la tierra el arte,
Y del calor con límite, y del hielo
Aquello que conviene les reparte.
Hay planta que miró en su patrio suelo
El sol al mismo tiempo que la luna
En este mira en la mitad del cielo:
Y no por esto siente falta alguna
De la virtud que tuvo allá en su tierra,
Como si aquella y esta fuesen una:
La qual en senos cóncavos encierra
Las aguas usurpadas al gran rio,
Donde los peces viven sin ver guerra.
Pudiera en cada qual un gran navío
De aquellos que á Neptuno son mas graves,
Navegar sin temor de hallar baxío:
Mas solamente aquí navegan aves
De aquellas, que á la muerte se aperciben
Con cantos apacibles y suaves.
Aquí redes y engaños se prohiben,
Y así discurren sin temor las fieras,
Y á los hombres pacíficas reciben.
La hermosura y la paz de estas riberas
Las hace parecer á las que han sido
En ver pecar al hombre las primeras.
Alzase al lado del jardin florido
Con quatro hermosas frentes una casa,
Que nunca el sol su semejante ha herido.
Del alto chapitel hasta la basa
Ninguna imperfeccion hallarse puede,
Si el gran Vitruvio vuelve y la compasa.

Pues lo interior, que á lo exterior excede
En materia y en arte, qué tal sea
Con esto solo declarado quede:
Que nuestro gran Filipo dió la idea,
Y en ella sus cuidados deposita,
Quando su corte dexa, y se recrea.
Que puesto que los hombros jamas quita
Del peso con que Atlante desmayara,
Con esto lo aligera y facilita.
Los árboles, las aves, la agua clara
En este verde sitio son testigos
De las heroycas obras que prepara:
Del modo con que traza los castigos
A la cerviz que huyó del yugo santo,
El premio regalando á los amigos.
Las aves mezclan su acordado canto
Entre los dulces y ásperos decretos,
Que han de poner despues al mundo espanto.
Y aquellos profundísimos secretos,
Que á los ausentes Príncipes desvelan,
Y les tienen los ánimos inquietos;
Aquí con los ministros se revelan,
Y el templo del gran Janò se abre ó cierra,
Los pueblos se castigan ó consuelan:
Y la espantable y polvorosa guerra
Aguarda que de aquí le den materia
Para cubrir de sangre el mar y tierra:
Mas no dentro los límites de Iberia,
Donde la paz y la justicia santa
Previenen con cuidado á tal miseria.

Aquí se engendra el rayo, mas no espanta
Sino al loco Nembrot, que contra el cielo
Muros de barro frágiles levanta.
Filipo, tú tambien, que del abuelo
Y padre emulacion gloriosa al mundo
Prometes, y en su pérdida consuelo;
Miéntras tu padre con saber profundo,
Y tu niñez te excusan del trabajo,
Entre esas flores andas vagabundo.
Tiempo vendrá en que no te ofrezca Tajo
En su ribera conchas, mas caballos,
De aquellos que lo beben mas abaxo:
Y que tú y esos niños tus vasallos
Armados convirtais en gruesas lanzas
Las que agora juzgais de tiernos tallos.
Entónces cumplirás las esperanzas
Que das de tu valor, dexando libres
A los que dan agora dél fianzas.
Ya, ya la Grecia espera que la libres,
Que abras el paso del sepulcro santo,
Y que la espada en su defensa vibres.
¡O temeraria lira! ¿por qué tanto
El punto subes, que entre el son horrendo
De las trompetas suena ya mi canto?
Vuélveme á la ribera, donde viendo
Estaba con el Príncipe á su hermana,
Rayos de luz y flechas despidiendo:
Tal en el monte Cintio á su Diana
Rodeada de vírgenes hermosas
Fingió la antigüedad en forma humana.

No huyen, no, las fieras temerosas;
Mas ántes, como víctimas sagradas,
Se ofrecen á sus flechas poderosas.
Las flores del divino pie pisadas
Ya miran con desprecio á las estrellas,
Y son de las estrellas envidiadas:
Y puesto que la esperan gozar ellas,
Y saben que en el mundo su presencia
Las hace con los hombres ménos bellas,
La detienen acá con su influencia,
Y posponen su daño y su deseo
Forzadas de la eterna Providencia.
Pero ¿qué mar inmenso es el que veo,
¡O divina Isabel! de tus virtudes,
Donde pierde las fuerzas Himeneo?
Que tanto á todos sobras, que sacudes
El yugo dulce y fuerte, que procura
Que á llevar con tu cuello hermoso ayudes:
Y libre, como fenix, tu hermosura
Al dichoso Aranjuez se comunica
Entre sus claras aguas y verdura.
Pues no sin ocasion el nombre aplica
Del apaciblé sitio el gran Tolosa
Al libro sin igual que te dedica:
Porque si en este suelo alguna cosa
Con las que trata semejanza tiene,
Es sola su ribera deleytosa:
Así porque te alegra y entretiene,
(Que es lo que aquí del alma se pretende)
Como por la hermosura que contiene.

Las alas el ingenio humano tiende,
Las nubes penetrando con su vuelo,
Y en el divino amor de Dios se enciende:
Y de las obras hechas en el suelo
(Cedros del monte Líbano olorosos)
Suben las puntas á tocar al cielo.
Aquí los animales mas furiosos
En humildes ovejas convertidos,
Van juntos por los prados deleytosos:
Y así suenan en vano los bramidos
Del leon que anda en torno rodeando,
Por cazar las potencias y sentidos.
Y las hermosas fuentes derivando
Mil surtidores de eloqüencia pura,
Estan enriqueciendo y deleytando:
Y con órden divino y compostura
Forman largas virtudes calles largas,
Por donde el alma puede andar segura:
Y por aligerar las graves cargas,
Se muestran como en árboles enxertas,
Las cosas dulces dentro las amargas.
Y como viene Dios por siete puertas,
(Que es Nilo sin principio) y así riega
Las tierras mas remotas y desiertas:
Que la bastante gracia á nadie niega,
Para que pueda el fruto dar debido,
Que á la suprema mesa despues llega.
No hay autor tan remoto ó peregrino,
Que en el nuevo Aranjuez no tenga parte,
Y en el propio lugar que le convino:

Porqué acomoda de manera el arte
Cada cosa en su punto, que parece
Que ninguna se ha visto en otra parte.
También estanques mansos nos ofrece
De la perfecta vida, donde canta
El bueno, quando el malo se entristece.
Pues de la casa inmensa, que levanta
Sus quatro hermosos ángulos al cielo,
¿Quién podrá declarar la traza santa?
Remata cada esquina en paralelo
Con un Evangelista y Doctor santo,
Que solos ellos dan tan alto vuelo.
Este lugar y casa quiere tanto
La hija de aquel Rey tan poderoso,
Que á la tierra y al cielo pone espanto;
Que la llama la casa del reposo,
Adonde con su padre se retira:
Hasta que venga el celestial Esposo
A darle el premio eterno, al qual aspira.

ODA.

Arroja la corona
Del dictamo, que tanto abunda en Creta,
Injusta Tesifona:
Usa en las selvas la veloz saeta:
Dexa á quien mas le duela
De los humanos frutos la tutela.
Agora estés ufana
Con el destrozo de la Arcadia gente,

Viendo la forma humana
De tu hijo Sesípoli en serpiente
Trocada, y aunque feo,
Adorarle por Dios el pueblo Eleo.
¡O lamentable mano
De tu sacerdotisa, cuyo cuello
Cubre el cabello cano,
Cuyas ropas imitan al cabello!
Sacrificios devotos
Te ofrezca, y las casadas hagan votos.
Yo en vez de darte dones,
En vez de alzar en aras tu memoria,
Tus falsas religiones
Publicaré con la dudosa historia
De aquel pastor dormido
En la cumbre del Admo favorido:
Y cómo y en qué parte
Con un solo vellon de blanca lana,
Que Pan ofreció darte,
Trocaste el nombre y obras de Diana,
Y los fingidos nombres
Con que fuiste adorada de los hombres.
Sabránse tus hazañas,
Y Filis con dolor en este medio
Con sus quejas extrañas,
(Aunque es aumento al mal, y no remedio)
A piedad de su duelo,
Y á ira contra tí moverá al cielo.
¡Ay de mí! que contemplo
El gozo con que Filis deseosa

En tu enemigo templo
Colgó su cinta con vergüenza humosa,
Y llena de esperanzas
Te cantó no debidas alabanzas.
Y como su deseo
Le estaba haciendo entónces mil engaños,
Con falso devaneo
Anticipando los futuros daños,
Y con llanto fingido
Solicitando el cuidadoso oido.
Y la dichosa cuna
Miraba desde entónces el cuidado
Con que fuera importuna,
En la primera voz el nombre amado
Oyendo, y él contento,
Articulando el no venido acento.
Pero como temia
(Bien muestra que con causa la experiencia)
Mil dones ofrecia
A tí, cuya malicia ó imprudencia
Tanto costó á Cirene,
Y agora casi tal á Filis tiene.
Es imposible que ames
Al mundo, pues así lo desamparas,
Y los ritos infames
Quieres volver, y las Taurinas aras,
Donde la sangre hirviente
Daba muriendo el huésped inocente.
Dexa, Filis, el llanto,
Si no quieres quedar en él deshecha:

Que lastimarse tanto
A las leonas solas aprovecha,
Y no sola el aurora
De su amado Memnon el caso llorá.

OTRA.

Ya el altivo semblante
(Hermoso quanto altivo)
De tierno afecto y de piedad compones:
No ya del triste amante
Huyes el fuego vivo,
Antes á su experiencia te dispones:
Buscas las ocasiones,
Y en esta dulce prueba,
Hermosura te dan los cielos nueva.
Hermosa dabas muerte,
Hermosa das ya vida:
¿Qual es, bella Amarilis, mayor gloria?
Rendias al mas fuerte,
Rigurosa homicida,
Despreciando aun en esto la memoria
De la mayor vitoria:
Agora en lo que haces,
A tí, Amarilis, y al amor aplaces.
Con vista alegre tomas
Posesion de aquel pecho,
En quien has de reynar con paz segura:
No monstruos en él domas,
Que para tí fue hecho

Con proporcion debida á tu hermosura,
Qual nace el alma pura
De la celeste esfera
A dar la vida al cuerpo que la espera.
Los ojos abrió apénas,
Apénas Celio tuvo
Noticia de sí mismo y albedrío,
Quando vió tus serenas
Luces, no le detuvo
Temor de tu desden ó tu desvío:
Ofrecióte vacío
De otro amoroso fuego
El pecho, que por tí se abrasó luego.
Tú, que á la cazadora
Diosa seguias ufana,
A dar muerte á las fieras solo atenta,
Sentiste en la misma hora
Cierta blandura humana,
Que en tí, sin saber cómo, se aposenta:
Ya te aplace, ya intenta
Mas encendidas llamas,
Y que confieses, Amarilis, que amas.
Resistes, pero en vano:
Amor es (no lo niegues)
Ese afecto cortés que te hermosea:
Quando la bella mano
A la de Celio llegues,
Verás mejor lo que el amor desea:
Mira agora en idea
Del tiempo venidero

Lo que me inspira Febo, y lo que espero.
De Lucina en el templo
Suspenderás el cinto
Asida á Celio tu querido esposo,
Y, temiendo tu exemplo,
En hábito sucinto
Tu bella hermana por el bosque umbroso
Con paso presuroso,
En vano fugitiva,
Procurará la libertad altiva.
No huyas, Silvia, espera:
¿Piensas tú que esos ojos
Solo han de ser ministros de una flecha,
Con que de alguna fiera
Inútiles despojos
Te dexen vitoriosa y satisfecha?
De tí el desden desecha,
Que á mayores vitorias
Amor te llama, y á mayores glorias.
Verás, verás sin duda,
Sin novedad ni espanto,
De Amarilis el parto en fausto dia:
Darásle en él ayuda,
Solicitando el llanto
Del tierno infante, prenda de alegría.
Ya solícita tia,
Presto madre, ya tienes
Tambien quien ponga fin á tus desdenes.
Ase la bella mano,
No temas, Celio, llega:

Que con la paz te ruega desarmada:
No llegarás en vano:
Pues quien consiente ruega,
O quiere por lo ménos ser rogada.
Union bien fortunada,
Cuyo primer deseo
Cumplió, en naciendo, lícito Himeneo.

OTRA.

Estas sierras vecinas
De nieve estan vestidas,
Mas que en la Scitia suele estar helada:
Y las altas encinas
De Boreas sacudidas
Gimen al parecer con voz formada:
No hay redil ni majada,
Que no tenga á sus dueños
Al rededor de los ardientes leños.
Descansan los arados,
Y en el pesebre ocioso
Libres del yugo estan los tardos bueyes:
Y los vientos airados
Alzan el mar furioso,
Rompiendo casi sus eternas leyes,
Esperanzas de Reyes,
Roncas voces y votos
Llevando de los míseros pilotos.
Pero Dafnis, exênto
De sentir las mudanzas

E importunas borrascas del ivierno;
Con desigual contento
De largas esperanzas
Coge en esta sazon el fruto tierno,
Y á pesar del gobierno
De la ciega fortuna,
Está sobre los cuernos de la luna.
Porque asi como quando
Los otros se alegraban
Con la florida y dulce primavera,
El estaba llorando,
Y sus voces sonaban
Amarilis en vano donde quiera:
De la misma manera
Es bien que esta mudanza
A otros sea tormenta, y á él bonanza.
Y en legítimo ñudo
Las cosas sucedidas
Esté con su Amarilis repitiendo,
Robando al sueño mudo
De sus horas debidas,
Que tantas noches las pasó gimiendo:
Que haya apacible estruendo,
Razones reiteradas,
Y otras tan solamente comenzadas.
Amor podrá en su templo
En tablas de diamante
Esculpir, porque dure tal historia:
Y sirva para exemplo,
De que una fe constante

Pudo subir á Dafnis á tal gloria:
Y con esta memoria
(Siendo la virtud guia)
Fácil será la mas difícil via.
¿Quién vió dos voluntades
Conformes, pero puestas
De la fortuna y tiempo de por medio
Tantas dificultades,
Inaccesibles cuestas
Y extremos, donde no se hallaba medio?
¿Y quién vió su remedio
Venir, como ha venido,
Por medio apénas visto ni creido?
La industria humana pudo,
Baxo dudoso clima,
Y estrellas, como fábula contadas,
Contra el indio desnudo,
Que ya tanto se estima,
Llevar; gloriosa España, tus armadas:
Callo cosas pasadas
En tiempo mas antigo,
Pues á todas excede la que digo.
Y aunque parezca vano,
Tras tanta maravilla
Contar por tal lo que con Dafnis hizo
El docto ingenio humano,
Que le sacó á la orilla
De un mar que á tantos anegó y deshizo:
Yo, al fin, lo solemnizo
(Si la primera excede)

Como á cosa que luego le sucede.
Cancion, si llegar quieres
Donde estan los amantes,
Encomiéndate á Boreas que te lleve:
Hallaráslos, si fueres,
Ambos tan semejantes,
Que dirás que un espíritu los mueve:
Mas tú (como se debe)
A Amarili te inclina,
Que de Dafnis con esto serás dina.

SONETOS.

El celso monte, cuya frente altiva
Cubre de nubes tan obscuro velo,
Que nos hace dudar si en ella el cielo
Mas que en los exes frígidos estriba:
En tí mostró su boca vengativa
El gran Leon forzado de su zelo,
Y en tí de voluntad empieza el vuelo,
Hecho paloma con felice oliva.
Hoy usurpas la gloria al viejo padre,
Que sostuvo en sus hombros nuestra gente
Del fiero mauritano perseguida:
Pues la afligida Augusta nuestra madre
Enferma de frenético accidente,
Halla en tí yerbas que le dan la vida.

II.

Recibe, ó sacro mar, una esperanza,
A cuya causa pueblos mil devotos
Estan hoy ofreciendo justos votos,
Porque la restituyas con bonanza.
Reducid, fieros vientos, á templanza
Vuestros desordenados alborotos:
Dad ocio, no experiencia, á los pilotos:
Vuestra quietud usurpe su alabanza.
Del poderoso Cárlos la alta popa
Sienta vuestro favor; y en su deseo
Concurrid con España y con Saboya:
Con esto enmendareis el caso feo,
De haber dado al adúltero de Troya
Pasage favorable contra Europa.

III.

O tú, que la memoria de Barcino
Con dudas y opiniones acrecientas,
Cuyo muro testigo en las tormentas,
Tal vez se opone al ímpetu marino;
Si porque al fin del húmedo camino,
La primera en Hesperia te presentas,
Y al poderoso Cárlos aposentas,
Los muros menosprecias del gran Nino:
Aspire la ciudad á quien Augusto
De sus felices nombres hizo dina,
A ser del mundo universal cabeza:
Junte al antiguo título este justo,
Que á los excelsos Cárlo y Catalina
El lecho conyugal les adereza.

Del Duque de Osuna.

¡Qué tú, qualquiera que al sagrado templo
De las sagradas musas subes ledo,
Revuelve con humilde paso y miedo
Al que su coro adora, y yo contemplo!
Apénas yo por religion me templo,
Y llámole su Dios, pues mio no puedo:
Que Apolo con semblante, mano y dedo
Por milagro le muestra sin exemplo.
Y dice á mi Lupercio, ó gran Saturno,
Y libre Baco, haced que se le infunda
Vuestro calor y gravedad suprema.
Melpómene le ofrezca su coturno,
Y su tridente el que la tierra inunda;
Y yo que alumbro el cielo, mi diadema.

IV.

No es lícito ceñir mi pobre frente
(Mezclando con lo sacro lo profano)
La corona, Señor, de vuestra mano,
Que provoca, aunque es lauro, al rayo ardiente.
Volvedla á recibir, y el reluciente
Hielmo que diera espanto al cruel Britano,
Si el mar no se opusiera, goce ufano
Cimera, que es tan suya y conveniente.
A mí me basta ver que esteis atento
(Por señal de que vivo en vuestra gracia)
Al son de mi zampoña, tal qual sea.
Y pensaré haber hecho mas mi acento,
Que el que movió los árboles en Tracia:
¿Pues qué será alcanzar lo que desea?

V.

Al hijo fuerte del mayor planeta,
Que al cielo y á los dioses fue coluna,
Sierpes le acometiéron en la cuna,
Y llamas lo apuráron en Oeta.
Y hasta llegar á la region quieta
Su madrastra le fue tan importuna,
Que no pudo del techo vez alguna
Colgar la maza en ocio ó la saeta.
Pero viendo la misma que los dioses
Le daban con aplauso eterno asiento,
Depuso la venganza, y aprobólo.
Así yo espero un tiempo en que reposes:
Que pues concurren tantos á un intento,
No podrá contrastarlos uno solo.

VI.

Dulce descuento del dolor pasado,
Y alivio, en parte, del mayor que siente
Tu madre, triste por tu padre ausente,
Al qual serás de hoy mas grato cuidado:
¡O cómo con tu llanto has alegrado
Tu casa y las demas generalmente!
Cumpliste la esperanza de tu gente,
Y has otras ya mayores engendrado.
¡Qué dulcemente por los altos techos
Suena tu nueva voz! ¡y qué alegria
Dará despues distinta en su lenguage!
Vive felices años, y tus hechos
Hagan memoria eterna deste dia,
En que diste principio á tu viage.

Fernando de Soria Galvarro.

Hoy es, Lupercio, el señalado dia,
Que habrá de ser eterno en mi memoria,
En que del tiempo he visto una victoria,
Y á amor vencido, que triunfado habia.
La llama, en cuyo fuego el alma ardia,
(Bien conocida os puede ser la historia)
Que del reyno de amor fue ilustre gloria,
Vi ante mis ojos apagada y fria.
¡Extraña maravilla, que mis ojos
Pudiesen ver de Elisa aquellos suyos
(Sin lágrimas) un tiempo soberanos,
Ser de la muerte pálidos despojos!
¡O desengaño! Dios, ¡milagros tuyos,
Tratar el fuego con heladas manos!

II.

Viva, viva Fernando, deste dia
En vos eternamente la memoria,
Con que de amor podreis llevar victoria,
De amor, que así de vos triunfado habia.
Con llama indigna vuestro pecho ardia
(Fábula al vulgo, á mí penosa historia)
Por aquella que ayer fue vuestra gloria,
Y hoy es inútil peso y tierra fria.
Decidles, mi Fernando, á vuestros ojos
Que ¿por qué con horror miran los suyos,
Que tuviéron por soles soberanos?
Siempre amor da vergüenza por despojos:
¡O Dios, y no corremos tras los tuyos,
En quien solo á la muerte faltan manos!

Traducciones de Horacio.

I.

Dichoso el que apartado
De negocios imita
A la primera gente de la tierra:
Y en el campo heredado
De su padre exercita
Sus bueyes, y la usura no le aflerra:
No le despierta la espantosa guerra,
Ni el mar con son horrendo le amenaza.
Huye la curial plaza,
Y las soberbias puertas de los vanos,
Ricos y poderosos ciudadanos.
Mas las vides crecidas
Con olmos acomoda:
O en el remoto valle huelga, viendo
Sus vacas esparcidas.
El ramo inútil poda,
Mejor en su lugar otro inxiriendo,
Y la miel en vasijas exprimiendo.
Sus ovejas trasquila; y quando empieza
A mostrar su cabeza
Coronada el otoño, cogè ufano
La pera enxerta de su propia mano.
O el maduro racimo,
Que competir parece
Con la púrpura misma, juntamente,
Como despojo opimo,
A tí, Priapo, ofrece,

O á Silvano en los campos presidente.
Y miéntras su cuidado le consiente
Baxo la antigua encina hacer su cama
De tenaz verde grama,
Al sueño le convidan los suaves
Murmurios de las aguas y las aves.
O quando nos fatiga
En el invierno helado
Júpiter con las lluvias y con nieve,
Con sus perros obliga
Al jabalí acosado
A que sus redes y asechanzas pruebe,
Y que su mismo engaño al tordo cebe,
Que la cobarde liebre en lazos muera,
O la grulla extrangera.
¿Quién con esto no olvida los cuidados,
Que son del fiero amor solicitados?
Pues si alivia el cuidado
De los hijos y casa
(Qual las Sabinas) la muger honesta,
¡O qual la del cansado
Pullés, que al sol se abrasa;
Y ántes que venga su marido, presta
(La seca leña al sacro fuego puesta,
Las mansas ovejuelas ordeñadas,
Y en setos encerradas)
Viandas no compradas apareja,
Sacando el vino de la pipa añeja!
No las ostras lucrinas,
El rombo ni otros peces,

De los que con los yelos nos envian
Las borrascas marinas
Del Carpacio á las veces:
O las aves, que en Africa se crian,
A mi vientre mejor descenderian,
Que de los ramos fértiles algunas
Maduras aceytunas,
Que la malva, ó de lápato la yerba,
Que al cuerpo da salud y lo conserva.
O la muerta cordera
En las fiestas sagradas,
O el cabrito, que el lobo vió en sus dientes;
Y ver desta manera
A casa repastadas
Volver las ovejuelas diligentes,
O los cansados bueyes con las frentes
Baxas traer la esteva del arado:
Y el hogar rodeado
De esclavos, que al enxambre se parecen,
En quien las casas ricas resplandecen.
Miéntras Alfio usurero
Estas cosas relata,
Mediado el mes recoge su dinero,
Y de ser labrador rústico trata:
Mas luego á las kalendas
Lo vuelve á dar á usura sobre prendas.

II.

Porque en el cielo truena,
Reynar allá el gran Júpiter creemos:
Pues luego si en cadena
Los fieros persas y britanos vemos,
Y está presente Augusto,
Que los domó, llamarle Dios es justo.
El soldado de Craso
Infame con la bárbara consorte
Vivió, y al postrer paso
Llegó de la vejez, teniendo (¡ó corte,
O costumbres!) abrigo
En las armas del suegro su enemigo.
¡Que obedeció al Rey Medo
El Marso y el Pullés tan sin memoria
Del celestial denuedo,
De la toga de Vesta y de la gloria,
Donde su orígen toma,
Estando en salvo Júpiter y Roma!
Régulo esto previno,
Las torpes condiciones reprobando,
Y el exemplo, adivino
De que habia de irse el daño dilatando,
Si no moria cautiva
La juventud romana incompasiva.
Las banderas quitadas
Sin muerte de su dueño y sin estrago;
Y las armas fixadas,

Dixo, yo vi en los templos de Cartago,
Y en ocio con las manos.
A las espaldas ir los ciudadanos.
Y que ya no se cierra
De la libre ciudad alguna puerta;
Ya comienza la tierra,
Que tuvimos estéril y desierta
Con la guerra pasada,
A ser curiosamente cultivada.
¿Acaso mas constante
El soldado, con oro redimido,
Será de aquí adelante?
Juntais daño al oprobrio recibido,
Que nunca la teñida
Lana será á su ser restituida:
Ni el valor verdadero,
Si se perdió, volver aquél procura,
Que no es qual fue primero.
Si libre ya una vez de la espesura
De las redes la cierva,
Que viva por la fuga se conserva,
Pelea: ¿será aquel fuerte,
Que en los contrarios su remedio funda
Con miedo de la muerte?
¿Podrálos derribar en la segunda
Guerra con aquel brazo
Enseñado á sufrir el torpe lazo?
Este que hallar no supo
De donde para sí mane la vida,
En quien á un tiempo cupo

La guerra con la paz entretexida.
¡O por nuestras ruinas
Gran Cartago, que al cielo te avecinas!
Cuéntase que teniendo
Los ojos varoniles en el suelo,
Su baxo estado viendo,
De su casta muger huyó el consuelo:
Que el beso le negaba,
Y de sí con sus hijos la apartaba:
Miéntras los vacilantes
Padres á su consejo reducia,
Que no lo diéron ántes
Otros, él fue el autor, y así salia
Glorioso desterrado,
De llorosos amigos rodeado.
Sabia bien la pena,
Que el bárbaro verdugo le aprestaba:
Mas él con faz serena
Al pueblo y á sus deudos apartaba,
Que al paso se oponian,
Y tardando, la vuelta le impedian.
Como si habiendo dado
Fin á negocios largos, despidiera
Los clientes cansado,
Y al ocio libremente se acogiera
En los campos, que tanto
Ilustran á Vinafro y á Taranto.

III.

Asteria, ¿por qué lloras,
Pues el favonio y bella primavera
A Giges, que tú adoras,
Fiel mozo, que en amarte persevera,
Restituirán cargado
De las riquezas timas á tu lado?
El en Orizo agora,
Donde le hacen los vientos resistencia,
Las noches largas llora:
Tú le robas el sueño en esta ausencia,
Y las fieras estrellas,
Que el daño causan, oyen sus querellas.
Bien que de la cuitada
Cloe, su bella huéspeda, le lleva
Una y otra embaxada,
Y en vano sus astucias todas prueba
El tercero, diciendo,
Que está tu mismo fuego padeciendo.
Cuéntale la mentira,
(Por no haber con sú amor condescendido)
Con que encendió la ira
Contra Belorofonte del marido
La muger fementida,
Para quitalle la inmadura vida.
Y tambien de la suerte,
Que, por huir de Hipólita, Peleo
Casi probó la muerte;

Trayendo por disculpa á su deseo
Quantas cosas se sueñan,
Y las historias que á pecar enseñan.
Mas no del mar Icario
Son mas sordas las rocas combatidas,
Que lo está él de ordinario:
Razon es, pues, que con su fe te midas,
Y no aplazga á tu gusto
Mas tu vecino Enipeo de lo justo.
Por mas que en las contiendas
Del campo Marcio nadie se le iguale
En el regir las riendas
Del ligero caballo quando sale:
Ni corre con mas brio
La gran corriente del Toscano rio.
Tu puerta esté cerrada
Luego como anochezca: y si sonare
La música acordada
De las flautas, y dura te llamare,
Las ventanas y oidos
Constantemente cierra á sus gemidos.

IV.

Tú por la culpa agena,
O Roma, de tan gran castigo indina,
Padecerás la pena,
Hasta que se repare la ruina
De nuestros templos sacros,
Y el humo de sus viejos simulacros.

De darte al ministerio
De los dioses inmensos ha nacido
Tu poderoso imperio;
Y tambien de ponerlos en olvido
Tus daños y miseria,
Y el llanto general de toda Hesperia.
Porque se despreciáron
Los agüeros, Moneses y Pacoro
Dos veces quebrantáron
Tus ímpetus, y ostentan que con oro
En la presa adquirido
Sus pequeños collares han crecido.
Quando en civil bullicio,
Y en sedicion estabas ocupada,
El tudesco y egicio
Bien cerca te tuviéron de asolada:
Este en mar poderoso,
Aquel en tierra fiero y espantoso.
Los tiempos, manantiales
De vicios, mancilláron lo primero
Los lechos conyugales,
Las casas y el linage verdadero:
Y fue el orígen este,
Que á la patria y al pueblo dió tal peste.
Ya la vírgen madura
Los bayles de la Jonia deshonestos
Que le enseñen procura:
Tuerce todos sus miembros, y de incestos
Amores se complace,
Desde que al pie la tierna uñita nace.

Despues busca los mozos
Adúlteros en medio del convite,
Y para dar sus gozos,
No aguarda que la mesa ó luz se quite:
Que en público concede,
Lo que aun secretamente hacer no puede.
Y si la llama sola
(Sabiéndolo el marido) el mercadante,
O de nave española
El maestro, que es pródigo y amante:
Se levanta en presencia
De todos, y á su gusto da licencia.
La juventud romana
No fue de talés padres engendrada,
Quando de la africana
Gente dexó la mar ensangrentada:
A Antíoco vencido,
Al grande Pirro y á Aníbal temido:
Mas rústicos soldados,
Que el campo con azadas revolvian,
Y de leña cargados
(Qual sus madres severas lo pedian)
Volvian quando Apolo
Da sombras y descanso á nuestro polo.
Las vueltas de los cielos
Todo lo disminuyen: muy mejores
Fuéron nuestros abuelos,
Que nuestros padres; somos hoy peores:
De nosotros se espera
Sucesion que en maldades nos prefiera.

V.

Si del haber mentido,
Barina, algun castigo te viniese,
Un diente denegrido,
O una uña mas fea yo te viese,
Quanto hubieras jurado
Creyera como firme enamorado.
Mas luego que obligada
Tuviste la cabeza á tu promesa,
Saliste mejorada,
Resplandeciendo mucho mas aquesa
Hermosura, que ántes
En tu amor enredando mil amantes.
Así que te es partido
Faltar á las cenizas de tu madre
Todo lo prometido,
Pues no hay cosa, Barina, que te quadre,
Como burlar del cielo,
Y no estimar los dioses en un pelo.
Desto vi se reian
Cupido, Vénus y las ninfas bellas,
Viendo como crecian
Cada hora con tu amor nuevas querellas,
Las flechas afilando,
Con que á todos, señora, estás matando.
Y como no avisados
De aquella fuerza de que estás armada,
Crecen enamorados,

Y así tu casa es siempre freqüentada:
Y aunque sienten sus males,
No se saben partir de tus umbrales.
Por tí temen las madres
A los mancebos en su edad florida:
Por tí los viejos padres
Pasan amarga y congojosa vida:
Y las recien casadas
Temen el ser por tí desamparadas.

VI.

¿Quién es el tierno mozo que entre rosas,
Y con olores líquidos bañado
Tienes, Pirra, en tu cueva regalado?
¿Por quién trenzas las hebras de oro hermosas?
¡Ay como llorará á las mentirosas
Promesas quando el cïelo esté mudado,
Con negro viento el fiero mar hinchado,
Y él atónito y nuevo en estas cosas!
Tiénete agora, y piensa que contino
La misma le serás que le pareces,
Del mentiroso viento no advertido.
¡Ay de aquel á quien nueva resplandeces!
Yo, pintado en el templo al dios marino,
Muestro haber dado el húmedo vestido.

INDICE.

Cancion II. Alivia sus fatigas. Pág. 5

Soneto VI. Aquel rayo de Marte acelerado. 19

Soneto XXII. Antes que Ceres conmutase el fruto. 22

Escribió este soneto su autor con ocasion de haberle dado la persona con quien habla en él, unas bellotas por regalo.

Soneto XXI. Amor, tú que las almas ves desnudas. 27

Soneto XIII. Ausente está de mí la mayor parte. 28

Soneto XXXII. A muerte inevitable amor me lleva. 32

Tercetos. Aquí donde en Afranio y en Petreyo. 36

Esta carta se escribió á D. Juan de Albion desde Lérida, ciudad de Cataluña, en donde se hallaba el autor á la sazon en que vino de Alemania la Serenísima Emperatriz María, cuyo Secretario fue despues.

Cancion. Aquellos dos cristales trans-

parentes. 81
Muestra sentimiento de tener causa para sospechar, que un gran amigo suyo se habia entibiado en su amistad.
Cancion. ¿A quién no espantará la ardiente pira? 116
Al martirio de San Lorenzo.
Oda. Arroja la corona. 129
Lamenta un mal parto.
Soneto v. Al hijo fuerte del mayor planeta. 142
A un gran Señor, á quien resultáron disgustos de haber su padre contraido segundo matrimonio.
Liras III. Asteria, ¿por qué lloras? 150
Traduccion de la Oda siete del libro tercero de Horacio: Quid fles Asteriaè?
Cancion III. Bramando el mar hinchado. 7
Décimas. Bien pensará quien me oyere. 11
Soneto XXXI. Bien sé que mi silencio y mi paciencia.
Soneto XI. Conoce apenas el amor por fama. 22
Soneto XXXIV. Conjuradas estan en daño mio. 33

Soneto XXXV. Cuitada navecilla, quién creyera. 34

Soneto III. Dentro quiero vivir de mi fortuna. 18

Tercetos. De David en el trono el gran tirano. 96

Cancion. Divino Patriarca. 113

Esta cancion se escribió á nombre de Don Diego de Alava, quando en el año de 1595 dió á los monges Benitos de Vallàdolid una insigne reliquia de San Benito, la qual habia dado á su padre Don Frances de Alava, Caballero de la Orden de Calatrava, siendo Embaxador del Rey nuestro Señor en Francia, la Cristianísima Reyna Catalina de Médicis.

Soneto VI. Dulce descuento del dolor pasado. 142

Al nacimiento del Conde de Aranda Don Antonio de Urrea.

Cancion. Dichoso el que apartado. 144

Traduccion de la Oda segunda del Epodon de Horacio: Beatus ille &c.

Cancion. En tanto que gozaban mis sentidos. 1

Soneto IV. En vano se me oponen las montañas. 18

Soneto XXII. En el claro cristal, que agora tienes. 27

Soneto XXIV. Esta cueva que veis toda vestida. 28

Soneto XXXVII. Este prolixo y tenebroso dia. 35

Lamenta el haber entrado en religion una señora.

Soneto IV. Esos cabellos en tu frente enxertos. 74

Soneto IV. El lamentable son del campo griego. 87

Cancion. En estas santas ceremonias pias. 107

Al Rey Don Felipe II nuestro Señor en la canonizacion de San Diego.

Cancion. Eres tú á quien el mundo. 110

Celebra el no haber admitido San Raymundo de Peñafort el Arzobispado de Tarragona.

Soneto V. El justo Simeon sagrado Atlante. 121

Oda. Estas sierras vecinas. 135

Soneto I. Excelso monte, cuya fren-

te altiva. 139

Escribióse quando el año 1592 el Rey Don Felipe el Segundo nuestro Señor acabó de celebrar cortes á los aragoneses en Tarazona, ciudad que yace en la falda de Moncayo, con quien habla el soneto, cuyo asunto es alabar el rigor y clemencia de que S. M. habia usado en aquella sazon para el bien público.

Soneto XXXIII. Hermosura perfecta no consiste. 33

Tercetos. Hay un lugar en la mitad de España. 122

Estos tercetos, en que se describe Aranjuez, se escribiéron con ocasion de un libro que imprimió el Maestro Fray Juan Tolosa, Religioso de la Orden de San Agustin, al qual puso por título: Aranjuez del alma.

Soneto I. Hoy es, Lupercio, el señalado dia. 143

Soneto V. Imágen espantosa de la muerte. 19

Soneto XIX. Jamas salidos en el mar.

de Oriente. 26
Soneto XIII. Las tristes de Faeton bellas hermanas. 23
Soneto VIII. Llevó tras sí los pámpanos. Octubre. 76
Soneto VII. Los que ignoran las causas de las cosas. 89
Soneto VII. Muros, ya muros no, sino trasunto. 20
Sátira. Muy bien se muestra, Flora, que no tienes. 54
Soneto V. Mirando Clofis una fuente clara. 75
Soneto II. No temo los peligros del mar fiero. 17
Soneto XX. No fuéron tus divinos ojos, Ana. 26
Soneto X. No es lo mismo el amor que el apetito. 90
Soneto IV. No es lícito ceñir mi pobre frente. 141
Soneto XVI. ¡O tú, que á los peligros é inconstancia. 24
Soneto XVIII. ¡O piadoso cristal, que me colocas. 30
Escribióse con ocasion de haber entrado á hablar á la persona á quien llama en otras partes Galatea, al tiempo que se tocaba,

por lo qual pudo verse en el mismo espejo.

Soneto III. Oxalá suyo así llamar pudiera. 74

Tercetos. Obediente respondo á la pregunta. 77

Siendo muy mozo el autor fue admitido á una academia de personas graves, que habia entónces en Madrid, en la qual tomó por nombre el Bárbaro; y se le preguntó la causa de llamarse así, á que respondió con estos tercetos.

Soneto III. ¡O tú, que la memoria de Barcino. 140

Engrandece á Zaragoza por haberse celebrado en ella las bodas de la Señora Infanta Doña Catalina con el Serenísimo Duque de Saboya Carlo Emanuel, anteponiéndola por esto á Barcelona, que fue la primera ciudad de España en que desembarcó su Alteza.

Soneto. ¡O tú, qualquiera que al sagrado templo. 141

Es del Duque de Osuna Don Juan en alabanza del autor.

Redondillas. Pasan mil casos por mí. 14

Soneto II. Por fuerza quieres, Lice, ser hermosa. 73

Soneto III. Pareceráte, Julio, que te agravia. 87

Oda II. Porque en el cielo truena. 147

Traduccion de la Oda quinta del libro tercero de Horacio: Coelo tonantem.

Soneto I. ¿Quándo podré besar la seca arena. 86

Tercetos. Quando en la sed del implacable estío. 91

En la fiesta que la ciudad de Andujar hizo quando le fuéron restituidas las reliquias de San Eufrasio.

Soneto I. Quando Cristo á la turba sobre el heno. 119

Soneto VIII. Quien voluntariamente se destierra. 20

Soneto VI. Quien dar mas vueltas viere á tu rosario. 75

Soneto VII. ¿Quién casamiento ha visto sin engaños? 76

Soneto VIII. Quien osa defender, Ricardo mio. 89

Escribióse á un jurisconsulto valenciano, que exhortado por el autor a no rendirse (como lo hacia) al amor, se disculpó atribuyendo su poca resistencia al clima de su patria.

Soneto IV. ¿Qué hijos, dura Esparta, ó docta Atenas. 120

En las fiestas que la ciudad de Barcelona tuvo prevenidas para solemnizar la translacion del cuerpo de San Raymundo de Peñafort.

Soneto. ¿Quién es el tierno mozo, que entre rosas. 155

Traduccion de la Oda quinta del libro primero de Horacio: Quis multa gracilis.

Soneto II. Recibe, ¡ó sacro mar! una esperanza. 139

Escribióse quando se tuvo nueva de que el Serenísimo Duque de Saboya Carlo Emanuel se habia embarcado para venir á España á casarse.

Redondillas. Señora, despues que os vi. 13.

Soneto XVII. Sin duda que esta red de

hierro dura. 25
Soneto XVIII. Si de correr opuesto al claro oriente. 25
Soneto XXVI. Si acaso de la frente Galatea. 29
Soneto XXVII. Severamente al pensamiento pido. 30
Soneto I. Si entras como ladron por los tejados. 73
Soneto II. Si á la primera causa vuelves, Mario. 86
Soneto XXXVI. Si quiere amor que siga sus antojos. 34
Soneto IX. Si dentro de los límites humanos. 90
Soneto II. Si Cristo alaba tanto aquel ungüento. 119
Soneto III. Sin que contraste la humildad profunda. 120
Liras VI. Si del haber mentido. 154
Traduccion de la Oda octava del libro segundo de Horacio: Ulla si juris tibi pejerati.
Soneto I. Tiempo fue, quando yo, como en Egito. 17
Soneto IX. Temeraria esperanza, ¿por qué engañas. 21
Soneto X. Temí, señora, con razon mi daño. 21

Soneto XXX. Tanto mi grave sentimiento pudo. 31

Soneto V. Tras importunas lluvias amanece. 88

Cancion. Tan ofendido al Padre omnipotente. 103.
A la impresion de las llagas de San Francisco.

Liras IV. Tú por la culpa agena. 151
Traduccion de la Oda sexta del libro tercero de Horacio: Delicta majorum.

Soneto XXV. Viento cruel, cruel y avaro velo. 29
Escribióse este soneto con ocasion de haber el viento, moviendo una toca de una señora, cubiértole el rostro.

Soneto II. Viva, viva Fernando, de este dia. 143

Soneto IV. Vuelve del campo el labrador cansado. 88

Soneto XIV. Yo soy el que me tuve por tan fuerte. 23

Soneto XV. Yo quise contra el tiempo formar guerra. 24

Soneto XXIX. Yo vivo de un engaño y otro engaño. 31

Oda. Ya el activo semblante. 132
Epitalamio á Doña Ma-

ría Clemente y Henriquez, que casó con Don Juan de Villalpando, Marques de Osera.

RIMAS

DE

BARTOLOMÉ LEONARDO

DE ARGENSOLA.

TOMO II.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1805.

VIDA

DE BARTOLOMÉ LEONARDO

DE ARGENSOLA.

En la misma ciudad de Barbastro nació nuestro Bartolomé el año de 1566. En compañía de su hermano Lupercio estudió en la Universidad de Huesca las Humanidades y el Derecho; y en Zaragoza es de creer se aplicaria tambien á la lengua griega y antigüedades, como Lupercio.

Por los años de 1588 era ya Sacerdote, y Cura ó Rector de Villahermosa. Por los años de 1598 se hallaba en Salamanca; y retirándose poco despues á Madrid, la Emperatriz Doña María le hizo su Capellan. Muerta esta Señora, pasó á Valladolid, donde á la sazon estaba la corte, á instancias de una persona grave, que tal vez seria el Conde de Lemos; pero mal avenido su genio filosófico con las costumbres de los cor-

tesanos, se retiró á su pais; lo que ya hacia tiempo deseaba, como lo manifiesta en aquella excelente epístola, escrita á Don Gerónimo Eraso, su fecha á 7 de Marzo de 1606, en nuestra Señora del Pilar, que empieza:

Con tu licencia, Fabio, hoy me retiro.

El Señor Pellicer afirma que esta carta se escribió el año de 1610, y que la dirigió á Don Francisco de Eraso, Conde de Humanes: no dudo que tendrá fundamentos sólidos para ello; pues yo no tengo otro que el hallarlo así escrito en un manuscrito antiguo, cuyo carácter de letra, y la firma del mismo Rector Leonardo, nos hace creer que es original: por lo qual, y por lo mucho que varía de la impresa, hemos creido no será desagradable á los curiosos el verla qual salió de las manos de su autor.

Pero no pudo lograr por mucho tiempo del descanso á que anhelaba; pues poco despues se vió precisado á partir con su hermano á Nápoles en compañía del Conde de Lemos. En esta ciudad

ayudaba á su hermano á desempeñar sus arduos empleos de Secretario y Cronista de Aragon; y muerto este el año de 1613, prosiguió haciendo los mismos oficios con el hijo del difunto y sobrino suyo Don Gabriel Leonardo y Albion, á quien el Conde substituyó en el empleo de su padre. El año de 1615 pasó á Roma, y el Papa Paulo V le confirió una Canongía en la Metropolitana de Zaragoza. En esto vacó el empleo de Cronista del Reyno de Aragon, que por muerte de Lupercio habian dado al Doctor Bartolomé Llorente; y despues de haber estado vacante un año, nombráron los Diputados por sucesor á nuestro Canónigo Leonardo, con la obligacion de que dentro de seis meses estableciese su domicilio en el Reyno de Aragon.

En efecto el año siguiente se restituyó á España con su Mecenas el Conde de Lemos, y estableció su residencia en Zaragoza. Dos años despues vacó la plaza de Cronista mayor de los Reynos de Aragon; y á consulta del Supremo

Consejo de esta Corona nombró el Rey para ella á nuestro Bartolomé. En medio de tantas ocupaciones, siendo ya de mas de cincuenta años, escribió algunas poesías de las que se incluyen en sus rimas, especialmente la epístola que empieza:

Para ver acosar toros valientes;

dirigida á su pupilo Don Fernando de Borja, Virey de Aragon, en la qual describe la vida que hacia el Conde de Lemos retirado en Monfort; la qual habiendo visto el Conde, le respondió con una carta muy aguda, en que se muestra su exquisito gusto en la poesía; y que las alabanzas que le diéron á este Señor los grandes ingenios de su tiempo, de quienes fué universal protector, no eran de las que el hambre suele arrancar á los Poetas para lisonjear á los poderosos.

Ocupado nuestro Bartolomé en sus tareas literarias de Cronista, adoleció de gota; la qual últimamente le acabó á los sesenta y siete años de edad. Sobre su carácter, escritos y circunstancias in-

dividuales de su vida, véase la obra ya citada; pues aquí solamente nos hemos propuesto hacer un breve resúmen de los puntos mas principales de la vida de estos dos hermanos, honor de la nacion, y príncipes de la poesía castellana.

RIMAS

DE BARTOLOME ARGENSOLA.

CANCION.

De los campos y mares se apodera
Céfiro tu ministro á su albedrío,
Formando el tiempo, amor, que mas te agrada:
Pues con máquinas vuelve ya el navío,
Que enxuto reposaba en la ribera,
A la tranquilidad tiranizada:
Y crespando las olas á su entrada,
Tiende los lienzos al favor del cielo.
El prado rie (y su virtud fecunda
De cien mil partos fértiles abunda),
Que blanqueaba rígido del hielo:
Mas con el blando vuelo
Del pacífico soplo abre los poros,
Y pródigo descubre sus tesoros.
Tú armado de ternuras y suspiros
En los silbos de Céfiro te arrojas,
Y en su espacioso diáfano sereno
Oyes dulces querellas y congojas;
Y se encuentran recíprocos los tiros,
Que de néctar bañaste y de veneno.
Tal vez acudes al amado seno
De Ericina, la qual te abraza y prende,
Y en su carro sentada, y tú en sus faldas,
Sembrando varias flores y guirnaldas,
Deja volar sus cisnes, y desciende

Donde Adonis atiende
A la robusta caza, y con mil bellas
Ninfas lo busca, y lo regala entre ellas.
Todo es amor y paz: las piedras aman,
Dando suspiros mudos; y las vides
En alegre silencio amor las casa
Con los soberbios árboles de Alcides:
Las flores se entretexen y se llaman,
Y tu flecha las hiela y las abrasa:
El mismo sol enamorado pasa
Tan risueño el viage, que parece
Que persigue la ninfa de Peneo:
Y para ostentacion de su deseo,
La pompa de la luz con que amanece,
Trémula resplandece
Sobre las ondas, y las rosas dora,
Que pintó con su púrpura la aurora.
Las rosas, quando dellas mas compuesta
Su Abril adorna la nativa espina:
Que una sus hojas qual belleza inculta,
Confiada dilata, otra se inclina
Dentro de sí misma tímida y modesta,
Con virginal vergüenza medio oculta:
Algunas en niñez menos adulta
Dentro el materno manto se aperciben,
Para salir tambien á competencia
De toda la olorosa diferencia:
A quien las aves que á su sombra viven,
La gloria que reciben,
(Cambio divino) absiendo su armonía,

La recompensan en sintiendo el dia.
La gran alma del mundo finalmente.
No cabe en sí, y á sus efectos torna,
Y se compone como esposa nueva.
En este tiempo, pues, que amor adorna,
En medio su abundancia floreciente
Vi para quien la adorna y la renueva:
Vi una ninfa, qual no la vió en su cueva
Cristalina Anfitrite, ni se armáron
Los dos Atridas por igual trofeo,
Quando de tantas naves el Egeo,
Y á Troya con los Dólopes cercáron:
Ni quando se mostráron
Las bellas diosas para persuadillo,
Vió tal extremo el Frigio pastorcillo.
Ninfa vi yo, que ó fue la misma idea
De la mente de Júpiter salida,
Cuya virtud la dió á la humana vista,
Con que su luz suave, aunque encendida
En la divinidad que centellea,
Purgada la sostenga y la resista:
O quizá por fatal piedad prevista,
En el flaco poder de ojos mortales
De apariencia visible se compone,
Para que se recoja y proporcione
Objeto á las potencias naturales:
Como ya en los umbrales
De Africa la vió Eneas transformada,
O en Troya de su misma luz cercada.
O si es humana, en la sublime parte

Donde es el solio del corpóreo velo,
Preside alguna inteligencia eterna,
Como la que, asistiendo en cada cielo,
Mitiga á Jove, ó embravece á Marte;
Cuyas mentes tambien mueve y gobierna.
Y si por los efectos de la interna
Causa atinar solemos la nobleza;
Por los que yo sentí, viendo el divino
Monstruo, mayores cosas adivino.
Prendióme (no lo niego) su belleza;
Mas fue con tal presteza,
O mi descuido tal, que preso andaba
Antes que yo cayese en que lo estaba.
Pensé yo que era admiracion la mia,
Sencilla complacencia de los ojos:
Mas amor, que en los suyos se hizo fuerte,
Mayor vitoria quiso y mas despojos,
Y el alma me ocupó de una alegría,
Que poco á poco en ansia se convierte.
Vine á sentir su ausencia á par de muerte,
Y comencé á temer tan gran mudanza,
Y una zelosa envidia sentí apénas:
Mas entrando incurable por las venas,
Hizo su curso con mortal tardanza:
Templaba la esperanza
El rigor enemigo con desinio
Quizá de establecer mas su dominio.
Rendido lo sensible al cautiverio,
Luego probó las fuerzas de su ira
Quanto hay desde la vista al pensamiento:

Qual soberbia nacion ó Rey que aspira
A dilatar los fines de su imperio,
Cuyas nuevas vitorias y su aumento
Son para las futuras instrumento:
Y todo lo finítimo obediente,
Saca sus huestes á mayor empresa:
Más quando ya el furor de Marte cesa,
(Para que en su obediencia lo sustente)
Sabia y severamente
Con tan estrechas leyes lo refrena,
Que aman la paz por odio de la pena.
Así quando piedad el alma espera
De una afable humildad, de una costumbre
Celestialmente humilde amor figura,
Y arma de magestad su mansedumbre,
Y la dulzura della hace severa
Su viva risa tan modesta y pura,
Que mas nos amenaza que asegura:
Y así la voz al suplicar clemencia,
De temor de ofendella se detiene:
Con esta ley su posesion mantiene
En lo que ha reducido á su obediencia:
Pacífica violencia,
Quietud tirana, *hacer el bien visible*
En su facilidad inaccesible.
Qual la que engaña al triste á quien ondea
En la sedienta boca el agua en vano,
Sin refrescar jamas la lengua enxuta:
Busca el árbol vecino con la mano,
Que la frente le asombra y le rodea,

Para alcanzar la fugitiva fruta:
Digno castigo en este se executa,
Porque bien corresponde eterno ayuno
A la fraude inhumana del convite:
Mas ¡que en mi fe obediente se exercite!
Dioses (que con mis quejas importuno)
Si en el cielo hay alguno,
Que contra amor se atreva, á hierro y fuego
Vuelva por mí, ó apláquele con ruego.
Pero baste, Cancion: vuelve al silencio
De la antigua prision del sufrimiento:
Porque con estas voces de impaciencia
Ningun crédito cobra tu inocencia:
Y como Abril te cubre el pensamiento
De mas vivo tormento,
Por ser el tiempo en que su causa viste,
Cúbrelo tú del trage que él se viste.

LIRAS.

Filis, naturaleza
Pide la ostentacion y los olores
Para sus nuevas flores
A la fértil verdad de tu belleza,
Y que en meses agenos
Prodigas abran sin temor los senos.
De tu cerviz reciba
Cándido lustre el de la rosa pura,
Como animar procura
Su carmesí en tu rostro la mas viva:

Den tus labios crueles
Púrpura mas soberbia á los claveles.
El cogollo mas tierno
Crezca con ambicion de formar selva
Tan firme, que aunque vuelva
A herirla por asaltos el ivierno,
Ni le marchite el frio,
Ni agravie mas sus hojas que el rocío.
Por tí con los jardines
Mas prósperos compiten estas peñas,
Que entre gramas risueñas
Te producen violetas y jazmines,
Para que de los dones
Que tu hermosura influye la corones.
Ya al favor de tus ojos,
Entre frutos pendientes el Otubre
Segunda flor descubre,
Y te ofrece esperanzas y despojos,
Porque en entrambas suertes
Anticipados regocijos viertes.
¡Mas ay! que quando inspiras
El no esperado honor con que se apresta
Para tí la floresta,
Haciendo en el vigor de quanto miras
Tan dichosa mudanza,
Mísera yace y sola mi esperanza.

DECIMA.

Señora del alma mia,
Pareceis aurora bella,
Mas hermosa que la estrella,
Y mas luciente que el dia.
Dexad ya vuestra porfia:
No me trateis, no, tan mal,
Que deste fuego infernal
Me siento de tal manera,
Que á ser hombre, no pudiera
Sufrir la pena inmortal.

QUINTILLAS.

Señora, si es vuestro intento
Ver lo que puedo sufrir,
Sabed que no habrá tormento
Con que llegueis á medir
El término al sufrimiento:
En la mayor agonía
Cobra esfuerzo y osadía,
Y crece quando pondera,
Que sois vos la verdadera
Señora del alma mia.
Vos sois el dueño, y el cielo
De quien la tiniebla nace,
A sombra de cuyo velo
Tal vez mi esperanza yace
Envuelta en su desconsuelo:

Mas quando luciendo en ella
Vuestro favor atropella
La escura desconfianza,
Luego á la misma esperanza
Pareceis aurora bella.
Y aurora sois de quien huye.
La noche de vos vencida,
Y vuestro albor restituye
Los colores y la vida
A la region donde influye:
Y quando delante della
A descubrir su luz bella
La estrella mayor se ofrece,
A todo el cielo parece
Mas hermosa que la estrella.
Mas ¡ay triste! que en razon
De tan superior poder,
Vuestra libre condicion
No querrá humanarse á ser
Dueño de mi corazon:
Pero si á la lozanía
De la luz que el cielo envia
Excede vuestra hermosura,
Tambien es mi fe mas pura
Y mas luciente que el dia.
Cobra mi fe su esplendor
De vuestra porfia ingrata,
Pues quando con mas rigor
La persigue y la maltrata,
Hace su causa mejor:

Y pues merecer confia
Gloria en vuestra tiranía,
Permitid que la merezca,
O para que desfallezca,
Dexad ya vuestra porfía.
Mas esto ¿quién lo pretende
Contra vuestra inclinacion?
Que aun el gusto con que atiende
A doblarme la pasion,
Porque me anima os ofende:
Regid, pues, con medio igual
Esa fuerza natural
Con que obra vuestro desden:
Y á lo ménos, ya que bien
No me trateis, no tan mal.
Mas arde en fuego mi pecho
Tan implacable y tan fuerte,
Que aunque os ablandeis, sospecho
Que la enmienda de mi suerte
No lo hallará de provecho:
Siendo así, ¿de incendio tal
Qué espero? ¿Qué mayor mal
Esperara del Eterno?
¿Qué mayor de mismo infierno,
Que deste fuego infernal?
No por mejorar de vida,
Mi obstinada suerte lloro;
Pues con fe mal conocida
De vos mis daños adoro,
Sin que el esperar lo impida:

Confieso que él persevera:
Mas á vuestra ley severa
Ha mucho que lo sujeto,
Desde que acá en mi secreto
Me siento de tal manera.
Tan unido á vos me siento,
Y de estarlo tan ufano,
Que á contemplaros atento,
He dado al áfecto humano
Alas como al pensamiento:
Y pues llegué á vuestra esfera
Por transformacion entera,
Que del cuerpo me desnuda,
Espíritu soy sin duda,
Que á ser hombre, no pudiera.
El amor y la razon
Guardáron sin duda en mí
Al formarme tal union,
Que para penar nací
Por suerte y por eleccion:
Y así para empresa tal,
Que es voluntaria y fatal,
Quisiera ser mas valiente,
Y para continuamente
Sufrir la pena inmortal.

DECIMAS.

Aunque ocupen mi secreto,
Fili, fabulosas glorias,

Por verdaderas historias
Al alma las interpreto:
Y como eres tú el sugeto
A quien ella unirse aspira,
Qualquier vislumbre la admira
Tanto, que como elevada
La podrás ver humillada
A los pies de una mentira.
No porque no alcanzan bien
Los ojos lo que les falta
Para posesion tan alta,
Desde el término que ven;
Sino porque tu desden,
Enemigo desta union,
No admite su adoracion:
Y así la traygo con arte
A que adore aquella parte
Que da la imaginacion.
Alegre desta manera
Tierno infante se derriba
Sobre la luz fugitiva,
Que del cristal reverbera:
Qué ufano coger espera
Los resplandores cercanos;
Y aunque ve en agenas manos
El vidrio que los envia,
Desengañado porfia
En hacer esfuerzos vanos.
La imaginacion ofrece,
Liberal á sus deseos,

Los premios y los trofeos,
Que ningun mortal merece:
Y quando mas se envanece
En esta prosperidad,
Llega la cruel verdad,
Y quítale los despojos,
Hiriendo al alma en los ojos
Con molesta claridad.
No te ofenda esta clemencia,
Que tu sombra dá á mis males:
Que efectos son naturales,
Amada Fili, á tu ausencia:
Y es como la Providencia,
Que aliento y riqueza entrega
Al bárbaro que la niega,
Sin perder de su decoro,
Quanto mas á mí que adoro
Lo que á parecerte llega.

OTRAS.

Apriétame de manera
Cierto pensamiento mio,
Que quanto mas lo desvío,
Se introdudce y apodera:
¿Que no hará si persevera
En seguir su competencia?
¿Y mas si mi resistencia
Acude á paso tan lento,
Que pierde el merecimiento
La contraria diligencia?

Aunque (por decir verdad)
Tan agradable se ofrece,
Que atropellarlo parece
Villanía y crueldad:
Terrible severidad
Es esta de la razon:
¡Que arme á un tierno corazon
Contra el hijo natural!
Luego si resiste mal,
No le cause admiracion.
No hago todo lo que puedo,
Y no puedo mas hacer:
Que á la gloria de vencer
Tengo cobrado gran miedo.
Es mengua, yo lo concedo:
Mas si con fuerza lo evito,
Doyle vigor infinito;
Porque al fin he descubierto,
Que quanto mas lo divierto,
Crece porque lo exercito.
Que como al alma acompaña
Este apacible importuno,
En viendo descuido alguno,
Valiéndose dél la engaña:
Y de tal gloria me baña
Infundido por el seno,
Que no le tuvo tan lleno
De Apolo alguna Sibila,
Como quando en mi destila
Su dulcísimo veneno.

Retrátame en la memoria
De Amarilis la belleza;
Y aquí no hay naturaleza,
Que resista á tanta gloria:
Mas si queda esta vitoria
(Por resistida) imperfecta,
Acude con nueva treta
Eficaz y poderosa,
Y píntamela piadosa,
Que es con lo que me sujeta.
Al fin viene á ser deseo
Esto que me hace la guerra,
Que derribado por tierra
Cobra fuerzas como Anteo.
Del aprieto en que me veo,
(Pues nunca inferior me vi)
Yo solo la causa fui;
Porque no fuera Dios fiel,
Si le hubiera dado á él
Mayores fuerzas que á mí.

OTRAS.

Quando la razon tenia
Mis afectos concertados,
Le fuéron tiranizados,
Y á mi ver sin tiranía:
Porque amor que pretendia
Ser dueño del corazon,
Les mostró á Filis accion

Tan apacible y tan fiel,
Que ya no ha dexado en él
Ni un átomo á la razon.
Y luego que á la obediencia
De Filis tuvo rendidos
Con los fáciles sentidos
Los de mayor excelencia:
En lo puro de mi esencia
(A cuya luz no se atreve
Ni una nubecilla leve)
Le dedicó el vivo altar,
Donde se humana á acetar
El culto que se le debe.
En esa region secreta
No tiene el engaño parte,
Ni la adulacion ni el arte,
Que á la fortuna respeta:
De la sencillez perfeta
(Diosa en esta esfera) alcanza
Mi decoro su alabanza;
Porque á merecer atento,
Exercita el sufrimiento,
Y no escucha á la esperanza.
Generosa la pureza
Se entraña aqui en las acciones,
Por quien aceta sus dones
Otra no vulgar nobleza:
Que como naturaleza
En lo esencial siempre es una,
No son de importancia alguna,

Para premiar voluntades,
Las falsas desigualdades,
Que introduxo la fortuna.
Y así con esta igualdad
(Aunque á la humana licencia
Pone Filis reverencia,
Y horror su divinidad)
Las alas de mi verdad
Por los claros ayres pruebo:
Donde con exemplo nuevo,
Propicio al sol me asegura,
En cuya luz limpia y pura
Con felicidad me elevo.
Por fértiles ya no pueden
Caber sus efectos dentro
En mi fe, y así del centro
Que los atesora exceden:
Y él, aunque mas raros queden,
Quanto ménos exteriores,
Muestra en ellos sus favores,
Atónito de que pudo
Llevar con silencio mudo
Finezas tan superiores.
Mas si en el estéril seno
Es amor quien los cultiva,
Cierto es que dél se deriva
Fruto de sazon tan lleno.
Así con humor ageno
Crecen pimpollos altivos,
Que en infelices olivos

Inxirió industriosa mano,
Y el árbol se mira ufano
De los ramos adoptivos.

OTRAS.

Burléme (yo lo confieso)
De tus cadenas, amor:
Mas no merecí el rigor
Que padezco en ellas preso.
A mi exceso (si fue exceso)
Excede el de tu venganza:
Pues ya en mi nueva mudanza
No solo pruebo su furia,
Sino que adoro la injuria
De tu pérfida esperanza.
Si te ha defendido la historia
De mi desdeñosa edad,
(Demas que tu libertad
Fue materia de tu gloria)
Nunca es mayor la vitoria,
Que el esfuerzo del vencido:
Y tú sabes que lo he sido,
No desarmado ni huyendo,
Pues me hallaste resistiendo
Valiente y apercebido.
Y ambos podemos por esto
Fundar justa competencia,
Tú en mi grande resistencia,
Yo en lo mucho que te cuesto:

Pues para rendirme has puesto
Contra mi libre opinion
La mas alta perfeccion;
Armas, con cuyo poder
Te fuera fácil traer
Los dioses á tu prision.
El resplandor de unos ojos,
Donde tus flechas enciendes,
A cuya deidad suspendes
Los enemigos despojos:
Allí entre tus dardos roxos
Gimen corazones vivos,
Que padecen por altivos
Los efectos de tu ira;
Y porque Cloris los mira,
Se precian de tus cautivos.
Tú allí, pues tanta noticia
Tienes de mi esfuerzo, advierte
Que estimar al cauto y fuerte,
No es piedad, sino justicia:
Verás como en tu malicia
Las finezas que yo enseño,
(Que siendo de mejor dueño
No he de mostrar ménos brio)
Si quando arde el hierro frio,
Arde mas que el seco leño.
¡Mas ay! que en plazos tan largos
Esta esperanza risueña
(Aun quando los desempeña)
Obra efectos mas amargos:

Así con los ojos de Argos
El pavo al sol desafia;
Y quando mas lozanía
Muestra en las plumas lucientes,
Triste, y con ojos prudentes
Encoge su gallardía.
No trate desta manera
Tu esperanza á quien la sigue,
Sino es para que castigue
Al que sus glorias espera:
Pues quando mas verdadera
Y constante nos parece,
Recibimos las que ofrece
Los que en su fe confiamos;
Y al fin velando soñamos,
Y el desengaño enmudece.

OTRAS.

Silvia, dos arcos te ha dado
Para tus cejas Cupido,
De ébano son (no bruñido
Dices tú, sino aserrado):
Mas ni el marfil transformado
En el honor de tu frente
Recibe sombra indecente:
Ni el de las pestañas graves
Turba en tus ojos suaves
La serenidad luciente.
Antes sus flechas envia

Con esos arcos amor;
Y el vecino resplandor
Es su aljaba ó su armería:
En ellos la diestra impía,
De rendir no satisfecha,
Las puntas de oro pertrecha
De cierto rigor tan vivo,
Que es ya un rayo vengativo
El cuento de cada flecha.
Ese casto ardor sereno,
Que el alma en tus ojos puso,
Yerve en las flechas infuso,
De clemencia y de ira lleno:
Que ambas fuerzas desde el seno
Tu ardiente luz les inspira,
Quando á su instancia las mira,
Para que obre mas estragos
La clemencia con halagos,
Que con desdenes la ira.
Que el golpe de un desden claro,
Aunque atormente, no injuria;
Pues no es descortes la furia,
Que nos previene al reparo.
Mas ¿quién prevendrá un tan raro
Género de rendimiento,
Si lo advierte el mismo acento,
Que halaga con la bonanza,
Animando la esperanza
Con mengua del sufrimiento?
Así el favor nos oprime,

Silvia, en tu vista risueña,
Mas que quando nos desdeña
Desde su altivez sublime.
¿Quién no yace ó quién no gime
A tu libre condicion?
Tragedia es y adulacion,
Que, en fe de sí misma, atiende
A la crueldad, que pretende
Que la hagamos razon.
Di que es crueldad, no la dores;
Que la razon no ha de hacer
Ministro al mismo placer
Del mayor de los rigores:
Como aspid entre las flores
Nos da la muerte escondida,
Para que asalte la vida,
Quando en su gracia inhumana
Se entretiene mas ufana,
Y ménos apercebida.
Silvia, no mas considera
Si es bien que luego comiences
A conservar lo que vences,
Porque tu gloria no muera;
Cayga la piedad severa,
Con que ha tanto que fulminas
Desde esas luces divinas:
Que no es gloriosa vitoria
La que encomienda su gloria
Al horror de unas ruinas.

DECIMA.

Dulce Señora, no hallar
Fiel vuestra bala quisiera;
Pues, siendo verde y de cera,
Me previene á no esperar,
Porque escondeis el azar
En lo hueco de lo verde:
Para que con él me acuerde,
Que con esperanza vana
Quanto en lo exterior se gana,
En lo sustancial se pierde.

REDONDILLAS.

Bella Amarili, entre tanto
Que con tu valor preparas
A tu nombre templos y aras,
Y al mundo agradable espanto:
No te desdeñes si tiento
Con desigual instrumento
El curso de tu alabanza,
Aunque á tan grande esperanza
No corresponda el acento.
Mira bien que muchas veces
Dios se adora en pobre techo.
Y que aumenta su derecho
La parte en que le pareces:
Pues con este exemplo enseña,

Que es verdad que no desdeña
(Puesto que él alumbre el cielo)
Al que acá con puro zelo
Le ofrece una luz pequeña.
Para que el mundo merezca
Gozar el sol de tu nombre,
Será bien que yo lo asombre,
Y mi verso lo escurezca.
Y si divina piedad
Dispone tu voluntad,
Concede á la humana vista,
Para que tu luz resista
Mi piadosa escuridad:
Que un aqueste velo escuro,
Haciendo su propio efeto,
Lo trocará de imperfeto
En resplandeciente y puro:
Como quando el sol embiste
Una nubecilla triste,
Que él se cubre y descolora,
Y ella se inflama y se dora
De los rayos á quien viste.
Y si tienes por mejor,
Porque nadie ose mirarte,
Soltar tu luz, y ocultarte
Con tu mismo resplandor:
Es exceso, y mas conviene
Que se corrija y refrene
El deseo temerario
Con el poder ordinario

Que en sí tu belleza tiene.
El que se atreve á esperar,
(Si tu modestia lo admite)
Sepa como no permite
Ni un pensamiento vulgar.
Premie y castigue al que mira,
Hagan la risa y la ira
Tu mansedumbre severa,
Sin saber de qué manera
Se comunica y retira:
Que como tu perfeccion
Es hecha de extremos bellos,
Fue menester disponellos
Con notable proporcion:
Y así con volver los ojos
Nos das y quitas despojos,
Con justicia y con clemencia,
Infundiendo reverencia
En los humanos antojos.
Así yacen confundidos,
Donde esperáron victoria,
Cebados de aquella gloria
Que prometen tus sentidos.
Pues quando ellos dan indicios
Favorables y propicios,
Se alegra mas la salud,
Porque es tu grande virtud
La que les da sus oficios.
Tal es la parte sensible,
Que la de mas importancia

A toda humana elegancia
Se presenta inaccesible:
Mas quien saberlo desea,
(Para que en algo la vea)
Considere la belleza,
Quando la naturaleza
La trazó en su misma idea.
Está en sus colores varia
Divinamente encendida,
En su variedad unida,
Y en su misma union contraria:
Qual paloma, que en el cielo
El sol en medio del vuelo
Ya la dora, ya la esmalta,
Y de muy luciente y alta
Burla los ojos del suelo.

OTRAS.

Mil quejas, Niña, me has dado,
De que pues te quiero tanto,
Porque en mis versos no canto
Tu hermosura y mi cuidado.
Y por lo que á tu valor
Con humildad reverencio,
Llevo mal que mi silencio
Se interprete á desamor.
En la mano tengo excusas,
Que (siendo tú misma el juez)
Apostaré que otra vez

Ni te quejas ni me acusas.
Primero los pies te beso
Por el favor desta queja,
Pues bien entender se dexa,
Que me haces merced en eso.
Yo, amiga, en esto de versos
Soy escrupuloso mucho:
Que ni los leo ni escucho,
Si no son cultos y tersos.
Continuados y enteros,
No como los que al principio
Son los primeros de ripio,
Por lograr los dos postreros.
Y por no los hacer tales,
Me retiro como sabio,
Que no quiero hacer agravio
A tus prendas ni á mis males:
Demás, que (aunque los hiciera
Mejores que Garcilaso)
Sospecho que en este caso
Tampoco te obedeciera.
No porque no sea muy justo
Que tu nombre en versos ande,
Mas porque el peligro es grande,
Y muy abreviado el gusto.
Huya quien de veras ama
Destas burlas peligrosas,
Que no es bien poner sus cosas
En la boca de la fama.
Vamos buscando mil modos

Para deshacer sospechas,
Y apénas quedan deshechas
Con usar muy bien de todos.
¿Y por un gusto liviano
De seis consonantes juntos,
En maliciosos barruntos
Pondré firmas de mi mano?
Yo sé lo que estos errores
Han dañado á los Poetas,
Por no tener muy secretas
Aficiones y favores.
Guarda el otro su secreto,
Sin querer en él testigo:
Encúbrelo de un amigo,
Y dícelo en un soneto.
El contento descubierto
Pierde la gracia de raro:
Demas que el hacerle claro
Es furor y desconcierto.
Por una parte me glorio
Que nadie me sabe un brinco;
Y por otra con ahinco
Convido á ver mi escritorio.
¿Quieres que los de tu casa
Hagan sus sospechas ciertas,
Y que ventanas y puertas
Cierren al ayre que pasa?
Pues ¿qué será mejor, loca,
Vernos los pasos tomados
Con clavos y con candados,

O echármelos yo en la boca?
No, no: cállemos, amiga,
Que el remedio mas perfeto,
Para que dure un secreto,
Es que ninguno lo diga.
Y en este punto rezelo
De enviarte este papel;
Y si has de ser poco fiel
A tí misma, romperélo.

ROMANCE.

No debe á Mayo las flores,
Ebro, esta vez tu ribera,
Sino á la luz que despiden
Los ojos de Silvia y Celia.
Saliéron de la ciudad,
Por vestir de honor las huertas,
Que tus márgenes adornan,
Y en tu corriente se espejan.
Las almas que el esplendor
De su hermosura contemplan,
Reciben de su virtud
Otra interior primavera.
Volviendo al campo los ojos
Le convierten en floresta:
Súbitas nacen las rosas,
Los claveles, las violetas.
Mas quando al árbol gentil
Lasciva abraza la yedra,

Lo confunden con jazmines
Entretexidos apriesa.
La honestidad los produce,
Que en las dos ninfas severas,
No permite que un exemplo
De posesion se parezca,
Porque á ningun trofeo
Aspiren la esperanza ni el deseo.

SONETOS.

Mírame con piedad, y arda el cometa,
Filis, que agora pálido nos mira:
Que á quien tus ojos muestra amor sin ira,
¿Quál término fatal no le respeta?
Y absorto (que es lo mas) en la secreta
Felicidad que aquel favor le inspira,
Ni de amenaza superior se admira,
Ni en dudosos prodigios la interpreta.
Destos bienes elevame al segundo,
Que al primero no aspiro, aunque me libre
De la alta indignacion que arma el portento.
Su infausta luz contra los cetros vibre,
Y como dexe en paz mi arrobamiento,
Vierta discordia, y descomponga al mundo.

II.

¿Quál mérito aspiró, Filis, á tanto
(Si no fue remitiéndose á la suerte)
Como me ofreces hoy, con ofrecerte
Para sugeto de mi humilde canto?
Ya con súbitas alas me levanto,
Pues tu favor en cisne me convierte,
Para hacer á la envidia y á la muerte
Gloriosa injuria y apacible espanto.
Cantaré como arroja en tu hermosura
Divinidad el alma, y como inspira
En todas tus acciones influencia:
O como en tu mirar muestra la ira
Tanta conformidad con la clemencia,
Que no sé si amenaza ó asegura.

III.

Estas son las reliquias sagrantinas,
Injuria y gloria al sucesor de Belo,
Quando en fábrica excelsa las vió el cielo
Al orbe, orígen de la luz, vecinas.
De yedra presas yacen y entre espinas,
Con que sus riscos arma el yerto suelo;
Y hoy libran la venganza y el consuelo
En la contemplacion de sus ruinas.
Sagunto precia más verse llorada
De la posteridad, que si á Cartago
Con propicia fortuna leyes diera.
¡O tú! que sobrevives al estrago,
Cándida fe, procura que yo muera,
Si amor me tiene igual piedad guardada.

IV.

De antigua palma en la suprema altura
Con los sacros olores del oriente,
Para su parto y muerte juntamente
Hace la fenix nido y sepultura.
Mueve las alas para arder segura,
Que el fuego á su esperanza está obediente;
Y así sus llamas fieles mas luciente
La restituyen á la edad futura.
Desta manera en la sagrada palma
De vuestro alto valor arder presume
Mi pensamiento alegre entre sus ramas:
Que vuestro ardor da vida al que consume;
Y así no es temerario el que á sus llamas
Entrega el gran depósito del alma.

V.

Hago, Fili, en el alma estando ausente
Para hablarte animosas prevenciones;
Y tú con un mirar las descompones:
Yo enmudezco turbado y obediente:
Mas es mi turbacion tan eloqüente,
(Efeto destas fieles turbaciones)
Que aquella voz que huyó de mis razones,
Persuade en los ojos y en la frente.
Claro está que si sientes ablandarte,
Para ponér á mi verdad en duda,
Ni te queda licencia ni derecho.
Para esto amor de ornato las desnuda,
Que introducir piedad, Fili, en tu pecho
No puede ser jurisdicion del arte.

VI.

Ya el oro natural crespes ó extiendas,
O á componerlo con industria aspires:
Lucir sus lazos, ó sus ondas mires,
Quando libre á tus damas lo encomiendas.
O ya, por nueva ley de amor, lo prendas
Entre ricos diamantes y zafires,
O baxo hermosas plumas lo retires,
Y el trage varonil fingir pretendas:
Búscate á Adonis por su Venus ántes:
Por su Adonis te tiene ya la diosa;
Y á entrambos los engañan tus cabellos:
Mas yo en la misma duda milagrosa,
Mientras se hallan en tí los dos amantes,
Muero por ambos, y de zelos dellos.

VII.

Visto has, amor, que no el rebelde brio
De afecto natural, ni la violencia
De belleza exterior á tu obediencia
Reduxo al libre pensamiento mio:
Hasta que con mas noble poderío
La razon allanó mi resistencia;
Y por su autoridad, y en su presencia,
Juró tu servidumbre mi albedrío.
Mas aunque la prision que arrastro suena,
Y ufana mi eleccion sostiene el peso,
No se oye, ó no se admite, ó se aborrece.
Adorna tú los méritos del preso,
Pues su verdad desnuda no merece
Que Cintia quiera asir de la cadena.

VIII.

¿Quién me dará jazmines y violetas
Para ceñir á un vencedor las sienes,
Que convirtió en halagos los desdenes,
Donde amor despuntó tantas saetas?
¿Diosa ocasion, produces tú, ó sujetas
El principio fatal de nuestros bienes?
Rendiste á Clori; omnipotencia tienes,
Y son ministros tuyos los planetas.
Rendísteme de asalto repentino
(Con fraude por el mismo amor trazada)
La fuerza en que encerró toda su gloria.
Que él nació de hurto, y la traycion le agrada:
Yo vine, vi, y vencí: mayor vitoria
Que dió el Oriente al vencedor Latino.

IX.

Viéndome Fili en manos de la muerte,
Heroycamente se movió á clemencia;
Y á su altivo decoro dió licencia
Para inclinarse á remediar mi suerte.
Sintió el sugeto de poder mas fuerte
Que el natural, la dulce violencia,
Que amor en el crisol de la experiencia
Los accidentes en salud convierte:
Si ya no huyéron, Fili, de la gloria
Que allí viéron salir de tu belleza,
Que en su presencia todo es luz y vida.
Atónita quedó naturaleza
Contra sus mismas leyes socorrida,
Y preciándose amor de la vitoria.

X.

Suelta el cabello al céfiro travieso,
Para que recompense ¡ó Cintia! un rato
De los muchos que usurpa el aparato,
Que le añade, no gracia, sino peso.
¡Quanta mas luz, que coronado ó preso,
Nos descubre ondeando sin recato!
Y dime si en las leyes del ornato
Respondió al arte con tan gran suceso.
A cabellos de mal seguros Reyes
Ofrezcan ambiciosos resplandores
Las ondas y las minas del Oriente.
Los tuyos, ni los crespes, ni los dores;
Y pues crecieron en tan libre frente,
Imiten su altivez, no guarden leyes.

XI.

Quando me miras, Clori, de luz lleno,
Horizonte á tus ojos me figuro:
Tu sol influye en el afecto escuro,
Si influye en el espíritu sereno:
Y quando altos reflexos dentro el seno
A la luz eficaz volver procuro,
Bien corresponde lo luciente y puro,
Pero exhala sus nieblas lo terreno.
No sola tu vista entónces, sino aurora
Su vapor imperfecto desvanece:
Mas si tal vez se esfuerza á formar nube,
A pesar de sí misma resplandece;
Porque en el punto que á tu esfera sube,
Tu noble resplandor la inflama y dora.

XII.

Tajo, producidor del gran tesoro,
(Si á la fama creemos) cuya arena
De zafiros y perlas está llena,
Tus aguas néctar, tus arenas oro:
Tú, pues, acrecentado con mi lloro,
Serás testigo de mi amada pena,
Como, sujeto á lo que amor ordena,
Buscando vida, á quien me mata adoro:
Quando mi pastorcilla en tu ribera
Busca las conchas que creciendo arrojas,
Y con su blanco pie tu orilla toca,
El bien que gozas, agua lisonjera,
(Que al fin lo has de besar, pues que lo mojas)
Lo usurpas al oficio de mi boca.

XIII.

Ese páxaro, Cintia, que del hielo
Huye á tus manos, y con osadía,
Quando le sueltas, á volver porfia,
¿Dónde aprendió la fe de nuestro zelo?
Ella le encaminó al segundo vuelo,
Y así obligado á tan zelosa guia,
Ni al nido volverá, por mas que el dia
Aclare el ayre, que le turba el cielo.
¡O paxarillo fiel! pues nos igualas
En ese afecto, que tan vivo tienes,
Si te dan libertad, vuelve á entregarte.
Vuelve á buscar la gloria en los desdenes,
Pues dos veces amor, para animarte
A un vuelo tan feliz, te dió sus alas.

XIV.

Debaxo de una alta haya Melibèo
Retrataba á Faeton en el cayadò
De aquel rayo de Júpiter pasado,
Que dió fin á su altísimo deseo.
De la otra parte pinta el caso feo
(Despues de haber al mundo amenazado)
De Pompeyo en la barca degolladò
Por obra del ingrato Ptolomeo.
Y viendo sus pinturas acabadas,
Les dice á las figuras valerosas:
Tercero me hiciéron mis querellas;
Y el mundo os tiene envidia, almas preciadas;
Pues ya que nó acabamos grandes cosas,
Morimos en la fe de acometellas.

XV.

De la union, Silvio, con que amor prospera
O endiosa nuestras almas, el conceto
Que la esperanza forma, es tan perfeto,
Que la opresion del yugo le aligera.
Y así quien ama, y dice que no espera,
Por ostentar mas fe al amado objeto,
A su interior verdad pierde el respeto,
Sin cuyo alivio ni alentar pudiera.
Bien que si generosa en la tardanza
(Miéntras que en gloria no se le convierte)
A finezas mas nobles le convida,
Sufra y espere, mas con ley tan fuerte,
Que, aunque le falte esfuerzo, no le pida
Jamas el sufrimiento á la esperanza.

XVI.

Amor, si de la parte mas perfeta
Jamas mi sol su viva luz retira,
En vano Filis con piedad me mira,
Y enciendes en sus ojos tu saeta.
No como yo lució sobre el Oeta
El héroe que amó tanto á Deyanira,
Ni la cumbre de Olimpo está de la ira
De los rayos y vientos mas quieta.
Y así como halla encima de su altura,
Quando por religion sube, la gente
Las cenizas de antiguos sacrificios:
Fili hallará guardados altamente
De mi primero amor sacros indicios
Con fe y tranquilidad serena y pura.

XVII.

Ya resplandece en mí como nativa,
Laura, tu candidez, no como agena,
Que el indómito afecto me serena,
Y sus errores generosa y viva.
Así del claro Polux se deriva
La que sosiega al mar, y al euro enfrena,
Para que del honor fraterno llena
El tenebroso Cástor la reciba.
En virtud, pues, de amor tan noble y fuerte,
Que, á pesar de asechanzas naturales,
Lo mas terreno en celestial convierte,
Preciémonos de amantes celestiales,
No reconozca al tiempo, ni á la suerte
La union de dos substancias inmortales.

XVIII.

Bien sé yo, Cintia, el culto que se debe
Al que de dos substancias desiguales
Tan superiores forma los mortales,
Que es cada qual un dios de un mundo breve:
Y que este honor le obliga á que se eleve
Sobre el ser de las obras naturales,
Y asaltando esas máquinas fatales,
Viva unido á la causa que las mueve:
Y soy con esto á quien tu amor desvia
Del uso deste gran conocimiento
Por la divinidad de tu hermosura:
Y á venerarte vive tan atento,
Que gime, si tal vez se le figura
Que puede tener fin su idolatría.

XIX.

Amor, que en mi profundo pensamiento
Sus nobles fuerzas aprestadas tiene,
Tal vez armado hasta los ojos viene,
De donde á los de Cintia lo presento.
Mas ella opuesta al raro atrevimiento,
Para que en lo futuro se refrene,
Aquella risa, aquel favor detiene,
Con que suele aliviar el sufrimiento.
Huye á su centro el dulce dueño mio
Temeroso y cortés, que no hay sugeto
Que contra sus desdenes muestre brio.
Yo deste rayo, no por el efeto
Que en los mortales hace, me desvío,
Mas porque sirve á celestial preceto.

XX.

Huyo de tí, y á tus umbrales llego
Como tu infieles, Gala, y temo hallarte;
Triste, que busco en los peligros parte
Fiel y segura para mi sosiego.
Puédenlo ser tus fraudes, no lo niego;
Mas viéndote, ¿quién pudo desamarte?
Ya mis nuevas defensas quito al arte,
Y á tu pérfido antojo las entrego.
Yo moriré quejoso, y tuyo, Gala,
Habiendo sido fábula increible
De fe indiscreta y vergonzosa pena.
¡O justicia de amor, que no es posible
Avenirme contigo, aunque seas buena,
Ni dexarte de amar, aunque seas mala!

XXI.

Su cabello en holanda generosa
Fili enxugó, imitando al real decoro,
Con que orna su tocado persa ó moro,
Bárbara infanta, ó preferida esposa.
Notando mi atencion la inculta hermosa,
Libró del lino el húmedo tesoro,
Y suelto en crespas ondas cubrió el oro
La cerviz tersa, que encendió la rosa,
Y el pecho, en que de pura leche iguales
Forman sus dos relieves paraiso,
Donde benigna honestidad se anida.
Yo no sé si premiar ó matar quiso,
Que ambos objetos dan veneno y vida,
Avaros de su gloria y liberales.

XXII.

Fili, en tus ojos mi atencion respeta
(Antes adora) aquellos altos fines,
Que, ya su vaga luz tiendas ó inclines,
Muestran furor de indignacion secreta.
Así el tirano en pálido cometa,
Que horrendo vibra prodigiosas crines,
Donde rayan sus lúcidos confines,
Amenazas y estragos interpreta.
Mas pues ya la piedad vence al destino,
Y el mismo horror en la severa lumbre
Descubre al justo ostentacion propicia:
Anúncienos tu rostro mansedumbre,
Que nunca por benigna la justicia
Se contrapuso al disponer divino.

XXIII.

¿Contra qué entrañas de piedad desnudas,
Niño impaciente del sosiego ageno,
Las flechas inficionas de veneno,
Y cuerda infatigable al arco añudas,
Si el blanco he sido de las mas agudas,
Y ando de sabias experiencias lleno,
Desde que herido en limpia edad, del seno
Inexperto vertí lágrimas rudas?
Precia mas que tus xaras descorteses
Tantos exemplos de mi fe, y no quieras
Que la altivez de Cintia las derribe.
¿Así destruyes lo que amar debieras?
¿Qué agricultor las hoces apercibe
Resuelto de pegar fuego á sus mieses?

XXIV.

Con dura ley tu halago nos aprieta,
Cintia, que en fe de que á esperar nos mueve
Descubre en tí, que ni una gloria breve
Quiere que el mas valido se prometa.
Así á la flor, que en real jardin secreta,
Ni el huesped raro, ni el cultor se atreve,
La lluvia, el sol, y el mismo soplo leve,
Que juega con sus hojas, la respeta.
¿Quál prevencion podrá evitar los daños,
Que obran en las clemencias y favores
Lo mismo que en desdenes y en mudanzas?
No mas, benignidades exteriores,
Pues quando me animais con esperanzas,
A mejor luz os hallo desengaños.

XXV.

Si amada quieres ser, Licoris, ama:
Que quien desobligando lo pretende,
O las leyes de amor no comprehende,
O á la naturaleza misma infama.
Afectuoso el olmo á la vid llama,
Con ansias de que el néctar le encomiende,
Y ella lo abraza, y sus racimos tiende
En la favorecida agena rama.
¿Querrás tú que á los senos naturales
Se retiren avaros los favores,
Que (imitando á su autor) son liberales?
No en sí detengan su virtud las flores,
No á su benignidad los manantiales,
Ni su influxo las luces superiores.

XXVI.

Si el alma sus afectos desordena,
Justo es que tu desden sienta, Licina;
Pero si á venerarte los inclina,
¿Por qué la infamas con la misma pena?
Dirás que no se sigue, que si truena
Júpiter, y con llama repentina
Tal vez sus mismos templos arruina,
La adoracion de su deidad condena.
Sí; pero es bien que mi interior respeto,
Para que tus desdenes no la infamen,
Lo exâmines primero á tu albedrío;
O remíteme á mí el sutil exâmen
De si ardió ó si esperó, que á riesgo mio
Yo me sabré avenir con mi secreto.

XXVII.

El nombre ¡ó Cintia! que en el tiempo dura,
Que estima jaspes, y epitafios ama,
Adoraréle yo, si en sacra llama
Cobra esplendor para la edad futura.
Que ya, sin esperar mi sepultura,
Con opinion anticipada fama
A la prudente sencillez inflama,
¿Quién sabe si á la horrenda envidia apura?
Trocadas, pues, las veces en mi suerte,
A mis posteridades sobrevivo;
Mas si en tu aprobacion no me renuevo,
Del culto de las artes ¿qué recibo?
A la naturaleza ¿qué le debo?
¿Qué importan las promesas de la muerte?

XXVIII.

Tanto ha podido un pensamiento honesto
Ilustrado de aquella virtud pura,
Que ha vuelto racional la parte obscura,
Y su deleyte lícito y modesto.
El cuerpo frágil admirado desto,
Ya noble con la noble vestidura,
Como el villano está, que por ventura
Se ve de toga consular compuesto.
En esta paz, que con el alma ha hecho,
(Ya mi inferior república quieta)
En nuevo siglo de oro me recreo.
Que la razon tiene amistad perfeta
Con los afectos dentro de mi pecho,
Y por eso es tan noble mi deseo.

XXIX.

Ha llegado mi fe á tan raro extremo,
Fili, que quando aspiro á descubrilla,
Porque la guardo para tí sencilla,
El lustre infiel de la eloqüencia temo.
Purpúrea se nos muestra en lo supremo
Del ayre á varia luz la palomilla,
Y quando el mar sus ímpetus humilla,
En él agua parece corvo el remo.
Pues si la misma claridad añade
Tal fraude á la ilusion, que por un rato
La vista humana de las formas duda,
¿Obligaréme al peligroso ornato?
¿Qué mayor bien que la verdad desnuda,
Si con su desnudez te persuade?

XXX.

Vuelve del cielo al peso que le oprime,
Mi espíritu, si en rapto se divierte
Deste inferior distrito de la muerte,
Donde en sus graves eslabones gime.
Vengo, dice, de ver la ley sublime,
(No arbitrio vago de improvisa suerte)
Que acá encubierta en mansedumbre fuerte,
Su accion en ambos términos comprime.
Y así, pues Filis (émulo divino)
Con benigna eficacia la exercita,
Ya no mas diversion de sus desdenes.
Esfuérzate á esperar que los remita,
Que no por sed de peregrinos bienes
Te han de ver las estrellas peregrino.

SATIRA.

¿Esos consejos das, Euterpe mia?
Tu plática me dexa de manera,
Que no sé si te llore, ó si me ria.
Quando eras fabulosa y lisonjera
¿Usarás de un estilo y de un lenguage,
Que tanto á tu opinion contradixera?
Superior patria, y superior linage
Te engendré, que no Grecia, la que daba
A sucesos extraños hospedage.
Y pues ya á la verdad sirves, acaba
De alabarme, que siga aquel cuidado,
Que ella en los mas pacíficos alaba.

¿Quándo á pleytos me viste aficionado,
En el estruendo judicial suspenso
Entre el Procurador y el Abogado?
¿O quándo de mohatras cargué un censo?
¿O cobrar usurario en las kalendas?
¿O sahumar á Mercurio con incienso?
¿Yo embarazarme en cambios ó en contiendas?
¿Por qual razon? Ni en tu gentil Parnaso
Creciéron por litigio las haciendas.
Quédate, Musa; en paz. A paso, á paso,
Que no quiero sufrir que me condenes,
Hasta que mas capaz estés del caso.
Y no me trates mal, pues que no tienes
La licencia que en Roma los esclavos,
Para decir malicias y desdenes,
Quando sus dueños (todo el año bravos)
Sufrian en Diciembre las injurias
Y apodos de sus Getas y sus Davos.
Pero tengo experiencia de tus furias,
Que agora tratas con oprobrio á Grecia,
Y luego alabarás á la que injurias.
¿Ya te aplacaste? pues escucha, y precia
Estos consejos, que te harán mas rico,
Que los suyos neutrales á Venecia.
No entiendas que á las fraudes te dedico
De los negocios, ni para que aprehenses
Las leyes justas con sentido inico:
Ni á seguir el tropel de las forenses
Discordias: ni á esgrimir sus artificios,
Para que siempre en sus astucias pienses.

Ni á Italia has de pasar por Beneficios,
Para darles asalto con la capa
De que son subrepticios ó obrepticios.
Para engañarlo no verás al Papa,
Aunque te llame el golfo de Narbona,
Tan pacífico en sí, como en el mapa:
Que si Micer Pandolfo trae corona,
Y Prebendado ha vuelto ya, Dios sabe
Qual Simon le ayudó, Mago, ó Barjona.
Ya ni en sí mismo, ni en su patria cabe,
Ni de su loba pródiga las varas
De gorgorán en su espaciosa nave.
Si tú por estos términos medraras,
¡Qué bascas, qué visages y figuras
De puro escrupuloso nos mostraras!
¡Qué fuera ver nuestro curial á escuras
Tropezar cada paso en infinitas
Amenazas, papeles y censuras!
Ni tampoco yo quiero que repitas
Para reformador y discursante
Sobre todas las leyes que hay escritas.
Ni contra el Scita Augusto de Levante,
Quiero que Reyes juntes y esquadrones,
Porque tu ingenio se nos muestre Atlante:
Que á mí risa me dan sus digresiones,
Y el lenguage sin pies desvanecido,
Que ellos llaman discursos y razones.
Y si, doliéndome de ver tu olvido
En cosas de tu hacienda, te encomiendo
Que no andes tan remiso y divertido,

No te hago mercader, aunque ya entiendo
Que hay de tú profesion en este abismo,
A quien, por ser qual es, no reprehendo.
Sé bien tu inclinacion, y que á tí mismo
Odio mortal cobraras obligado
A vivir con las reglas del guarismo:
Y mas si en el dinero mal ganado,
Usuras, cambios, prendas, quitamientos,
Hubieses de poner zelo y cuidado.
Ménos vulgares son mis pensamientos:
Que la cumbre mejor, á que te incito,
Huye medios torcidos y violentos.
No evito yo á Aristoteles, ni evito
A su maestro, al Livio, ni al Cornelio
Tácito, ni otros gustos te limito:
Como las doctas noches de Aulo Gelio,
Al buen Macrobio, y del gentil parlero
El sueño de Cipion, la fe de Lelio.
Ni otros muchos, que á drede no refiero,
Filósofos de honor, ó historiadores
De precepto ó exemplo verdadero.
Y quando entre mas cultos escritores
Transformado en abeja en nuestro monte
Te pluguiere pacer sus varias flores:
Pindaro, Lino, Orfeo, Anacreonte
Y los Homeros andarán contigo,
Que Arquíloco refiere y Xenofonte.
Enio, de empresas arduas fiel testigo,
El gran Virgilio con su amigo Horacio,
De cuyos plectros fuiste siempre amigo.

El grave Claudiano, el docto Stacio,
El Tibúlo, el Catúlo con Propercio,
Liras las tres del venerable Lacio.
Ni te desplacerán en este tercio
Quatro ó cinco modernos admitidos
No sin bastante causa á su comercio.
Aquí el entendimiento y los sentidos
Tendrán para sus gustos campo abierto,
Y aun á peligro de quedar perdidos.
Luego para evitarlo bien te advierto,
Que al gusto en lo mejor tires la rienda,
Y pongas en el tiempo buen concierto.
Que es forzoso tratar de la vivienda,
Dar vuelta por tu casa y por la plaza,
Para aumentar ó conservar tu hacienda.
Y perdone Platon, miéntras das traza
En cobrarla del otro por sentencia,
Si con cavilaciones la embaraza.
Y quando sin lesion de la conciencia
Subir puedes la renta, que la subas
Con prudencia: que agora (y por prudencia)
No habitan los Diógenes en cubas,
Ni ellas reciben sino el estupendo
Néctar, ¡ó gran Setiembre! de tus uvas.
Nuestra filosofía anda pidiendo
Limosnas en el hábito escamada,
(Digo en trapos cosidos de remiendo):
Y aunque á los ricos su modestia agrada,
Rabia de hambrienta, y muerde las paredes
Esquéleto de seca y descarnada.

Y la que soltó al ayre las mercedes,
Que el insigne Alexandro le ofrecia,
Les arma agora cautelosas redes.
Pues ya que para sí no las queria,
¿Para otros fueran malas? ¡O soltura
Impropia de sagaz filosofía!
En efeto lo acierta el que asegura
De la fiel Marta aquella parte buena,
Aunque María insista en la mas pura.
Bien que, pues son hermanas, y sin pena
Se avienen entre sí, muy bien se puede
Filosofar y aderezar la cena.
Viendo yo, pues, lo que al valor sucede,
He dexado ternuras y concetos,
Algun rico buscando á quien herede.
Para verificar estos precetos,
¿Qué exemplos te daré de nuestra gente?
¿De sus reynos perdidos y sujetos?
Grecia, de letras llena y eloqüente,
Por el ocio filósofo obedece
Al fiero arquitirano del Oriente.
Sus Déspotas y Príncipes parece
Que truxéron la antigua edad consigo,
Que de oro la llamó quien la encarece.
Quando nacia voluntario el trigo,
(Que el manejar arados ignoraban).
Era el trato pacífico y amigo:
Sin leyes la justicia veneraban;
Y con tal sencillez eran fieles,
Que á sus Reyes por dioses adoraban:

Bien que á sombra de un árbol rudas pieles
De fieras eran todos sus arreos,
Tronos, tapicerías y doseles.
¡Mas ay! que en esta paz nuestros deseos,
De la razon suprema desviados,
Solo ganaban palma en sus museos.
Fulminaban los bronces asestados
Del scita poderoso á sus murallas;
Y ellos, ni del estruendo alborotados,
El uno componiendo sus medallas,
O estudiando sus cifras y reversos,
Muy previsto sin fruto en antiguallas;
Perdido el otro por sus propios versos,
O atento el matemático á su esfera,
Imaginaba circulos diversos.
Nadie ponia al pueblo ley severa,
Para atajar sus furias y tumultos,
Con que la paz universal se altera.
Ninguno castigaba los insultos:
Notorios todos; porque la insolencia
No los guardaba en el silencio ocultos.
Faltaba en el gobierno diligencia,
Y á los Príncipes todos la divina
Lumbre de la comun correspondencia.
Que el valor que en blanduras se efemina,
Con detrimento cierto de las cosas
Públicas, él ministra su ruina.
Y así quando las armas rigurosas
Del turco executaban crueldades,
A los bárbaros mismos lastimosas,

Nadando en sangre humana las ciudades,
(Que su horrible cuchillo no respeta,
Ni entónces respetó sexôs ni edades),
Vieras nuestra nobleza mas quieta
Que el ocio mismo; bien que especulando
Lo que suele correr cada planeta:
No, no sobre los muros animando
A la atónita plebe, que confusa
Perecia, sus nombres invocando.
¿Puédenos Grecia dar bastante excusa,
Sino la que Arquimedes dar pudiera,
Quando gánó Marcelo á Siracusa,
Que saqueando la ciudad la fiera
Legion, se entró un soldado embravecido
Donde él con su compas de tal manera
Estaba en formar líneas divertido,
Que no sintió el estruendo del asalto,
Ni del romano el súbito ruido?
Pregúntale: ¿quién eres? Mas él falto
De voz para nombrarse, sordo y ciego
De puro atento, y no de sobresalto,
No borres estos círculos te ruego,
Dice al bravo romano, el qual creyendo
Que despreciaba su pregunta el griego,
Pásale por el pecho el yerro, abriendo
Postigo al alma, y con la sangre hirviente
Borró sus mismos círculos muriendo.
Dirán que la omision del Occidente,
Y la que hoy dura en los septentrionales,
No fue de nuestro sueño diferente:

Y es la verdad, que Hungría en los umbrales
Miraba la tragedia; y en Polonia
Andaban por formar su Rey parciales.
Austria, Bohemia, Cleves y Saxonia
Fuerzas mostraban; pero divididas,
Y aun en la religion y ceremonia.
Pues las otras regiones esparcidas
Baxo los septentriones, no me mandes
Ser fiscal de sus tratos y sus vidas.
De las demas acá brindaba Flandes,
Y con fin ya de zizañar la crisma,
Tiempo buscaban heresiarcas grandes.
No pudiendo caber Francia en sí misma,
Ocupaba otros reynos; Inglaterra
Alegre retozaba con el cisma.
No le convino á España nueva guerra:
Mas quando la aprobara, ¿en quántos dias
O siglos arribara á nuestra tierra?
¿Y tú entónces, Italia, en qué entendias?
Di tú: en armar y desarmar tiranos,
Ocupaciones naturales mias;
Y por vengar los odios ciudadanos,
Tratar sin fe mis ligas temerarias
Con fraudes y con pactos inhumanos.
Llamaba las naciones mas contrarias,
Pródiga del esfuerzo ántes robusto,
Exercitando sus crueldades varias.
Porque allí con el pacto mas injusto
Del orbe, mis magnates se ligáron,
Como Antonio con Lépido y Augusto.

Al fin, todas discordes nos miráron,
¡O imperio fiel! si entónces te juntaras,
Como tus enemigos se juntáron,
¡Qué tirano comun no atropellaras!
Es cierto que con próspera venganza
En sus reynos el tuyo dilataras;
Y tiemblas hoy debaxo de su lanza,
Mirando el hierro de tu sangre tinto,
Dudoso entre el temor y la esperanza.
Pero salgamos de este laberinto,
Que la cuerda que atamos en la entrada,
Faltará en el horror mas indistinto.
Y tú, si vida anhelas descansada,
Acomódate al trato humilde y llano,
Cesa de la divina y retirada.
No contradigo que huyas el profano
Vulgo con Trimegisto, que te endiosa,
Con tal que te gobiernes como humano:
Que la fortuna, ó no reparte cosa,
Sabiendo á quien la da, sino así á bulto,
O hasta que se le quita, no reposa.
Y si tú no eres uno del tumulto
De los que la freqüentan, si imaginas
Que la traerás á tí, viviendo oculto:
A turbia luz la condicion le atinas,
O esperas que otra excelsa Providencia
Te cargue de riquezas repentinas.
Agráviate en justicia y en prudencia,
Quien piensa que, de justo ó presumido,
Esperas en la fe de tu conciencia,

Que otro Habacuc de un pelo suspendido
Te trayga los manjares por el viento,
A punto, sin tardanza y sin olvido.
Así que, muda estilo y argumento,
Y no te admires de que yo te exhorte,
Que animes tus acciones con aliento,
Siguiendo dellas la que mas te importe,
Y que acudas solícito á dar voces
A Roma, ó si te place, á nuestra corte.
Estudios tienes, Príncipes conoces,
Por cuyo beneficio en pocos dias
Podrá bien ser que el premio dellos goces;
Y esto sin fraudes y sin simonías.
¿Qué sabes tú la suerte que te aguarda,
Y quan ingratamente desconfias?
Que no se pierde, no, lo que se tarda;
Y si no lo procuras, si lo dexas,
Diremos que el descanso te acobarda.
Mas yo quiero callar, pues te aparejas
A responderme, y rato ha que te veo
Morder los labios, y arquear las cejas.
Señal, ¡ó Euterpe! que con el deseo
Que muestras de mi bien con animarme,
Mas que con el consejo me recreo.
Di, ¿qué quieres que haga? ¿he de formarme
De nuevo? ¿he de alquilar inclinaciones?
¿O puedo de las mias despojarme?
Que puesto que á lo activo me aficiones
A costa de mi genio; es á gran costa,
Gran obra, y mas los medios que propones.

Mas fácilmente correrá la posta
Una tortuga, y por sufrir el yelo
Sacudirá de sí su alcoba angosta,
Que pueda yo (y perdone tu buen zelo)
Ser industrioso y ágil como dices,
Contra la inclinacion que me dió el cielo:
Y los que le resisten infelices,
Quando de ocupacion tan importuna
Cargan el grave yugo á sus cervices,
El carro van tirando de Fortuna,
Que triunfando la llevan domeñados,
Como á Vénus, ó á Juno, ó á la Luna:
Que á sus cisnes ó pavos enfrenados,
En mi opinion serán los pretendientes
Con metáfora propia comparados.
¿Pues querrás ver mis alas obedientes?
¿Que sufra su coyunda, y tasque un freno,
Aunque lo forje de oro, entre los dientes?
El pasage de Roma no condeno:
Mas, si no para risa de curiales,
¿Para qué seré yo en Italia bueno?
Porque en vez de afilar los memoriales,
Para herir los datarios, precediendo
Tributo y humildad á sus umbrales,
Curioso me verias inquiriendo.
Donde fue el primer muro y el Pomerio,
Que al Aventino monte va excediendo:
En quál foro se dió al odioso imperio
(Viendo á Lucrecia muerta) la sentencia
Por consejo de Bruto y de Valerio:

Donde hizo el buen Camilo resistencia
Al Senado inconstante; y en qué parte
Cedió Papirio á la comun violencia:
Los circos, los teatros donde Marte
Tantos émulos vió como varones,
Para cuya alabanza es muda el arte;
Y adonde yacen de los dos Cipiones
Las venerables casas (hoy ruinas),
Templos de tantos belicos blasones;
Y en las tierras fructíferas vecinas,
Taladas por el pérfido africano
Hasta las tusculanas y latinas,
A quáles perdono la astuta mano,
Para hacer sospechoso á Quinto Fabio
Con el pueblo y exército romano.
(Mas él vendiolas como fiel y sabio,
Y libró con el precio muchos presos,
Y convirtió en su crédito el agravio.)
Pedazos de arquitrabes y de fresos
Andaria notando, que la gloria
Han sido ya de bélicos sucesos.
Y el ánimo inflamando en esta historia,
Lo libraria del tiempo que ahora corre,
Con la dulzura de mejor memoria.
Pues voyme á nuestra corte, ó á la torre
Que edificó Babel, y de su trage
Madama Hipocresía me socorre.
Entro en la variedad de su lenguage:
Pídoles agua, y dánme cal ó arena;
Y sufro bien este primer ultraje.

Quiérome retirar; mas la sirena
Por voz de algun ministro me detiene,
Quando entre dulces esperanzas suena.
Pasan los años, pero nunca viene
El vuestro; y quando viene, danos cosa,
Que ni arma á vuestro talle ni os conviene:
O por ser desigual ó vergonzosa,
O para siempre estar sobre las alas
Conservando una gracia peligrosa,
Tan alta que dará cuidado á Palas,
Quanto mas al que pobre de consejo
Busca el sueño de tantas noches malas.
Tuviera en hora buena por espejo
Useñoría y otros encumbrados
De las alas de cera el cuento viejo:
Que ya para volar aparejados,
Dédalo al mozo Icaro le dixo,
Por tierra estamos y por mar cercados;
A vuelo habemos de librarnos, hijo:
Mas vuela entre dos ayres, no te arrojes
Sino por el camino que yo elijo:
Que si la medianía por mí escoges,
Del sol y el mar te librarán tus plumas,
Digo sin que te abrases ni te mojes.
Pasó el viejo, y un templo fundó en Cumas:
Cayó el rapaz; y con el nombre suyo
Intituló sus trágicas espumas.
Por esto no te admires si me excluyo
Del tráfago; y me apelo á mi retrete,
Donde á mi soledad me restituyo:

Donde si la fortuna me acomete
Con quanto poseyéron Craso y Creso,
No habrá prosperidad que me inquiete.
Mi pensamiento, ya no como preso,
Sino como consorte y grato amigo,
Reprueba los que vuelan con exceso;
Y en la continuacion de estar conmigo
No es fácil de creer quan de su grado
Sigue el mismo dictámen que yo sigo.
¿De qué sirve picarle á que irritado
Aperciba las velas y los remos
Para buscar sosiego á nuestro estado,
Si entre nosotros mismos le tenemos?
¡O exêcrable ambicion, que nos encantas,
Para que ni él parezca ni le hallemos!
Como escarpin revuelto entre las mantas,
Calla escondido sin hacerse fuerte:
Luego ¿qué importan diligencias tantas?
Acomodarse el hombre con su suerte,
Y abrazarse con ella es paz y vida,
Y todo lo demas discordia y muerte.
Pero pongamos caso que me pida
El sí fortuna (que le pide á pocos),
Y con rentas y cargos me convida;
Y que con una mitra me hacen cocos,
Y coronan mi frente (aquesta frente
Vaso de muchos pensamientos locos):
¿Tendré por eso el ánimo obediente
A la razon? ¿desterraré la harpía,
Y con ella tambien la sed ardiente?

¿Piensas tú que en el cargo ó prelacía
Tranquilidad del ánimo perfecta,
Segun hoy está el mundo, hallar podria?
Ni la fortuna da, aunque la prometa,
Al que aspira á subir sobre su cumbre,
De sus descansos posesion quieta:
Sino solicitud y pesadumbre,
Bascas mortales, y en su imperio ciego
Lazos de no creida servidumbre.
Pues donde las riquezas y el sosiego
Como amiga te guarda; allí se esconde
Para sacar de tí donayre y juego.
Agora se me acuerda un cuento, donde
Verás lo que sucede á cada paso,
Que al propósito desto corresponde.
Un hombre labrador cavando acaso
Atento á la cultura de su huerto,
A media vara halló enterrado un vaso.
Suena la azada, y á los golpes cierto
Y formado salió el cántaro ó jarro
Con un beten fortísimo cubierto.
Era el atapador tambien de barro
A modo de pirámide; y tan dura,
Que la quebrara apénas un guijarro.
Y como en esta tierra se murmura
Que hay en ella escondida plata y oro,
Pensó que estaba dentro su ventura.
Dichoso yo: sin duda que es tesoro,
Dixo, que en los peligros de la guerra
Aquí lo sepultó algun rico moro.

Saca su hallazgo de la amiga tierra,
Prometiéndose ya de comprar quanta
Alcanza á ver, con lo que el vaso encierra.
Las manos tiemblan quando lo levanta,
Mirando á todas partes con cautela,
Que ladron se le antoja qualquier planta.
Ya al fin nuestro dichoso se rezela,
Y á solas, de testigos retirado,
Abrir quiere la urna ó tinajuela.
Pero aunque le entristece el peso amado,
(Porque segun lo estima y lo que espera,
Se le antoja liviano demasiado),
Lo excusa luego; porque considera
Que la carga que aplace no es pesada,
Y que el nuevo placer se la aligera.
Al fin en lo interior de su posada
Cierra su puerta, y las endrijas tapa,
Y aun quisiera á la luz negar la entrada.
Tras esto extiende próvido la capa,
Y forcejando por no hacer ruido,
Como pudo lo rompe y desatapa.
Trastorna la vasija persuadido
Que estaba del mas fino oro maciza
Entre joyas antiguas embutido:
Pero envueltos le arroja con ceniza
Huesos medio quemados (de varones
Quizá, que alguna historia solemniza).
Atónito entre varias opiniones,
Llega á tener por cierto que el demonio
Aquel tesoro transformó en carbones.

Si él pudiera entender á Suetonio,
Que nos dexó en las vidas que dispuso,
De exêquias de aquel siglo testimonio,
Cierto de que ya un tiempo hubo aquel uso
De sepultar, no hallara causa alguna
Para quedar burlado ni confuso.
Así nos enriquece la fortuna,
Quando ya por rigor, ya por clemencia,
Sale á nuestros designios oportuna.
Prometiónos el gozo y la opulencia
De su prosperidad; pero no tarda
Ni un instante á probar nuestra experiencia,
Que es ceniza el tesoro que nos guarda.

OTRA.

Para ver acosar toros valientes
(Fiesta africana un tiempo, y despues goda,
Que hoy les irrita las soberbias frentes)
Corre agora la gente al coso, y toda
O sube á las ventanas y balcones,
O abaxo en rudas tablas se acomoda.
Así miráron étnicas naciones
Míseros reos en teatro impio
Expuestos al furor de sus leones.
Que tanto importa el ver, Fernando mio,
De nuestra plebe un número liviano,
Que entra á pie con un toro en desafio,
Que ardiendo en la canícula el verano,
Ni edad ni sexó en todo el pueblo habita,
Que falte al espectáculo inhumano.

Yo no concurriré por mi exquisita
Austeridad, aunque el benigno indulto
Ver fatigar las fieras me permita.
Y así te escribo miéntras que el tumulto
Vulgar nuestro quartel desembaraza,
Y en grata soledad me dexa oculto.
Allá brame alterada la gran plaza,
Si el toro descompone á algun ginete,
O á algun pedestre incauto despedaza:
Y obre mi pluma aquí lo que promete,
Siquiera por hallarse libre agora
De plebeyo clamor que la inquiete.
Quien como yo tu candidez no ignora,
Y la capacidad que la acompaña,
O, por decir mejor, que la mejora,
Bien ve que ni se engaña ni me engaña
En persuadirme que á la corte vuelva,
Donde premia los méritos España.
Mas aunque me condene esa gran selva
De la virtud, escúchame primero,
Antes que á ser su huésped me resuelva.
Muéveme tu opinion; mas considero
Que es tiempo ya de consagrar al ocio
De una pared mi veterano acero;
Y á Esculapio, que asiste al sacerdocio
De la medicinal Sapiencia, un gallo,
Léjos de todo extrínseco negocio.
No dirás que jubilo un fiel caballo,
Quando le veo caduco, y las costillas
Sobre el pelo decrépito las hallo.

Con fuertes brazos y ágiles rodillas
Me dexa discurrir Cesaraugusta,
Bien que desengañando mis mexillas.
Segun lo qual, ¿será obediencia justa
Que yo trastorne agora la vivienda,
Menospreciando mi salud robusta?
Fuera yo sin tardanza y sin contienda
A vivir donde el campo Levorino
Ensalza aquella fábrica estupenda:
Para cuya lisonja en el vecino
Ambito forma un lago el mar Tirreno
Junto al ántes ostrífero Lucrino:
Y dando espejo á todo el sitio ameno,
En deliciosos márgenes se encierra,
Desde Estabia al sepulcro de Miseno.
Volviera á ver la generosa tierra,
Que á las doctas Piérides ayuda
Hasta en los mismos trances de la guerra.
Ociosa llama á Nápoles sin duda
La antigüedad por este gran respeto,
Aunque jamas del yelmo la desnuda.
Es bien verdad que allí el correr Sebeto
Por tan rico arenal como Pactólo,
Tanto apoya el honor de cada objeto,
Que en la milicia juzgarás que solo
Se edificó para el furor de Marte,
Y en la tranquilidad para el de Apolo.
¿Mas donde me llevó, á pesar del arte,
Tu nombre ¡ó gran ciudad! gloria de Hesperia,
Y el invencible amor de celebrarte?

Digo, pues, prosiguiendo en la materia,
Que aquí, donde á las púnicas cervices
Puso el último yugo Celtiberia,
Ciertos designios quiero ver felices,
Antes que el tiempo, que mis flores seca,
Les penetre severo á las raices.
Si contra mi opinion no se me trueca
Láquesis, que de paz mis años hila,
Ya no sin ansias de aliviar la rueca,
Ponerlos pienso en soledad tranquila
A vista del cuchillo nunca ocioso,
Que en la misma salud su hermana afila.
No infieras desto que amaré el reposo
Estrechado á la aldea, huyendo el trato
A la vida política forzoso.
Amaréle, picando el gusto un rato,
Para volverme á la ciudad con gana
De jamas retirarme al sitio ingrato:
Que quien vive en la aldea una semana,
O vive un siglo, ó reducir desea
A desesperacion la fuerza humana.
¿Quién sufrirá el silencio de una aldea
Desde que el sol su agreste plebe envia
A sudar en los campos la tarea?
Queda entónces tan sorda y tan vacía,
Que ni una voz, y á veces ni un ruido
Suena en las horas útiles del dia.
Y si sueltas la lengua á grito herido
Por ver si hay gente, el eco lo repite,
Y responde en el barrio algun ladrido.

Mi ardiente condicion no me permite
Por ahora, que en parte tan agena
De comercio, el espíritu exercite.
Nuestra ciudad gentil, de ingenios llena,
Lo retira, lo ocupa y lo divierte,
Alternando el alivio con la pena;
Sin que por ambicion lo desconcierte
Del ambiguo Proteo el cauto estilo:
Gracias á quien lo ató con lazo fuerte.
Con lo qual, ó me excuso ó me jubilo;
Y si mi edad no vuelve atras, no aguarde
Que yo avive en la corte el curso al hilo.
¿Qué haré, qué, por prudente ó por cobarde,
Si para pretender me llama, entiendo
(Y aun para ocioso) que me llama tarde?
Vacar ahora á la quietud pretendo,
Y así con la feliz tabla, por voto,
Mis húmedos vestidos le suspendo.
Segunda vez no acuse mi piloto
El furor de Neptuno, que hoy forceja
Entre las ondas con mi barco roto:
Esfuerce á gritos la reciente queja,
Como quien libre del primer encuentro
La fuga en los peligros aconseja;
Y aunque le ofrezcan hoy compradas, dentro
De un odre la tormenta y la bonanza,
Arbitros de las ondas hasta el centro,
No salga á pretender nueva alabanza:
Abrace de esta vez los desengaños
Que liviana desprecia la esperanza.

El escarmiento es hijo de los años
Mal advertidos, que nació en provecho
Del que descubre antídoto en sus daños.
Quanto á mí, ni en las sienes, ni en el pecho
Puedo ufanarme de excelentes dones
Que produzcen legítimo derecho:
Mas viendo como trata los varones
Graves el disfavor, ¿quién no aborrece
Las mas proporcionadas pretensiones?
Dime, ¿qual voz á la virtud no ofrece
En la corte alabanzas? ¿ó qual zelo
Se entibia al protestar que las merece?
Mas quando ella las oye expuesta al hielo,
¿Hay techo que la hospede ó que la abrigue
A precio de una cédula del cielo?
Si se dió á conocer, nadie la obligue
A echar por otra senda en manifiesto
Agravio de la causa que prosigue.
¿Puede hacer mas por sí que haberse puesto
De buen ayre al umbral de la fortuna,
Sin querer que con término inmodesto
Curse desde la aurora hasta la luna
El soberbio cancel de algun privado,
A los duros sirvientes importuna?
¿Y que no habiendo un átomo ganado
Con la solicitud de la requesta,
Ni con la vigilancia del cuidado,
Se aflija siempre allí, á pasar dispuesta
Por las indignidades con que suele
Picarnos la antecámara molesta?

Aconsejémosle que se cautele
Contra los que le pierden el decoro;
Y que atento el rigor que la compele,
Trueque la sencillez del siglo de oro
Por el metal, que al mismo siglo aplica
La altivez de su título sonoro.
O que, no siendo negociante rica,
Sus alas tienda, y por el ayre vano
Huya el comercio de la usanza inica.
Agora digo que á consejo sano
El volver á su tráfago rehusa
Cierto bien entendido cortesano:
Y porque asimos ámbos de una excusa,
O con mas propiedad, repulsa honesta,
Aunque adornada en plática difusa:
Referiré mi instancia y su respuesta;
Pero con tal medida, que se acabe
Antes que el pueblo vuelva de la fiesta.
Yo, y un amigo fiel, para suave
Y breve diversion del exercicio,
Que profesamos importante y grave,
Nos salimos á holgar, quando propicio
Desempeñaba sus promesas Mayo
A la felicidad y al artificio.
Edulio (el monte que de Caco ó Cayo,
O por ser cano en la nevada frente,
Lo llama la vulgar lengua Moncayo)
Nos recibió en su falda floreciente,
Soledad voluntaria del amigo
Rústico ya, mas rústico prudente.

En aquella heredada valle, abrigo
A la granja, que logra el fértil suelo,
Vive con sus cultores y consigo.
Allí se ajusta bien con el modelo
Del cuerdo labrador, que pinta Horacio
Con poética voz, llamado Ofelo.
Y (aunque grato á la corte y á palacio)
Prefiere las verdades naturales
Del campo, adonde vive mas de espacio.
Llegamos, pues, alegres y joviales
De mañana, y habiéndolo él sentido,
Ocurrió diligente á los umbrales;
Y tal, que por el trueco del vestido,
Y aun del rostro, no fuera maravilla
No haberle por entónces conocido.
Renunció la artizada lechuguilla,
Donde para roernos las orejas,
El acero sutil frunce una milla.
Tundió el copete, huyéron las guedejas,
La barba reformó, y en lo restante
Era el pelo mas corto que las cejas.
Su gabancillo verde, semejante
A las plantas que ornaban su cortijo,
Bien que de gorgorán terso y brillante.
¿Quién los abrazos, quién el regocijo
Con que nos recibió decir podria?
¿Lo que ámbos le diximos, y él nos dixo?
En casa al fin con suma cortesía
Y afecto singular nos introduxo,
Que toda al parecer se nos reía;

De la qual hoy no esperes el dibuxo,
Porque para escribírtelo conviene
Un gran socorro de eloqüente influxo.
El con recato en su familia tiene
Puestos los ojos, y ella en centinela,
Para los ministerios que él previene:
Y en fuerza desta ley, que la desvela,
Miran su habitacion con tal concierto,
Que no parece granja, sino escuela.
Admite diversiones, no inexperto
De que obran la salud si guardan traza,
Aunque él siempre las toma á tiempo incierto.
Ya el robusto exercicio de la caza,
Ya el de sus varios libros le recrea,
Con cuya docta soledad se abraza.
Allí en graves historias, ó en la idea
Que forman una y otra Monarquía,
Por la espaciosa antigüedad pasea.
Usa tal vez de crítica osadía
Solo en lo substancial de leccion rara,
Si en el sentido de su autor varía.
Y adonde no quedó corriente y clara
Por voces ó por sílabas traspuestas,
Con buril judicioso la repara.
(Bien que muy poco en el cansancio destas
Ocupaciones prueba el sufrimiento,
Porque le son derechamente opuestas.)
O escribe en prosa, ó con heroyco acento
Mueve la voz, ó en amorosa lira,
Y tal vez en satírico instrumento,

Ni se desdeña de abaxar la mira
Al ignorado cómico lenguage,
Con que á desagraviar zuecos aspira.
Y así sobre el amor del hospedage
Digo, que no hay Platon, no hay Ateneo,
Que en su conversacion se le aventaje.
En una que mostró hablar con deseo
De la corte (á lo ménos con ternura)
Le preguntamos, sin buscar rodeo,
Que puesto que el dexarla en coyuntura,
Que todos esperaban lo contrario,
Les pareció eleccion de su cordura;
Porque el juicio de la corte es vario,
Nos dixese la causa verdadera,
Que lo reduxo al trato solitario.
Bien echamos de ver que él no quisiera
Que le hubiéramos dado en el secreto
Que altamente repuesto persevera;
Y así encubrió el dolor como discreto:
Y aunque fué la pregunta con halago,
Habló como obligado por precepto.
Comenzó como el huésped que en Cartago
A la Reyna, despues de la gran cena,
Dibuxó á Troya, y refirió su estrago.
Mandaisme, dixo, renovar la pena
Escogida por mí en la servidumbre
Que profesé arrastrando su cadena.
Responderé con risa y mansedumbre,
Porque la pretension de la pregunta
Es mas curiosidad que pesadumbre.

Lo mismo haré, aunque llegue toda junta
Con este fin la astucia cortesana,
Para que en mí no hiera adonde apunta.
Demas que la ocasion fue tan liviana,
Que por ventura mas de antojo mio,
Que de acordada providencia mana.
La ingratitud que usurpa el poderío
De la justicia acrecentó accidentes
Tales, que ocasionáron mi desvío.
Corriendo sobre méritos recientes
Mi pretension, y ufana con la gloria
De los que ella imitó en sus ascendientes,
Entró en los arcaduces meritoria:
Más quitáronle el lustre al darle paso,
Y descendió excluida y sin vitoria.
Limpia corriente así habreis visto acaso,
Que del canal por donde se deriva,
La coge turbia y agraviada el vaso.
Callé siguiendo la prudencia activa,
Que sufrir manda, y que con hacimiento
De gracias el agravio se reciba.
Entre nuevas promesas cobré aliento
Para la gran fatiga: (¡ó quien jurara
Entónces obediencia al escarmiento!)
Volví, porque el valor no desampara
Sin grandes ocasiones el oficio,
Y mil veces tenté la gracia avara.
¿Quáles pasos no anduve en beneficio
Del suceso? ¿qué tretas, ó qué engaños
No descompuse á fuerza de juicio?

Viéndome, pues, sin crédito, y los daños
De vivir con injuria conocida,
Infamando el remedio tanto años,
Resolví con despecho la salida:
(A mengua ó á rencor se me atribuya)
La hacienda restauré, el honor, la vida.
Y aunque no hay que esperar de parte suya,
Temo (¡hay tal cosa!) que se enmiende, y temo
Que con la nueva enmienda me destruya.
Porque me volverá sin duda al remo,
Persuadiéndome pérfida, que olvide
Esta paz, que me da el contrario extremo.
Pero hasta entónces nadie me convide
A sus solaces, ni le cause espanto
Esta interposicion que nos divide;
Porque las alegrías de su encanto
(Demas que dan veneno en el azúcar)
Cuestan superfluas, y aun forzosas tanto,
Que ni el tesoro que relanza el fucar,
Ni el de las naves, que en el mar del norte
El Potosí transportan á San Lucar,
Son para que el honor viva en la corte
Sin quiebra tal, que al término maduro
Su escritorio ó su crédito no aborte.
Empeñó ayer la plata; hoy vende el juro,
Que ya ni sobre prenda equivalente
Fuera el prestarle fácil ni seguro.
Acude al fin por último expediente
Al voraz logro, que es la injuria suma
A que puede llegar el imprudente;

Y en vil contrato añudadora pluma
Le expone el gran sudor de sus mayores
Al cambio que apretante lo consuma:
Hasta el preciado arnés por los honores
Grabados á ocasion de los efetos
Quizá de sus abuelos vencedores:
Timbre para exhortar los tardos nietos,
Vulto agora vulgar de unos metales
A la ganancia ilícita sujetos.
Las semillas crecientes, los frutales
Se afligen de la tácita violencia
Con que agravia los genios naturales.
¿Verá naturaleza con paciencia
Entrar la servidumbre, adonde el fruto
Hierve en lo impenetrable de la esencia?
¿Y que él suba á la luz como tributo
Debido á la cautela que imprimimos
En la anticipacion del cambio astuto?
¿Y que de ingenua cepa los racimos,
Que purpúreos ó pálidos madura
Entre sus hojas pródigas opímos,
Crezcan hipotecados á la usura
De los artificiales intereses,
Que Mercurio introduxo en la escritura?
¿Sufrirá que ministros descorteses
Executen aquellas (si su dueño
No viviera en la corte) libres mieses?
¿Quántas veces pensais que perdí el sueño
Por lucir con verdad, sin que una prenda
Conociese las uñas del empeño?

En la que veis hereditaria hacienda
Hasta aquel gran lugar que se divisa,
Donde suelo acudir por breve senda;
Vida ya diligente, ya remisa
(Como lo habeis probado agora) vivo,
Envidia á cuerdos, á ignorantes risa.
A la sombra benigna de un olivo
Oyo mas de una vez balar mis greyes,
No léjos de los campos que cultivo.
Donde al sudor de laboriosos bueyes,
Me dan sus dones Pales y Pomóna
En mesa libre de enfadosas leyes.
Este valle en que Agosto se corona,
Es la patria del pan, y de una sierva
Cuya industria lo amasa y perficiona:
El que á mi servilleta se reserva,
Y otro segundo que á mi gente damos,
En mies lo he visto yo, y la mies en yerba.
Las comidas con fruta comenzamos,
Que yo la he visto verde, sazonada,
Y agradecida á los felices ramos.
Aunque, á sus tiempos, la que mas me agrada
Es el grave melon, á cuyos senos
Blanco ó roxo el azúcar se traslada.
Y en largos higos no me incita ménos
La ociosa madurez que en moscateles
De oro cubiertos, y de almíbar llenos.
Diversas, y al estómago no fieles,
Yerbas concurren al temprano halago,
Que siempre me enamora en los manteles:

Y si en ellas me empeño, con un trago
De néctar, que no llegue á ser caduco
Por mas que se envejezca, satisfago.
Y aunque lo asado con clavel maluco
Me fue apacible, de humildad lo evito
Por la vil refeccion de un gallo eunuco:
Mas no el indispensable requisito,
Olla cortés, que su cuidado envia
A la necesidad y al apetito.
Carne de fieras que este monte cria,
Pastelon con especias me la cueza,
Y me la entregue inaccesible ó fria.
Lo demas con muy pocas lo adereza
Industrioso el aliño de mis lares,
Porque triunfen el vientre y la cabeza.
Por esto nos vedó recios manjares,
Y quanto á mí confieso que me adula
Con la facilidad de los vulgares.
¿Pues qué si los groseros disimula?
Bien que con hambre rústica el engaño
Tiene ménos que hacer que con la gula.
Un cabron que abre el paso á su rebaño,
Cuya prolixa barba hacer pudiera
Venerable la faz de un ermitaño,
Guisado nos lo sirve por ternera,
Que aun no dexó la leche por la grama,
Ni armó la frente de altivez primera.
Mas quien la vida destos bosques ama,
¿Qué manjares acusa? ¿aquí Epicuro
No enmendará sus platos y su fama?

Quanto al beber, con este arroyo puro,
Y con fixa asistencia de la nieve,
Vino indomable desarmar procuro.
Mas ya música mano en torno mueve
El frasco, y á compas me lo evapora,
Y me lo hiela en término mas breve.
¿Qué vihuela gentil, qué arpa sonora,
Qué cítara de blanda pluma herida
Rinde el son que mi alegre cantimplora?
¿Aplicó así la nieve endurecida
En Grecia ó en Italia algun Pincerna
Zeloso de la frígida bebida?
Si él conduce la nieve quando ivierna,
Para arrimarle un frasco en el estío,
Mas ingeniosa fue la sed moderna;
Pues de aquel refrigerio, por tardío,
A su gusto apeló, donde fue hallada
La brevedad del movimiento frio.
La nieve, pues, cerúlea de obstinada,
Aunque ya llegue á ser de las turquesas
Imitadora entónces ó imitada,
De las cumbres que el sol le dexa ilesas,
Baxe á darnos con ócio ó con estruendo,
Júbilo todo el año á nuestras mesas.
Por el sabor con que os lo voy diciendo,
Vereis quan sin preciarme de valiente,
Del amor de la corte me defiendo.
Aquí, de sus desórdenes ausente,
Pienso tener por único aforismo,
Librar de toda sujecion la mente:

Para ver desde el centro de mí mismo
Quantos designios y esperanzas lleva
Con trágicos sucesos á su abismo.
Así el agricultor que huyó á la cueva,
Las inclemencias en quietud segura
Mira cómo graniza ó cómo nieva:
Y del rigor con que la nube escura
Los surcos y los árboles embiste,
La duracion del tiempo conjetura.
Confieso que á las veces ando triste;
(Que soledad muy proseguida enoja,
Y hasta que os ve impaciente no desiste)
Pero quando me aprieta esta congoja,
Soy de un engaño fácil socorrido,
Que me alienta el espíritu y la afloxa.
No pienso en el objeto desabrido,
Que, por presente, invariable y cierto;
Incurrió en la desgracia del sentido:
Y á que piense en afanes lo convierto,
De cuya infelicísima agonía
Vive privilegiado mi desierto:
Que aquí ni la ambicion finge y porfia,
Ni el inocente arado ó ruda azada
Ofrece á la privanza idolatría:
A la privanza que con ver la espada,
Que sobre su cerviz del techo pende
Al pelo sutilísimo añudada;
Tanto á evitar los émulos atiende,
Que la virtud, que en otros pechos mira,
Solo por benemérita le ofende.

No ve que si el favor se le retira,
Y de las dos fortunas vence aquella
Que la gracia real convierte en ira:
Luego sus confidentes le atropella,
Para que tiemble el ya infelice estado
De envidiosa, hasta allí, muda querella.
Que al fin si en la potencia del privado
El haberle ofendido es peligroso,
¿Quanto mas lo será el haberle amado?
El número pues siervo, que oficioso
Por fortunas agenas se fatiga,
En todas temerario ó temeroso,
Léjos, léjos de mí: nadie me diga
Que restituya mi esperanza al peso
De que esta soledad la desobliga.
Díxele entónces yo, que no por eso
Su ausencia, aunque causada por agravios,
Dexará de juzgarse por exceso.
Que no vuelve la voz si de los labios
Salió una vez. ¿Mas la opinion? Sujeta
Vive á la enmienda en los varones sabios.
Y aquella ensalzan ellos por perfeta,
Que se acomoda al tiempo, y que mirase,
Que es él quien las acciones interpreta.
Que volviese á la corte, y no negase
Su industria á la república; y que luego
La rústica vivienda licenciase.
El, con un cierto irónico sosiego,
Hizo un discurso, cuya conseqüencia
Sacará sin trabajo qualquier lego.

Dixo que por preceptos de prudencia
Se ausentó de la corte, y que la amaba,
No embargante el misterio de su ausencia.
Que el volver á su trato dilataba,
No sin exemplo grave, y que él sabia
La consideracion que lo estorbaba.
Mas yo agora, como él cerró aquel dia
Con un cuento vulgar sus digresiones,
¿No podré á su tenor cerrar la mia?
Dixonos: ya sabeis que en las regiones,
Adonde predominan los impíos
Siete bueyes, llamados Setentriones,
Los ayres del ivierno son tan frios,
Que, sin contradiccion, suspenden fuentes,
Condensan lagos, y entorpecen rios:
Tanto, que sobre indómitas corrientes,
Que un tiempo imitadoras del diluvio,
Ni conociéron márgenes ni puentes:
Por donde el Rin, el Albis y el Danubio
Benignos admitiéron remo y vela,
Pasa á pie firme el villanage rubio.
Mas no siempre las ondas sin cautela
Yacen heladas, que el humor vecino
Al centro algunas veces no se hiela:
Y así cruxe pisado el cristalino,
Y rompe la corteza, confundiendo
La plebe en la mitad de su camino.
Perece el hijo al padre socorriendo,
O por librar la medio sumergida,
Madre ó esposa del peligro horrendo.

La inútil ya vejez destituida
Del nieto en la ribera lo lamenta,
Y al fin todo es tragedias de la vida:
Y aunque entónces el rústico escarmienta,
Indócil al reposo, no reposa
Hasta que vuelve al agua fraudolenta.
Mas sin el gran resguardo apénas osa;
Que la necesidad, en casos tales
Filosofando, le advirtió ingeniosa.
Advirtió que en los meses ivernales
(¡O sabia fiera, Ulises de las fieras!)
Quando á pasar por ese hielo sales,
Antes que lo atravieses consideras
Si agua en el fondo bulle desatada,
O la misma que muestra en sus riberas.
Pues por vivacidad que te fue dada,
Para que en tus ardides te socorra
En las orejas siempre desvelada;
Como se mueve el agua, ¡ó cauta zorra!
Oyes el murmurar de la corriente,
Por oculta y pacífica que corra.
Y como tu venida no es freqüente,
Y ella en cadenas rígidas esconde
Los indicios del lúbrico accidente:
Con la satisfaccion de que por donde
Pasais vosotras, todo el seno es puro,
Y que á la superficie corresponde:
Quando parís, y del albergue oscuro
La parida tal vez desaparece,
Llega el villano robador seguro,

Y en la tardanza, que ocasion le ofrece,
Le arrebata del parto una zorrilla,
Que despues mansa en sus cortijos crece.
Andando allí, ó muy falsa ó muy sencilla,
A las gallinas sirve, y con los canes
Al desvelo doméstico se humilla.
De allí la sacan hoy los alemanes
Por adalid, y exploradora astuta,
Junto con el caudal de sus afanes.
Y es mucho de notar como executa
Su oficio entre el silencio y el sonido
En discurriendo por la orilla enxuta.
Que si atenta al exámen del oido
Siente líquido humor, que oculto hiende
Para hacer cavernoso el cuerpo unido:
Con grato instinto y como quien entiende,
Que aquella turba que la trae por guia,
De su averiguacion sutil depende:
O se asienta en el campo, ó se desvia,
Para advertir que el hielo es quebradizo,
Y que del fiel pasage desconfia.
Mas quando yerto y sordo satisfizo
A la curiosidad y á la esperanza,
Y le promete el tránsito macizo;
A tomar el camino se abalanza
Con intrépidos pasos la primera,
(Seguridad y honor de su asechanza).
Yo con la plebe que su exemplo espera,
Proseguiré el pasage; pero hollando
Los sagaces vestigios de la fiera.

Así acabó: y así, dulce Fernando,
Digo tambien con paz de mi rezelo,
Que á tu servicio iré á la corte, quando
Otros den gracias á la fe del hielo.

EPISTOLA.

Dícesme, Nuño, que en la corte quieres
Introducir tus hijos, persuadido
A que así te lo manda el ser quien eres.
Que ya la obligacion con que han nacido,
Concede á su primera edad licencia,
Para que intenten á volar del nido.
Que en los umbrales de la adolescencia
Poniendo acíbar junto de la leche,
O el pedagogo evitas, ó su ciencia;
No porque como inútil se deseche,
Sino porque les des la que él no alcanza,
Que al trato humano mas les aproveche.
Supuesto, dices, que han de hacer mudanza,
¿Adonde ocurrirán como á la corte,
Unica perfeccion de su crianza?
Si estás resuelto de seguir su norte,
Precediendo consulta, no me atrevo
A estorbarlo por mucho que te importe.
Mas si en virtud de otro consejo nuevo
Quisieres ver que el tuyo es peligroso,
Mira quan sin efugios te lo pruebo.
Bien que si huyendo el paternal reposo,
Al espanto te expones ó á la ira
Por algun caso, ó grave ó afrentoso:

Si tus amadas prendas (á quien mira
Como á su luz tu patria) ver deseas
Despojos de la pública mentira:
Y si cebarse en las mohatras feas
(Habiendo el patrimonio trastornado)
Te persuade alguno que los veas:
Sí ciegos al honor, y del cuidado
Del gobierno político incapaces,
Y de las calidades de su estado:
Si viciosos, al fin, y contumaces,
En luxuria y en gula vengan presto:
Tráelos á la corte; muy bien haces.
Mirando estoy que te santiguas desto,
Y que enojado quedas ó risueño,
Llamándome filósofo molesto:
Pues enfrena la risa, ó templa el ceño,
Y en mi defensa escúchame entre tanto
Que estas proposiciones desempeño.
Si está en verdad que no nos mueve tanto
Docta declamacion griega ó latina,
Como el exemplo vivo, ó torpe ó santo:
Del padre, que á sus hijos disciplina
Con mal exemplo, ¿quién dirá que es prueba
De la águila que al sol los exâmina?
Pues dar rienda á la edad ferviente y nueva
¿No es culpa de indiscreto amor paterno,
Que á manifiesta perdicion la lleva?
El diestro agricultor al árbol tierno,
De recientes raices, no lo expone
Luego á las inclemencias del ivierno:

Que hasta que su virtud se perficione,
De hojosas ramas entretexe setos,
Cuya defensa en torno le corone.
Así con preceptores y preceptos
Lucirán esos niños, pues los crias
Para que excedan á los mas perfetos.
Y ordénales que busquen muchos dias
La mas útil verdad en las historias,
Y aprendan de las dos filosofías
Con qué medio se alcanzan las vitorias,
Y se guarda la paz; y al fin que apliquen
El pensamiento á verdaderas glorias.
Para esto harás que siempre comuniquen
Con tales hombres, que seguramente
A imitar sus costumbres se dediquen.
Y porque hay enemigos en Oriente,
Y en Africa los hay, y el siglo nuestro
Acá produce ocasionada gente:
Tomen espadas negras, y algun diestro
A enseñarles con modo á herir comience,
(Solo en aquella facultad maestro).
Mas al trabajo (el qual si abunda, vence),
Suceda el ocio; pero no tan largo,
Que contra la virtud se desvergüence.
Y así en el ayo que los tiene á cargo,
Cubra mas que las canas el bonete:
Sepa ser dulce, y si conviene, amargo.
Goce los mismos gages que él decrete:
Que, en bien de tus caballos, si pagaste
Precio tan excesivo por Amete,

No has de juzgar que el ordinario baste,
Para el que de tus hijos trayga cuenta,
A quien como á segundo padre honraste.
Haz que en sus aposentos no consienta
Un page disoluto: ni allí suene
Cancion de las que el vulgo vil freqüenta;
Cancion, que de Indias con el oro viene
Como él á efeminarnos y perdernos,
Y con lasciva cláusula entretiene.
Al curioso inventor de usos modernos,
Copete y goma que lo carguen de heno,
Como al buey cocedor sobre los cuernos.
El quadro que no fuere casto y bueno,
En ningun caso por sus puertas entre,
Porque parece almíbar, y es veneno.
Y haz que tanto concierto se guarde entre
Sus pages, que un descuido, un desaliño
En bufete ó en silla no se encuentre.
Gran reverencia se le debe á un niño:
En los principios su salud consiste:
Por esto á su observancia le constriño.
Porque en su edad con tanta fuerza embiste
Las sencillas potencias el objeto,
Que ninguna un momento le resiste:
Antes agarran del primer conceto,
Y andan como los ojos de la sierva
Atendiendo á sus manos con respeto.
El vaso nuevo así el olor conserva,
Que la primera vez le cupo en suerte,
Ya ministrando á Baco, ya á Minerva.

Pues si en lo que le aplican se convierte
Un niño, ¿puede hacerle mayor tiro
Quien de sanos principios le divierte?
Mi opinion es al fin (porque no aspiro
A caminar por senda tan andada,
Formando con preceptos otro Ciro),
Que quando les conozcas arraygada
Con la eleccion que al ciego error condena,
La fuerza á proseguir determinada:
Que entónces vengan muy en hora buena,
Para que con su exemplo nos refrenen
De lo que aquí nos turba y desordena.
Pero si agora en este tiempo vienen,
¿Qué piensas que hallarán sino ocasiones
Adonde pierdan el candor que tienen?
¿Qué Fabios toparán ó qué Cipiones?
¿A qué Lacedemonia los envias,
Rígida formadora de varones?
Nuño, si á los leones los confias,
La inocencia una vez sola en su lago
Fue recibida con entrañas pias.
Y así el punto en que lleguen por aciago
Con carbon nota; como quien confiesa,
Que juzga por certísimo su estrago.
Tienen aquí jurisdiccion expresa
Todos los vicios, y con mefo imperio
De ánimos juveniles hacen presa;
Juego, mentira, gula y adulterio,
Fieros hijos del ocio, y aun peores
Que los vió Roma en tiempo de Tiberio,

Y los de sus horribles sucesores:
Las noches de Caligula y de Nero
Son á nuestros portentos inferiores.
De Sibaris el trato hallo severo,
Su juventud viciosa penitente,
Si con la desta corte la confiero.
Aquí es tenido en poco quien no miente,
Quien paga, quien no debe, quien no adula,
Y quien vive á las leyes obediente:
Y admitido al honor quien disimula
En pacífica piel hambre de fiera,
Que con modesto nombre la intitula.
Pasea el que en su patria no pudiera
Fiarse á su muger, y por insultos
Quebró los grillos y la cárcel fiera:
Religiosos apóstatas ocultos
En mentiroso trage de seglares,
Sediciosos y autores de tumultos:
De semejantes monstruos, que á millares
Nuestro teatro universal admite,
De Príncipes amigos familiares.
Los nocturnos solaces del convite
En indecentes casas celebrado,
¿Hay aquí autoridad que los evite?
¿Pues mira tú si un jóven freqüentado
De los tales podrá salir modesto,
Aunque de tres aceros venga armado?
Ninguno fue torpísimo de puesto,
Que el agua poco á poco le combate:
Mas quando acuerda se halla descompuesto.

Andad acá, señor, que es disparate
Estar leyendo, dice un Ganimedes
Destos que andan perdidos á remate,
Si habeis venido á estar entre paredes,
Y á no ser visto, claven esa puerta,
Y pongan campanilla, torno y redes.
Como si no viniese en él cubierta
La mas perjudicial que le embaraza
La vida, y la salud le desconcierta.
Salen juntos al prado, que es la plaza
De armas, donde la gran Reyna de Gnido
La gente alista, y sus facciones traza.
Queda el bisoño ya persuadido
A freqüentar los árboles, saeta
De que (sin que lo sienta) quedó herido.
Los Narcisos lo admiten á la seta,
Que mas por randas y almidon suspira,
Que por la perdicion de la Goleta.
Luego que el bozo á dar bigote aspira,
No diré yo si lo arma ó si lo aflige
Con pegajoso baño de alquitira.
Ríndese á un fiel Acates que lo rige,
A cuya risa y voz que desentona,
Cosa que hubiera de imitar corrige.
Este á sus meretrices le aficiona,
Y en el error del laberinto ciego
Sin prevencion le empeña y le aprisiona.
Otro en cuevas sacrílegas de juego,
Donde suenan blasfemias exquisitas,
Dignas de celestial vengador fuego:

Parecen mesas bárbaras de scitas,
Y su estruendo el del címbalo ó tinaja,
Donde habitaba el tarentino Arquitas.
Cállase aquí quien forma la ventaja,
La industria del artífice que juega,
O la suerte que yace en la baraja.
Al fin qualquier novel que se le allega,
O le reduce la virtud á ménos,
O alguna grave enfermedad le apega.
Convídale otro á visitar los senos
Desta gran poblacion de seda y oro,
Y de pinturas admirables llenos,
Que á ley de ingenio valen un tesoro;
En la de Dios, él sabe lo que cuesta
Leda en el cisne, Europa sobre el toro,
Venus pródigamente deshonesta,
Sátiros torpes, ninfas fugitivas,
Y entre las suyas Cintia descompuesta:
Que las tendria por figuras vivas,
Quien juzgarlo á sus ojos permitiese,
Tanto como las juzga por lascivas.
¡Mas que ni un cortés pámpano creciese
El favor del pincel ni otro piadoso
Velo que á nuestra vista se opusiese!
En esta sala el genovés vicioso,
Bañado en ámbar las usuras vierte,
O en juego ó en convite delicioso.
Tiene nuestra española con tan fuerte
Mágica preso al Ligurino bravo,
Que en la lluvia de Dánae lo convierte.

Conservas que navegan desde el cabo
De Zeylan toman puerto en su posada,
Sin que Neptuno quiera ser su esclavo.
Y alli embrocado envuelta la casada
Por ignoto portillo introducida,
Del yugo maridal se desenfada.
Su esposo es noble, y ella bien nacida;
Pero aquella paréntesis ¿qué importa
En un discurso largo entremetida?
Demas que otra madama, y no de corta
Fortuna, no desdeña el hurto mismo,
Y un grave exemplo, si no manda, exhorta.
Deste y otros secretos es abismo
El confidente amor de una vecina,
Que nunca ha cometido solecismo.
Esposa fue de un César Mesalina,
Y lámparas de bálsamo dexaba,
Techos de oro en la cumbre Palatina,
Y al candil, que en la casa un Lenon daba,
Augusta meretriz, hasta el ombligo
Desnuda, por vil precio acariciaba.
Pensó que hurtando el nombre y el postigo,
Que abre y cierra á sus cómplices Licisca,
Evitara la infamia y el castigo.
Harto mas cauta á su interes se arrisca
Nuestra godeña, si al galan secreto
Los cambios por injustos le confisca.
No admiten la moneda del decreto
Su coche, sus tapices y sus galas,
Que presuponen paga con efeto.

No todas estas fáciles zagalas
Lleva tras sí la liviandad del sejo,
Que de otras causas cobran fuerza y alas.
Pues quizá es omision, si no es consejo,
De benignos maridos y de tias,
De sagaz y compuesto sobrecejo.
Reciben al principio unas buxías;
Mas luego anhelan al metal mas grato,
Y en figura de ninfas son harpías.
El mayorazgo es corto, el aparato
Abundante de joyas y de telas,
Para servir al ídolo de ornato.
¿Quién nos dirá (dexadas sus cautelas
Mayores) lo que cuestan sus encaxes,
Sus cadenetas, randas y arandelas?
¿Quién las ciegas mudanzas de los trages?
Que yo por no decirlas, ó por solo
No verlas habitara entre salvages,
Adonde miran por zenit el polo,
O en la Barbaria, que hacen no habitable
Onzas y tigres, ó el fervor de Apolo.
El ornato á su antojo es variable,
El culto que les bruñe y hace tersas
Las mexillas, ni limpio ni mudable.
Ya en los tocados no andan muy diversas
De las bárbaras mitras que traian
Sobre el cabello las mugeres persas.
En cultivarse unánimes porfian:
El ornato sin causa, y así á bulto,
Hasta las mas honestas lo varian.

Gran diferencia va de ornato á culto,
Este lascivia, aquel soberbia arguye,
De una sola atencion distinto insulto.
La humilde sumision del ornato huye,
Como la castidad de este segundo,
Que del ánimo es cierto que la excluye.
Y si aquel pide perlas á otro mundo,
¿Este para sus baños y sus mudas
Anda ménos curioso y vagabundo?
¡O tú, qualquier que seas la que sudas,
Arando surcos en los materiales,
Que en la tez natural del rostro engrudas!
Si destilas con esto los metales,
Que taladran las sienes, ¿qué deleyte
O qué esplendor te infunden baños tales?
¿Goma tenaz y avenenado aceyte
Podránte preservar de las arrugas,
Que anticipa el abuso del afeyte?
¿Que tan mohina contra Dios madrugas
A enmendarle su hechura, y del espejo
Al arbitrio aquí mojas, y allí enxugas?
¿Y el dedo (ya pincel) curte el pellejo,
Donde extiende con líquidos barnices
Las manchas ó las nubes de un bosquejo?
Risa á la vista, hedor á las narices,
Mentira aborrecible á todo el cielo,
Y á los que dél cayéron infelices.
¿Piensas que añaden gracias al cerbelo
Esas piedras y perlas que le aplicas?
¡O siglo atroz de abominable zelo!

¡Qué monstruos de otros monstruos multipli-
¿Qué dixera el severo Tertuliano (cas!
A vista de costumbres tan inicas?
Quanta se engendra en el distrito humano
Hermosura odorífera ó luciente,
¿Das al antojo de un adorno vano?
La piedra que el dragon cria en su frente,
Pones, Lice, en la tuya: ¡ó quántas veces
Le das sucio lugar no diferente!
Mas las que en los celebros de los peces
Naciéron, ¿no podrán quejarse viendo
A quan mas leve casco las ofreces?
Pero al lugar donde salí, volviendo,
Porque de divertido no me acuses,
(Bien que no sin gran causa) ya me enmiendo:
Y digo, caro Nuño, que rehuses
Tu gusto, y á tus tiernas palomillas
El vuelo peligroso les excuses:
Que andan muchos azores por asillas,
De cuyas uñas penden los despojos
De otras aves incautas y sencillas.
¿Quién en la corte volverá los ojos
Sin topar un objeto que los venza,
Que abone y acaricie sus antojos?
Es un mañoso engaño que comienza
Con título de honesto regocijo,
Y entre manos se os vuelve desvergüenza.
El proverbio vulgar corte ó cortijo,
En mi opinion fue loco ó fue blasfemo,
Digno de una mordaza quien lo dixo.

El sabio en medio de uno y otro extremo,
Desengañado estableció vivienda,
Y es todo lo demas vivirla al remo.
Que en Madrid, ni hay paciencia ni hay hacienda
Para vivir al uso: y ménos malo,
Si aquí esperar pudiéramos la enmienda:
Pero entre los peligros que señalo
No hay quien sin vicios ande, ó sin la fuerza
Que los produce todos del regalo.
Este es voraz, que en recordando almuerza,
Y dexa seno para tres comidas,
Aunque por donde entró salga la berza.
El otro entre comadres conocidas,
Que saben mil secretos, reprehende
Entre sus almohadillas nuestras vidas:
Y como ocioso de sus labios pende,
Al blando taburete se acomoda,
Y á los chismes inútiles desciende.
Otro, gastada ya su hacienda toda
Con Lesbia, hace el postrero desconcierto,
Y la conduce en clandestina boda.
Al panal de sus labios inexperto
Corrió para lograr la miel primera,
Con risa del que sabe lo mas cierto.
Y el padre, como Cremes por la nuera,
Que tañe y canta, contra el hijo brama,
Aunque al fin se conforma y se modera.
Hay quien modernas invenciones ama,
Peynado siempre y limpio como arminio,
Que su hacienda y su crédito derrama;

Y en perdiendo el dinero, hace desinio
Sobre el de los amigos no advertidos,
En quien por esto tiene predominio.
¿Qué diré del que suelta los sentidos
Solo al olor de la primera rosa,
Y acomoda familias y maridos?
Es gran tesoro aquí una hija hermosa,
Aunque ande con su madre tan asida,
Que sin su voluntad no intente cosa.
¿Y habrá en los que profesan esta vida
Alguno que se precie de amor puro,
Que eleve el alma al dulce objeto unida?
¿Que salga en los alientos del seguro
Pecho, que con fineza heroyca ahuyenta
La inclinacion del apetito escuro?
Todo es torpeza, imperfeccion y afrenta,
Que estraga la salud, y en tiempo breve
La vida que en sus gustos apacienta.
Otro verás que acrecentar se atreve,
Cercado de valientes y crueles
El número famoso de los nueve.
Al sol nos muestra horrendos sus lebreles,
Bien que á la luna él sabe si acometen
La riña tan ligeros como fieles:
Y para que estos mismos le respeten,
Finge la voz, ó bárbara o robusta,
Porque á inhumanidad se lo interpreten.
No de caballos generosos gusta,
Para correr los montes y los valles
Del Belgio helado y de la Libia adusta;

Pero alába sus brios y sus talles,
Para sacar centellas de guijarros,
Quando nos desempiedran nuestras calles.
Y no se correrán de andar bizarros
Con rostros opilados y sutiles,
Y quizá de comer cascos de barros.
¿No fuera gran vergüenza ver que Aquiles
Y el gran Hector trataran con ahinco
En estas travesuras femeniles?
En comprar dixes, en feriar un brinco
Traen cinco sentidos ocupados,
(Si no carecen del comun los cinco);
Y aunque el uso los tenga disculpados,
Pero saben tan poco de otras cosas,
Que es risa (ántes dolor) ver sus cuidados.
Sus motes, sus empresas amorosas
(Honor de sus adargas en las fiestas)
Te lo dirán, si exâminarlas osas:
O en la ocasion urgente sus respuestas
Envueltas en sofística doctrina,
Aun á los nuevos lógicos molestas:
Discrecion, que afectada destermina
La voz ántes pacífica en su quicio,
Primero aguardaré una culebrina.
¡O quántos hallarás, que (á su juicio)
No influyen otras partes esenciales
En la nobleza, que ignorancia y vicio!
¿No vés llorar las artes liberales,
(Que este nombre les diéron, porque en ellas
Se exercitaban hombres principales)

De que hagan sacrilegio el recogellas
Ni en un zaguan? Y así como en extraña
Region vierten en vano sus querellas.
El gran Cipion solia en la campaña
Peleando, oponerse al sol y al hielo,
Como lo saben Africa y España:
Y se preciaba de saber del cielo
Causas y efectos; y la agreste ciencia,
Que fructífero vuelve el duro suelo.
Los triunfos que adquirió en su adolescencia
Vió Roma; y en el cómico proscenio
Por él edificado, su eloqüencia:
Con quien sus convidados Lelio y Enio,
Al tiempo que en la olla hervian las coles,
Conferian en pláticas de ingenio.
Y entre nuestros preciados Españoles,
No robustos, ni dados al trabajo,
Ni curtidos por hielos, ni por soles,
El que con traza escribe, es hombre baxo,
Y estiman por ilustre al que figura
Por letras uños pies de escarabajo:
Que el diablo (á quien semeja su escritura)
No las descifrará, si en quince dias
Con diabólica industria lo procura;
Sus caracteres son, pero sacías
Señales: y así no las interpretes,
Como ellas lo merecen, por impías.
Más piensa la frialdad que en sus billetes
Desta letra verá Madamisela;
¿Qué vocablos trocados, qué jug[illegible]s?

Anda el confiadillo en centinela
Por lograr un conceto ó dicho bueno;
Y alábolo, si en esto se desvela:
Pero vino á acostarse el vientre lleno
Del pavo, y el celebro se le abrasa
Del gran licor, que se avivó al sereno.
Porque hizo media noche en cierta casa:
Huvo mimos, bayló la histrionisa,
(Turba que en fiesta las tinieblas pasa).
Duerme, y ántes que pida la camisa
Ya son las doce, y pasará buen rato,
Y perdone el precepto de la misa.
¡Pues quan digno es de ver el aparato,
La priesa y ceremonia que anda entre ellos
Quando se está vistiendo el mentecato!
Un ministro le crespa los cabellos;
Miéntras que el otro allá formas inventa
(Mas que las del panal) de abrir los cuellos.
Di, ¿el brasero y los hierros, que calienta,
No le condenarán por cirujano,
Que apercibe cauterios, legra y tienta?
Todos andan vistiendo á Don Fulano,
Porque él de floxo y lánguido no puede
A tales usos alargar la mano:
O piensa que es grandeza, y finge adrede
No saberse vestir, porque el aseo
Solamente á los siervos se concede.
Pone el rostro á lo turco ó nabateo,
Mostachos y aladares se perfila,
(Que es belleza tener algo de feo).

Luego su consejero ó su sibila,
¡Qué calumnias, qué pláticas secreto
En sus orejas fáciles destila!
Háblale ó con denuedo ó sin respeto,
(Dominio viene á ser mas que privanza,
Que tiene mas de un Príncipe sujeto),
Y como executor de su esperanza,
(Odio comun de los demas criados)
A todos sus antojos se abalanza.
Pero su industria es tal, que los pescados,
Como á su Antonio los sirvió Cleopatra,
Del agua se los da en la red guisados.
Traza el empeño á cambio, la mohatra
En el ayre acomoda, y siempre flecha
Al que en las mismas aras idolatra.
Y aunque á su dueño el corazon le estrecha
Por una parte la molesta usura,
Por otra á nuevas fraudes se pertrecha.
Al son de los doblones asegura
Con las fuerzas que pide al que los presta,
Y se dexa enlazar de la escritura:
Que la tardanza sola es la molesta,
Y así con sus privados clandestinos,
A vista de la cédula hace fiesta:
Como de algun electo los sobrinos,
Que arribando las bulas, que tardaban,
Besan aquellos sacros pergaminos.
Pues ver quando los plazos se le acaban,
Con qué cauto desvío arma la treta,
A los que ántes sin ley lo desarmaban!

Que si engañado el acreedor le aprieta,
Por mas que le persiga diligente,
Le entretiene, le burla y le sujeta;
De suerte, que agraviado y obediente
Le da otros plazos y contemporiza,
Aunque conoce que otra vez le miente;
Y quando á judicial rigor le atiza,
Le ruega y turba, y del concierto escrito,
Proteo, en formas mil se le desliza.
En efeto, en la ley de su apetito
No hay palabra, no hay fe, no hay gentileza;
Antes cobrando fuerzas del delito,
No atiende mas á fueros de nobleza,
Que un juez pesquisidor, que acelerado
Se opone á Dios y á la naturaleza.
Destos niños Madrid vive logrado,
Y de viejos tan frágiles como ellos,
Porque en la misma escuela se han criado:
Que quando el tiempo, al fin, para vencellos,
Con no previsto ivierno se incorpora,
Sus barbas plateando y sus cabellos:
Este les pone luto, aquel los dora
Con fuego, baño y peyne fementido,
Resistiendo á la fuerza vencedora.
Como si fuera injuria haber vivido,
O al sol pudiesen detener las riendas,
O infundir en sus ánimos olvido.
Ni á vosotras, ó tocas reverendas,
Autoridad y norte de la casa,
Ha de negar mi musa sus ofrendas.

Por vuestras manos su comercio pasa,
Los lechos conyugales, y aun las cunas
Mancilla vuestra industria, ó las abrasa.
El agraz virginal de las alunas
En las prensas arroja aun no maduro,
Sin aguardar tardanzas importunas.
Descoyunta el candado, humilla el muro:
En la familia toda infunde sueño:
Introduce al adúltero seguro.
Ni un fiel ladrido, ni un rumor pequeño
A su eficaz supersticion se opone,
De las potencias absoluto dueño.
Pero no he de negar, que aunque aficione
La inclinacion al gusto, hay otra rueda
Superior, que esta máquina compone:
La grave autoridad de la moneda;
Del áspero desden nunca ofendida,
Porque jamas oyó respuesta aceda.
Arbitro de la muerte y de la vida,
Que fisga del valor y del derecho,
Porque del trato humano se despida.
Y así todo es venal, no hay sano pecho:
Cada qual Epicuro ó Aristipo,
Su deleyte pretende ó su provecho.
Si tú pudieses ver, como el Menipo
De Luciano en los ayres sostenido,
Quando hierve esta corte de Filipo:
De su desórden, tráfago y ruido
Sin otros argumentos importantes,
Quedarias asaz persuadido.

Como aquí de provincias tan distantes
Concurren, ó por gracia ó por justicia
Diversas lenguas, trages y semblantes:
Necesidad, favor, zelo, codicia
Forman tumulto, confusion y priesa
Tal, que dirás que el orbe se desquicia.
Tropel de litigantes atraviesa,
Con varias quejas, varios ademanes,
Sus causas publicando en voz expresa.
Entre mil estropeados capitanes,
Que ruegan y amenazan todo junto,
Quando nos encarecen sus afanes;
Los vivanderos gritan, y en un punto
Cruzan entre los coches los entierros,
Sin que á dolor ni horror mueva el difunto.
Las voces, los ladridos de los perros,
Quando acosan la fiera, aquí resuenan,
Y aquí forjan los Cíclopes sus hierros.
Todos esperan, y discordes penan,
Segun la disonancia de los fines,
Y prosiguen lo mismo que condenan.
Mas dirás que no todos son ruines,
Que entre los vicios las virtudes nacen,
Como entre yedras rosas y jazmines.
¿Pues eso no está claro? Que aunque yacen
Sordas, tal vez avivan las acciones,
Y á su nobleza misma satisfacen.
Mas bástame mostrar las ocasiones
Y peligros, que vencen las mas veces,
Y el grande riesgo á que tus hijos pones.

Y digo al fin que si los aborreces,
Y no admitiendo el parecer segundo,
Constante en el primero permaneces:
Que si en tu casa hay pozo bien profundo,
O alta ventana; allá los precipita:
Que en los castigos no desplace al mundo
Quien por clemencia el mas horrendo evita.

EPISTOLA.

Con tu licencia, Fabio, hoy me retiro
De la corte á esperar sano en mi aldea
De aquí á cien años el postrer suspiro.
Hoy te lo escribo ufano de que hoy sea;
Aunque un bruto por tres cofres que lia
Me estorbe con lo mucho que vocea.
Si el notar, pues, con piedra blanca el dia
De los sucesos prósperos se usara,
Como tal vez la antigüedad lo hacia,
Notado con alguna piedra rara
Pusiera el dia de hoy en mi vasija,
Si lapidario ó Príncipe me hallara.
¿Midiera yo el placer con una guija
Cándida? ¿No escogiera tal diamante,
Que le envidiara alguna real sortija?
¡O quan alegre estoy desde el instante
Que comencé á romper con este oficio,
A mis inclinaciones repugnante!
En vano me introduxo á su artificio
La corte, bien que yo tan mal me ayudo,
Que salgo de su escuela mas novicio.

¡O si naciera yo en el siglo rudo,
Que en bellotas libró el comun sustento
Hasta que en trigo convertirlas pudo!
¿Mas qué haré, que por otra parte siento,
Que no he de hallar la soledad tan buena,
Como acá en mi opinion me la presento?
Pero si la forzosa engendra pena,
La voluntaria alivio; y mi albedrío
Es quien á mí me salva ó me condena.
Yo sé bien de qué objetos me desvio,
Y siempre que los viere en su retrato,
Contra qualquier pesar mostraré brio:
Quando sufra al principio algun mal rato,
Como quien se crió en la muchedumbre
Política al concurso de su trato.
Ningun principio entró sin pesadumbre,
Y esta no es tanta, que me desanime
De verla convertir presto en costumbre.
Porque si un leño verde suda y gime,
Solo padece miéntras que lo tuesta
El fuego, hasta que en él su forma imprime:
Y á la materia fácil y dispuesta
No la combato, como á la *robusta*,
Que, porque se hace fuerte, la molesta.
Y ántes que Dios, *con recompensa justa*,
Premiase la gran alma de María,
(De las augustas la suprema augusta)
Su licencia para esto pretendia;
Y el ver despues su muerte pudo tanto,
Que quisiera partirme el mismo dia:

Pero no pude yo imitar al Santo,
Que pasó de Mallorca á Barcelona
Tantas leguas de mar sobre su manto.
No pude resistir á la persona
Grave que lo estorbó, ni al noble lazo
De la razon cortés, que me aprisiona.
Mas pues para mi fuga llegó el plazo
(¡Piadoso plazo!) ¡ó vida solitaria!
Yo parto á recibir tu alegre abrazo.
Y no me aguarde la tumultuaria,
Para que trace yo que el fisco pueda,
No en España avivar la ley agraria;
Sino embeber en sí quanta moneda
Guarda la fe moral, y que un decreto
La constriña á que falte ó retroceda:
Como el que sabes, movedor secreto,
Que vendió el humo á tantos pretensores,
Que en oro le pagáron con efeto.
Pues no es posible (ni es razon) que ignores
Con quan diverso afecto, y con quan puro
Visito yo á ministros supériores.
Ni que quando estuviera muy seguro
De que me hallaba consultado arriba,
Me socorriera interesal conjuro.
Aunque es muy cierto, que en la vida activa
No hay vidrio tan sutil como el derecho,
Que en sus desnudos méritos estriba.
Si yo tratara á un Príncipe sospecho
Que me saliera amigo, y aun su duda
Que yo no le quisiera amigo estrecho.

¿Hay quien á la verdad sencilla acuda,
Y mas si entiende el noble sospechoso
Que ella depende solo de su ayuda?
Manda que den racion de carne á un oso,
Porque á su puerta salta y acomete,
Y niega el pan á un huérfano estudioso.
El page de aladares y copete,
Porque en la manga esconderá de Juno
(Y aun en la de Minerva) su billete,
Será valido sin contraste alguno:
¿Y el modesto? que cobre aliento nuevo
Para alargar los plazos al ayuno.
¿En esta gracia introducir me debo,
Para que digan, quando la corteje,
Que sus ciegos desórdenes aprueho?
Quando sus colgaduras ver me dexe,
¿Qué importará, si no me maravillo
De las que Flandes, Francia y Milan texe?
¿Y soy tan encogido, que me humillo
A contentarme con ganar la entrada
Hasta la fácil sala del monillo?
En tanto que en el mundo haya cebada,
Y en mi celebro lúcido intervalo,
No me ha de dar la adulacion posada.
Yo aborrezco el mentir: soneto malo,
Ni le alabo á su autor, ni se lo pido,
Aunque consista en ello mi regalo.
Y tanto mas su mérito adquirido,
Que los de su abolorio reverencio,
Quanto ya del sugeto al apellido:

Que en el fiel tribunal de mi silencio
Desvalida litiga la fortuna:
Pues por el caso y por la ley sentencio.
Si la naturaléza siempre es una,
¿Por qué ha de haber, con méritos iguales,
En los sugetos diferencia alguna?
Envejecido error de los mortales,
Que estima la opinion mas que la esencia,
A pesar de las leyes naturales.
Por esto en mí no forme competencia
Con el manjar plebeyo el exquisito,
Si el precio y no el sabor los diferencia:
Que si á ladrar comienza mi apetito,
Así los raros como los vulgares,
Por la ayuna garganta precipito.
¡O tú de alguno de los doce Pares
Descendiente milésimo, que asientas
Nobleza en lo que cuestan los manjares!
Si con lo firme dellos te alimentas,
Y no con la opinion, di ¿por qué cosas
Mas graves se hacen tiro nuestras cuentas?
¿Es mejor tu pavon por sus vistosas
Plumas que mi perdiz? ¿O por ser grato
A la altiva Princesa de las diosas?
¿Y tendrá el mismo honor puesto en el plato?
¿Será tan tierna entónces mi gallina,
Aunque sin plumas de pomposo ornato?
¿El soberbio espectáculo, que empina
Los varios ojos de Argos, no se queda
Inútil y mojado en la cocina?

Pues si no entra en mi estómago la rueda
Verde, rubia y azul, ¿qué ley se opone
A que una ave de casa le preceda?
Demas que yo, aunque el uso me la abone,
No aspiro á que ella induzga á maravilla,
Sino que á mi calor se proporcione.
¿Dime, pues, si en espléndida vaxilla
La substancia, á que anhelo, se le trueca
En otra mas robusta ó mas sencilla?
¿Sana el cristal mas presto la jaqueca
Que el vidrio? ¿O respetándolo el catarro
Sus desabridos manantiales seca?
¿Y si es de plata y nielado el jarro,
Con el rostro de un sátiro en el pico,
Aplacarte ha la sed mas que el de barro?
Pues la seguridad con que lo aplico
A la sedienta boca de agua lleno,
¿Darámela en palacio un vaso rico?
En el oro mezclaban el veneno
Los tiranos de Grecia y de Sicilia:
Siempre el barro corrió inocente y bueno.
¿Piensas que porque estan los niños de Ilia
Con su loba en tu vaso relevados,
Y pasa vinculado en tu familia;
Lo antepongo yo á cántaros tostados,
Si he de beber en él con los rezelos,
Apenas por la salva asegurados?
Ni quiero ver bebiendo esos gemelos,
Porque fue el uno fratricida, astuto
Imitador de tios y de abuelos.

Y en tales vasos la madrastra el luto
Apercibe del lánguido pupilo,
Para que dé lugar al substituto.
Bien que yo con el ánimo tranquilo
Me pudiera brindar con Claudio Nero,
Si usó con los no ricos de otro estilo.
Mis campos y dehesas mi heredero
Subirá en breve caxa á su ventana,
Y allí los regará como en florero.
La turba, no sagaz, por cortesana
Huye desta opinion, porque se admira
De lustre falso y de apariencia vana:
Y así á glorias fantásticas aspira,
Porque trae los sentidos trastornados,
De atentos al relox de la mentira.
¿Has visto los colosos artizados
Sobre un arco triunfal? Pues por figuras
Los contempla de insignes potentados:
En el ropage de las vestiduras
Venerables y sacros: mas por dentro
De bálago trabado en puntas duras.
¡O qué clavos se topan al encuentro
En el ánimo agudos, que sustentan
Grave el semblante, lastimando el centro!
No niego que, de tímidos, ahuyentan
Qualquier pasion, para que libres queden
Luego de las memorias que atormentan:
Porque tanto á su propio amor conceden,
Que ni con un pesar que lo embarace,
Ni sin nuevos designios vivir pueden.

Y si una pretension se les deshace,
Descartando el dolor á toda priesa,
Abrazan otra que en el ayre nace.
Quien esta mengua habitual profesa,
¿Dirás que vive, y los que así afanamos
Con su exemplo á la pérfida promesa?
Huyamos, pues, del sordo encanto, huyamos,
Que, ó miente, ó esconde un término en sus bie-
Que obliga á que á deshora los perdamos. (nes,
Con mas firmeza sufrirá vayvenes
La ocupacion de mi cortijo inculto,
Que esa que te entretiene, ó tú entretienes.
Bien que tú, sin embargo del tumulto
De la corte, conversas con las musas
En el asilo que les diste oculto,
Con quien de entrambas facultades usas:
Que al Tácito, y á veces al Petronio,
Restituyes el texto, ó se lo excusas.
Y quando es menester dar testimonio
Del arte militar, vemos que luces,
Mandando tu nobleza al patrimonio.
Fatigas tus ginetes andaluces,
Y aunque no sin aplauso y honor, luego
Al gusto de los libros te reduces.
Mas yo busco un linage de sosiego
Libre de alteracion, no respetoso
Al vulgo superior, que es el mas lego.
Quiero oponerme al tráfago injurioso,
Causador de improvisas turbaciones,
Para que no me asalten el reposo.

Aquello de los dos cautos ratones,
Que en Horacio con gusto habrás leido,
Oye, aunque el repetirlo me perdones.
Rústico vivió el uno, y conocido
Del otro, al qual, si bien fue cortesano,
Le convidó en su campo al pobre nido.
Y siendo escaso ó próvido el villano
A conservar su provision atento,
A honor del huésped alargó la mano.
Derramó sus legumbres, bastimento
De que guardaba su despensa llena,
Y los trozos de lardo macilento.
De pasas, de garbanzos y de avena
Ufano entresacó lo mas reciente,
Y con los labios lo sirvió en la cena.
Mas hecho el cortesano á diferente
Gusto, de sus manjares fingió agrado,
Y probó algunos con soberbio diente.
En paja muelle entónces recostado
(Próspero lecho) el gran raton yacia
Dueño de aquel vivar afortunado:
Que royendo unos tronchos se abstenia
De lo bueno y repuesto, porque el hijo
Se acreditase con la demasía.
Al qual, riendo, el cortesano dixo:
¿No me dirás, amigo, por qué pasas
La vida en este mísero escondrijo?
¿Antepones las selvas á las casas,
Y al sabor de los mas nobles manjares
Unas legumbres débiles y escasas?

Ruégote que este yermo desampares:
Vente conmigo á mejorar tu suerte,
Donde venzas los últimos pesares.
Que todos somos presa de la muerte,
Y quanto ella mas lazos apercibe,
Con mas cautela el sabio los divierte.
Este pues breve espacio que se vive,
¿Quién tan sin arte sirve á su destino,
Que de alimento sustancial se prive?
Persuádido con esto el campesino,
Sale tras él por el boscaje escuro,
Y hácia la corte siguen el camino.
Llegados, entran por el roto muro,
Y en casa de uno de los mas felices
Magnates se pusiéron en seguro:
En cuyos aposentos los tapices
Por la paciencia bélgica texidos,
Mostraban sus figuras de matices.
Sobre los lechos de marfil bruñidos
Los carmesíes adornos de la China,
A la púrpura tiria preferidos.
Aquí el raton campestre se reclina,
Y sin que el caro amigo se lo evite,
La quadra y sus adornos contramina.
Y en los platos reliquias de un convite,
Que una infiel mesa le ofreció, procura
Que el vientre de su ayuno se desquite.
Muy hallado tras esto la figura
Háce de alegre huésped, discurriendo
Por la pieza con libre travesura.

Pero cesó el placer por el estruendo,
Con que cierran las puertas principales,
Por no esperado entónces, mas horrendo.
Los canes luego (honor de los umbrales)
Como acostumbran, con ladrillos altos
De su fidelidad diéron señales.
Aquí de tino los ratones faltos,
Huyen hasta subir por las paredes,
Y ambos cayendo, chillan y dan saltos.
Mas luego el campesino, tú que puedes,
Le dice al cortesano, llevar esto,
Podrá bien ser que en su vivienda quedes;
Que yo á tentar la fuga estoy dispuesto,
Y con celeridad tan proseguida,
Que á mi quietud me restituya presto:
Donde no hay asechanza que la impida;
Por incapaz del trato ó por indigno,
Volveré á la escaseza de mi vida.
Todo quanto me ofreces te resigno:
Con tu abundancia á tu placer te dexo
Por un hoyo sin luz, pero benigno.
Este el suceso fue, y este el consejo
Que yo venero, con haberlo dado
Un tímido y silvestre animalejo.
A mi rústico albergue me traslado,
Bien que segun lo pinta mi juicio,
Un magnífico alcázar, y adornado.
Cierto es que él no levanta un edificio,
En que la geometría suntuosa
Haya puesto el caudal de su artificio.

Que allí no lucen jaspes de Tortosa
Por nuestro Fidias Jácome de Trenzo,
Y de pórfido raro ni una losa.
Ni el ventanage del soberbio lienzo
Del templo insigne que ofreció devoto
Filipo en San Quintin á San Lorenzo.
Mas pienso, que aunque no responde al voto,
Con que aquella victoria fue impetrada,
No está de parecérsele remoto.
Es la capacidad de la posada
Angosta; pero, gracias á Dios, nuestra:
Humilde; pero bien acomodada.
En cuyo alegre patio á mano diestra
Un quarto fresco para el tiempo estivo
Sobre el antiguo sótano se muestra:
El sótano en que siempre licor vivo
De Baco en los toneles envejece,
Y el que Palas destila de su olivo.
Todo este quarto en un jardin fenece,
No trasquilado, que su verde greña
Para apetito en la ensalada crece.
Luego, cesando prevenida leña,
De parto cacarean cien gallinas
Junto de una cocina no pequeña:
Donde extendida entre las dos esquinas,
Blanquea una vaxilla, que se iguala
(Si ya no excede) á porcelanas finas.
Un entresuelo en medio de la escala,
Para si viene un huésped dedicado:
De allí se sube á la apacible sala,

Que me conserva en uno y otro lado,
Conforme al tiempo, habitacion distinta,
Y de ambas se descubre vario el prado:
Tal, que si de pincel vieres la quinta
Entre altos sauces ó en ribera amena,
Dirás que deste original se pinta.
La torrecilla de palomas llena
En sus roncos arrullos semejante
A los aplausos del teatro suena.
Y abiertas las ventanas, no distante
Descubren el repuesto de la fruta,
Cubiertas con sus redes de bramante.
Porque el oreo que la guarda enxuta,
Entre á darle sazon, y á las traviesas
Aves lo estorbe la defensa astuta.
Generoso el olor de las camuesas
Se esparce, que del techo bien colgadas
Forman racimos de sus hilos presas:
Y con ellas la sarta de granadas,
Que una en el seno sus rubíes encubre,
Y algunas te los muestran confiadas.
Las uvas que en Abril como en Octubre,
Precian su néctar, sólidas y enteras
Como él, aunque escondido, lo descubre.
Y de juncia y de esparto en las groseras
Faxas, para ivernar, penden melones
Acomodados dentro en sus esferas.
Las selvas imitadas de varones,
Que en sus patrias son ásperos y rudos,
Hasta que á luengas tierras los traspones.

Los nísperos que dexan de ser crudos,
Bien que maduros son pellejo y cuescos,
Junto á membrillos lisos ó lanudos.
Los higos pasos con mas miel que frescos:
Al fin quanto se esculpe y se colora
Sobre las cornucopias y grutescos.
Desde Valencia dan Pomona y Flora
La cidra y la naranja á nuestra Pales,
Con las limas que el sol adulza y dora.
Quando á breves tetillas virginales
Imitan, conservando la figura,
Con que en fraterna union crecen iguales.
El pero humilde entre las pajas dura
Macizo y mas cordial, cuyas virtudes
Con el rescoldo lento el fuego apura.
Las castañas en forma de laudes,
Nueces y almendras, que aman la madera,
Que les sirve de cunas y ataudes.
Entre esta fruta fácil considera,
Que un asado y cocido, poco y bueno,
Sobre manteles cándidos me espera.
Y que á mis horas ciertas como y ceno
Con la resolucion que lo exercita
Un sano que reniega de Galeno.
Y con puntualidad tan exquisita,
Como la indispensable, que el sol tiene
Para ilustrar los signos que visita.
Mas componer la sala me conviene,
Y mi lecho en su alcoba, y ver del modo
Que el tercero aposento se previene.

Que es grande, blanco, y lleno de luz todo:
En este de mis bienes lo mas rico,
(Mis apacibles libros) acomodo.
Este, suaves musas, os dedico
Al ocio docto, á las vigilias santas,
Que me han de secrestar del siglo rico.
Aceptadlo, bellísimas Infantas
De Jove, así no huelle vuestras flores
Profano huésped con indignas plantas.
Vuestra deidad no inspire sus olores
Sino á la bien dispuesta lozanía,
Que eleva los ingenios superiores.
No se llegue, ni á Euterpe ni á Talía
(Por mas que alegue á Sócrates) el necio,
Que en su verbosidad servil porfia.
Escuchen solamente con aprecio
Las verdades que esparce en su elegancia
La fiel consoladora de Boecio.
Use allá fuera Codro de arrogancia
Por ciencia, y de su voz arrastre asidos
Los vulgos, como Alcides el de Francia:
Pues juzgan con tan rústicos oidos,
Que lo escuchan por cisne, siendo ganso,
Y por canto sonoro sus graznidos.
Y miéntras que Gnaton compra el descanso
Con oficioso agrado, y disimula
Su cieno y ovas como arroyo manso:
Y algunas veces reprehendiendo adula
(Que hay tambien aspereza aduladora)
Al noble tributario de su gula:

A sus versos da honor; porque devora
Sus platos, siempre huéspeda la panza,
Hinchada por agena cantimplora;
Y en tanto que al poder y á la privanza
Freqüentan los barbudos pretendientes,
Que en apariencias fundan su esperanza:
Bien que entre los decoros aparentes,
Por virtud de sus piedras y metales
Cobran los requisitos suficientes:
Y en tanto que de lechos conyugales,
Que afortunados la ignorancia llama,
Arde el honor en ascuas desiguales;
Porque plugo á los ojos de madama
La maciza salud del page hermoso,
Y desmiente al susurro de la fama:
O prohijando al satisfecho esposo
Obra de esfuerzos mas executivos,
O apelando al brebage poderoso;
Por cuya fuerza arroja medio vivos
Al adúltero Adonis semejantes
(No sin peligro) trozos abortivos:
Y en tanto que el tropel de negociantes
Hunde estas calles, como quando en Creta
Gritaban los piadosos Coribantes;
Y Crisófilo cauto con la treta
Del voladór Simon la mitra agarra,
Con que despues la indocta frente aprieta;
No por mostrar la indignacion bizarra
De otro Simon, que amando á su maestro,
En un huerto esgrimió la cimitarra,

Sino contra el exemplo de Silvestro,
Para oprimir la esposa como á sierva,
Dándole á César el peculio nuestro;
Que sus ovejas él no las conserva,
Sino por el vellon que les trasquila,
Sin zelo de que rumien sal ni yerba:
Y miéntras gime entre Caribdi y Scila
Tu verdad por causídicos malditos,
De quien la fe como la voz se alquila;
Hasta que, huyendo interesales gritos,
De los confusos tribunales vuela,
O se ahoga en los pérfidos escritos:
Y miéntras la ambicion y la cautela
Apresuran las vidas en palacio,
Que á la corriente edad bate la espuela:
Viviré yo en mí mismo á libre espacio
Con Gerónimo, Ambrosio y Augustino,
Y alguna vez con Píndaro y Horacio.
En este, que es mi puerto, determino
Mirar (si puedo) como ageno el daño,
Que otros reciben del furor marino.
Y allí de jaspe catalan ó extraño,
Para colgar mis cepos y cadenas,
Levantaré un altar al desengaño;
Cuya inscripcion con letras de oro llenas,
Aunque respete al superior sentido,
Que les dió ó penetró Pablo en Atenas,
Dirá tambien, al Dios no conocido.

EPISTOLA.

No te pienso pedir que me perdones,
Marques, lo que he tardado á responderte,
Si en residencia mis afectos pones.
Muerto me hubiera tan menguada suerte,
Como hallarme con culpa en tu servicio,
Y por justa aprobara yo la muerte.
Mas de la patria el seno que propicio
Suele ofrecer salud á los sugetos,
Niega á mis fiebres su benigno oficio.
¿Quál sediento engendró versos perfetos?
¿Querrás que quando el agua se le aparta,
Cante la sed de Tántalo en tercetos?
Los tuyos recibí, besé la carta:
Mas leer tres ó quatro apénas pude,
Quanto ménos pasar toda la sarta.
Y agora tan maligno humor me acude,
Que no hay cosa que no me dé mohina,
Como ni medicina que me ayude.
Mas cruel, mas cruel la medicina,
Que la misma dolencia se me muestra,
(Hipócrates perdone y su dotrina).
Jamas vió tan furioso Clitemnestra
Al hijo fiero, matador de Egisto,
Como á mí, de una pócima siniestra.
Ni flor medicinal ni fruto han visto
Los orbes nuevo y viejo, que faltase
A desleirse en mi exêcrable pisto.

Si cinco balas que tragué contase,
En que apretó Canidia cinco cargas
De drogas frias en primera clase;
Cada qual tuvo dos arrobas largas:
Dióles su lustre el fino oro de Tibar,
Mas no las pudo hacer ménos amargas.
Intenté el restaurarme con almíbar:
Mas de estúpido al fin, y hecho pedazos,
No distinguí el azúcar del acíbar.
Cinco ó seis veces alargué los brazos
A que los agotase una lanceta,
Y toleráron de un liston los lazos.
Y sin embargo, en la sazon quieta
Llamo á las nueve hermanas, y no duermo:
Mas no es mi voz oida, ó no es aceta;
Porque aman mas sus selvas ó su yermo,
Que con el melancólico Saturno
Entrar al aposento de un enfermo.
Pido prestado el plectro ó el coturno,
Con que Mantua los hechos manifiesta
Del poco amable vencedor de Turno:
Para que hallen, Señor, digna respuesta
Tus versos y su espíritu divino;
Mas ya ni se merece ni se presta.
Por eso á responder me determino
En el estilo cómico y pedestre,
Tan inferior al tuyo peregrino.
Que tiempo ha de llegar donde se muestre
Heroyca, y no satírica mi musa,
Pues tú le puedes dar anillo eqüestre.

Fundada pues su verdadera excusa,
Discurriré, á tu gracia reducido,
En la materia que le das difusa.
Tu carta (aunque segun yo he presumido
Sobre lo que la alcanzo, se me eleva)
En dos particulares la divido.
El primero es, Señor, darme la nueva
De que quitaste á Vénus las primicias,
Que de tus años juveniles lleva.
Fue para mí dignísimo de albricias,
Y mas si juntamente cierto fuera,
Que en ese estado proseguir codicias:
Que aunque es gloriosa la faccion primera,
Quieren sabios, que el mérito consista
En el valor que vence y persevera.
Repose, mas no tanto que desista:
Que no merece el que defiende un fuerte
Ménos que el que de nuevo lo conquista.
El vencedor, que un punto se divierte
De poner prevencion á lo futuro,
En oprobrio su crédito convierte.
Fugitivo de Vénus te figuro,
Marqués: mas, si verdad puedo decirte,
No estoy de tu constancia muy seguro.
Ni en tanto que navegues en la Sirte,
(En tanto digo que el peligro amares).
Podrás de sus tormentas eximirte.
Es menester, Señor, que desampares
Esos vadosos senos, cuya arena
Suele infamar los africanos mares.

Ulises para oir á la sirena,
No solo á sus ministros ensordece,
Sino que se hace atar en una antena:
Porque sabe lo mucho que merece
Quien se niega á sí mismo, y solo ha
De la ocasion, que de ocasion carece.
Tu sirena interior por otra via
Intima, y rara escucho que se opone,
Y soltando su dulce melodía,
Con suaves discursos te propone,
Que á la ocasion de nuevo desafies,
Que ese desden moderno perficione.
Que todos tus consejos le confies;
Porque no es bien que del nativo amigo,
Nacido en tus entrañas, te desvies.
Huye de tí, no vivas ya contigo,
Porque la filaucia no te engañe:
(Ese amor propio de tu centro digo).
Para que tu juicio se acompañe
Con la razon que amiga le conceda
Su luz, que lo confirme ó desengañe:
Porque con tanta propiedad remeda
A la misma razon la filaucia,
Que apénas hay quien discernirlas pueda.
Dirá que no es valor el que desvia
La ocasion, sino el ánimo robusto;
Que la virtud en sus sequaces cria,
La constancia, la fe, el recato justo.
¡Mas ay! que esta retórica endereza
Su causa á solo establecer tu gusto.

¡O Dios! si penetrares la corteza,
¡Qué fraudes hallarás, que en la figura
Vienen de sencillez y de fineza!
Así tal vez fiada en su hermosura
La adúltera gentil con los fingidos
Zelos de su consorte se asegura.
Ya se desmaya y turba los sentidos,
Dentro del pecho desleal suspira,
Los ojos á llorar apercebidos.
Culpa los siervos con la limpia ira
De los zelos legítimos bramando:
Su noble esposo crédulo la mira
Enternecido y obligado, y dando
Satisfaccion inútil á su aleve,
La abraza y pide el corazon mas blando:
Y con los labios abrasados bebe
De su Porcia las lágrimas atroces,
Que de los ojos bien mandados llueve:
Cuyo llanto, ¡ó marido! y cuyas voces
Te dirá su escritorio si son fieles,
Si con curiosidad lo reconoces.
¡O santo Dios! qué trazas, qué papeles
Pérfidos has de hallar! Yo me prefiero,
Que á diferente tribunal te apeles.
Volviendo, pues, Marques, á lo primero,
Si de las ocasiones no te sales,
No es hasta agora el vencimiento entero.
¿Quién vió ociosas las causas naturales,
Quando no habiendo estorbo que lo impida,
No producen efectos sustanciales?

¿Pues qué ha de hacer la voluntad herida
De la dulce presencia del objeto,
Sino dar incurable recaida?
Contra esto dicen que al fatal decreto,
Que las celestes máquinas gobierna,
Vive el vigor de la razon sujeto:
Que allá eslabona la cadena eterna
Los cursos y sucesos de las cosas
Trazados en la idea sempiterna.
Y que las diligencias oficiosas,
Quando á los hados contrastar pretenden,
Vienen á ser ridículas y ociosas.
¡O miserables los que solo atienden
Al soplo vago, sin calar el viento
Los naturales remos que lo hienden!
Y dexados llevar del movimiento
Comun, el albedrío maniatan
Generoso y real, de ley exênto:
Y sin respeto á su virtud lo tratan
Con el título vil, que á Siro ó Davo,
Y el cetro hereditario le arrebatan.
Esta qüestion, si es libre, ó si es esclavo,
Causa alboroto y gritos en escuelas;
Mas siempre él sale vitorioso y bravo:
Que aunque por ignorancias ó cautelas
Han puesto su verdad en opiniones,
Rompe nuestro albedrío las pigüelas.
Tú, que por ignorar tus propios dones,
Sujetas al destino tus potencias
Con lo mal que á evitarlo te dispones,

¿No atiendes que al poder qué reverencias
Agravias? ¿Y á tí mismo que obediente
Tu fuerza entregas á sus influencias?
Tu eleccion, si lo miras altamente,
Se fabrica á sí misma oprobrio ó gloria,
Como artífice activo ó negligente.
Vive, pues, vida digna de memoria,
Y no entre los tumultos improvisa,
Si quieres hacer tuya la vitoria.
Que aunque los astros fuertes le den prisa,
Triunfante el sabio vencedor humano
Con pie absoluto sus cervices pisa.
Muy bien pudiera Jove de su mano
Librar el pleyto de las diosas luego
Sin remitirlas al zagal troyano:
Y con esto evitar el sacro fuego
En que Troya se ardió, el cuchillo impío,
Y obstinacion del injuriado griego.
Pero quiso mostrar el poderío
Que á los hombres ha dado, y que se allana
Todo á la libertad del albedrío.
Júzguelas recta la eleccion humana,
Que eternas paces ó implacables iras
Lleva en el seno la fatal manzana.
Grecia, quanto estupenda en sus mentiras,
Es admirable en el comento dellas,
Si tú con vista no vulgar las miras.
Aquellas tres competidoras bellas
Por Júpiter á Paris remitidas,
Para que fuese juez de sus querellas,

Por el sentido místico entendidas,
En cada qual de sus bellezas luce
Un símbolo de alguna de tres vidas.
Palas á contemplar nos introduce,
Juno al trato civil, la que exercita
El delicioso á Vénus se reduce:
Y porque al hombre el cielo jamas quita
Su exêncion, de las tres la causa entera,
Quiso que á su albedrío se remita.
Mas él, que en lo exterior las considera,
Sin notar lo sublime del misterio,
Juzgó por mas hermosa la tercera.
Sobornado del trágico adulterio,
Que tantos Reyes truxo á la venganza,
Y vió en el humo Priamo su imperio.
¿Y vives, ¡ó lasciva destemplanza!
Tan sin discurso, que tu gozo igualas
Con el que la porcion divina alcanza,
Quando la suben sus felices alas,
Sin que el cuerpo les cause estorbo alguno,
A contemplar el sumo bien con Palas?
¿O sentenciando por la activa Juno,
A unir con perfeccion la disonancia
Del furor de los hombres importuno?
Tú, pues, noble rebelde, ten constancia
Contra el caudillo que desamparaste,
Y busca bienes de mayor sustancia.
Si con herida en lo interior quedaste,
(Que temo que haya alguna en lo profundo)
Saca la flecha, y lo pasado baste.

Esto fue lo primero. Lo segundo
Que en tu carta me dices, comprehende
No ménos á Madrid, que á todo el mundo.
Quéjaste agora dél, porque no atiende
Sino á murmuraciones y juicios;
Di, ¿quál pueblo no juzga y reprehende?
Ese millon de hermosos edificios,
Quando huéspedes tantos encerraba,
De tan varias provincias colecticios,
Las grandes novedades anegaba
En su mismo tumulto, y el oido
Apénas á las leves aplicaba:
Mas agora á su orígen reducido,
De las inteligencias sacrosantas,
Y de las temporales excluido;
¿De que se ocupe en murmurar te espantas?
¿Y que suceda el argumento leve
A la materia de grandezas tantas?
Por aquí acabo de entender qual debe
De haber quedado; y como el tiempo doma
A quien mas se le opone y se le atreve.
¡O quánto desto vió inclinada Roma,
Quando mudó el Imperio Constantino
A la ciudad que su apellido toma!
Que lo portátil que á Bizancio vino,
Cargó mil naves de los mas famosos
Vestigios de la gente de Quirino:
De mármoles, estatuas y colosos,
Ornato ya de la Asia, y todos ellos
Por la industria del arte mas preciosos.

Bien que sobre las astas y en los sellos,
Por el Imperio á Roma reservado,
El águila imperial mostró dos cuellos.
Parecerán las gentes que han quedado
Por esas calles huérfanas y solas,
Carpas en el estanque desaguado,
Que echadas fuera las amigas olas
Entre el junco tambien desierto, azotan
La media enxuta arena con las colas.
Y así pienso que agora que se agotan
Las materias antiguas, mas pedientos
Hasta accidentes muy plebeyos notan.
Bien que el interpretar tus pensamientos
No es exceso vulgar; pues en su vuelo
Tiene los ojos toda España atentos.
Esto te obliga á levantarlo al cielo,
Y renovando allí sus plumas viejas,
Sufrir sus rayos, y animar tu zelo.
Pero dime, ¿por qué el provecho dexas,
Que pudieras sacar del enemigo,
Y lo conviértes en ociosas quejas?
Si en matando al leon (como es testigo
Cleonas), de su piel greñuda Alcides
Formó á sus miembros belicoso abrigo:
Si con la detraccion del vulgo mides
(Piel de monstruo mas fiero) tus acciones,
¿No te será un arnés para otras lides?
Quiero decir, Señor, que las razones
Con las reglas que sacan los morales
Del veneno que entró en sus corazones.

Tú, para darnos miel ó enxambre, naces
Así de muerta ó corrompida vaca;
Bien que romeros y tomillos paces:
Y así de horribles víboras se saca
(A las lenguas del vulgo semejantes)
Contra las mismas víboras triaca.
Mas pregunto, ¿es muy bueno que te espantes
De su murmuracion, si tú confiesas
Que le diste ocasiones tan bastantes?
Palabras de tu carta son expresas,
Que hiciste vanos los consejos mios,
Cebado del error de tus empresas.
Yo te los dí de adulacion vacíos
Y de temeridad; de fe tan llenos,
Como eran menester para tus brios;
Por la misma experiencia de los senos
De la filosofía á luz sacados;
Pero (en vez de escucharlos á lo ménos)
Fuéron por tí con risa despreciados,
Y por otros garzones de tu estofa
Cómplices en tus sendas y cuidados.
Viendo, pues, quan en vano filosofa
Un desautorizado, retiréme,
Si no de aquel fervor, de aquella mofa:
Pues no hay piloto cuerdo, que si teme
Vecina tempestad del puerto léjos,
No extienda bien sus lienzos, y no reme.
Yo vi los arreboles tan bermejos,
Que pude señalar los temporales
Con que hoy se desagravian mis consejos.

Y así me recogiéron mis umbrales
Corrido, y obligado á reducirme
A no dar otra vez consejos tales.
Dirán que fue mal hecho el exîmirme:
Que el médico (mal grado del doliente)
Quando le tiene amor, suele estar firme.
Si tú lo dices, sufre que te cuente
Un exemplo en mi causa, porque acabes
De ver que tuve el ánimo inocente.
El águila juntó una vez sus aves,
Porque se lo pidió la golondrina,
Para tratar de ciertos puntos graves.
Atravesó la rústica gallina
El Ligústico mar, y la africana
Desamparó sus palmas y marina.
El pavo (raro un tiempo en mesa humana,
Que la nueva y voraz gula española
Tiene ya por comida cotidiana),
Aquí sus varias plumas enarbola:
Y las mirlas y tordos alemanes
De grandes alas y espaciosa cola.
El cisne, que el mayor de los afanes
Lamenta con dulcísima armonía;
Y de Colcos viniéron los faysanes.
Tambien sus francolines Jonia envia:
Y tú, á quien la naranja y la pimienta
Es tu bálsamo y mirra, perdiz mia,
Aquí llegaste autorizada y lenta,
Y el ánsar fiel á los romanos gratos,
Cuyo Censor primero los sustenta.

Las torpes ocas y silvestres patos,
Y los muelles pichones; los palomos
Dichos torcazos, y en latin torquatos:
Las aves tardas, á quien los que hoy somos
Llamamos avutardas vulgarmente,
Cigüeñas largas y mochuelos romos.
Luego una esquadra de sonora gente,
Ruiseñores, calandrias; y Canaria
Remitió sus cantores obediente.
Gorriones, cuervos, y la solitaria
Tórtola lloradora de sus duelos,
La altiva garza en sus caprichos varia.
El falcon y el azor desde los cielos
Se apean, no en alcándaras ni en barras,
Las primas, gerifaltes y torzuelos:
Que todo el esquadron de uñas bizarras,
Muestra sin capirotes ni pigüelas
Pacíficas las frentes y las garras.
Las grullas, que con diestras centinelas
El Atico carácter de su hueste
Preservan de las súbitas cautelas.
La codorniz marítima y la agreste,
Y las armadas de su cresta upupas,
Y el fantástico páxaro celeste.
Tú aquí tambien, lechuza, asiento ocupas,
Aunque á las sacras luces acometes,
Lámparas quiebras, y el aceyte chupas.
La fenix no salió de sus retretes,
Donde al honor del ataud ó cuna
Apercibe pastillas y pebetes.

Mas de otras aves no faltó ninguna,
Sino las que el derecho hizo excusadas,
A consultar de sú común fortuna.
De todas las regiones apartadas
Volaron á las cumbres de Pirene
Por muñidores páxaros llamadas.
Allí entre encinas y alcornoques tiene
De Júpiter la insigne camarlenga
Capaz teatro, adonde á cortes viene.
Habiendo, pues, con ceremonia luenga
Honrado á los veloces circunstantes,
La golondrina comenzó su arenga.
Dióles superlativos arrogantes,
Para captar común benevolencia,
Al uso de escolásticos pedantes.
Dixo (pidiendo á la águila licencia)
Que ella zelaba el volador linage,
Y así le quiso dar cierta advertencia.
Como yo voy haciendo mi viage
Sobre tantos paises (dixo), advierto
Lo que nos puede ser favor ó ultraje:
Y un inmenso peligro he descubierto,
Que aunque en la execucion no está vecino,
Basta para atajarlo el ver que es cierto.
Desde el mar de Helesponto hasta el Latino
Nace en los campos de la tierra grasa
Cierta semilla, que la llaman lino.
Que los esteriliza y los abrasa
Porque arraygada entre los surcos crece,
Y á dar tributo en pocos meses pasa.

Quando su arista el grano rubio ofrece,
La arrancan de raiz, porque la siesta,
Pálida ya, la aprieta y la endurece.
Así en los haces manuales puesta
Al sol se exuga, y luego el agua aplaca
La sed que le da el sol quando la tuesta.
Del agua al sol segunda vez se saca;
Y para quebrantar su caña hueca,
Con mazos de madera se machaca.
La arista vuela destrozada y seca,
Dexando el lino mondo en largas venas,
Y peynes lo hacen digno de la rueca.
Pues terso como barbas y melenas
De los anacoretas que vió el Nilo,
O como en sus filósofos Atenas,
Se dexa prolongar al mismo estilo:
Y entre rústicos dedos apremiado,
Dellos revuelto al box, resulta el hilo.
Luego es cordel con hilos engrosado:
Este forma los lazos y las redes,
Con ñudos y lazadas prolongado.
Engaño, que en las plantas ó en paredes,
Donde habitamos todas, escondido,
Peligra el robador de Ganimedes.
No estará salvo el inocente nido:
Ni el discurrir las selvas ni dehesas
Será á los libres vuelos permitido:
Porque hacemos por los hombres presas
En los senos del lino fraudolento,
Que presto vendrá á ser redes espesas.

Al fin, lo que en razon de todo siento
Es, que miéntras el lino á ser no llega
De humanas asechanzas instrumento;
(Porque aun agora arroyo manso riega
Su inocencia en cogollos floreciente;
Y en la tardanza natural sosiega;)
Arremetamos todas diligentes
A talar su verdura sospechosa,
Que amenaza el estrago á nuestras gentes.
A lo ménos, ¡o reyna generosa!
Manda que algunas tropas de vencejos
Confundan la semilla perniciosa:
Y no porque los daños mires léjos,
Dilates el poner mano á la obra;
Que vanos son sin ella los consejos.
El mal que no se ataja fuerzas cobra:
La pérdida de tiempo no es pequeña,
Y, salvo al imprudente, á nadie sobra.
Aquí acabó: mas la águila risueña,
Como si oyera al terenciano Traso,
La no superflua plática desdeña.
Las demas con su exemplo rien paso:
Mas luego suena pública la risa,
Sin hacer del aviso ningun caso.
Y aun hubo quien votó, que con precisa
Relegacion se castigase luego
Quien de cosas tan frívolas avisa.
Pero tambien pasó en donayre el juego:
Y volando en desórden y en huida,
Al ayre se entregó el senado lego.

La golondrina, atónita y corrida
De hallarse sola, y que con arrogancia
Quedaba su oracion correspondida:
Alto, dexemos, dixo, á la ignorancia
Universal; pues el ponerle enmienda,
Se intenta con oprobrio y sin ganancia;
Y cada qual á su interes atienda:
Yo á lo ménos de selvas enemigas
Secrestaré en seguro mi vivienda.
Y en casas de hombres, en las altas vigas
Suspenderé mi nido; y los alados
Senadores remedien sus fatigas.
Tiempo vendrá en que presos y enredados,
En su infortunio alabarán mi zelo;
Pues de sanos consejos despreciados
La venganza dió al tiempo el justo cielo.

EPISTOLA

DEL PRINCIPE DE SQUILACHE.

Señor Retor, razon será que pruebe
Con mas alegre musa á responderos,
De lo que á vuestra carta se le debe.
Y no lo digo á fe por ofenderos:
Mas vino vuestra misiva tan en seso,
Que fuera muy posible no entenderos.
Que esté la pena y la culpa en mí confieso:
Mas no entender es falta moderada,
Y el mucho averiguar culpable exceso.

¡Mas qué moralidad tan excusada
En tiempo que sabella y entendella
Se juzga por locura mesurada!
A sátira encamina esta doncella
Mi estilo familiar, y no ha sabido
Que sois un sacerdote ayuno della.
No sé qué tantas vuestras he leido:
Serán hijos agenos, que piadoso
Habeis legitimado y defendido.
Tambien procura veros en el coso,
Pues me depara agora esta malicia,
Que puede perturbar vuestro reposo.
Su mala inclinacion en esto indicia,
Que si á vos no perdona, y satirizo,
A nadie pienso que será propicia.
Con mi curiosidad su fuego atizo,
Que siempre el decir mal fue sin provecho,
De todos gustos un comun hechizo.
Va de sátira, pues, aquesto es hecho:
Que nueva fuerza mi paciencia siente,
Y casi reventar quiere en el pecho.
Aquí donde Pisuerga mansamente
En sus floridas márgenes se enfrena
Con dulce murmuras de su corriente,
Alguna gente vive, que por pena
Tiene solo el temor de la partida
De aqueste dulce engaño y su cadena.
Por dicha juzgará perder la vida,
Y no el estrecho lazo que los ata
A su opinion fundada en la comida.

Si Campos es tan fértil, los maltrata
Como la seca Mancha, y su argumento
El sofista suceso le desata.
No pienso proseguir con este intento
Discursos que serán, segun entiendo,
Para su bien y mal sin fundamento.
Al fin, será si fuere, y no pretendo
Decir que son dichosos los que viven
En soledad la vida entreteniendo.
¡Qué enfadoso es el yerro que reciben!
Horacio se engañó, y tendió las redes
A necios melancólicos que escriben.
¿Ver unos gestos siempre? ¿unas paredes?
¿Vivir entre ignorancia con cautela?
La flema es necesaria de Arquimedes.
El que ningun cuidado le desvela,
Mucho tiene de bestia. Al fin, en todo
Per molto variar natura è bella.
En esto con mi gusto me acomodo:
El vuestro es diferente, y bien quisiera
Hallar para mudarle nuevo modo.
Y aunque conozco bien de la manera
Que vive aquesta gente, es en secreto,
Y no lo he decir, ni Dios lo quiera.
Si bien miramos, pues, al mas perfeto,
Ninguna vida en guerra así se emplea,
Como una pluma en su menor defeto.
Si la otra no es doncella, no lo sea:
¿Parila yo? Que Barrabás la lleve,
Y á quien su honor contra su bien desea.

Si el otro gasta mas de lo que debe,
(Dixe deber por término infinito)
Sobre él al cabo de sus gustos llueve.
Si el otro, que es discreto por escrito,
Se precia de razones mas rodadas,
Que privilegio de hidalgon corito.
Dos docenas habrá de puñaladas,
Que acaben los retruécanos pesados,
Pasto inútil de orejas mas pesadas.
Si el otro con desprecios engañados
Burla del sabio, y dice lisonjero,
Gran ventaja nos hacen los letrados:
Vos sabeis, buen Señor, que es majadero,
Y es fuerza la ignorancia, porque quiere,
Que en no saber esté el ser caballero.
Si el otro codicioso pena y muere
Con sed de insaciable hidropesía,
Su pago le dará lo que adquiriere.
Llego, pues, á la envidia: ¿si podria
Mi corto ingenio celebrar la suma
De su absoluta y ciega tiranía?
Mas temo que la vida se consuma,
Y en tan infames alabanzas corta,
Me ponga freno mi corrida pluma.
Rinde el honor, los ánimos acorta,
Piérdese por fianzas sin gozallo,
Ménos entiende en lo que mas le importa.
Reyna insolente, siendo vil vasallo,
Del bien ageno con su mal reparte,
Con sola la codicia de quitallo.

El odio junta, la amistad desparte:
Ella es al fin el alma de palacio,
Toda está en todo, y toda en cada parte.
Vamos, sátira ó carta, mas de espacio,
Que si adelante paso, á mas me obligo
De lo que da lugar tan corto espacio.
Queriendo proseguir llegó un amigo,
Y dixo: ¿los Poetas no podrian
Llevar á vueltas desto su castigo?
Con Marcial respondí dicha tendrian:
Mas libre Dios mi libro de esa sarna,
Aunque ellos merecido lo tenian.
Punta de verso agudo mal encarna
En ingenios de hierro y de madera,
Que si el diente le echais, rompe ó descarna.
Piadoso pienso ser desta manera,
Que no faltan algunos que con gusto
Defienden los antiguos donde quiera.
Si una ciudad de malos por un justo
Perdona Dios, pues hay algunos buenos,
Con mi piedad su desvergüenza ajusto.
Yo bien holgara que viviesen ménos;
Pero las pestes andan á menudo,
Y caen rayos donde suenan truenos.
Llegar aquí sin mi licencia pudo
Con leves burlas mi risueña musa,
Aunque haya agora quien se alegre dudo:
Pero mi sentimiento la rehusa,
Que adonde tanto puede el mal de ausencia,
Las culpas del placer son sin excusa.

Quisiera que el dolor diera licencia
Para que el sentimiento publicara
Entre su sinrazon y mi paciencia.
Agenas fuerzas por su mal buscara;
Pero triunfando al fin de mis sentidos,
Qualquier ganancia me saliera cara:
Y aunque fueran por mí tan bien perdidos,
Viniera el mal á ser como el verdugo
Que muerto el hombre viste sus vestidos.
Sujeto, pues, el cuello al grave yugo,
El pecho mas que scita helado y frio,
De mis amargas lágrimas enxugo.
Mirad á quanto obliga un desvarío:
Pues doy aun libre cuenta tan estrecha
De un ciego error nacido de un desvío.
Pienso acabar aquí con la sospecha,
Que murmurar á tan prolixa carta,
Para no ser pesada, le aprovecha.
Vuestra respuesta espero ántes que parta,
A Lupercio direis que no le escribo:
Que aunque de mí su amor jamas se aparta,
No corren los tercetos donde vivo.

EPISTOLA

RESPONDIENDO A LA ANTECEDENTE.

Don Francisco, aunque llames carta en seso
Mi prosa familiar, y por severa
La reprehendas como grave exceso:

No te pienso escribir de otra manera,
Si me has de responder tan doctamente,
Como agora lo has hecho en tu postrera.
No escribió con estilo tan corriente
Pluma latina ó griega, ni tan presta
Satirizó los vicios de su gente.
Pero volviendo á mí y á tu respuesta,
Digo, que al escribirte no tenia
La eutropélica parte bien dispuesta:
Y así debí de huir con demasía
De las burlas que pide un gusto urbano,
Que de cuidados graves se desvía.
Puso esta parte en el compuesto humano
Prometeo muy junto de los fuelles,
Que tienen vivo el fuego soberano.
Allí forma la risa en cuerdas muelles,
Mas si no toca el alma el instrumento,
No harás nada, aunque mas las atropelles.
Bien que si algun accidental contento,
Qual músico gentil las teclas pisa,
Luego despide su risueño aliento.
Y el que muere á cuchillo por precisa
Necesidad, si el hierro allí le toca,
Verás que da el espíritu con risa.
En esta parte tengo yo tan poca,
Y la cruel melancolía tanta,
Que ha mucho que á reir no me provoca.
O cúlpasme quizá porque no canta,
Callando zuecos cómicos primero,
Satíricos discursos mi garganta.

Si esto es así, pues sabes que prefiero
Otro estudio mayor al de las musas,
Ser defendido por tí mismo espero.
Acuérdate, Señor, quando me acusas
De mi ocupada vida, y del molesto
Exercicio en que fundo mis excusas.
¿Piensas tú que no hay mas sino hacer presto
Cien tercetos muy fáciles y puros?
No siempre al verso está el humor dispuesto.
¿Tengo el arpa que á Troya dió los muros?
¿O puedo yo traer como otra maga
El espíritu á fuerza de conjuros?
Meses y aun años pasan sin que haga
Experiencia de mí; y un epigrama
Apénas formo que me satisfaga.
Y aunque me lo mandase una madama
Mas principal que Juno, y con desvíos,
O con favores me despierta y llama,
No sonará su nombre en versos mios,
Si voluntario Apoló no desciende
A infundirme el furor y sacros brios.
Harto hace el paralítico que atiende
A quando mueve el Angel la piscina,
Si la ocasion por los cabellos prende.
De quando en quando hará la tibicina
Euterpe en verso alguna travesura,
Mas no segun la nueva disciplina.
Digo de los que cantan la hermosura,
O el rigor de sus ninfas en sonetos,
Que la region del ayre no es tan pura.

Aquellos metafísicos concetos
¿Cómo podrá alcanzallos quien tropieza
Entre los que al sentido estan sujetos?
Yo te confieso que quando uno empieza
Zelos, glorias, desdenes y esperanzas,
Que se me desvanece la cabeza.
Dirásme, ¿luego tú no las alcanzas,
Porque nunca estuviste enamorado,
Ni sujeto á accidentes y mudanzas?
Sea como ello fuere, de mi estado
Yo daré cuenta á Dios: basta, que agora
Yo no alcanzo su estilo levantado.
Antes pidiera á Clio la sonora
Trompa con que los héroes eterniza,
Y celebrara á España vencedora,
Que imitar al furor que Petrarquiza:
Y si estornuda Filis, el amante
En filósofo son la solemniza.
Pero tú no me mandas que levante
Mi humilde pluma cerca de los cielos,
Sino que reprension de vicios cante.
„ No como la publican los libelos,
„ Sino como tu carta, que no tiene
„ Palabra que no encubra mil anzuelos."
Por esto mismo á mí no me conviene
Tocar tales materias: ya sabemos
Quan pocos quieren que esta voz resuene.
Y mas quando se sube á los extremos,
Y censura las públicas costumbres
De los que por su oficio obedecemos.

Solo Júpiter hiere en estas cumbres:
Suyo es Olimpo, suyo el sacro templo:
Fulmine en ámbos sus horribles lumbres.
Harto me aflijo yo quando contemplo,
Que la falta en nosotros de la enmienda
Resulta de la falta de su exemplo.
No me ciñe las sienes la real venda,
Ni soy juez por virtud ni por oficio:
Competente censor los reprehenda,
Que carezca siquiera de aquel vicio
Que nota en ellos, y que no se aplaque
Con lo que á mas de un juez vuelve propicio.
Alguno contra mí pondrá un achaque
Tal, que á sombra del zelo de justicia,
Hierro privado de la vayna saque.
¡O quanto puede armada la malicia!
El Rey y sus ministros eminentes
Lo juzguen quando llegue á su noticia.
Entre tanto mi lengua tras los dientes
Encoger, y mis hombros determino,
(Gran modo de evitar inconvenientes).
Y el vulgo dice bien, que es desatino,
El que tiene de vidrio su tejado,
Estar apedreando al del vecino.
Demas, que á cuyo cargo está el ganado,
Qualquier suceso próspero y adverso
Por cuenta va tambien de su cuidado.
Diréte un cuento de esto no diverso:
Leelo, pues que á tí el leerlo ménos
Te costará, que á mí ponerlo en verso.

Unos buenos pastores (que por buenos
Eran tenidos, aunque mercenarios;
Quiero decir, de caridad agenos,)
Hicieron en sus bosques solitarios
Un agreste convite de una oveja
Bien asada en sus lares ordinarios.
Y estándose comiendo, en la conseja
Se mezcla un lobo, que acechado habia
Del modo que la presa se festeja.
Y hablando de improviso (concedia
Habla á los brutos el primer derecho)
Dixo riendo: bien por vida mia;
Si hubiera yo lo que vosotros hecho,
¡Qué tumultos moviérades, qué voces!
¿Quál es mejor, mi cueva ó vuestro techo?
Levántanse de presto los feroces
Rústicos como hallados en el robo,
Y aperciben sus hondas, chuzos y hoces:
Hieren de muerte al miserable lobo:
El qual rindiendo su esperanza al daño,
Dió desangrado el último corcovo.
Mas dixo: para el cielo no hay engaño;
El y mi sangre á una darán gritos:
Que no muero por zelo del rebaño,
Sino porque les dixe sus delitos.

EPIGRAMA.

Viéndose en un fiel cristal
Ya antigua Lice, y que el arte

No hallaba en su rostro parte
Sin estrago natural,
Dixo: hermosura mortal,
Pues que su orígen lo fue,
Aunque el mismo amor le dé
Sus flechas para rendir,
Viva obligada á morir;
Pero á envejecer ¿por qué?

II.

La antigua verdad por ruda,
O por libre de artificio,
La mostró un pincel propicio
En sus retratos greñuda:
Tambien lo está por aguda
La ficcion de nuestra edad.
¡O preciosa antigüedad!
¿Quién será el que no se irrite
De que á la fraude acredite
La greña de la verdad?

III.

Viendo Alfio quan desvalida
Yace la causa del justo,
Y al reves, quan á su gusto
Logra el inico la vida,
Dió en ser malo; y á medida
De su maldad castigado:
¿De quándo acá (dixo) el hado
Trata los malos así?
¿Cómo? ¿Solo para mí
Anda el mundo concertado?

SONETOS.

¿Cómo tienes noticia tan profunda
Del derecho civil, Teodoro mio?
Dilo, así Dios te dé un barbero pio,
Que esa prolixa barba arrase ó tunda.
Antes, ¡ó Fabio! las navajas hunda:
Varon barbado, insigne barba crio:
Que en mí el saber, como en Sanson el brio,
En este pelo trágico se funda.
¿Esto es posible? ¡O grato á los incultos,
Saturno! si en las barbas de Teodoro
El fruto que en un largo estudio pones,
Bróteme doctas cerdas cada poro:
Mas niega este secreto á los cabrones,
Que aspiraran á ser jurisconsultos.

II.

En la Holanda bañada del tributo,
Que á todas las kalendas paga Lice,
Clava una rana viva el infelice
Clito su esposo, felizmente astuto.
Púsole en odio el adulterio (fruto
Del ranicidio, segun *Plinio dice*);
De hoy mas, ni Tolomeo á *Berenice*
De casta, ni á su *Porcia alabe Bruto*.
¡O César! ¡ó repúblicas y Reyes!
Si Lice excede á egipcias y romanas,
Edificad á Clito estatuas y arcos.
Perezca la ley Julia: vengan ranas,
Pesquen los magistrados por los charcos,
Pues hacen mas las ranas que las leyes.

III.

Aunque Ovidio te dé mas documentos
Para reirte, Cloe, no te rias,
Que de pez y de box en tus encias
Tiemblan tus huesos floxos y sangrientos:
Y á pocos de esos soplos tan violentos,
Que con la demasiada risa envias,
Las dexarás desiertas y vacías,
Escupiendo sus últimos fragmentos.
Huye pues de teatros, y á congojas
De los lamentos trágicos te inclina
Entre huérfanas madres lastimadas.
Mas paréceme, Cloe, que te enojas:
Mi zelo es pio: si estogte amohina,
Ríete hasta que escupas las quixadas.

IV.

Tú, á cuyos dedos hoy los pulsos fia
La opinion ó el error de los mortales,
¿Cómo, nos di, de la piedad te vales,
Que entre las manos se te vuelve impía?
Esas drogas que Arabia nos envia,
Recetadas por ti son funerales:
Envidian á tu pluma los puñales,
Y á tus libros la mas fuerte artillería.
¿Como? Porque los hados con veneno
Me mandan asolar, justos, la tierra;
Y si vuestros antídotos estragó,
Anibal soy, que para haceros guerra,
Por los alfanges que volví á Cartago,
Me obligan á empuñar los de Galeno.

V.

Ya no murmura el pueblo, sino brama
Contra tus fraudes, Lico, porque siente
Que no hay seguro en tu modesta frente,
Mas que en la de una fiera de Xarama.
La voz del pueblo voz de Dios se llama:
Mas yo, para juzgar sencillamente,
Hago por tí una excusa suficiente,
Por quitar las calumnias desta fama.
Que tú no creas que hay vida que comienza
Donde esta acaba, ni la suerte, ¡ó Lico!
A las obras humanas prometida.
Pues no te juzgo yo por tan inico,
Que si creyeses tú que hay otra vida,
Vivirias con tanta desvergüenza.

VI.

Filis, yo te aborrezco, y de manera,
Que pasara contento con mi suerte,
Si el cielo para solo aborrecerte,
Sin otro gusto edad me concediera.
No es ímpetu de afecto el que me altera,
De los que el tiempo ó la ocasion divierte;
Ira es sagrada, generosa y fuerte,
Que agradable en el alma persevera.
¡O quan ufano estoy de que tu halago,
(Aunque virtud sencilla lo intitules)
Sea voz de sirena; y faz de harpía!
Vengado quedo, pues, no disimules:
Que al fin dependes de mi cortesía,
Pues me puedo vengar, y no lo hago.

VII.

Crece de presto, poderosa yerba,
Que medras en la injuria, si dispones
No á Pitágoras manto, ni los dones
De Aragne que irritáron á Minerva:
Ni senos para hacer al Asia sierva,
Quando navales fábricas compones,
Y al viento opuesta á descubrir regiones,
Vuelas, que el orbe idólatra conserva:
Sino para apretar deste veneno
Causídico la pérfida garganta,
(Sacro lazo) que luego de mi mano
Serás de la piedad ofrenda santa.
Crece, tardo suplicio: tú, Silvano,
Dios de los campos, guarda el deste lino.

VIII.

¿Qué mágica á tu voz venal se iguala
En horrendos carácteres secreta,
Trifon, si quando nota ó interpreta,
Saquea la ciudad, los campos tala?
El cañon con que escribes, que en el ala
Se formó de alguna anade quieta,
No lo tiene tan fino tu escopeta,
Ni arroja así la pólvora y la bala.
¡O patrocinio (aunque aproveche) amargo!
De mi consejo no pondrá ninguno
En tu fe sus derechos ni sus quejas:
Demas que para el dueño todo es uno,
O que le coma el lobo las ovejas,
O el pastor mismo que las tiene á cargo.

IX.

Señor, á eterno ayuno me dedico:
No llegue para mí opulento el dia,
Si yo no puedo ser por otra via,
Que por litigio y tribunales rico.
Por aquella piedad te lo suplico,
Con que abrevias do en la flaqueza mia,
Siendo la voz que tierra y cielos cria,
Temiste de la voz de un juez inico.
¡Qual saca la bellísima inocencia
(Aun quando el juez le da la mano amiga)
De las uñas causídicas el gesto!
¡O siglo siervo de servil paciencia!
¿Quál bruto, quál frenético litiga,
Si puede hacer que lo condenen presto?

X.

¿Por qué habitais, silvestres homicidas,
Entre fieras armados de su furia,
Pudiendo en opulencia y en luxuria
Entre las gentes, como Craso y Midas?
Venid á hacer pacíficas heridas,
Y pacíficos robos en la curia:
Que aquí os dará jurídica la injuria
Autorizadas y seguras vidas.
La vitoria sin sangre mas se alaba:
Y del sutil abuso de las leyes
(Que el juez no puede mas) pende el suceso.
Si robara las vacas y los bueyes
Cacо por los asaltos de un proceso,
¿Qué le valiera á Hércules la clava?

XI.

Dime, Teodoro, así los sacros huesos
De Bártulo y de Baldo vuestros lares,
Como Castor y Polux en los mares,
Calmen la tempestad en los procesos:
¿Por qué mostrando la verdad expresos,
Próvida hasta los casos singulares,
En las litis, ó graves ó vulgares,
De arbitrio humano penden los sucesos?
De las vulgares, Ticio, ni los nombres
Llegan á calentarnos la noticia:
En las graves hay arte diligente,
Que exhala en los crisoles su justicia:
Entrambas sacan título aparente,
Y así en entrambas son los hombres hombres.

XII.

Tu aliento, Herminia, en su fragancia viva
Tan suaves espíritus ofrece,
Que ni un jardin su emulacion merece,
Aunque todas sus flores aperciba.
Mas el que por las barbas se deriva
De tu esposo, ¿con qué salud se cuece,
Que huele á yema ó pollo que perece,
Corrompido en la cáscara abortiva?
¿No es la mas grave de las servidumbres,
Que la boca le des? ¿Que su luxuria
Tus perlas manche, y lisie tus corales?
¡O túmulo, y no tálamo! ¿Qúal furia
En tí rindió las leyes naturales
A la fortuna? ¡O tiempos! ¡ó costumbres!

XIII.

Dexan las musas arcos y vihuelas,
Para oir el correo, que sobre el pelo
Crespado trae con alas un capelo,
Y en los talones alas por espuelas.
Manda Juno (les dice) que echeis telas,
Que está pobre de sábanas el cielo:
Demas que fabricando de cerbelo,
Ociosas no estan bien nueve mozuelas.
Ciñen sus ruecas, y los husos tuercen
Con blandos dedos, y los eloqüentes
Labios el aristoso lino mojan.
De Parcas quedan poco diferentes;
Pero por Dios que es bien que las recojan,
Y el dia que no hilaren que no almuercen.

XIV.

Ni soles, ó taur, lunas ni auroras
Te han visto soñolientas las pestañas;
Tu estado espira: al sucesor engañas:
Pues tu fe y su esperanza le empeoras.
Tu abuelo en esas tenebrosas horas,
Que velas tu jugando sus hazañas,
Armado por dificiles montañas
Pasaba sus esquadras vencedoras.
Sabe que la nobleza es sucesiva
Mas por nuestra opinion que por su efeto,
Y sin virtudes nunca meritoria.
¿Qué acuerdo tomas, pues, ¡ó indigno nieto!
Sabiendo que es agena aquella gloria,
Que del valor ageno se deriva?

XV.

Pues no siempre tus rayos vengativos
Sobre montes y alcázares fulminas,
Y alguna vez destronças las encinas,
Y abrasas los pacíficos olivos:
Un pedante que á gritos excesivos
Enseña á variar voces latinas,
Júntalo á los estragos y ruinas
Cuyas memorias guardan tus archivos.
El de pálido box labrado en torno
Vibra un cetro á mil madres formidable;
Cayga el brazo inhumano con exemplo:
Que en el barrio que él hace inhabitable,
Hoy te dedico, ¡ó Júpiter! un templo,
Y de inscripcion piadosa te lo adorno.

XVI.

Cremes, regala á Lice, y no celebres
Su nombre en verso, ó quema tus papeles:
Envíale una liebre como sueles,
Aunque, segun Marcial, ¿á qué fin liebres?
Mucho tiempo ha que pasas esas fiebres,
De que en ellos frenético te dueles,
Desde que le arrojáron los broqueles,
(Ya sabes quien y adonde) á Mos de Gebres.
Calla, enfadoso padre, así se halle
Docto herbolario, que convierta en cobre
La plata hilada que tu barba cria.
Tú, buena Lice, ruégale que calle,
Así una liebre de las que él te envia,
En tu figura sus efectos obre.

XVII.

No temes tú mis versos, Citaredo:
Finges temer, para que así propicio
El vulgo entre el clamor de su bullicio
Te señale por sabio con el dedo.
A lo ménos sin risa yo no puedo
Dar tanto á la ambicion de tu artificio,
Que te halle alguna vez en mi juicio
Aprobado por digno de ese miedo.
Para que obren con ley nuestros decoros,
Sus acciones imiten respetosas,
Al que nace en las fieras no adquirido.
Teman las uñas del leon los toros;
Mas pídanle perdon las mariposas,
Si se juzgaren dignas de un bramido.

XVIII.

No hay dudar, Gayo, que esta edad maldita
Aborrece los sabios de manera,
Que al que en trono obispal poner debiera,
No le fia las llaves de una ermita.
Mas pues que la repulsa lo acredita,
La injuria ten por gloria verdadera;
Y así no te lamentes: considera,
Que porque la mereces te la quita.
Que si el derecho que ántes tuvo el sabio,
Agora en barbas pródigas consiste,
Y en no saber, fuera esto, el alfabeto,
Tienes razon de andar quejoso y triste;
Porque ninguno como tú al respeto
Ha recibido tan notorio agravio.

XIX.

Bílbilis, aunque el dios que nació en Delos
Te conserve fructífera sin daño;
Y quando sobre tí deciende el año,
Sus guirnaldas te den todos los cielos:
Y aunque hagan tus preciosos arroyuelos
Fuertes las armas con el noble baño:
Y aunque eres patria del cortés tacaño,
Que en todas sus palabras puso anzuelos:
Si no encadenas los infieles canes,
Que tu aduana á los viandantes suelta,
Ni tu muro veré ni tu camino.
Que para dar hasta Madrid la vuelta,
Embarcarme en Colibre determino,
Aunque la dé mayor que Magallanes.

XX.

Si esperas hoy prosperidad alguna,
Sofos, en la virtud de tus acciones,
Por historia ridícula te expones
Al siglo, y aun por fábula importuna.
De dos sacros metales la fortuna
En los orbes que abrazan sus regiones,
Para influir sus premios y sus dones,
Otro sol ha formado y otra luna.
Si á pretender con fraudes y cautelas
Destos dos astros amparado acudes,
No habrá accidente que tu gloria impida.
Mas si solo con letras y virtudes,
Toma libranzas para la otra vida,
Y en esta ni te muelas ni nos muelas.

XXI.

Quita ese afeyte, Laís, que se aceda,
Y él mismo en el olor su fraude acusa:
Déxanos ver tu rostro; y si rehusa
El despegarse, quítalo con greda.
¿Qué tirano la ley natural veda?
¿O qué murta el diestro acero atusa,
Que alegren mas que la beldad confusa
De bosque inculto ó bárbara arboleda?
Si lo blanco y purpúreo que reparte
Dios con sus rosas, puso en tus mexillas
Con no imitable natural mixtura,
¿Por qué con dedo ingrato las mancillas?
¡O Laís! no mas; que en perfeccion tan pura
Arte ha de ser el despreciar el arte.

XXII.

Sacro metal en Julia Celsa suena,
Emulo de proféticos alientos,
Que nos previene á insignes movimientos
Con propio impulso, y sin industria agena.
Ofusca el sol su faz limpia y serena
Arrojando esplendores macilentos:
Y sacudido el orbe de portentos
Se aflige, y brama en su fatal cadena.
Y miéntras que el horror de lo futuro
Los ánimos oprime ó los admira,
Tú, Cremes, obstinado en tus amores,
Remites á los cetros la gran ira,
Y adulas á tu Pánfila con flores
Deshonesto, decrépito y seguro.

XXIII.

Incorregible Nestor de los daños,
Que trae consigo la vejez, te dueles,
Porque ardes en afectos mas noveles,
Que Vénus alentó en robustos años.
Y obligando la barba y frente á baños,
Que ofuscan pelos, y taladran pieles,
Negros (sin culpa de los poros fieles)
Peynas y enrizas hoy tus desengaños.
Mas no sin gran prudencia los profanas,
Hasta que nuestra risa te convenza
A que los restituyas ó jubiles:
Porque vergüenza fuera, ó desvergüenza,
Que hablaran de lascivias juveniles
Labios cercados de inocentes canas.

XXIV.

Si acomodado en mi fortuna aprieto
Mi Proteo interior con cautos ñudos,
Y jamas por mi incienso dió estornudos,
¡O Atlante! al humo interesal tu nieto:
Si nunca al vulgo mi opinion sujeto,
Y son mis risas cínicos barbudos,
Y la verdad con sus aplausos mudos
Mi frente adorna de laurel secreto:
¿Por qué la estéril soledad codicio?
¿Viviendo al siglo de oro interiormente,
No estoy bien retirado á mi conciencia?
¿Por qué? porque cursando entre la gente,
Si se echa un necio sobre mi paciencia,
Verteré por los poros el juicio.

XXV.

Licia es aquella, acude, Fausto, y mira
Como con el cabello dora el viento;
Y el rostro juvenil, de donde atento
Invisibles amor sus flechas tira.

Quan bien con la piedad mezcla la ira
En el mirar risueño y violento;
La boca, que entre perlas el aliento
De jazmin salutífero respira.

Juzga si yo con mas razon que Ticio,
Que por Juno movió á los dioses guerra,
Pudiera contra el cielo rebelarme.

¿Has visto bien que no tiene la tierra
Sugeto igual? Pues sabe que un adarme,
Un adarme no tiene de juïcio.

XXVI.

Lico, pues Dios los pérfidos permite
Para azote amoroso de los fieles,
Y despues, como á varas ó cordeles
Ya inútiles, al fuego los remite:

El con sus justos rayos te visite,
Y chamusque esos quadros y doseles;
Y los perfumes que lascivo hueles,
Súbito hedor sulfúreo te los quite.

No suene en el relámpago el aviso,
Que á Saulo convirtió; porque tu zelo
No es como el suyo digno de clemencia.

Fuiste en la tierra látigo del cielo;
Y pues muestras negar su providencia,
No es bien que te execute de improviso?

XXVII.

Pon, Lice, tus cabellos con lexías
De venerables, si no rubios, roxos,
Que el tiempo vengador busca despojos,
Y no para volver huyen los dias.
Ya las mexillas, que abultar porfias,
Cierra en perfiles lánguidos y floxos:
Su hermosa atrocidad robó á los ojos,
Y apriesa te desarma las encías.
Pero tú acude por socorro al arte,
Que aun con sus fraudes quiero que defiendas
Al desengaño descortés la entrada.
Con pacto (y por tu bien) que no pretendas
Reducida á ruïnas ser amada,
Sino es de tí, si puedes engañarte.

XXVIII.

Por verte, Ines, ¿qué avaras celosías
No asaltaré? ¿qué puertas? ¿qué canceles,
Aunque los arme de candados fieles
Tu madre, y de arcabuces las espias?
Pero el seguirte en las mañanas frias
De Abril, quando mostrarte al campo sueles,
Bien que con los jazmines y claveles
De tu rostro á la aurora desafias;
Eso no, amiga, no: que aunque en los prados
Plácido iguala el mes las yerbas secas,
Porque igualmente les aviva el seno:
Con las risueñas auras, que en jaquecas
Sordas convierte el húmedo sereno,
Hace los cimenterios corcovados.

XXIX.

Di, Erine, aunque á Pitágoras leyendo
Pienses quedar tan ajustada y fina,
Que á tu celebro imite la oficina,
Donde él reduxo á música el estruendo:
¿Cinco años te abstendrás de hablar mordiendo
La lengua por seguir la disciplina,
Que sus filosofantes exâmina
Con aquel noviciado tan horrendo?
Bien será que al silencio te prevengas;
Y por decoro de una ley tan grande,
Que á conversar por señas te acostumbres.
¿Mas cómo te has de haber quando te mande,
Que (por ser tan golosa de legumbres),
De las que favoreces mas, te abstengas?

XXX.

Tuya es, ó Lucio! esa cancion sin duda,
Como esa greña es de tu calva lisa;
Y á pesar de la tos y de la risa,
Los dientes que en tu boca el arte añuda.
Y así nos muestra Erine la tez cruda
Del rostro, aunque, sin rígida pesquisa,
Del pegajoso lustre nos avisa,
Verdadera su frente, quando suda.
Recibe por los versos que refieres,
(Pues que son tuyos) premio y alabanza:
Que á un tercero que en esto funda agravio,
Tu fe interior le sirve de venganza:
Pues quando allá en el centro de algun sabio
Mueves envidia, tú de envidia mueres.

XXXI.

Si conoces tus menguas, no te adules,
Codro, á tí mismo; y eso que nos dices,
Dilo allá á los que alquilan sus cervices,
Para mudar bufetes y baules.
Que ya tus gracias quanto mas las pules,
Se arrojan en tu voz mas infelices;
Que excrementicio humor por las narices
Sobre esas canas pálidas y azules.
Si á las fuerzas penúltimas que guardas,
Para que el paso juvenil prosigan,
Ignoras el honor que les ofreces:
Caballos con su exemplo te lo digan,
Que ostentáron bozales y jaeces,
Y agora rozan jáquimas y albardas.

XXXII.

Mas teme en su raiz, Lauso, aquí un pino,
Que si á surgir en Asia ó en Europa,
Siendo fiel mástil de obstinada popa,
Atravesara el proceloso Euxîno.
Al cierzo y nieves deste horror vecino
Suele vestida helársenos la ropa;
Y aunque el sol salga, espera nuestra copa
Que benigna segur le corte el vino.
Impaciente yo al humo, que sin llama
Entre mojados leños se concibe,
Soy huésped de unas tejas desleales.
Ivierne en esta sierra algun caribe.
Exêcrable á las leyes naturales,
Si se averigua que tus versos ama.

XXXIII.

Yo vi una ninfa, que entre rosas fuera,
Guzman, y entre jazmines blanca y lisa;
Pero con metamórfosi improvisa
Verde horror le ofuscó la tez primera.
Díxome: Euterpe soy, que esta ribera,
Que con sus flores Céfiro divisa,
A mí, que alienta su nativa risa,
Procura ingrata convertirme en fiera.
Si el Tormes, dixe yo, mancilla, Euterpe,
Tu lustre con escama tenebrosa,
¿Quién se podrá quejar del lago Averno?
¿Tú solo ignoras, replicó la diosa,
Que el estilo enigmático moderno
Es quien de ninfa me transforma en sierpe?

XXXIV.

Pues nos va bien con adular, Cratilo,
Rindamos la verdad á la cautela:
Que en sus aplausos la virtud se hiela,
Sin que nadie la abrigue con un hilo.
Tu Príncipe al Salustio y al Tranquilo
Prefiere el gusto de una nueva tela;
Y suélese reir quando la escuela
Pondera las grandezas de su estilo.
¡O, dueño de las cosas, ignorancia,
Ampara á dos filósofos ayunos,
Que á la virtud queremos oponernos!
Dispuestos á no ver libros algunos,
Sino de los Poetas mas modernos:
Tanto podrá el olor de la ganancia.

XXXV.

Engáñaste, Galeso, si barruntas
Que alguna vez me pareciste sabio:
Que tu fisonomía es astrolabio,
Por donde yo averiguo mis preguntas.
Tu frente es breve, á quien las cejas juntas,
Y á la roma nariz hacen agravio
Los dos bigotes sobre el grueso labio,
Que se miran recíprocas las puntas.
Dirásme que desmiente á las facciones
Espíritu gentil algunas veces,
Y así no puede haber certeza en esto:
Pero si no eres tú lo que pareces,
Sino que hay discrecion tras ese gesto,
En las cenizas nacerán melones.

XXXVI.

Piensa, ¡ó Mercurio! que unges los gentiles
Miembros, que en red de acero viste presos:
Sienta Lais por tu antídoto en los huesos
Otro Abril, que no envidie á mis Abriles.
Y mira bien, que quando le destiles
Líquidos por la boca sus excesos,
No se la injurien los humores gruesos,
Mas que á la tersa carne los sutiles.
Esto le pide Vénus: mas Hermete,
Yo, señora, le dice, tambien siento
Que tal boca se ofusque ó se lastime:
¿Pero mándasme tú que la respete
Para la de un vulgar, necio, opulento,
En cuyas cerdas sin horror la imprime?

XXXVII.

Si aspiras al laurel, muelle Poeta,
La docta antigüedad tienes escrita:
La de Virgilio y la de Horacio imita,
Que el jugar del vocablo es triste seta.
Mas ni el heroyco horror de la trompeta,
Ni la lírica voz tu mente incita;
Y como es tu caudal de hilo de pita,
Tus versecillos son de cadeneta.
No muestres el envés de los vocablos,
Ni los recalques en los labios tiernos,
Que el diablo es bellacon, mas no ignorante.
Y pues te ha de llevar á los infiernos
Ese exercicio indigno de un pedante,
No fuera malo grangear los diablos.

XXXVIII.

Si de Grecia sacaba el ostracismo
Los buenos por insignemente buenos,
Contigo, por tan pérfido, ¿á lo ménos
No hicieran sus repúblicas lo mismo?
La de Corinto echárate del istmo
(Con ser viciosa) á límites agenos,
Y aun regalado en uno de los senos
Mas sordos y profundos del abismo,
Y andas entre nosotros con ofensa
De la virtud: mas no me desconsuelo
De que dilate un rayo la venganza.
Que quando en los castigos tarda el cielo
Justamente irritado, su tardanza
Despues en el furor la recompensa.

XXXIX.

Quando los ayres, Pármeno, divides
Con el estoque negro, no te acuso,
Si por ángulo recto ó por obtuso,
Atento al arte las distancias mides.
Más di, ¿el luciente en verdaderas lides
Por defensa ó venganza, puesto en uso,
Heriá por las líneas en que púso
Conformidad, y no pendencia Euclides?
No esperes entre súbitos efetos
Ira con atencion, ni que prefiera
Al valor un sofistico exercicio:
Porque, ó la mente humana no se altera,
O nos quiso ver locos en juicio,
Quien reduxo la cólera á preceptos.

CANCION.

Quando me paro á contemplar mi estado,
Que acaso algunas veces lo contemplo,
Y nunca á persuasion de la prudencia,
Hallo en mi perdicion vivo el exemplo
Del estrago á que llega el confiado,
Que alarga á sus afectos la licencia.
¡Quanto ha que con suave negligencia
Se dispone á lo mismo que rehusa
Esta esperanza á quien la lima fio,
Con que me ha de dar libre el albedrío!
¡Quanto ha que del mortal ocio la acusa
Divino impulso, y sin quedar confusa

Ni apercibida, duerme: porque en eso
Sabe ella que hace adulacion al preso!
Y con razones aparentes prueba,
Que me dan sus prisiones tanta gloria,
Que debiera ofrecerles culto y aras.
¿Aspirar (dice) á no vulgar memoria,
Y, en fuerza del estilo, á palma nueva,
Suelto en la libertad comun osaras?
¿Levantar el ingenio á empresas raras,
(El designio á lo ménos generoso)
No te lo dió, si á la verdad atiendes,
Esa cadena que limar pretendes?
¿Qué fueras tú en el público reposo,
Sino voz popular, número ocioso
Del vulgo escuro, si el amor propicio
No ocupara tu genio en su exercicio?
Animo preso con indignos lazos
(Si superior clemencia le concede,
Que la afrentosa sujecion discierna)
Avergüéncese dellos; y si puede,
Recoja el brio, y hágalos pedazos:
Mas tú, adorando á inteligencia eterna,
Que aunque belleza elemental gobierna,
Le infunde movimientos celestiales,
¿No te juzgas feliz? ¿De una hermosura,
Que la del gran orígen te figura
Tan bien, que en contemplando en ella, sales
De todos los confines naturales;
En vez de responder á tantos dones,
A la vil fuga ingrato te dispones?

Así me arguye, y al amado abismo
De mis afectos me reduce, ¡ay triste!
Mas luego en el mas íntimo secreto
(No sin sutil inspiracion) me embiste
Cierta piedad tan tierna de mí mismo,
Que me mueve á otro llanto mas perfeto:
Porque amar con tal fe á mortal sugeto,
Es usurpado á la verdad primera,
De quien, aunque permite que obra suya
En vez de su deidad se substituya,
El ciego usurpador ¿qué premio espera?
Tras esto es mi opresion ya tan severa,
(Bien que agradable mucho) que no nace
Un pensamiento en mí que no lo abrace.
Si para imaginarme en el suceso,
A que, mal grado de mi mismo, aspiro,
Las fuerzas quiere unir, luego inconstante
De probarme, y probarlas me retiro,
No acostumbrado á sostener el peso
De consideracion tan importante.
¿Qué es esto? ¿Que con mas horror me espante
La promesa feliz de la vitoria,
Que la calamidad de la ruina?
¿Y que la voz de la razon vecina
Me altere? ¿Y que me niegue yo á la gloria,
Que me busca y me llama en la memoria
De mi alto orígen? ¡Ay, que mis errores
Ya por inexcusables son mayores!
Si invoco al cielo, amor vuelto en costumbre
Me reprime la voz en la garganta,

¿Y este acto no lo tengo por violento?
Mas si abrazarme con el bien me espanta,
Como huir de mi dulce servidumbre,
Mísero, ¿á quál daré consentimiento?
Padre y Señor, si un albedrío tan lento
Por tu imperio absoluto no se cobra,
Perdido soy. ¡O ley tuya terrible,
Que siendo tú el poder incomprensible,
Sea yo menester en esta obra!
Vuela el tiempo; y en mí á su estrago sobra
Apénas esta voz con que te llamo:
Líbrame tú de las prisiones que amo.
Pues yo con las heroycas osadías,
Que aprueba y huye el ánimo remiso,
Envejecidos gustos acomodo;
Descienda tu eficacia en este aviso,
Que no obligado y liberal me envias:
Que al fin, al fin, Señor, tú lo haces todo.
Llévame; ¡ó Padre! á tí por aquel modo,
No penetrado de la luz humana,
Con que sin violentarme, tu violencia
Unida con mi libre diligencia,
Las cumbres mas difíciles allana:
Que yo sin ella envuelto en la tirana
Complacencia, aun al tiempo que la lloro,
La causa de mis lágrimas adoro.
Pero suspende, ¡ó musa! estos acentos,
O muda la materia al tierno canto:
Que hazaña y aun crueldad me ha parecido
La atencion que he tenido,

Para reconocerme el alma tanto,
A efecto de mudar mis pensamientos.

CANCION ALEGORICA.

Apénas hizo la razon ausencia
De la parte divina, del mas cierto
Palacio á su reposo dedicado;
Que el tirano cruel, ya no encubierto,
Le negó abiertamente la obediencia,
Usurpando el dominio encomendado:
Y ya de fiera esquadra rodeado,
Las rebeldes banderas desplegadas,
Suenan las armas y un concorde grito,
Muera razon, y viva el apetito.
Y de la ausente Reyna las sagradas
Insignias profanadas,
Mostró en la indigna frente é indigna mano
Al pueblo injusto el sucesor tirano.
Al pueblo á quien debiera ser gran freno
El peligro que trae el nuevo imperio,
Y del que niega la inviolable fama:
Pues su zelo no borra el vituperio,
Porque no busca Príncipe mas bueno,
Que solo amor de libertad lo inflama.
Y puesto en arma ya con humo y llama
(Como el villano ingrato á las abejas,
Gran tiempo en vano para sí industriosas)
Destierra las virtudes generosas,
Cruel á su dolor, sordo á las quejas:

Tan solo tú no dexas
Tu patria, ¡ó fiel discurso! aunque cautivo,
Mal grado tuyo en tanta pena vivo.
Tú, aquel que tantas veces defendiendo
Las leyes de razon en desafio,
El templo enriqueció de mil despojos,
Sujeto á tu contrario el desvarío,
El mas fiero espectáculo estás viendo,
Que pudo presentarse á humanos ojos;
Las leyes convertidas en antojos
Con gozo, con presteza obedecidos:
Humear el incienso en los altares,
Reverenciando fabulosos lares:
Y burlarse de tí los atrevidos
Miserables sentidos,
Cuya falsa custodia dió las puertas
Al gran tumulto y confusion abiertas.
Bañado en odoríferos ungüentos
Entre lascivas ninfas el Rey mira
Presentes los regalos que desea;
Ya en la espléndida mesa, ya en la lira
Sus alabanzas oye, estando atentos
Los que con su privanza vil recrea:
La turba aduladora le rodea,
Del néctar (grande bien) participante:
El rubio Ganimedes con el hijo
De Vénus, con quien vuela el regocijo,
Llevan tras sí la vista circunstante:
Y pasando adelante,
La bella citarista al canto añade

Esto, con que deleyta y persuade.
Miéntras que la briosa adolescencia,
Gallardo jóven, tus mexillas cubre,
Y esparce en ellas las primeras flores,
Goza el alegre Mayo que descubre
Su tesoro, y en dulce competencia
Cantan los amorosos ruiseñores.
¿Tú solo ignoras qué son los amores,
Viendo el orgullo del zeloso toro
Por la novilla en mas de una contienda?
¿Viendo la fértil vid cómo encomienda
Al olmo amado sus despojos de oro?
Huye del vano lloro,
Que arrepentido harás, quando ya el cielo
Marchite el prado con el duro hielo.
Y prosigue el exemplo de la yedra:
Condena los sagaces que desdeñan
El apetito, cuyos hechos canta:
No calla historias que á pecar enseñan.
Aprueba la maldad que la cruel Fedra
Al castísimo Hipólito levanta;
Mas en este comedio, que con tanta
Infamia está el palacio profanado
De tal Señor y tan igual familia;
Ningunas crueldades vió Sicilia,
Corinto ó Tebas, como el desdichado
Pueblo tiranizado,
Que de vida y fortunas tributario,
Vino á ser el tributo voluntario.
Largo tiempo duró esta tiranía,

Y fuera irremediable, si pudiera
Con los odios civiles conservarse:
Mas la ambicion que toda paz altera,
Ceder á la soberbia no queria.
Soberbia á quien impropio es humillarse,
En igualdad con ira huye juntarse;
Y aunque tomó á su cargo la pereza
De volver la república en sosiego,
En secreto la envidia atizó el fuego.
La avaricia es neutral, y con tristeza
Encoge la cabeza:
Por la privanza de luxuria y gula
Sus faltas cada qual se disimula.
En medio de tan fieras disensiones,
Y quando al arma en toda parte suena,
La insaciable ambicion se determina
De limar al discurso la cadena;
Y para gobernar sus esquadrones,
Traerlo á su obediencia y disciplina.
El discurso ya libre, aunque imagina
Servirle entónces, con diverso intento
Dió principio una noche á su negocio;
Y hallando sepultado en vino al ocio,
Que era la guarda del entendimiento,
El cuchillo sangriento
(Generosa traycion) quitó la vida,
De tantos valerosos homicida.
Y muerto el ocio, mata juntamente
Al vulgo infame que el castillo ocupa:
Da un asalto á memoria de improviso:

El olvido la entrada desocupa.
En esto ya los atambores siente
De la razon, que con tan presto aviso,
Socorrida del Rey del paraiso,
Viene ceñida de su esquadra bella,
(¡O esquadra valerosa de guerreras!)
Escucha, y mira trompas y banderas;
Y porque en las tinieblas pueda vella,
Le precede una estrella,
(Mas ántes sol nocturno) que no hay vista,
Que al menor rayo de su luz resista.
La Reyna se veia toda armada
De lucientes aceros hasta el cuello,
Blandiendo un asta (don del Padre eterno),
Desocupado el rostro, y el cabello
Revuelto parte dél en la celada:
(¡O paz del cielo, y miedo del infierno!)
Quiso misericordia por gobierno,
Grangear el perdon para el tirano,
Y la razon en parte lo codicia:
Mas opónese luego la justicia,
Diciendo: ¡ó Reyna! ¿habrá el valor tu mano
Armádose hoy en vano?
No, no, tenga este bárbaro experiencia
De tu furor, y no de tu clemencia.
El discurso no cesa en este medio:
Abre la puerta al esquadron amigo.
El auxîlio el primero se presenta,
Horrible en armas busca al enemigo;
Síguenle todos á ponerle asedio;

Dó el estruendo del hierro lo amedrenta,
Y tras la alteracion súbita tienta
El último remedio de la huida:
Ya sin saber qué hacer como el piloto,
Que la improvisa rabia de Euro y Noto
Lo privan de consejo, y ve su vida
A punto de perdida:
Mas, su esperanza en manos de la suerte,
Piensa en la voluntad hacerse fuerte.
Mas como la razon era señora
Ya del entendimiento y la memoria
Por obra del discurso, no repara
En la dificultad de la vitoria:
Que aunque la voluntad repugne agora,
Caerá con los pertrechos que prepara.
Inexpugnable á Marte se mostrara,
A infinitos asaltos invencible,
Mas al último no; que por la parte,
Donde bondad despliega su estandarte,
Que á muchos parecia inaccesible,
La máquina terrible
Del herrado Aries con tal fuerza encuentra,
Que por el muro abierto bondad entra.
Sigue el furor, y mézclase la guerra:
Brama soberbia, y arrojando fuego,
Vibra la lengua como sierpe airada;
Su gente anima; mas llegando luego
La razon con el ímpetu que cierra,
Quedó la fiera esquadra derribada.
Como cada virtud está injuriada,

Los vicios saca á singular duëlo;
Pero dexando en su poder las vidas,
Indignas de tan justos homicidas;
Levántanse las voces hasta el cielo:
Derriban por el suelo
Las idólatras aras y edificios,
Sembrando el fuego de los sacrificios.
El apetito encadenado y preso
Humilde ante razon viene llorando,
Cercado de los míseros sentidos,
Perdon con voces mudas suplicando,
De mirar el principio y el suceso
Atónitos, confusos y corridos;
Pero de la razon reprehendidos
Al yugo ofrecen voluntario el cuello;
Y ya mansa la insigne vencedora
Con los vencidos su tormento llora,
Mas por haber venido á merecello,
Que no por padecello;
Y porque viva libre y descuidado,
Da á la paz el gobierno del Estado.
Dentro el alma verás, Cancion, que adorna
De sus trofeos una y otra planta
La triunfante razon, y ya vecinas
Al cielo entre las bárbaras ruinas
Otras fábricas nuevas que levanta:
Que si de altura tanta
El cielo no se ofende, yo confio
Eterno estado al edificio mio.

CANCION.

Quien vive con prudencia,
En el bien y en el mal guarda templanza,
Y sufre con paciencia
Lo que viene al revés de la esperanza;
Porque el maduro seso
No se promete nunca buen suceso.
Si tú por dicha, Mario,
Juzgaras por presente el bien que esperas,
Y viniera al contrario,
A los dioses y al cielo aborrecieras;
Porque estrecho aposento
Fuera para tu mal el sufrimiento.
Pero si te previenes
Del temor (que el temer no es caso feo),
Los males y los bienes
Sentirás á medida del deseo:
Y no te vuelvan loco
El mal ó el bien, por mucho, ó por ser poco.
Bien es salir con cosas
Mayores que promete fuerza humana,
Graves, dificultosas;
Mas reprobando la esperanza vana,
Aumentan su querella
Los que les sucedió al contrario della.
El hombre ha de domarse,
Teniendo ántes el ánimo perplexo:
Despues determinarse,

Sujetando el furor al buen consejo;
Y huir de la locura,
Que las cosas inciertas asegura.
La furia siempre inclina
A daño universal las voluntades:
Por ella la ruïna
Lloramos de antiquísimas ciudades,
Cuyos muros postrados
De enemigos arados son surcados.
Procura, Mario amigo,
No prometerte nunca buenos fines:
Teme el cierto castigo,
Siempre que con furor te determines:
Pon freno al pensamiento,
Y toma en los antiguos escarmiento.
En dos, cuyas jornadas
Pudieran fácilmente eternizallos,
Si no vieran quemadas
Uno sus alas, y otro sus caballos:
Y en historias modernas,
Cuyas memorias quedarán eternas:
En el Rey Lusitano,
Con quien la autoridad del grave tío,
Ni su consejo sano
(Suficiente á volver atras un rio,)
Nunca fue poderoso
A detener el ímpetu furioso:
Y al que salió corriendo
De la ciudad de Ulises con su gente,
Lo viéron ya muriendo

Por la batalla en un ginete ardiente;
Y aun á pie sin sentido
Correr al agua como ciervo herido.
Y como el rio andaba
Volcando yelmos y pedazos de hombres,
Y en las ondas mezclaba
Diversas famas, títulos y nombres,
Y (lo que es mas que todo)
Sangre del africano y bando godo:
Viendo el rio sangriento,
Vió en él donde paró su confianza;
Vió su arrepentimiento,
Y que no hay que fiar en la esperanza:
Pues con el propio daño
Se compra (bien que tarde) el desengaño.
Volvió los tristes ojos,
Y vió la fiera Libia y sus desiertos
Rica con sus despojos,
Y montones de ilustres cuerpos muertos:
Que ya el injusto Marte
Se pasó claramente á la otra parte.
Del pecho le saliéron
Voces entre la sangre por la boca,
Que al monte entorneciéron:
La vida (dixo) ¡ay triste! se me apoca,
Y aunque mas lo retiro,
Está á la puerta el último suspiro.
Mi obstinada porfia
Te da, enemiga Libia, esta vitoria,
Que no tu valentía:

Levanta tus trofeos y tu gloria:
Petos, yelmos, espadas
Estarán de tus árboles colgadas,
¡O valientes soldados!
En Libia quedarán nuestras banderas,
Y sin ser sepultados,
Nuestros cuerpos sustento de las fieras:
Sus entrañas y dientes
Los sepulcros serán de nuestras gentes.
Yo muero, y es muy justo,
Lo primero por Dios, y lo segundo
Por castigar mi gusto,
Que huyó del buen consejo: y diga el mundo,
Que vino á perdimiento
La vida, pero no el atrevimiento.

EPIGRAMA.

Pues das, Marcio, en pretender
Bienes que apénas lo son,
Porque de nuestra opinion
Solo reciben el ser:
Dile ¿si tendrá poder
(Aunque ande con la fortuna)
Para causar gloria alguna,
Donde á la humana salud
Pusiéron el ataud
Tan arrimado á la cuna?

SONETOS.

Ni Amor ni Marte esperen que en mi acento
Suene de hoy mas su gloria ni su ira:
Que de las dos empresas le retira
Infuso el superior conocimiento.

A honor de la moral virtud freqüento,
Sublime Urania, mi estudiosa lira:
Tú en mi voz y en sus números inspira
La persuasion de tu benigno aliento.

A merecer tu lauro nos eleve,
¡O musa! el zelo que en tu insigne escuela
Tan fervoroso los ingenios llama.

Que los aplausos de la edad que vuela,
Ya en la vitoria adulen, ya en la fama,
No son mas que ilusion de un sueño breve.

II.

Dime, Padre comun, pues eres justo,
¿Por qué ha de permitir tu providencia,
Que, arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la fraude á tribunal augusto?

¿Quién da fuerzas al brazo que robusto
Hace á tus leyes firme resistencia?
¿Y que el zelo que mas las reverencia,
Gima á los piés del vencedor injusto?

Vemos que vibran vitoriosas palmas
Manos inicas; la virtud gimiendo
Del triunfo en el injusto regocijo.

Esto decia yo, quando riendo
Celestial ninfa apareció, y me dixo:
Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?

III.

¿En qué veré que tú á mi llanto agora,
Padre amoroso, aplicas los oidos,
Si el corazon que forma estos gemidos,
Sus dulces lazos tiernamente adora?
¡O! rómpelos, Señor, que ya no es hora
De contemporizar con los sentidos:
Que puestó que á su daño estan asidos,
Parte hay en mí, que sus errores llora.
Bien veo que él resiste al favor tuyo:
Mas perdonar á la cerviz sujeta,
Eso, Señor, es de ánimos humanos.
El sacarlo de error mal grado suyo,
Es obra digna solo de tus manos:
Mas ¡ó amor propio! ¡ó lástima imperfeta!

IV.

Ya tu piedad magnánima derriba
Mis ídolos, Señor; ya por tí espero,
Que restituya el resplandor primero
A mi templo interior su luz nativa.
Animoso el afecto se aperciba
Para víctima al fuego verdadero:
Sienta el furor del religioso acero,
Pues que no ha de arder víctima viva.
Silencio y soledad, ministros puros
De alta contemplacion, tened el velo,
A profanos sentidos inferiores.
No acechen cómo ciñe el tercer cielo
La mente de tan limpios resplandores,
Que á todos los visibles dexa escuros.

V.

Ni opinion, Cárlos, ni esperanza fundo
En los aplausos que el favor derrama;
¿Quién los aprueba, ó sus lisonjas ama,
Por mas que en bronce las escriba el mundo?
Si rotas por el tiempo vagabundo,
Muere el hombre otra vez, quando su fama,
¿Son mas que esfuerzos de una débil llama,
Que turbia cesa en el morir segundo?
Y si el no conocerse es el abismo
De todo error, y cunde sin mudanza
Una vez en los ánimos impreso:
¿Buscaré mi verdad en mi alabanza?
¿Quándo has visto volver con buen suceso
A quien se busca fuera de sí mismo?

VI.

Firmio, en tu edad ningun peligro hay leve;
Porque nos hablas ya con voz escura,
Y, aunque dudoso, el bozo á tu blancura
Sobre ese labio superior se atreve.
Y en tí, ¡ó Drusila! de sutil relieve
El pecho sus dos bultos apresura,
Y en cada qual sobre la cumbre pura
Vivo forma un rubí su centro breve.
Sienta vuestra amistad leyes mayores:
Que siempre amor para el primer veneno
Busca la inadvertencia mas sencilla.
Si astuto el áspid se escondió en lo ameno
De un campo fértil, ¿quién se maravilla
De que pierdan el crédito sus flores?

VII.

Bástale al dia su malicia, Fabio:
Quiebra esa esfera, en cuya industria sales
A recibir los venideros males,
Dos veces ofendido de un agravio.
De los vidrios soberbios en que un sabio
Copió los movimientos celestiales,
Júpiter se rió, que sus fatales
Causas no las infunde al astrolabio.
Pero dirás que en él te da noticia,
Para que apercibido las estorbes;
Porque flechas previstas ménos hieren.
Vive tú á la razon y á la justicia;
Y caygan rotos los celestes orbes,
Que no los temerás quando cayeren.

VIII.

De los dos sabios son estos retratos,
Nuño, que con igual filosofía
Lloraba el uno, el otro se reia
Del vano error del mundo y de sus tratos.
Mirando el quadro pienso algunos ratos,
Si hubiese de dexar mi medianía,
A qual de los extremos seguiria
Destos dos celebrados mentecatos.
Tú, que de gravedad eres amigo,
Juzgarás que es mejor juntarse al coro,
Que á lágrimas provoca en la tragedia:
Pero yo, como sé que nunca el lloro
Nos restituye el bien, ni el mal remedia,
Con tu licencia el de la risa sigo.

IX.

Llego á Guadalaxara en este punto,
Marques, donde el clamor de los metales
Piadosos, y las hachas funerales
Lloran á un Duque, y lo celebran junto.
Al hijo de mis huéspedes difunto
Saca tambien la cruz de sus umbrales:
Que un médico sin máquinas murales
Es aquí otro Aníbal contra Sagunto.
Es mi cochero músico y poeta;
Mas tal qual es, mirando bien la suerte
De dos tan desiguales ataudes,
Agora está clamando, y dice: ¡ó muerte!
¡O mazo de batan, que así sacudes
El paño fino como la bayeta!

X.

Fabio, pensar que el Padre soberano
En esas rayas de la palma diestra
(Que son arrugas de la piel) te muestra
Los accidentes del discurso humano;
Es beber con el vulgo el error vano
De la ignorancia, su comun maestra;
Bien te confieso, que la suerte nuestra
Mala ó buena, la puso en nuestra mano.
Di, ¿quién te estorbará el ser Rey si vives,
Sin envidiar la suerte de los Reyes,
Tan contento y pacífico en la tuya,
Que esten ociosas para tí sus leyes;
Y qualquier novedad que el cielo influya,
Como cosa ordinaria la recibes?

XI.

Mario es aquel, que del Minturno lago
Al Africa, por él domada, huyendo,
Le vemos sus ruïnas confiriendo
Con las altas ruïnas de Cartago.
Filis, de tu altivez el justo pago
En la pintura muda estás leyendo;
Pues tambien hace el tiempo sin estruendo
En el reyno de amor el mismo estrago.
El cristal en que afilas cada dia
Tus flechas, te dirá mejor la historia
De Mario y de Cartago en tu figura:
Y comprehendida en la fatal vitoria,
Tarde conocerás que tu hermosura
No fue mas que una breve tiranía.

XII.

No con el vulgo acuses, ¡ó Licino!
La providencia del mayor piloto;
Pues no eres tú quien de un esquife roto
A nado se libró en las tocas de Ino.
Mejor será que al movedor divino
Votos envies, que un humilde voto
Enfrena alguna vez al fiero Noto,
Y pone ley al ímpetu marino.
Tú, inexperto y de un débil vaso dueño,
En que cruxen las tablas mal seguras,
¿Siempre que el lienzo tiendes en su antena,
De la fortuna pública murmurás?
Calla, y atiende junto de la arena
A conservar el casco de tu leño.

XIII.

Yó aquel en cuyo insuficiente estilo
La verdad injuriada oyó el consuelo,
Que en mi mente infundió benigno el cielo,
Para tener el ánimo tranquilo;
Ya fuego exhalo, lágrimas destilo,
Y contra mis preceptos me rebelo:
Rabio al fin; y en la furia de mi zelo
Nuevos cuchillos de venganza afilo.
¡Que el valor ceda, y venza el brazo astuto!
¿Qué es esto, celestial Sabiduría?
¿Es la virtud no mas que un nombre vano?
Mas ya tu resplandor me muestra pia:
Haz que este afecto, que me turba, humano,
De su calamidad no pierda el fruto.

XIV.

Si un afecto, Señor, puedo ofrecerte
Al culto de sus ídolos atento,
Con lágrimas de amor te lo presento,
Tú en víctima perfeta lo convierte.
Que en este sueño tan intenso y fuerte,
De tus misericordias instrumento,
No imágen imitada es lo que siento,
Sino un breve misterio de la muerte,
En quien con ojos superiores miro
Mi fábrica interior escurecida:
Báñela aquella luz, Señor, aquella
Que inspira perfecciones á la vida:
Pues permites que goce sin perdella,
Experiencias del último suspiro.

XV.

Cloris, este rosal que libre ó rudo
Del arte huyó al favor de la floresta,
Su arrogancia selvática depuesta,
Vecinas flores le verán desnudo.

Nota esta rosa, que aun agora pudo
Abrir el paso á su niñez modesta:
¡Para quan breves términos apresta
La grana, que libró del verde nudo!

Vive su planta los estivos meses;
Mas el honor de los purpúreos senos
(Misera edad!) la madurez de un dia.

Pues si lo raro, ¡ó Cloris! dura ménos,
La pompa de tu Abril ¿por qué confia
Que ha de reynar con hados mas corteses?

XVI.

Tambien adula, Nuño, la tardanza;
Porque ni las promesas verdaderas
Te dan el mismo bien que consideras,
Ni él dura mas del punto en que se alcanza.

Tú, pues, en prevencion de su mudanza,
Mitiga la opinion con que lo esperas:
Que opinion de alegrías venideras
Es esto que llamamos esperanza.

La lenta diligencia en los frutales
Acreditada crece en sus tributos,
Obras del cielo sólidas y expresas.

Que aun la fidelidad de aquellos frutos
Lo muestra quando él libra sus promesas,
Unico autor de efetos puntuales.

XVII.

Solo ofende el agüero á quien lo advierte:
Véncelo, ó no lo adviertas, Lauso mio:
Que horrible (no fatal) su poderío,
Tanto excede al incauto como al fuerte.
Y pues tu estimacion podrá ofenderte,
Refórmala con fuerza ó con desvío:
Que á la luz ó al error del albedrío
Se elige ó se fabrica nuestra suerte;
Cuya interpretacion no la confia
Al sordo caso aquella providencia,
Que á libertad y á imperio corresponde.
Alcemos, pues, con tiempo la licencia
Al curioso temor: vamos por donde
Nuestra animosa ceguedad nos guia.

XVIII.

Si en la corte no apartas con cautela,
Castro, lo popular de lo exquisito,
Las heces hoy del número infinito
Tendrás por quinta esencia de la escuela.
Tú, pues, de ínclitas barbas te rezela;
Mas, aunque no son ciencia, sino rito
De la ambicion, que por el gran distrito
Sobre el apláuso de inexpertos vuela;
Saluda por estoyca la ignorante:
Reciba en esto la justicia agravio,
De que la indigna imitacion salúdes.
Porque si en la verdad se funda el sabio,
¿Por qué ha de resguardarle sus virtudes
La astuta negligencia del semblante?

XIX.

Aquí, donde á pesar del tiempo hoy dura
Sobérbio un gran conduto de Trajano,
Linfas en ministerio de Vulcano
Dan al noble metal noble escultura.
Y el español su vellocino apura,
Mas que los seres al que muelle y cano,
Para la ostentacion del trage humano
Sobre los tiernos árboles madura.
Aspire, aspire á varoniles glorias
Por severa templanza, y dexe Iberia
Los preciosos peligros en sus minas:
No quieras, ¡ó fortuna! dar materia
A las armas remotas y vecinas,
Y renovar sus bárbaras vitorias.

XX.

Si quieres conservarte, Lauso, evita
Ese ardor con que en varias ocasiones
A cuerdos y á filósofos te opones,
Como pudiera el magno Estagirita.
Ya tu apariencia, que al estudio imita,
Quando se atreve á decidir qüestiones,
Es ridícula á libres corazones,
Cuyas nobles paciencias exercita.
Yo, porque de rezelar tu honor me precio,
Digo, para que escape de un agravio,
Que consideres bien de aquí adelante,
Que el que no sale de su esfera, es sabio:
El que ignora las cosas, ignorante;
Y el que las sabe mal sabidas, necio.

XXI.

¿Estás libre, Damon? Pues no blasones,
Que la jactancia ni en seguro es buena:
Y si te queda un átomo de pena,
Te traerá á las primeras ocasiones.
No se juzga por libre de prisiones
El can, por mas que rompa la cadena,
Miéntras que asida á la cerviz le suena
Alguna parte de los eslabones.
Paz suelen ser de amor breves enojos;
Y todos los nublados de tu ira
Los volverá en tranquilidad tu diosa,
Si se humana á poner quando te mira,
De aquella risa todo poderosa
Un suave relámpago en sus ojos.

XXII.

Lo primero me visto: lo segundo
Devoro medio pan, y en su migaja
Un torrezno, que al ámbar se aventaja
El olor que despide vagabundo.
¿Pues qué si es dia en que la barba tundo,
Y corre licenciosa la navaja?.
Carísimo individuo, hiende y raja,
Que rompes la mejor vida del mundo.
Y mas si al ayre limpio te desvias,
Y recostado en la menuda grama,
La rústica salud curte el pellejo.
Vive, vive ignorado de la fama:
Que mas vale morir plebeyo viejo,
Que Príncipe en el medio de tus dias.

XXIII.

Mas embravezco al mar, mas inquietos
Pruebo los vientos, quanto mas envio
Voces al cielo, y al lamento mio
Responde con mas ásperos efetos.
Mas si llevo estos ídolos secretos,
¿Por qué lo espero favorable y pio?
Guardo, Filis, tus prendas, ¿y porfio
A pedir paz con votos imperfetos?
Osemos, pues: ¿qué tiemblas, mano? Intenta:
Ardan las adoradas hebras de oro,
Su imágen, y estas letras de su dueño.
Que así ronco el piloto en la tormenta
Arroja al mar las perlas y el tesoro,
Para librar el combatido leño.

XXIV.

¿Será posible que á mis manos muera
El leon que me oprime interiormente?
¿Y que en mí su despojo represente
La vitoria segura y postrimera?
Del leon, á quien dió la muerte fiera
Alcides, se vistió la piel valiente;
Y el mejor hielmo que aplicó á su frente,
Fue la cerviz y dientes de la fiera.
¿Y qué no podré yo de este deseo,
Nuevo Alcides, vengarme, siendo cierto
Que crecio por mi débil resistencia?
¿Y entrando en nueva guerra, andar cubierto
De su acuerdo feroz y de experiencia,
El vencedor á un tiempo y el troféo?

XXV.

Julio, venciste; pero con la suerte,
Que á los vencidos míseros aprieta,
Rendida á la piedad, que allá secreta
Guardas en tu valor, piensan vencerte.
Ama, pues, tan benigno como fuerte
La cerviz que te obliga por sujeta:
Que no es el perdonar gracia perfeta,
Si en generoso amor no se convierte.
Evítales con ella aun el castigo,
Que en sus conciencias obra la memoria
De haber faltado con su fe y contigo.
¿Quál resplandor no merecio, quál gloria
Quien con tal paz triunfó del enemigo,
Que procedió á triunfar de la vitoria?

XXVI.

Ya, Opicio, á los acuerdos consulares
De esta grave república presides;
Y si con equidad tu imperio mides,
Ni al griego ni al romano le compares.
Mas tú en tantas virtudes no vulgares,
Emulo de Caton y de Aristídes,
No salgas de tí mismo, ni te olvides,
Ingrato, del que fuiste en pobres lares.
Entiende que aunque frises con la luna,
Los que zelan tu honor rectos varones,
Te quieren ver de la modestia amigo:
Y en esta fe atalayan tus acciones;
Porque á medida igual se habrán contigo,
Como te hubieres tú con la fortuna.

XXVII.

Ya, Mercurio, no es bien que yo te siga
Con ansia en la mitad del curso humano;
Quando tan fiel tu premiadora mano
De afan y de ambicion me desobliga.

Próvida para sí la breve hormiga,
Allá en sus troxes muerde el rubio grano;
Porque no arraygue y suba á honrarse ufano
Del fértil colmo en la segunda espiga.

No crezca tu favor, basta que dure:
Que por ninguno de los trances varios
De ambas fortunas irritarme pienso.

No anhèlo á minas, ni codicio erarios;
Sino una alegre mies y un firme censo,
Que estos últimos ocios me asegure.

XXVIII.

¡O abete! si despues que á los fenices
Rindió tu patria el oro de sus venas,
Miras cómo á tu honor nuestras cadenas
Le rinden tantas bárbaras cervices:

¿Por mostrarte á la mar propias raices
Trocar piensas por áncoras agenas?
¿Y al áfrico arbolar lienzos y antenas
Entre votos dudosos o infelices?

Quitará la segur que te importuna
Para postrarte apoyo á los troféos,
Sombra á las greyes, ocio á los pastores.

No injuries tus invictos Pirineos:
Cedan sobre tí mismo los honores
A la decrepitud, no á la fortuna.

XXIX.

Émulos, Cintia, son, ó imitadores
De la verdad que en tus alientos huele,
Los que inspira Favonio, quando impele
Las sujetas al arte, ó libres flores.
Y aunque para asaltar faustos olores
Entre esperanzas que maduran vuele,
Con cuyo desempeño premiar suele
La industria y la paciencia á los cultores:
Mas puro y limpio olor que de ninguna
Rústica suavidad robar pudiera
Del que á tus labios su fragrancia envia;
Pero tu honestidad ruda ó severa,
No ha de admitir en ellos la porfia
Con que anhelan dos almas por ser una.

XXX.

¿Es para tí la esfera de la luna,
Lico, esta patria universal del suelo,
Que no has visto la cara al desconsuelo,
Ni llorado jamas, ni aun en la cuna?
¿No haber hecho de tí experiencia alguna
Un caso adverso, no te da rezelo
De que no te ha juzgado digno el cielo
De vencer ni una vez á la fortuna?
No acredita al piloto la bonanza:
El exercicio solo es el que puso
Entre el valor y el ocio diferencia.
Mísero quien no da filos al uso
De la razon, haciendo resistencia
Igualmente al temor y á la esperanza.

XXXI.

Julio, aunque estoy de imperfecciones lleno,
Y la fortuna con benigna frente
Recoge á los indignos; yo obediente,
Ni mi exclusion ni su rigor condeno.
Pues si persigue al ánimo sereno,
Entre inicos exemplos inocente,
Que opuesto con valor á la corriente
En tiempos malos se atrevió á ser bueno:
Rayo es, que abrasa al tronco mas robusto,
Y recogiendo en sí la fatal llama,
Perdona á las encinas inferiores.
Y así le debo mas, si me desama;
Pues mereciendo tanto sus favores,
Quiere tratarme como trata al justo.

XXXII.

El hombre fue de dos principios hecho,
Tales, que con jactancia verdadera,
A sus ojos le alega qualquier fiera,
Y qualquier planta parentesco estrecho.
Pero quando él reconoció en su pecho
La gran porcion del fuego de la esfera,
Vió con admiracion de ver lo que era,
Que á la divinidad tiene derecho.
Haz, pues, que con trocado ministerio
A la vaga altivez del albedrío
El sentido inferior le tienda redes:
Y quando él pretendiere, ¡ó Fabio mio!
Hacerte siervo, acuérdate que puedes
Mirar esas estrellas con imperio.

XXXIII.

Fabio, las esperanzas no son malas:
Mas tú con tanto aplauso las acetas,
Que á oráculos forzosos de Profetas,
Y aun á vivos efetos las igualas.
Sabe que contra el tiempo se arma Palas,
Contra sus inconstancias y sus tretas:
Que él es tal, que tropieza en sus muletas,
Quando le piden que use de sus alas.
Y así nunca en el término futuro
Ni en el presente, si eres sabio, digas
Que hay tiempo que del tiempo esté seguro:
Que quando á fuerza de sufrir le obligas
A que acuda fiel, te pone un muro
De presto entre la hoz y las espigas.

XXXIV.

Tendrás, amigo Julio, á maravilla,
Que sin necesidad uno prefiera
Peñascos, vientos y tormenta fiera
Al dulce puerto, á la segura orilla.
¿Qué dirás si su pobre navecilla
No es fábrica de hierros y madera,
Sino de sutil vidrio, y, si la hubiera,
De materia mas frágil y sencilla?
Dirás que tan notorio desatino
No puede suceder, porque no miras
En tus designios y esperanza vana.
¡O ingrato al cielo, que al naufragio aspiras!
¿No ves que es vidrio al ímpetu marino
Esto que acá llamamos vida humana?

TRADUCCION

DEL SALMO *QUAM DILECTA.*

El santo pastorcillo perseguido
Va por desiertos ásperos huyendo
Al ingrato Saul endurecido.
Paróse, y el aliento recogiendo,
Procura de advertir, si se oye acaso
De las contrarias armas el estruendo:
Qual cervatillo fatigado y laso,
Que escapó del leon, y en la congoja
Del curso al fin sosiega el veloz paso;
Aunque no sin temor, que qualquier hoja,
Que suena al respirar del manso viento,
Presente su enemigo se le antoja.
Considerando el duro apartamiento
Del templo el nuevo estorbo y el rodeo,
Por donde Dios le lleva al real asiento;
Su cítara, su espíritu y deseo,
En consonancia angélica acordados,
A cantar comenzó el divino Orfeo.
¡O quan amables son y deseados
De aquellos esquadrones celestiales,
Señor, tus tabernáculos sagrados!.
Yo considero tus palacios reales,
Y desfallece mi alma, deseando
Verse siquiera junto á sus umbrales.

No el espíritu solo contemplando
Goza de tanto bien, que dentro el pecho
El corazon se está regocijando.
El simple paxarillo halla el techo,
Adonde elige albergue conocido,
Donde habita contento y satisfecho.
Halla la viuda tórtola su nido
Do amparar sus hijuelos, y del frio
Y riguroso tiempo defendido:
Pero la habitacion que yo confio,
Son tus altares, cuya santa brasa
Arde ante tí, Rey mio y Señor mio.
Dichosos los que habitan en tu casa;
Que estos te alabarán continuamente,
Venciendo al tiempo, que volando pasa:
Y dichoso el varon que firmemente
Las esperanzas de su auxîlio puso
En tus manos, Señor omnipotente.
Dios en su corazon obró y dispuso
Perseverancia, con que irá subiendo
En el valle de lágrimas confuso.
La bendicion eterna concediendo
El gran Legislador, todos los buenos
De virtud en virtud irán creciendo:
Y en el santo Sion de gracias llenos
Verán su Dios subido y exâltado
Sobre todos los ídolos agenos.
¡O Señor! en tu alcázar estrellado
Recibe ya los votos y oraciones
Del siervo de su patria desterrado.

Resuenen mis humildes peticiones,
Dios mio, en tus oidos: tú me guia,
Señor de las seráficas legiones.
Protector de Jacob, por el Mesía,
Y por su faz hermosa te lo ruego:
Vuelve los ojos á la pena mia.
Pues muy bien fundo yo, Señor, mi ruego:
Que á tus puertas un dia es mas amado,
Que otros mil de contento y de sosiego.
En casa de mi Dios ser desechado
Quise mas, que habitar con pecadores
En el palacio real rico envidiado.
Y Dios en sus mercedes y favores
Ama misericordia y verdad pura;
Y asi jamas olvida á los menores.
Antes eterna paz les asegura,
Y les da gracia y gloria en su presencia,
La qual por infinitos siglos dura.
Y á los que pasan la prolixa ausencia,
No priva de los bienes temporales,
Pues por la senda van de la inocencia.
Y pues en sus pasiones tú les vales,
Vuelve los ojos pios á la mia,
¡O Señor de los campos celestiales!
Que dichoso es aquel que en tí confia.

TRADUCCION

DEL HIMNO *AD PERENNIS AQUAE FONTEM.*

A la fuente anheló de eterna vida
Con sed el alma, y quebrantar pretende
La cárcel donde gime detenida.
Por librase del lazo que la prende,
Forceja siempre; y como desterrada,
A gozar solo de su patria atiende.
Llora quando en el peso transportada
De la vida, aunque vida transitoria,
Se mira á sus miserias obligada.
Contempla aquella gloria, aquella gloria,
Que pecando perdió, y el mal presente
Del bien perdido aumenta la memoria.
Porque para decir como lo siente,
De aquella suma paz el alegría,
¿Qué lengua habrá en la tierra suficiente?
Allí de rica y viva pedrería
Los edificios suben: la techumbre
Divina luz del oro terso envia.
Lucen las salas de la misma lumbre;
Porque solo de piedras excelentes
Muestra toda esta fábrica la cumbre.
Ostenta sù ciudad calles lucientes,
Donde compite el oro limpio y puro,
O excede á los cristales transparentes.

No hay vista inmunda ni otro objeto escuro:
Allí no arde el estío, ni el ivierno
Se arma de su aspereza y rigor duro.
De eterna flor de rosas da un eterno
Verano, y de azucenas que blanquean;
Y azafran rubio en su cogollo tierno.
Allí el bálsamo suda, y hermosean
Su verdura los valles: los sembrados
Crecen, y arroyos de la miel que ondean.
De fragrancia en ungüentos sublimados
Los ayres, y de aromas esparcidos
De vital fuerza espiran ocupados.
Las manzanas se ven por los floridos
Bosques pender, sin que por mengua alguna
Caygan de su frutal destituidos:
Que sus veces no alterna allí la luna,
Ni el sol la suya, ni de las estrellas
El curso con mudanzas importuna:
Porque de la ciudad dichosa, y dellas
Es el Cordero el sol, que nunca esconde
El vivo adorno de sus luces bellas:
Donde no hay noche que las turbe, y donde
Falta el mudable tiempo. Es luz constante,
Que con perpetuo dia corresponde.
Y qualquier de los Santos rutilante
Y clara su presencia manifiesta,
A la del sol en todo semejante.
Hablan despues del triunfo en la molesta
Guerra, del enemigo ya seguros,
Y entre sí coronados hacen fiesta.

De las mancillas de la carne puros
Ya ignoran sus batallas: ántes ella
Aposentada en estos santos muros
Queda espiritual, sutil y bella,
Conforme con el alma, y de consuno
Lo que el alma sintió, siente con ella.
Gozando todos sin peligro alguno
De la paz, va desnudo de las cosas
Mudables á su orígen cada uno.
Personas ya inmortales y gloriosas
Reciben y contemplan la presente
Verdad y sus grandezas misteriosas.
Beben dulzura viva de la fuente
De vida, y cobran inmudable estado,
Siendo los mismos perdurablemente:
Claros y vigorosos sin cuidado,
Alegres sin temor de adversidades,
A los casos humanos obligado:
Que no sienten vejez ni enfermedades,
En sana juventud de un ser perfeto,
Contra la condicion de las edades.
Pasó lo que á pasar está sujeto;
Y así ufanos florecen á tal suerte,
Que ni mudanza teme ni defeto.
De la inmortalidad el vigor fuerte
Con tal firmeza prevalece en ellos,
Que aniquiló el derecho de la muerte.
¿Qué cosa pueden no saber aquellos,
Que al mismo que las sabe todas, saben?
De aquí procede tal virtud en ellos,

Que los secretos que en sus pechos caben,
Penetra cada qual; y de esto nace,
Que una cosa amen todos y la alaben.
Y en aprobarla efetos tales hace
La unidad de las almas, que un intento
Les presenta, que á todos satisface.
Aunque es diverso allí el merecimiento
De cada uno, y con igual juïcio
Corresponden los premios al tormento;
Obra la caridad su propio oficio,
Y es lo que goza cada qual amando,
Comun prosperidad y beneficio.
Al cuerpo van las águilas volando;
Y así con los espíritus ufanos
Se estan las almas santas recreando.
Sustenta un mismo pan los ciudadanos
De entrambas patrias, hartos dél, y hambrientos,
Y dexan lo que tienen en las manos.
No da la hartura allí desabrimientos,
Ni la hambre fatigas; pues comiendo
La tienen, y con ella estan contentos.
Con armonía, júbilo y estruendo
De instrumentos y voces de cantores
Los oidos y el gusto entreteniendo.
Dulces himnos ofrecen y loores
Dignos al Rey del cielo eternamente,
Por quien fuéron del mundo vencedores.
Felice el alma que le ve presente,
Y el orbe y sus regiones ve sujetas
Debaxo de sus pies; y que obediente

El sol mira otras luces más perfetas.
Ve revolver la luna y las globosas
Estrellas, y en sus cercos los planetas.
Tú, ¡ó Cristo! eterno orígen de las cosas,
De tus soldados palma; en tu real corte
Me admite entre las almas vitoriosas;
Despues que el militar cíngulo corte,
Hazme de los despojos y mercedes
De tus celestes Príncipes consorte.
Prueba mis fuerzas, y el favor que puedes
Me otorga en la batalla que ya cierra,
Como á los afligidos lo concedes.
Porque despues, disuelto de la tierra,
Corona ya pacífica alcanzando,
Goce el honor de la vencida guerra,
Para siempre jamas de tí gozando.

ELEGIA.

Domadas ya las islas Baleares,
Al pio culto el Celtiberio Augusto
Consagraba los bárbaros altares.
Y el que tambien como campeon robusto
Por la barba feroz asió al tirano,
Dando suceso al voto noble y justo,
Divide entre el exército cristiano
Los campos, los tesoros, los arreos
Y las armas del pérfido africano.
¿Mas qué gloria le dan estos troféos,
Si al tiempo, que da ley á los vencidos,
No la puede poner á sus deseos?

¿Si la razon sujeta á los sentidos,
Belleza femenil, lazos suaves
Al Real corazon estan asidos?
No pudiéron sufrir los ojos graves
De Raymundo su llama; el gran Raymundo,
Que tiene dél las celestiales llaves.
Y ponderando el caso en lo profundo
De su pecho, por ser la ley suprema
El exemplo del Príncipe en el mundo;
No quiere ver la desenvuelta Apema,
Que vio Zorobabel, que al Rey le quita,
Y en el tocado pone su diadema.
La fuerte obligacion del que exercita
Su grande oficio puesta por delante,
(Que reo es en el mal quien no lo evita,)
Acuerda huir del vencedor amante;
Pues ya con él ni el rígido juïcio,
Ni su propia promesa fue bastante.
No satisfago, dice, al sacro oficio,
Si el mismo oficio no depongo; huyamos,
No añada mi presencia aplauso al vicio.
El instrumento inútil en los ramos
(Si Babilonia música nos pide)
De los sauces al viento suspendamos.
Esto intenta Raymundo; pero impide
Su noble fuga no mortal respeto,
Ni el mar que de su patria lo divide,
Sino quizá amoroso Real preceto,
Que ni un pequeño esquife le consiente,
Viendo quedar sus ruegos sin efeto.

Que como Rey tan justo, vivamente
Llora (bien que culpado en este hecho)
El perder un varon tan excelente;
Pirro en las armas, Numa en el derecho:
Mas eso busca amor: y entónces hace
Mayor estrago en generoso pecho.
¿Mas qué importa que el Rey estorbos trace,
Si la heroyca virtud en los desvíos
Y en la mayor dificultad renace?
Llega al mar despreciando sus navíos,
Para pasar con general espanto,
De su animosa fe cobrando brios.
De tu Orden, ¡ó Domingo! el pobre manto
A vista de la gente se despoja,
Y en el agua lo extiende el varon santo:
Y en la señal que al cielo desenoja,
Luego sobre él desde la enxuta arena
Con sencillez magnánima se arroja:
Y formándole el báculo la antena,
Velas pomposas la exterior capilla,
Su fábrica naval sobre él ordena.
Súbito la desvian de la orilla
Con invisible impulso alientos puros
De los ministros de esta maravilla.
No se abre el mar en portentosos muros
Dividido, ni brama, como quando
Pasó Dios sus exércitos seguros.
Antes las ondas con murmurio blando
Depusiéron atónitas la ira,
De su quietud las causas ignorando.

Todo viento sus ímpetus retira,
Y la naturaleza á la secreta
Fuerza obediente, de su paz se admira.
Así al imperio de la fe sujeta
Lleva al varon de Dios sobre su ropa,
No como alguna vez llevó un Profeta;
Porque quando marinos monstruos topa,
Cada qual la escamosa frente inclina
Al ministerio de la nueva popa.
Así la musa argólica ó latina
Al fabuloso Dios del mar describe,
La region discurriendo cristalina;
De quien leyes pacíficas recibe,
Y dando rienda á sus delfines, vuela,
Con que el furor del áfrico prohibe.
Mas dime, ¡ó musa! á mí, ¿con qué consuela
Su soledad, en tanto que los vientos
Hieren molestos en su nueva vela?
¿Lleva los ojos en el ayre atentos,
Culpando como próvido piloto,
Los arreboles puros ó sangrientos?
¿O temiendo las luchas de Euro y Noto,
Del piélago tranquilo no se fia,
Solicito con uno y otro voto?
¿O junto al polo en la luciente guia
Comun el sacro Palinuro experto,
Puesta la vista, á no dormir porfia?
En éxtasi mirando el cielo abierto,
Que teatros angélicos le muestra,
Pasa olvidado del terreno puerto.

Y, como el Protomártir, ve á la diestra
Del Padre, dentro de su luz, al Verbo,
Glorificada la flaqueza nuestra;
Que mira en espectáculo á su siervo,
Cómo huye en alas de sú fe la ofensa,
Y le suplica por el Rey protervo.
Ya en torno dél la Providencia inmensa
El ayre circunstante proporciona,
Y en fantástica nave lo condensa.
Atónita la mira Barcelona;
Mas llegando á la playa al fin descrece,
Saliendo en ella sola una persona.
Capilla y manto enxuto el mar le ofrece;
Y él, vistiéndose todo su navío,
Al pueblo fiel admira y enternece.
La turba que en su playa, ¡ó Tifis pio!
Vió desembarcacion tan estupenda,
Te busca ardiente: yo con ella envio.
Entre las suyas mi pequeña ofrenda.

OCTAVAS.

Mas cruel espectáculo que quando
Acabó su venganza el furor griego,
Junto al Tibre el tirano está mirando,
Como en teatro y en mayor sosiego,
Centellas y suspiros escuchando:
Y á Laurencio, que alegre en medio el fuego,
Porque con mas furor lo martirice,
Estas palabras últimas le dice:

Revuelve, y come destos miembros mios,
Manjar á tu dolencia bien contrario;
Aunque para colmar tantos vacíos,
Otro mas digno fuera necesario.
Y (bien que en vano) si á los huesos frios
Sepultura les das del mármol Pario,
A las fieras de Libia haces injuria,
Que á todo excede tu dureza y furia.
Este martirio que por Dios recibo,
Ocio le da; y no pena al sufrimiento;
Busca cómo serás mas vengativo,
Pues efecto esta vez tan nuevo siento:
Elige el ser de mí sepulcro vivo:
Porque este me será mayor tormento,
Imaginando estar en la morada,
Do al mismo Dios se le negó la entrada.
¿Por ventura abrasándome imaginas
Sacar el eclesiástico tesoro,
Como del Pirineo, cuyas minas
Por fuego fuéron pródigas del oro?
A los sacros erarios y divinas
Riquezas lo llevó el amado coro
De la santa pobreza, donde mora
El sumo bien, que voy á ver agora.

INDICE.

Décimas.	Aunque ocupen mi secreto.	Pág. 11
Décimas.	Apriétame de manera.	13
Soneto XVI.	Amor, si de la parte mas perfeta.	38
Soneto XIX.	Amor, que en mi profundo pensamiento.	39
Soneto III.	Aunque Ovidio te dé mas documentos.	150
Cancion.	Apénas hizo la razon ausencia.	172
Soneto XIX.	Aquí, donde á pesar del tiempo hoy dura. *Escribióse este soneto en Segovia.*	192
Traduccion.	A la fuente anheló de eterna vida. *Traduccion del himno* Ad perennis vitae fontem, *cuyo autor fue el Cardenal Pedro Damiano.*	203
Décimas.	Burléme, yo lo confieso.	18
Redondillas.	Bella Amarili, entre tanto.	23
Soneto XVIII.	Bien sé yo, Cintia, el culto que se debe.	39
Soneto XIX.	Bílbilis, aunque el dios que nació en Delos.	158

Habla con la ciudad de Calutayud.

Soneto VII. Bástale al dia su malicia, Fabio. 186

Soneto XXIII. ¿Contra qué entrañas de piedad desnudas. 41

Soneto XXIV. Con dura ley tu halago nos aprieta. 42

Epístola. Con tu licencia, Fabio, hoy me retiro. 104

Soneto I. Como tienes noticia tan profunda. 149

Soneto VII. Crece de presto, poderosa yerba. 152

Soneto XVI. Cremes, regala á Lice, y no celebres. 156

Soneto XV. Cloris, este rosal, que libre ó rudo. 190

Cancion. De los campos y mares se apodera. 1

Décima. Dulce Señora, no hallar. 23

Escribió esta décima su autor con ocasion de haberle tirado en unas carnestolendas una naranjilla con agua de azahar.

Soneto IV. De antigua palma en la suprema altura. 32

Soneto XIV. Debaxo de una alta haya Melibeo. 37

Soneto XV. De la union, Silvio, con que amor prospera. 37

Epístola. Dícesme, Nuño, que en la corte quieres. 83
A Nuño de Mendoza, que despues fue Conde de Valde Reyes.

Epístola. Don Francisco, aunque llanes carta en seso. 142

Soneto XI. Dime, Teodoro, así los sacros huesos 154

Soneto XIII. Dexan las musas arcos y vihuelas. 155
Búrlase de las mugeres que hacen profesion de escribir versos.

Soneto XXIX. Di, Erine, aunque á Pitágoras leyendo. 163

Soneto II. Dime, Padre comun, pues eres justo. 183

Soneto VIII. De los dos sabios son estos retratos. 186

Elegía. Domadas ya las islas Baleares. 207
Al dexar San Raymundo de Peñafort en Mallorca al Rey Don Jayme, y navegar sobre su manto.

Soneto III. Estas son las reliquias Saguntinas. 31

Soneto XIII. Ese páxaro, Cintia, que del hielo. 36

Soneto XXVII. El nombre, ¡ó Cintia! que en el tiempo dura. 43

Sátira. ¿Esos consejos das, Euterpe mia? 45

Soneto II. En la Holanda bañada del tributo. 149

Este soneto ha salido viciado, como andaba manuscrito entre las rimas de un gran Poeta: y aunque fue honralle mucho el juzgalle por obra digna de tal autor, es bien que no esté en duda qual es el verdadero, como no lo estará ya; pues quien lo imprime agora no puede recibir engaño en esta parte.

Soneto XXXV. Engáñaste, Galeso, si barruntas. 166

Soneto III. ¿En qué veré que tú á mi llanto agora. 184

Soneto XXI. ¿Estás libre, Damon? Pues no blasones. 193

Soneto XXIX. Emulos, Cintia, son, ó imitadores. 197

Soneto XXX. Es para tí la esfera de la luna. 197

Soneto XXXII. El hombre fue de dos principios hecho. 198
Traduccion. El santo pastorcillo perseguido. 200
Traduccion del Salmo Quam dilecta tabernacula tua Domine.
Liras. Filis, naturaleza. 6
Soneto XXII. Fili, en tus ojos mi atencion respeta. 41
Soneto VI. Filis, yo te aborrezco, y de manera. 151
Soneto VI. Firmio, en tu edad ningun peligro hay leve. 185
Soneto X. Fabio, pensár que el Padre soberano. 187
Soneto XXXIII. Fabio, las esperanzas no son malas. 199
Soneto V. Hago, Fili, en el alma, estando ausente. 32
Soneto XX. Huyo de tí, y á tus umbrales llego. 40
Soneto XXIX. Ha llegado mi fe á tan raro extremo. 44
Soneto XXIII. Incorregible Nestor, de los daños. 160
Soneto XXV. Julio, venciste; pero con la suerte. 195
Soneto XXXI. Julio, aunque estoy de imperfecciones lleno. 198

Epígrama II. La antigua verdad por ruda. 148
Contra el uso de traer guedejas grandes los hombres.
Soneto XXV. Licia es aquella, acude, Fausto, y mira. 161
Soneto XXVI. Lico, pues Dios los pérfidos permite. 161
Soneto IX. Llego á Guadalaxara en este punto. 187
Soneto XXII. Lo primero me visto, lo segundo. 193
Redondillas. Mil quejas, niña, me has dado. 26
Soneto I. Mírame con piedad, y arda el cometa. 30
Soneto XXXII. Mas teme en su raiz, Lauso, aquí un pino. 164
Soneto XI. Mario es aquel, que del Minturno lago. 188
Soneto XXIII. Mas embravezco al mar, mas inquietos. 194
Octavas. Mas cruel espectáculo que quando. 211
Al martirio de San Lorenzo.
Romance. No debe á Mayo las flores. 29
Epístola. No te pienso pedir que me perdones. 121

Al Marques de Cerralvo Don Rodrigo Pacheco.

Soneto XIV. Ni soles, ó tahur, lunas, ni auroras. 155

Soneto XVII. No temes tú mis versos, Citaredo. 157

Soneto XVIII. No hay dudar, Gayo, que esta edad maldita. 157

Soneto I. Ni Amor, ni Marte esperen que mi acento. 183

Soneto V. Ni opinion, Cárlos, ni esperanza fundo. 185

Soneto XII. No con el vulgo acuses, ¡ó Licino! 188

Soneto XXVIII. ¡O abete! si despues que á los fenices. 196

Persuade á un señor aragones á no desamparar su patria.

Sátira. Para ver acosar toros valientes. 62

A Don Fernando de Borja, Virey de Aragon.

Soneto X. ¿Por qué habitais, silvestres homicidas. 153

Contra litigantes cavilosos.

Soneto XIV. Pues no siempre tus rayos vengativos. 156

Soneto XXVII. Pon, Lice, tus cabellos

con lexías. 162
Soneto XXVIII. Por verte, Ines, que avaras celosías. 162
Soneto XXXIV. Pues nos va bien con adular, Cratilo. 165
Soneto XXXVI. Piensa, ¡ó Mercurio! que unges los gentiles. 166
Epígrama. Pues das, Marcio, en pretender. 182
Décimas. Quando la razon tenia. 15
Soneto II. ¿Quál mérito aspiró, Filis, á tanto. 31
Soneto XI. Quando me miras, Clori, de luz lleno. 35
Soneto XXXIX. Quando los ayres, Pármeno, divides. 168
Cancion. Quando me paro á contemplar mi estado. 168
Soneto VIII. ¿Quién me dará jazmines y violetas. 34
Soneto VII. ¿Qué mágica á tu voz venal se iguala. 152
Soneto XXI. Quita ese afeyte, Lais, que se aceda. 159
Cancion. Quien vive con prudencia. 179
A Don Diego Sarmiento de Carvajal.
Décima glosada. Señora del alma mia. 8
Esta décima, que está glosada, escribió un gran

personage en tan tierna edad, que era conveniente, que no le permitiese la comunicacion de su esposa quien tenia autoridad para ello; de que se queja en la décima, atribuyéndolo al rigor de la misma esposa.

Décimas. Silvia, dos arcos te ha dado. 20

Soneto X. Suelta el cabello al céfiro travieso. 35

Soneto XXI. Su cabello en holanda generosa. 40

Soneto XXV. Si amada quieres ser, Licoris, ama. 42

Soneto XXVI. Si el alma sus afectos desordena. 43

Epístola. Señor Retor, razon será que pruebe. 137

Es carta del Príncipe de Esquilache Don Francisco de Borja.

Soneto IX. Señor, á eterno ayuno me dedico. 153

Detesta el litigar.

Soneto XX. Si esperas hoy prosperidad alguna. 158

Soneto XXII. Sacro metal en Julia Cel-

sa suena. 159
Con ocasion de tañerse en Velilla (antiguamente Julia Celsa) la campana que en diversos tiempos se ha tañido, con impulso sobrenatural.
Soneto XXIV. Si acomodado en mi fortuna aprieto. 160
Soneto XXXI. Si conoces tus menguas, no te adules. 164
Soneto XXXVII. Si aspiras al laurel, muelle Poeta. 167
Soneto XXXVIII. Si de Grecia sacaba el ostracismo. 167
Soneto XIV. Si un afecto, Señor, puedo ofrecerte. 189
Este soneto escribió su autor habiendo padecido un gran desmayo.
Soneto XVII. Solo ofende el agüero á quien lo advierte. 191
Soneto XVIII. Si en la corte no apartas con cautela. 191
Soneto XX. Si quieres conservarte, Lauso, evita. 192
Soneto XXIV. ¿Será posible que á mis manos muera. 194
Soneto XII. Tajo, producidor del gran tesoro. 36

Soneto XXVIII. Tanto ha podido un pensamiento honesto. 44

Soneto IV. Tú, á cuyos dedos hoy los pulsos fia. 150

Soneto XII. Tu aliento, Herminia, en su fragancia viva. 154

Soneto XXX. Tuya es, ¡ó Lucio! esa cancion sin duda. 163

Soneto XVI. Tambien adula, ¡ó Nuño! la tardanza. 190

Soneto XXXIV. Tendrás, amigo Julio, á maravilla. 199

Soneto VIII. Visto has, amor, que no el rebelde brio. 33

Soneto IX. Viéndome, Fili, en manos de la muerte. 34

Escribióse con ocasion de haber un caballero sanado de una enfermedad que padecia, con lo mismo que habia naturalmente de agravarla.

Epígrama. I. Viéndose en un fiel cristal. 147

Epígrama III. Viendo Alfio quan desvalida. 148

Soneto XXX. Vuelve del cielo al peso que le oprime. 45

Soneto VI. Ya el oro natural crespes ó extiendas. 33

Digitized with financial assistance from the Government of Maharashtra on 02 July, 2018

Soneto XVII. Ya resplandece en mí como nativa. 38
Soneto V. Ya no murmura el pueblo, sino brama. 151
Soneto XXXIII. Yo vi una ninfa, que entre rosas fuera. 165
Soneto IV. Ya tu piedad magnánima derriba. 184
Soneto XIII. Yo aquel, en cuyo insuficiente estilo. 189
Soneto XXVI. Ya, Opicio, á los acuerdos consulares. 195
Soneto XXVII. Ya Mercurio no es bien que yo te siga. 196

00101837